CIENCIAS SOCIALES
ECONOMÍA

Bujarin (1888-1938), bolchevique desde 1906, osciló políticamente desde el izquierdismo, en 1918, oponiéndose al tratado de paz de Brest-Litovsk, hasta posiciones derechistas, en 1928, al preconizar un paso gradual y pacífico desde la NEP al socialismo. En 1929 fue eliminado de la dirección del partido por Stalin y ocho años más tarde procesado por contrarrevolucionario. En una de sus últimas notas, escritas en 1922, Lenin advierte que «no es sólo un teórico muy valioso e importante del partido; además es considerado, merecidamente, el preferido de todo el partido; pero sus conceptos teóricos sólo pueden ser clasificados de plenamente marxistas con gran reserva, porque hay en él algo de escolástico (nunca ha estudiado dialéctica, y, pienso, nunca la entendió del todo)». Infatigable propagandista y teórico, nunca se apartó de la lucha ideológica atacando las teorías e ideas más en boga de la burguesía. Precisamente en este libro aborda una de las pocas críticas marxistas a la teoría de la utilidad marginal, construida en los últimos estertores de la economía clásica burguesa.

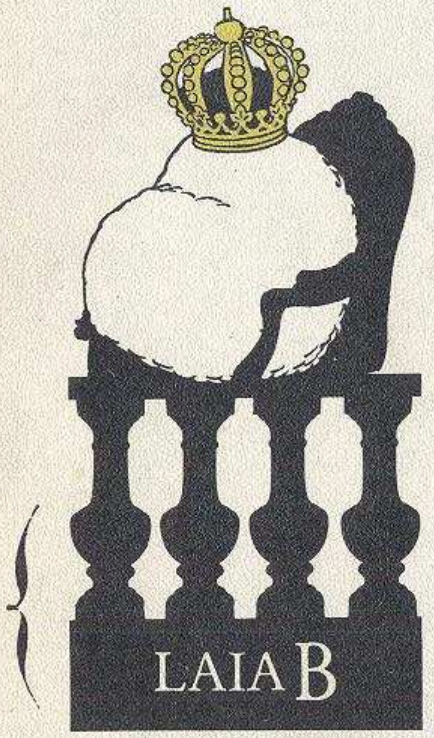
Bujarin dejó obras como el *ABC del comunismo*, con Preobrashenski; *La economía del período de transición; La economía mundial y el imperialismo; La teoría del materialismo histórico...*

EDITORIAL LAIA

Economía política del rentista ★★★ 54 Nikolai Bujarin

ECONOMÍA POLÍTICA DEL RENTISTA

Nikolai Bujarin



NIKOLAI BUJARIN

ECONOMIA POLITICA DEL RENTISTA

EDITORIAL LAIA
BARCELONA, 1974

Traducción de
Albert Roies

Cubierta de
Enric Satué

Detalle de un establecimiento de
la Rambla de Cataluña (Barcelona)

Realización y propiedad de esta edición (incluidos la traducción y el diseño de la cubierta):
EDITORIAL LAIA, S. A., 1974
Impreso en Romanyà/Valls
Verdaguer, 1 - Capellades/Barcelona
Depósito Legal: B. 3.628 - 1974
ISBN 84-7222-252-7
Printed in Spain

PRÓLOGO A LA EDICIÓN RUSA

Este libro lo acabé en otoño de 1914, es decir al comenzar la guerra mundial. El prólogo fue escrito en agosto-septiembre del mismo año.

Hacía bastante tiempo que me obsesionaba la idea de presentar una crítica sistemática de la economía teórica de la burguesía moderna. Por eso, en cuanto pude evadirme de la deportación, me dirigí a Viena. Allí asistí a las clases de Böhm-Bawerk, profesor de la Universidad de Viena, muerto recientemente, y fue en la biblioteca universitaria de esta ciudad donde pude estudiar la literatura de los teóricos austriacos. Pero no me fue posible acabar mi trabajo en Viena, pues antes de la declaración de guerra el gobierno austriaco ordenó que me encerraran en una fortaleza y el manuscrito fue sometido a un minucioso examen por parte de los agentes del orden. Me expulsaron a Suiza; en la biblioteca universitaria de Lausanne tuve ocasión de estudiar sobre el terreno la llamada «Escuela de Lausanne» (Walras), así como a los economistas anteriores, y de remontarme hasta las fuentes de la teoría marginalista. También allí pude dedicarme a estudiar profundamente a los economistas anglosajones. Mi actividad política me llevó poco después a Estocolmo, ciudad en la que la Biblioteca Real y la biblioteca particular de la Academia Comercial me permitieron

proseguir mi estudio sobre la economía política moderna. Mi detención y consiguiente expulsión a Noruega me encaminaron hacia la biblioteca del Instituto Nobel de Christiania; finalmente, una vez instalado en América, pude profundizar aún más, y en su propio terreno, en la literatura económica americana en la Biblioteca Pública de Nueva York.

Durante mucho tiempo el manuscrito estuvo perdido en Christiania y sólo gracias a los enérgicos esfuerzos de mi amigo, el comunista noruego Arvid C. Hansen, ha podido ser recuperado y enviado a la Rusia soviética en febrero de 1919. Me he limitado a añadirle algunas observaciones y algunas notas que se refieren principalmente a la escuela anglosajona y a los acontecimientos recientes en general.

Hasta el presente, en el campo marxista sólo han prosperado dos tipos de críticas relativas a la economía política burguesa y moderna: una crítica, o bien exclusivamente sociológica, o bien exclusivamente metodológica. Se demostraba, por ejemplo, que el sistema teórico en cuestión correspondía a una determinada psicología de clase, y nada más. O bien se consideraba equivocado su fundamento metodológico, la manera de abordar el problema. En uno y otro caso era, pues, inútil emprender una crítica minuciosa del aspecto «interno» del sistema.

En efecto, si uno piensa que solamente la teoría de clase del proletariado es objetivamente correcta, es suficiente, desde un punto de vista estricto, descubrir el carácter burgués de la teoría en cuestión para rechazarla. Y, en el fondo, es eso lo que ocurre, puesto que si el marxismo pretende poseer una validez universal, es precisamente porque es la expresión teórica de la clase progresiva, cuyas «pretensiones» a la clarividencia son mucho más arriesgadas

que en el caso del pensamiento conservador —y por consiguiente más limitado— de las clases dominantes en la sociedad capitalista. Sin embargo, es evidente que esta mayor clarividencia debe ser demostrada a través del enfrentamiento de las ideologías entre sí, mediante la crítica lógica de las teorías que nos son hostiles. Así, pues, la característica sociológica de una teoría no nos exime en ningún caso del deber de combatirla en el terreno de la crítica lógica propiamente dicha.

Lo mismo ocurre con la crítica metodológica. Demostrar que el punto de partida de los fundamentos metodológicos es erróneo, derrumba evidentemente todo el edificio teórico. Pero también aquí, la controversia ideológica exige que se demuestre la falsedad del método, recurriendo bien a las contradicciones internas de todo el sistema, bien a su imperfección, a su imposibilidad orgánica de abarcar y explicar la totalidad de los fenómenos que conciernen a la disciplina en cuestión.

De todo ello se deduce que el marxismo debe proporcionar una crítica *detallada* de las últimas teorías, crítica que debe ser tanto de orden sociológico como de orden metodológico, pero que debe ser también una crítica de todo el sistema, hasta sus últimas ramificaciones. Es ésta la manera como Marx actuó frente a la economía política burguesa (véase su obra *Teorías sobre la plusvalía*).

En tanto que los marxistas se limitaban, por lo general, a una crítica sociológica y metodológica de la escuela austriaca de economía, la crítica de los adversarios burgueses de esta escuela apuntaba esencialmente contra algunas conclusiones particulares consideradas erróneas. R. Stolzmann fue casi el único que realizó una crítica detallada de Böhm-

Bawerk. En la medida en que algunas ideas fundamentales de este autor presentan cierto parentesco teórico con el marxismo, nuestra crítica de los «austriacos» concuerda con la de Stolzmann. He creído conveniente subrayar esta concordancia entre las dos críticas, incluso en aquellos casos en que, ya antes de leer el libro de Stolzmann, había llegado por mi cuenta a las mismas conclusiones. Sin embargo, Stolzmann, a pesar de sus cualidades, se apoya en una concepción totalmente falsa de la humanidad, a la que concibe como una «figura teleológica». No sin razón R. Liefmann —un muy importante promotor de la escuela austriaca, cuya doctrina profundizó subrayando sus particularidades— se defiende de los ataques de Stolzmann atacando su teleología. Este punto de vista teleológico, así como el tono netamente apologético de su obra, hacen que para Stolzmann sea imposible dar a su crítica de la escuela austriaca un marco teórico apropiado. Es ésta una labor que sólo los marxistas pueden realizar. La presente obra quiere ser un primer intento en este sentido.

El motivo de nuestra crítica no requiere largas explicaciones. Todo el mundo sabe que el más encarnizado adversario del marxismo es precisamente la escuela austriaca.

Puede que algunos se sorprendan de que publique este libro mientras la guerra civil hace estragos en Europa; pero es que los marxistas nunca han interrumpido sus trabajos teóricos, ni siquiera en los más violentos momentos de la lucha de clases, mientras dispusieran de las mínimas condiciones físicas para ello. Una objeción mucho más importante sería decir que es por lo menos insensato dedicarse a refutar la teoría capitalista en aquellos momentos en que el sujeto y el objeto de esta teoría están desapareciendo ante el empuje de la revolución comunista. Pero tampoco esta respuesta resultaría correcta, puesto que la crítica del sistema capitalista es muy importante para comprender los actuales acontecimientos. Y en la medida en que la crítica de las teorías burguesas abre el camino para esta comprensión, conserva su valor de conocimiento.

Todavía algunas palabras sobre la forma de expresar esta crítica. Me he esforzado por ser lo más breve posible, a lo que probablemente se deba la relativa dificultad del texto. Por otra parte, he incluido gran número de citas textuales, tanto por lo que se refiere a los austriacos como a los matemáticos, los anglosajones, etc. En nuestros ambientes marxistas se critica esta manera de abordar un determinado tema en tanto que muestra de una «erudición» puramente externa. Sin embargo, he creído útil sacar de la literatura histórica algunas pruebas testimoniales a fin de introducir al lector en la materia y facilitar su orientación. No es en absoluto superfluo *conocer* al enemigo y más aún cuando éste es poco conocido entre nosotros. Además, he dado en notas, *in nuce* y paralelamente, una crítica sistemática de las restantes variantes del pensamiento económico burgués.

Deseo expresar aquí mi mayor reconocimiento a mi amigo Yuri Leonidovitch Piatakov, con quien he discutido las cuestiones teóricas de la economía política y de quien he recibido valiosas opiniones.

El libro está dedicado al camarada N. L(enin).

Moscú, fines de febrero de 1919.

N. BUJARIN

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ALEMANA

El libro que presentamos al lector fue escrito hace bastantes años. Si su autor dispusiera de más tiempo libre habría modificado el texto, debido a la numerosa literatura aparecida desde entonces. Desgraciadamente, otras tareas absorben todo su tiempo. Sin embargo, cree conveniente que este libro aparezca en el mercado alemán pues es el único texto marxista que proporciona una crítica sistemática de la principal orientación de la teoría económica burguesa. Desde este punto de vista, el libro no está en absoluto desfasado y, en nuestra opinión, conserva toda su importancia teórica. Propone a la reflexión del lector marxista los elementos esenciales para refutar la ideología de la burguesía moderna, y también la literatura burguesa actual puede incluirse fácilmente en el marco crítico que ofrece el presente libro.

Por todos esos motivos nos hemos decidido a publicarlo en Alemania.

N. BUJARIN

Moscú, 12 de noviembre de 1925.

INTRODUCCIÓN

1. La escuela histórica en Alemania.
Carácter sociológico de la escuela histórica.
Carácter lógico.
2. La escuela austriaca. Carácter sociológico
de la escuela austriaca. Breve caracterización lógica.
3. La escuela anglosajona.
4. Los precursores de los «austriacos»

Casi treinta años han pasado ya desde que enmudeció para siempre la encendida palabra del gran pensador del siglo XIX cuyas ideas han servido de punto de apoyo al movimiento proletario del mundo entero. Toda la evolución económica de las últimas décadas —la concurrencia y la centralización desenfrenadas del capital, la eliminación de la pequeña industria hasta en los rincones más atrasados, el advenimiento de los poderosos magnates de la industria, reyes coronados de oro, por una parte, y, por otra, la extensión de un ejército de proletarios que el propio mecanismo de la producción capitalista lleva a educarse, a unificarse y a organizarse—, todo ello confirma plenamente la exactitud del sistema económico de Marx, quien se había propuesto descubrir la ley económica del movimiento de la sociedad capitalista actual. Las previsiones formuladas primero en el *Manifiesto Comunista* y después, de una forma más completa y más desarrollada, en *El Capital,* se han verificado el noventa por ciento de

las veces. Una de las principales previsiones, la teoría de la concentración, es ya del dominio público; se ha convertido en una verdad científica universalmente reconocida. Aunque es verdad que atribuyéndola generalmente a una fuente teórica distinta que le priva de su unidad, tan característica de la teoría marxista. Pero el «romanticismo económico», que vio en esta teoría solamente el resultado de una imaginación utópica, ha perdido mucho terreno en estos últimos años, debido a que las tendencias descubiertas y explicadas por Marx se han desarrollado con tanta rapidez y con tanta amplitud que el avance victorioso de la gran industria sólo podía pasar inadvertido para los ciegos. Si, por exceso de buena voluntad, algunos han visto en las sociedades anónimas una «democratización del capital», si su sentimentalismo fácil les ha hecho creer que esto podía ser una garantía de paz social y de bienestar general (y resulta lamentable ver como esta opinión ha podido ser defendida incluso entre las filas de la clase obrera), la «realidad económica» actual destruye del modo más brutal esta maravilla pequeñoburguesa; ya que, en realidad, la sociedad anónima se ha convertido, en manos de un puñado de usureros, en un despiadado medio de represión contra la progresión del «cuarto estado». Solamente esto bastaría para demostrar la importancia del instrumento de conocimiento que constituye el sistema teórico de Marx. Pero aquel aspecto del desarrollo capitalista que no se ha manifestado hasta hoy día, tampoco puede comprenderse correctamente sin ayuda del análisis marxista.[1] Las poderosas asociaciones de empre-

1. El libro de R. HILFERDING, *Le Capital Financier*, es, en este aspecto, enormemente instructivo. (Trad. cast. de V. Romano García, *El Capital Financiero*, Tecnos, Madrid, 1963.)

sas, la creación de sindicatos, de trusts, de organizaciones bancarias sin precedentes, la penetración del capital bancario en la industria, así como la hegemonía del capital financiero en toda la vida económica y política de los países capitalistas desarrollados, todo eso no es sino la extensión de aquellos aspectos ya observados por Marx. La dominación del capital financiero no hace más que multiplicar la rapidez del movimiento de concentración, transformando la producción en producción social dispuesta para ser sometida al control de la sociedad. Como era de esperar, los sabios burgueses han afirmado recientemente que la actividad organizadora de los jefes de empresa iba a poner fin a la anarquía de la producción y también a las crisis. Pero ¡ay! el organismo capitalista sigue aquejado de espasmos periódicos, y sólo individuos extrañamente ingenuos pueden aún creer que el capitalismo es capaz de curarse de sus males gracias a las chapuzas reformistas. La misión histórica de la burguesía ya se ha realizado en todo el mundo y toca a su fin. Comienza la era de las grandes acciones proletarias; la lucha ha rebasado los límites nacionales del Estado, se va perfilando cada vez más como una presión de las masas sobre las clases dominantes y se dirige a grandes pasos hacia su objetivo final. Se acerca el tiempo en que la predicción de Marx se realizará y la última hora de la propiedad capitalista habrá llegado. Independientemente de la fuerza con que los hechos demuestren la exactitud del punto de vista marxista, su influencia entre los sabios oficiales no ha aumentado en absoluto; por el contrario, más bien ha disminuido. Si antes, en los países atrasados, como Rusia y en parte de Italia, incluso profesores de universidad habían llegado a

flirtear a veces con Marx, aunque sin renunciar por ello a pequeñas y grandes «rectificaciones» de su propia cosecha, la actual evolución social, la exacerbación de las contradicciones de clase, junto con la consolidación de las ideologías burguesas de todo tipo, hacen que todo el mundo se sienta con fuerzas para luchar de nuevo contra la ideología del proletariado, siendo eliminados los «individuos dudosos» y sustituidos por el tipo de sabio «puramente europeo», «moderno», vestido a la moda prusiana, austriaca, incluso a la última moda anglosajona.[2]

Para oponerse al férreo sistema de Marx, la burguesía ha movilizado dos tendencias *fundamentales* en economía política: la escuela llamada «histórica» (Roscher, Hildebrandt, Knies, Schmoller, K. Bücher, etc.) y la «escuela austriaca» (Karl Menger, Böhm-Bawerk y Wieser), que han tenido un creciente eco en estos últimos años. Sin embargo, ambas tendencias traducen la *derrota* de la economía política burguesa, aunque esta derrota se exprese de dos maneras diametralmente opuestas. Mientras el primer tipo de teoría burguesa ha fracasado al adoptar una actitud negativa hacia toda teoría abstracta *en*

2. El éxito de las «nuevas» teorías proviene sobre todo del cambio que se ha producido en la psicología social y no de la perfección lógica con que han sido construidas. *Una* de las razones de la aversión de la burguesía para con la teoría del valor-trabajo estriba, naturalmente, en su aversión por el socialismo. Böhm-Bawerk lo admite parcialmente cuando escribe: «Es cierto que durante algunos años, y a causa de la expansión de las ideas socialistas, la teoría del valor-trabajo empezó ganando terreno, pero en esos últimos tiempos ha retrocedido decididamente en los medios teóricos de todos los países, en favor sobre todo de la teoría de la "utilidad marginal", teoría que cada día se extiende de más y más.» BÖHM-BAWERK, *Kapital und Kapitalzins*, 2.ª ed., vol. I, p. 444, nota. Trad. parcialmente (la 1.ª parte) por Carlos Silva, *Capital e interés. Historia y crítica de las teorías sobre el interés*, FCE, México, 1947.

general, el segundo se ha limitado a elaborar una teoría puramente abstracta repleta de «pseudo-explicaciones» hábilmente imaginadas pero que han resultado inutilizables en aquellos puntos en que la teoría de Marx es particularmente inatacable, es decir, en las cuestiones relativas a la *dinámica* de la sociedad capitalista actual. Es bien sabido que la economía política clásica se esforzó por formular las leyes generales, es decir, «abstractas», de la vida económica, y Ricardo, el representante más eminente de esta escuela, proporcionó extraordinarios ejemplos de este método abstracto-deductivo. «La escuela histórica», por el contrario, nació como reacción contra el «cosmopolitismo» y el «perpetualismo» de los clásicos.[3] Esta diferencia tiene profundas raíces económico-sociales. A pesar de su «cosmopolitismo», la teoría clásica y su doctrina de librecambio era fuertemente «nacionalista»: era el inevitable fruto teórico de la industria *inglesa*. Inglaterra, que a consecuencia de diversas circunstancias de todo tipo consiguió el dominio exclusivo del mercado mundial, no temía ninguna posible competencia y no tenía necesidad de ninguna medida artificial, es decir, legislativa, para asegurar su primacía entre todos sus competidores. De igual manera, la industria inglesa no necesitaba invocar las particularidades de su país para justificar las barreras aduaneras. Los teóricos de la burguesía inglesa tampoco tenían necesidad, por lo tanto, de fijar su atención en las *particularidades* específicas del capitalismo inglés:

3. Lo que Knies entiende por cosmopolitismo es la vieja idea de los clásicos según la cual las leyes económicas son idénticas para todos los países y para todos los pueblos; respecto al término perpetualismo —análoga idea de la escuela clásica relativa a las diferentes épocas históricas— véase KNIES, *La economía política desde el punto de vista histórico*, nueva ed., 1883, p. 24.

al expresar los intereses del capital *inglés*, hablaban al mismo tiempo, de las leyes generales del desarrollo económico. Desarrollo económico que presentaba características totalmente distintas en el continente europeo y en América.[4]

Alemania, cuna de la «escuela histórica», era entonces un país esencialmente agrario, atrasado con relación a Inglaterra. La naciente industria alemana, en especial la industria pesada, soportaba enormes dificultades a causa de la concurrencia inglesa. Por consiguiente, si bien la burgesía inglesa no necesitaba invocar sus particularidades nacionales, la burguesía alemana, en cambio, se veía obligada a poner doblemente de relieve la originalidad, la autonomía de la evolución alemana y a utilizarlas para demostrar teóricamente la necesidad de las «barreras aduaneras de crecimiento». En efecto, el interés teórico se centraba en la elucidación de lo que es históricamente concreto y nacionalmente limitado; en el aspecto teórico todo consistía, pues, en escoger y poner de relieve estos precisos aspectos de la vida económica. Desde el punto de vista sociológico, la escuela histórica fue la expresión ideológica de este proceso de crecimiento de la burguesía alemana, la cual, temerosa de la concurrencia inglesa, buscaba apoyo para la industria nacional; así, ponía en primer plano las particularidades nacionales e históricas de Alemania, y por extensión las de los demás países. Desde el punto de vista social-genético, la escuela clásica y la escuela histórica son ambas «nacionales», siendo tanto una como otra el producto de una limitada evolución histórica y local, pero

4. Friedrich List, exigente defensor de una política proteccionista, puede ser considerado el primer teórico de la escuela histórica. Véase *El sistema nacional de economía política*, 1841.

enfocándolo desde el punto de vista lógico, los clásicos son «cosmopolitas» y los históricos «nacionales».

Fue así como el *movimiento de protección aduanera* alemán engendró la escuela histórica. Su desarrollo ulterior originó tendencias de todo tipo, entre las que destacó la de Gustav Schmoller (escuela llamada «histórica nueva» o «histórico-ética»), teñida de conservadurismo *agrario*. La idealización de toda forma de producción transitoria, en especial las relaciones «patriarcales» entre propietarios agrícolas y trabajadores del campo, el miedo de la «peste proletaria», y el «peligro rojo», siempre han servido para desenmascarar a esos profesores «objetivos» y para poner al desnudo las raíces sociales de su «ciencia pura».[5] De esta característica sociológica deriva —en consecuencia— la característica lógica de la escuela histórica.

Desde el punto de vista lógico, la escuela «histórica» se caracteriza, en primer lugar, por su actitud negativa frente a la teoría abstracta. Este tipo de investigación provocaba en los «históricos» profunda repulsión; toda posibilidad de trabajo en este sentido les parecía dudosa desde el principio y, en general, criticable; en la mente de estos sabios la palabra «abstracto» era sinónimo de «absurdidad», llegando algunos a extender su escepticismo hasta

5. Así, Mijailowsky, por ejemplo, enumera las «actividades» del profesor Schmoller: «Se esforzó en retrasar la introducción del seguro de trabajo estatal, era opuesto a la aplicación de las leyes de protección del trabajo para los obreros de empresas agrícolas y artesanales... Creía conveniente aplicar el código penal a los obreros agrícolas que violasen su contrato de trabajo, era contrario a admitir la capacidad jurídica de los sindicatos y de las asociaciones obreras, era partidario de la "ley antisocialistas".» *Fundamentos filosóficos, históricos y teóricos de la economía del siglo XIX*, Jourjev, 1909, p. 578.

el concepto esencial a toda ciencia, el concepto de «ley». Como máximo admitían las llamadas leyes «empíricas», elaboradas por medio de estudios históricos, científicos y estadísticos.[6]

Así llegó a constituirse un empirismo estrecho, refractario a toda generalización. Los representantes extremistas de esta escuela se creían en la obligación de acumular el material histórico concreto, aplazando indefinidamente el trabajo de generalización teórica. Schmoller, por ejemplo, líder reconocido de la escuela histórica, caracteriza con estas palabras a la joven generación: «Lo que le [se refiere a Roscher, *N. B.*] distingue de la joven escuela histórica es que ésta es menos dada a las generalizaciones, siente una necesidad mucho más profunda de pasar de la recolección de datos polihistóricos al estudio especializado de las diferentes épocas, de los diversos pueblos y de su situación económica. Exige, en primer lugar, monografías económicas. Prefiere comenzar por explicar la evolución de las diferentes instituciones económicas antes que la economía política como tal, es decir la economía a escala universal. Aplica el riguroso método de investigación propio de la Historia del Derecho, esforzándose por completar mediante viajes e investigaciones personales los conocimientos sacados de los libros y por integrar en sus estudios las ciencias filosóficas y psicológicas.» (G. Schmoller, *Grundriss der Allgemeinen Volkswirtschaftsliche*, Leipzig, 1908, p. 119.) Esta actitud hostil por definición a todo lo que se refiera a un método abstracto sigue estando en vigor en Alemania. El propio Schomoller afirma en 1908: «Estamos aún en el estadio de preparación y de recolección del material.»[7]

6. Neumann, uno de los más moderados defensores de la escuela histórica piensa, por ejemplo, que «en materia económica la posibilidad de aplicar leyes *exactas* debe excluirse». (*Ley natural y ley económica*, «Revista de las ciencias sociales», editada por Schäffle, 1892, año 48, p. 435.) He aquí la explicación que este mismo autor da del término «típico»: «En este caso (es decir en las ciencias naturales, *N.B.*) lo típico es lo que da lugar a otra reproducción típica y por ello puede ser estudiado. En el otro (en las ciencias sociales, *N.B.*) el término "típico" debe ser pensado, es decir *simulado*.» (*Ibid.*, p. 42.)

La preocupación por lo concreto corre pareja con otra originalidad de la tendencia «histórica»: en opinión de ésta, la vida económico-social no se diferencia en nada de los demás aspectos de la existencia, en especial del derecho y de las costumbres, aunque las propias necesidades de nuestro conocimiento hacen que esta distinción sea indispensable.[8] Esta actitud resulta, precisamente, de la aversión contra toda posible abstracción. Porque, en efecto, ¿acaso no es el modo de vida en sociedad una corriente *unitaria?*, ¿acaso no existe en realidad una sola, y no varias historias: de la economía, del derecho, de las costumbres, etc.? Sólo la abstracción científica fragmenta la vida, en sí misma unitaria, poniendo artificialmente de relieve diferentes series de fenómenos a los que agrupa según criterios predeterminados. Lógicamente, quien es opuesto a la abstracción debería oponerse asimismo a separar la esfera de la economía de la del derecho o las costumbres. Es evidente que esta posición resultaría perfectamente insostenible. Aunque la vida social constituya una unidad, no hay que olvidar que sin abstracción no es posible *ningún* conocimiento: el *concepto* mismo, co-

7. G. Schmoller, *loc. cit.*, p. 123.

8. Schmoller destaca tres «ideas fundamentales» de la escuela histórica: «*a*) La de la teoría de la evolución...; *b*) Una actitud psicológico-moral...; *c*) Una actitud crítica ante la ciencia natural individualista y ante el socialismo.» (*loc. cit.*, p. 123.)

mo tal, es una abstracción de lo «concreto»; por lo mismo, toda descripción supone una determinada selección de fenómenos según criterios que se consideran importantes por una u otra razón, hasta tal punto que la abstracción no es más que un atributo necesario de la capacidad de conocer; y sólo resulta inadmisible cuando, haciendo abstracción de las características concretas, se transforma lo abstracto en algo perfectamente vacío, es decir inutilizable para las necesidades del entendimiento.

El conocimiento *exige* la división de esta unidad que es la vida. Es ésta tan compleja en sí misma que para poder profundizar en su conocimiento es preciso descomponerla en varias series de fenómenos distintos unos de otros. ¿A qué conduciría el estudio de la economía, por ejemplo, si se quisieran integrar en este estudio elementos que son al mismo tiempo el objeto de la ciencia filológica arguyendo que son los mismos hombres los que intervienen en la economía y están unidos por el lenguaje? Es evidente que toda ciencia puede utilizar los resultados de cualquier otra, en la medida en que estos resultados puedan contribuir al estudio del objeto científico en cuestión, pero teniendo siempre muy presente que los elementos extraños no pueden ser considerados más que desde el punto de vista de la ciencia *en cuestión*, y que solamente son auxiliares para la investigación, nada más.

De modo que la utilización de materiales de diferentes clases, en lugar de facilitar la comprensión del tema, la hacen aún más difícil. Digamos también que «la reflexión moral-psicológica» de los «jóvenes historiadores» se ha transformado en juicios y enseñanzas morales. Se introduce en la ciencia —cuya misión es descubrir las relaciones *causales*— el elemento *ético* que nada tiene que ver con aquélla; de ahí el nombre de esta escuela: «histórico-ética».[9]

La actividad de la escuela histórica se traduce en numerosos trabajos históricos-descriptivos: historia de los precios, del trabajo asalariado, del crédito de la moneda, etc. Pero todo eso no ha hecho avanzar ni en un solo paso la teoría del precio y del valor, la teoría del salario o de la circulación monetaria. Sin embargo, todo el mundo puede ver que se trata de dos cosas totalmente distintas. «La estadística de los precios en el mercado de Hamburgo o en el de Londres en el transcurso de los últimos treinta años es una cosa, y una *teoría* general *del valor y de los precios*, tal como puede encontrarse en los trabajos realizados por Galiani, Condillac o Ricardo, otra.» [10]

Es precisamente la negación de la «teoría general» lo que trae como consecuencia la negación de la economía política en tanto que disciplina teórica autónoma. Es su acta de defunción.

De manera general, la ciencia persigue dos objetivos: bien describir lo que existía realmente en una época y en un lugar dados, o bien intenta deducir *leyes* de los fenómenos, lo que puede expresarse mediante la fórmula: dados A, B y C, resulta D. En el

9. Sobre este punto, H. Dietzel observa con mucha justeza: «Al igual que se habla de una *teoría* o de una *historia* económica "ética", podría hablarse también de una antropología, de una psicología, etc. "éticas".» (*Economía social teórica*, p. 31.) Compárese también con E. Sax, *Esencia y tareas de la economía nacional*, Viena, 1884, p. 53. El propio Léon Walras ironiza acerca de la moral en la teoría y compara este modo de proceder con los intentos de «espiritualizar la geometría». (Léon Walras, *Estudios de economía social. Teoría de la distribución de la riqueza social*, Lausanne-París, 1896, p. 40.)

10. Luigi Cossa, *Introduzione allo Studio dell'Economica Politica*, Milán, 1892, p. 15.

primer caso, la ciencia tiene un carácter *monográfico*, en el segundo *nomográfico*.[11]

Es evidente que la *teoría* de la economía política pertenece al segundo tipo de ciencia; se propone esencialmente objetivos científicos de orden nomográfico. Pero como la escuela histórica desprecia las leyes generales destruye, en definitiva, la economía política en tanto que ciencia propiamente dicha, sustituyéndola por la «descripción pura» de naturaleza monográfica y reduciéndola a la historia y a la estadística económica, ciencias monográficas por excelencia. La única idea correcta que esta escuela maneja, la de evolución, no ha sabido incluirla en el marco de un estudio *teórico*, por lo que a semejanza de la higuera bíblica, se ha vuelto estéril. Su importancia positiva consiste exclusivamente en la *reunión de materiales* que sirven de base para las reflexiones teóricas, y desde este punto de vista los trabajos de la escuela histórica son enormemente valiosos. Los trabajos de primer orden publicados por la Asociación de Política Social sobre los oficios, el comercio al por menor, el proletariado agrícola, prueban sobradamente lo que acabamos de afirmar.[12]

Karl Menger, el padre de la escuela austriaca,

11. La terminología se debe a A. A. Tchuprov, jr. *Cf.* de este autor sus *Elementos para una teoría de la estadística*, San Petersburgo, 1909. Rickert y Windelband usan esos mismos términos en un sentido ligeramente distinto.

12. Es principalmente el artesanado lo que aquí se estudia a fondo. La causa podemos encontrarla en estas palabras de G. Schmoller: «Sólo la conservación de una... clase media puede... preservarnos en última instancia de una evolución que consistirá en un dominio alternado de los intereses del dinero y del cuarto estado... Sólo ésta [la reforma social, *N.B.*] mantiene a la aristocracia de la cultura y del espíritu a la cabeza del Estado.» (G. Schmoller, *Algunas cuestiones fundamentales de política social y de principios de economía popular*, Leipzig, 1898, pp. 5 y 6.)

caracteriza de manera extremadamente correcta a los «históricos»: Sus sólidos conocimientos *históricos*, y un eclecticismo minucioso pero incontrolado, conjuntados de forma puramente externa en el dominio particular de *nuestra* ciencia [expresión con la que Menger denomina a la teoría de la economía política, *N. B.*]; éste es, a la vez, el punto de partida pero también el punto culminante de su evolución [de la escuela histórica, *N.B.*].[13]

Muy diferente es la orientación de la *escuela austriaca*. En el plano científico, se opone rotundamente al historicismo. En las querellas polémicas, particularmente ásperas entre Karl Menger y Schmoller, los nuevos teóricos de la burguesía repiten con pocas variaciones los errores de sus predecesores; también ellos creen necesario observar los «fenómenos típicos», las «leyes generales» («leyes exactas», según la expresión usada por K. Menger). Tras haber conseguido una serie de victorias sobre los «históricos», la escuela austriaca, en la persona de Böhm-Bawerk, se enfrenta al marxismo, denunciando en éste una pretendida insuficiencia teórica absoluta. La teoría marxista es «no sólo errónea, sino que en el plano de la valoración teórica ocupa uno de los últimos lugares entre todas las teorías acerca del interés...»: éste es el juicio de Böhm-Bawerk.[14]

Nada tiene, por consiguiente, de sorprendente que la nueva elucubración de los ideólogos burgueses haya chocado tan violentamente con la ideología del proletariado.[15] El conflicto debía resultar forzosa-

13. Karl Menger, *Errores del historicismo en la economía nacional alemana*, Viena, 1884, prólogo, p. IV.

14. Böhm-Bawerk, *Kapital und Kapitalzins*, p. 517.

15. H. Dietzel, que no tiene nada que ver con el socialismo, anota: «Hohoff tiene razón al decir que la polémica contra la

mente áspero por el hecho de que este nuevo intento de elaborar una teoría abstracta se parece *formalmente* al marxismo en que éste aplica el método abstracto —mientras que por su contenido se sitúa en el polo opuesto del marxismo. Este distanciamiento puede a su vez explicarse porque la nueva teoría es el resultado del último engendro de la burguesía —una burguesía cuya experiencia y, por consiguiente, cuya ideología, distan mucho de las de la clase obrera.

No vamos a mencionar aquí otras características de la posición *lógica* de los austriacos, puesto que volveremos sobre este punto más adelante. Limitémonos a indicar sus rasgos fundamentales en el aspecto *sociológico*.

En su última obra sobre el origen del «espíritu del capitalismo», Werner Sombart analiza los rasgos que caracterizan al empresario,[16] pero se limita a trazar la línea *ascendente* del desarrollo de la burguesía; la psicología burguesa en su aspecto *decadente* escapa a su atención y a su investigación. Aunque en su obra pueden encontrarse ejemplos interesantes de esta psicología, por más que no pertenezcan a la época moderna. Veamos cómo caracteriza Sombart las «altas finanzas» de Francia e Inglaterra en los siglos XVII y XVIII: «Eran gentes enormemente ricas, de origen burgués en su mayoría, que habían hecho fortuna como grandes terratenientes o como acreedores del Estado, y que flotaban en la superficie

teoría del valor-trabajo procede no de la razón, sino de la voluntad...» (*Economía social teórica*, p. 211.) En la misma página se refiere también a los «ejercicios apologéticos» de Kamorchinsky y de Böhm-Bawerk, pilar fundamental de los austriacos.

16. Werner SOMBART, *El Burgués*, Munich y Leipzig, 1915. (Trad. cast. en Alianza Editorial, Madrid, 1972.)

como aceite sobre agua, pero que no tenían ligazón alguna *con la vida económica.*» [17]

La decadencia del «espíritu capitalista» en Holanda, en el siglo XVII, lleva al «burgués», no a «feudalizarse», como en otros países, sino a engordarse, como se dice vulgarmente. Vive de sus rentas. *El* interés que concede a las empresas capitalistas del *tipo que sean, disminuye cada vez más.*[18]

Veamos otro ejemplo: Defoe, escritor inglés de la segunda mitad del siglo XVIII, describe de la siguiente manera el proceso de desarrollo que convierte al comerciante en rentista: «Para alcanzar su fortuna, es cierto que éste [el comerciante, *N.B.*] debía ser activo y trabajador; pero ahora ya no necesita tomar decisión alguna, le basta con ser perezoso e inactivo *(to determine to be indolent and inactive)*. Los bonos del Estado y la propiedad agraria son las únicas buenas inversiones de sus economías.» [19]

Sería totalmente falso pensar que esta psicología ha desaparecido; al contrario, la evolución capitalista de las últimas décadas ha conocido una acumulación rápida de «valores en capital». A consecuencia del desarrollo de las diferentes formas de crédito, la plusvalía acumulada recae sobre individuos que no tienen nada que ver con la producción. El número de estos individuos crece ininterrumpidamente y forma una clase social propiamente dicha: la de los *rentistas*. Aunque esta capa de la burguesía no constituya una clase social en el verdadero sentido de la palabra —sino más bien un determinado *grupo* en el seno de la burguesía capitalista— presenta, sin embargo, ciertos rasgos distintivos

17. Werner SOMBART, *op. cit.*, p. 46, subrayado por el autor.
18. *Ibid.*, p. 118, subrayado por el autor.
19. *Ibid.*, p. 201. El último párrafo subrayado por el autor.

que le son propios y que toman su fundamento de la llamada «psicología social». El auge de las sociedades anónimas y de los bancos, el nacimiento de un gigantesco comercio bursátil, es lo que origina este grupo social, al mismo tiempo que lo afianza continuamente. Su actividad económica se ejerce esencialmente en el plano de la circulación, sobre todo en la de los títulos y valores, y en las transacciones bursátiles. Un dato significativo es que, en el propio seno de este grupo que vive de las rentas de estos valores, existen diversos matices; el tipo extremo está representado por la capa situada no sólo fuera de la producción, sino incluso fuera del *proceso de circulación*. Son, principalmente, los poseedores de valores a interés fijo: rentas del Estado, obligaciones de todas clases, etc.; y, en segundo lugar, las personas que han invertido su fortuna en bienes agrarios, de los que obtienen rentas seguras y duraderas. Estos personajes ni siquiera conocen las alternancias del juego bursátil; los poseedores de acciones, estrechamente ligados a las vicisitudes de la especulación, cada día pueden perderlo todo o bien, por el contrario, levantarse rápidamente de su ruina, viviendo continuamente la vida del mercado, desde la participación bursátil activa hasta la lectura del correo de la bolsa y de los periódicos financieros; en cambio, esta relación con la vida económico-social deja de existir para los grupos que obtienen sus ingresos de valores a interés fijo que exceden del dominio de la circulación. Más aún: cuanto más evolucionado y elástico es el sistema de créditos, mayor es la posibilidad de «engordarse», de permanecer «perezoso e inactivo». Por otra parte, es el propio mecanismo capitalista el que se encarga de ello; al convertir en socialmente

superfluas las funciones organizadoras de un gran número de jefes de empresa (de hombres de negocios) elimina al mismo tiempo esos «elementos superfluos» de la vida económica inmediata; éstos, entonces, se depositan en la superficie de la vida económica como «aceite sobre agua» —para usar la expresión tan gráfica de Sombart.

Observemos ahora que los poseedores de valores a interés fijo no representan en absoluto una capa en regresión en el seno de la burguesía rentista, sino que, por el contrario, esta capa tiende a aumentar constantemente. «La burguesía se transforma en una masa de rentistas que mantienen con las grandes instituciones financieras las mismas relaciones que con el Estado del que compran los bonos del Tesoro: en uno y otro caso se les paga sin que tengan que preocuparse de nada. En consecuencia, la burguesía tendrá tanta mayor tendencia a transferir su fortuna al Estado... cuanta mayor seguridad pueda ofrecer éste. Es indudable que las acciones ofrecen mayores posibilidades de conseguir elevados beneficios que las rentas de Estado, pero también comportan enormes riesgos. Observemos que la burguesía hace aparecer cada año un *excedente de capital* considerable; pero incluso en períodos ascendentes de la coyuntura industrial las emisiones de acciones no absorben más que una pequeña parte de este excedente —la otra, inmensamente mayor, se invierte en bonos del Estado, deudas comunales, hipotecas, y otros valores a interés fijo.»[20]

Esta capa burguesa es claramente parasitaria; presenta rasgos psicológicos que la asimilan en todo a la nobleza decadente de los últimos tiempos del

20. PARVUS, *El Estado, la industria y el socialismo*, edición von Kaden y Cía., Dresde, pp. 103-104.

«antiguo régimen» y a las capas superiores de la aristocracia financiera de la misma época.[21] El rasgo más sobresaliente de esta capa —y que la distingue tanto del proletariado como de la burguesía de otro tipo—, es, como hemos visto, su separación de la vida económica: no participa directamente ni de la actividad productiva ni del comercio; con frecuencia sus representantes ni siquiera cortan ellos mismos los cupones. Para designar del modo más genérico el dominio en el que se ejerce la actividad de estos rentistas, diremos que es en *la esfera del uso*. Toda la existencia del rentista se basa en el uso, y la psicología del «uso en estado puro» es lo que confiere a esa existencia su «estilo» peculiar. El rentista consumidor sólo tiene en su cabeza caballos de carreras, tapices orientales, buen tabaco, vinos finos... Si alguna vez habla de trabajo se refiere a «trabajar» en coger flores o en encargar entradas para el teatro.[22] La producción, el trabajo necesario para la obtención de bienes materiales, como cae fuera de su campo visual, lo considera algo puramente fortuito. No hay que buscar en él ninguna actividad digna

21. Puede encontrarse una representación de estas clases en la obra de SOMBART, *Lujo y capitalismo* (Ed. Duncker y Humblot, 1903), especialmente en las pp. 103, 105, etc. Lo que no impide a Charles Gide afirmar que «el ocio no es más que una división del trabajo bien entendida», dado que «ya los antiguos valoraban positivamente que los ciudadanos pudieran disponer de todo el tiempo libre necesario para dedicarlo a los asuntos del Estado». Charles GIDE, *Elementos de economía política* (citado según la traducción rusa de Scheinis, San Petersburgo, 1896, p. 288). Pero para los antiguos también la esclavitud era una «institución necesaria» y «una división del trabajo bien entendida». Por lo que se refiere a la glorificación de la esclavitud, los señores economistas burgueses no tienen nada que envidiar a los «antiguos».

22. Los ejemplos son los mismos con los que Böhm-Bawerk ilustra su teoría del valor.

de este nombre; toda su mentalidad está impregnada de pasividad; la filosofía, la estética de estos rentistas es de naturaleza estrictamente contemplativa, desprovista de elementos activos, tan típicos, en cambio, de la ideología proletaria. Es porque el proletariado vive en la esfera de la producción, en contacto directo con la «materia», por lo que, para él, se transforma en «material», en objeto de su *trabajo*. Asiste al gigantesco crecimiento de las fuerzas productivas de la sociedad capitalista, al desarrollo cada vez mayor de las nuevas técnicas mecánicas que permiten arrojar al mercado cantidades más y más grandes de mercancías, cuyos precios bajan a medida que progresa y se profundiza el proceso de perfeccionamiento técnico. Razón por la cual el proletario está marcado por la psicología del *productor*. El rentista, al contrario, *por la del consumidor*.

Sigamos. Hemos visto que la clase social que estamos analizando es un producto de la decadencia de la burguesía, decadencia debida a que la burguesía ha perdido ya sus funciones socialmente útiles. Esta situación originaria de una clase en el interior —, mejor dicho, en el exterior— del proceso de producción ha conformado un tipo social particular que se distingue de alguna manera por su carácter fuertemente asocial. Si, desde su cuna, la burguesía es esencialmente individualista —puesto que el hecho mismo de su existencia se basa en la *célula* económica, que mantiene, para salvaguardar su existencia autónoma, una encarnizada lucha competitiva contra las demás células— este individualismo aparece aún más poderosamente en el rentista. El rentista no conoce ningún tipo de vida social, vive completamente al margen; sus relaciones sociales están rotas, y ni siquiera los quehaceres generales

de la clase son capaces de soldar entre sí los «átomos sociales». Así desaparece no sólo el interés por las empresas capitalistas, sino también toda preocupación por lo que tenga el mínimo aspecto «social». La ideología de una capa social de este estilo es, pues, esencialmente individualista; es en el plano estético donde el individualismo de esta clase es más fácilmente observable: toda tentativa de abordar los problemas sociales es considerada *eo ipso* «antiartística», «burda», «tendenciosa».

Del todo diferente es la manera como se forma la mentalidad del proletariado, que prontamente se ha sacado de encima la coraza individualista de la clase social de la que procede: la pequeña burguesía urbana y agraria. Confinado entre los muros de piedra de la gran ciudad, concentrado en los lugares de trabajo común y de la lucha común, el proletariado adquiere rápidamente una psicología colectiva y una extremada sensibilidad en cuanto a las relaciones sociales; sólo en el estadio de desarrollo más primitivo, cuando el proletariado no es aún una clase particular, presenta ciertas tendencias individualistas que desaparecen a continuación sin dejar huellas. El proletariado se desarrolla, por consiguiente, en sentido opuesto a la burguesía tomada en su totalidad; mientras su psicología se va haciendo colectivista, la orientación individualista es uno de los rasgos fundamentales de la burguesía. *El individualismo agudizado, ésta es la segunda cualidad característica del rentista.*

Finalmente, la tercera actitud típica del rentista, como de todo burgués, es el miedo al proletariado, *el miedo a las catástrofes sociales que se avecinan.* El rentista es incapaz de cualquier previsión: su «filosofía» se reduce a la expresión *carpe diem*, «aprovechémonos ahora»; su horizonte visual se limita al presente; si alguna vez se le ocurre «pensar» en el porvenir, es únicamente a imagen y semejanza del presente; no es capaz de imaginarse una época en la que las gentes de su calaña no cobrarán rentas; asustado, cierra los ojos ante esa perspectiva, hace como que la ignora y se esfuerza por no ver en el presente los gérmenes del porvenir; su modo de pensar es esencialmente antihistórico. Por el contrario, la mentalidad del proletariado no es en absoluto conservadora. La lucha de clases que se avecina impone al proletariado la tarea de *superar* el sistema social y económico existente; el proletariado, no sólo no tiene el menor interés por la perpetuación del statu quo social, sino que, por el contrario, está vivamente interesado en su destrucción; vive fundamentalmente de cara al porvenir; incluso las tareas actuales las evalúa en función del porvenir. Por eso su manera de pensar en general, y en especial su pensamiento científico, presenta un carácter netamente dinámico, histórico.

Ésta es la tercera antítesis entre la psicología del rentista y la del proletario.

Estos tres aspectos de la «consciencia social» del rentista, que se derivan inmediatamente de su «ser social», impregnan asimismo su consciencia al nivel más elevado de ésta, es decir, sus ideas científicas. La psicología es siempre la base de la lógica; los sentimientos y las disposiciones determinan el movimiento general del pensamiento, el punto de vista desde el que se considera la realidad a fin de someterla al trabajo de la lógica. Puede ocurrir que durante el análisis, aun si éste es muy minucioso, de

una determinada frase aislada de una teoría cualquiera no se alcance a descubrir su infraestructura social; no obstante, dicha infraestructura aparece muy claramente cuando se ponen al descubierto los rasgos distintivos del sistema teórico en cuestión, sus aspectos generales; vemos entonces cómo cada frase toma un sentido nuevo, cómo se convierte en el eslabón indispensable de una larga cadena que traduce la experiencia de una determinada clase, de un grupo social dado.

Ahora bien, si nos encaramos con la escuela austriaca, o mejor aún, con los trabajos de Böhm-Bawerk, su más eminente representante, vemos que las características psicológicas del rentista que acabamos de esbozar, tienen su equivalente en el plano lógico.

Para empezar, es la primera vez que se analiza a fondo el problema del *consumo*. En sus comienzos, que corresponden a la época de dominio del capital comercial (mercantilismo), la economía política burguesa se caracteriza por el hecho de que considera los fenómenos económicos desde el punto de vista del cambio.

«Por lo demás, es lógico que la mentalidad burguesa, que sólo ve lo que se refiere al negocio, no comprenda que es el carácter del régimen de producción lo que sirve de base al régimen de circulación correspondiente, y no a la inversa.»[23]

23. Karl MARX, *El Capital*, L. II, p. 88 (trad. castellana de W. Roces, ed. FCE, México, 1966, L. II, p. 104). La relación entre la teoría y la práctica se muestra de modo particularmente visible en los mercantilistas; los más eminentes ideólogos eran asimismo los más eminentes prácticos: Gresham, por ejemplo, fue consejero de la reina Isabel y llevó personalmente la lucha contra la Hansa; Thomas Mun fue miembro de la Administración de la Compañía de Indias; Dudley North fue uno de los principales comerciantes, dedicándose a un considerable comercio internacional para su época, etc. Véase ONCKEN, *Geschichte der*

La segunda etapa corresponde a la época en que el capital procede a la organización de la producción; la llamada «escuela clásica» representa la ideología de esas relaciones; considera los problemas económicos precisamente desde el punto de vista de la producción —por ejemplo en las «teorías sobre el trabajo» de A. Smith y de Ricardo— y a ésta se refiere lo esencial de su investigación teórica. La economía política proletaria heredó esa misma actitud de los clásicos. Por el contrario, el burgués rentista considera que lo primordial es solucionar el problema del consumo. También en esto consiste la nueva posición teórica fundamental, característica de la escuela austriaca y de las tendencias anexas. La orientación teórica que la escuela austriaca continúa, existía ya en el pasado; pero ninguna de las teorías que se basaban en el análisis del uso y del valor de uso de los «bienes» llegaron a conocer nunca un éxito comparable al de la escuela austriaca. Y solamente en comparación con la ciencia oficial —y gracias a la muy reciente evolución— estas teorías han podido encontrar en la psicología del burgués rentista moderno una base sólida.[24]

Del mismo modo, también el *individualismo sórdido* encuentra su perfecto equivalente en el méto-

Nationalökonomie, acerca del cambio como punto de partida del análisis. *Cf.* K. PRIBRAM, *La idea de equilibrio en la antigua teoría de economía política*, «Zeitschrift für Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung», B. XVII, p. 1. Aquí puede encontrarse una amplia bibliografía.

24. El esquema descrito no es más que un esquema, es decir una construcción a grandes rasgos, prescindiendo de todo lo accesorio. T. R. KAULLA que en su libro sobre *El desarrollo histórico de las modernas teorías del valor* (Tübingen, 1906) intenta, entre otras cosas, un análisis del nacimiento de la escuela austriaca, no ha comprendido toda la significación de los fenómenos que destacamos.

do «subjetivo-psicológico» preferido por la nueva escuela. Es evidente que el individualismo condicionó ya en el pasado a los teóricos de la burguesía, que siempre tuvieron debilidad por las «robinsonadas». Los representantes de las «teorías del valor-trabajo» basaban, incluso ellos, su argumentación en posiciones individualistas: su valor-trabajo no era la *ley del precio* social y objetivamente determinada, sino *la evaluación* subjetiva del «homo œconomicus», que aprecia los bienes económicos diversamente según que su esfuerzo vaya acompañado de inconvenientes más o menos graves (en A. Smith por ejemplo). Únicamente en Marx el valor-trabajo posee el carácter de una «ley de la naturaleza», ley que regula el intercambio de las mercancías independientemente de la voluntad de los agentes del orden social moderno. Sin embargo, solamente ahora, es decir, en la doctrina de la escuela austriaca, el psicologismo en economía política, o sea el individualismo económico, es motivado y formulado con una coherencia perfecta.[25]

Por último, *el miedo a una brusca transformación* de la situación se traduce en los defensores de la teoría marginalista por la más profunda aversión contra todo lo que suene a histórico; según estos autores, sus categorías económicas son válidas en todos los tiempos y para todas las épocas; no hay ni que pensar en examinar las leyes de la evolución de la producción capitalista moderna en tanto que categoría histórica específica, como preconiza Marx. A la inversa, fenómenos como el beneficio, los ingresos del capital, etc. son considerados como atributos eternos de la sociedad humana, cosa que indica un

25. Albert SCHATZ, *El individualismo económico y social*, 1907, p. 3, nota.

intento de justificación de las condiciones actuales. Pero cuando más débiles son los elementos de su *conocimiento* teórico, más bajo hablan los apologistas del orden capitalista. «Nada hay en la *naturaleza* de la renta [es decir del beneficio, *N.B.*] que haga que ésta pueda parecer por sí misma injusta o inicua.»[26] Éste es el resultado final (y en nuestra opinión el objetivo) de la vasta investigación de Böhm-Bawerk.

La teoría «austriaca» representa, en nuestra opinión, la ideología del burgués ya eliminado del proceso de producción, es decir, del burgués en *vías de degradación*, que inmortaliza las peculiaridades de su mentalidad decadente mediante una teoría estéril en el plano científico, como veremos a continuación. Eso no es en modo alguno contradictorio con el hecho de que la propia teoría de la utilidad marginal, tal y como la han fijado los austriacos, esté ya cediendo el paso a la escuela «angloamericana», aún más de moda en nuestros días y cuyo representante más eminente es J. B. Clark. La evolución capitalista, en su fase actual, marca una época de extremada tensión de todas las fuerzas del mundo capitalista. El proceso económico de transformación del capital en «capital financiero»[27] introduce a una nueva capa de la burguesía en una esfera de producción de la que esta burguesía había sido siempre excluida (debido a que el capital bancario, atraído por la industria, toma entre sus manos la organización de la producción); componentes de esta nueva capa son por ejemplo los dirigentes y organizadores de trusts —prototipo de burgueses emi-

26. BÖHM-BAWERK, *Positive Theorie des Kapitals*, 3.ª ed., p. 574.

27. Aquí usamos la terminología de R. HILFERDING, *cf.* su *Finanz Kapital*, en especial pp. 282-284.

nentemente activos, cuya ideología política se traduce en un imperialismo agresivo y su filosofía en un pragmatismo activo. Esta especie de burgués es mucho *menos individualista*, puesto que ha crecido en el seno de organismos comerciales que representan un conjunto en el que la voluntad individual está más o menos relegada a un segundo plano. En consecuencia, la ideología de este burgués se distingue de la del rentista: tiene en cuenta la producción, llega incluso a aplicar el método de investigación «social-orgánico» al conjunto de la economía social.[28] La escuela americana es un producto de la burguesía en progreso y no de la burguesía decadente; de las dos corrientes que existen actualmente, la del desarrollo permanente y la de la descomposición incipiente, representa sólo la primera; y no por azar esta escuela lleva la impronta del espíritu americano, el espíritu del país del que Sombart, apologista del capitalismo, afirma: «Todos los resultados que lleva consigo el espíritu capitalista han alcanzado su más alto nivel de expresión en los Estados Unidos de hoy. Por el momento, su vigor no ha sido aún debilitado. Por ahora todo es aún torrente y torbellino.» [29]

El rentista representa, pues, el tipo marginal del burgués y la teoría de la utilidad marginal es la ideología de este tipo marginal. Desde el punto de vista psicológico, de eso le viene su importancia,

28. Véase en SCHUMPETER el análisis de la escuela americana desde el punto de vista de los austriacos: *La nueva teoría económica en los Estados Unidos* en el «Anuario de legislación, de administración y de economía de Alemania». Editado por Schmoller, año 34, cuaderno 3, especialmente pp. 10, 13, 15.

29. W. SOMBART, *El Burgués*, p. 193. No debemos olvidar que numerosos multimillonarios americanos son *self-made-men*, cuyo empuje todavía no ha tenido tiempo de desvanecerse.

y también desde el punto de vista lógico, pues es evidente que los americanos son *eclécticos* con relación a esta teoría. Y precisamente porque la escuela austriaca responde a la ideología correspondiente al tipo marginal de la burguesía es por lo que constituye la antítesis perfecta de la ideología proletaria: objetivismo-subjetivismo, punto de vista histórico-punto de vista no histórico, punto de vista de la producción-punto de vista del consumo: ésta es la diferencia metodológica, tanto de los fundamentos de la teoría como de toda la construcción teórica de Böhm-Bawerk. El análisis lógico de esta diferencia metodológica, la de los fundamentos de la teoría, y también la de todo el entramado teórico de Böhm, es el objeto de nuestro trabajo.

Todavía algunas palabras sobre los precursores de la escuela austriaca.

En la obra de Condillac, *El comercio y el gobierno* (1795) se hallan ya esbozadas las ideas fundamentales de la futura teoría de la utilidad marginal. Condillac insiste repetidamente en el carácter «subjetivo» del valor; el valor no reside, según este autor, en la ley social del precio, sino en el juicio individual, basado de un lado en la utilidad y, de otro, en la escasez. Este mismo autor tanto se aproxima a la moderna manera de enfocar esta cuestión que llega incluso a distinguir entre la necesidad presente y la necesidad futura,[30] distinción que, en el paso del valor a la renta, ocupa igualmente, como es sabido, el primer lugar en Böhm-Bawerk, principal representante de la escuela austriaca.

Parecidas ideas pueden encontrarse más o menos en la misma época en un economista italiano,

30. CONDILLAC, *Le Commerce et le Gouvernement considerés relativement l'un à l'autre*. París, año III (1795), pp. 6-8.

el conde Verri,[31] quien también considera el valor como un compuesto de ultilidad y de escasez.

En 1831 se publicó el libro de Auguste Walras, padre del célebre Léon Walras: *De la nature de la richesse et de l'origine de la valeur*, en donde el autor hace derivar el valor de la escasez de los bienes útiles y se dedica a refutar a aquellos economistas que no dedican su atención sino a la utilidad de los bienes que constituyen la «riqueza». En virtud de la claridad de su idea fundamental, esta obra bien hubiera podido merecer mayor atención por parte de los promotores de la nueva orientación.

En 1854, Hermann Gossen expuso en forma clara y precisa las motivaciones de la utilidad marginal, formuladas en forma matemática en su obra: *Desarrollo de las leyes relativas a las relaciones humanas y reglas de ellas derivadas en cuanto a sus actos*. Gossen no se contentó con «nuevos caminos», sino que supo dar a su teoría coherencia y profundidad. Muchas de las tesis atribuidas por lo general a los austriacos se encuentran ya en Gossen perfectamente elaboradas, hasta tal punto que es a éste a quien hay que considerar el padre de la teoría de la utilidad marginal. La obra de Gossen pasó totalmente desapercibida y su autor hubiera permanecido en el más oscuro de los anonimatos si no hubiese sido redescubierto con posterioridad a 1870.

Más tarde, los defensores de ideas análogas a las de Gossen se han apresurado a reconocer en éste al fundador de la escuela (el propio Gossen tenía un

31. Véase la traducción francesa: Conde VERRI, *Economie politique ou considérations sur la valeur de l'argent et les moyens d'en faire baisser les intérêts, sur les Banques, la balance de Commerce, l'Agriculture, la Population, les Impôts*, etc., París, año III (en especial pp. 14-15).

gran concepto de su obra y se consideraba el Copérnico de la economía política).

Por la misma época los trabajos de Stanley Jevons, de Léon Walras y de K. Menger dotaron en Inglaterra, Suiza y Austria de sólidas bases a la nueva corriente económica. Fueron asimismo esos autores quienes honraron la obra de su olvidado predecesor.[32] La importancia de Gossen resulta enormemente incrementada con el homenaje que le rinde Jevons y Walras. Tras haber expuesto la teoría de Gossen, escribe Jevons: «De mi exposición puede deducirse que Gossen me ha precedido tanto por lo que concierne a los principios generales como al método de la teoría económica. En la medida en que pueda juzgar su obra, su modo de tratar los fundamentos de la teoría es incluso más general y más profundo que el mío.»

La apreciación de Walras es idéntica:[33] «Se trata —escribe— de un hombre que pasó totalmente desapercibido y que fue uno de los más eminentes economistas de todos los tiempos.»[34] Sin embargo, Gossen no consiguió crear una nueva tendencia. Ésta solamente surgió gracias a los economistas que le sucedieron; no fue sino hasta comienzos de los años

32. El libro de Jevons se publicó en 1871 (Stanley JEVONS, *Theory of political economy*, Londres y Nueva York, 1871). El libro de Menger apareció el mismo año (K. MENGER, *Gründsätze der Volkswirtschaftslehre*, Viena, 1871); por último, el de WALRAS, *Principios de una teoría matemática del cambio*, se publicó en el «Journal des économistes», en 1874.

En lo referente a la prioridad, véase la correspondencia entre Walras y Jevons: «Correspondencia entre S. Jevons y L. Walras», citada por este último en su *Teoría matemática de la riqueza social*, Lausanne, 1883, pp. 26-30.

33. Véase Léon WALRAS, *Estudios de economía social*, Lausanne y París, 1896, la parte titulada «Un economista desconocido», p 340.

34. *Ibid.*, pp. 354-355.

1870-1880 cuando la teoría de la utilidad marginal encontró en «la opinión pública» de los medios científicos dominantes apoyo suficiente para convertirse muy rápidamente en *communis doctorum opinio*. La escuela de Jevons y, sobre todo, la de Walras, que insiste en el carácter y el método matemático en economía política, han elaborado un conjunto de ideas que se distingue en algunos aspectos de la teoría austriaca; lo mismo ocurre con la escuela americana dirigida por Clark. Los «austriacos», en cambio, han creado una teoría del *subjetivismo* (psicologismo) basada en el análisis del *consumo*. Böhm-Bawerk se ha convertido así en el portavoz más declarado de la teoría «austriaca». Desde el punto de vista de esta escuela, Böhm-Bawerk ha elaborado una de las más fundamentadas teorías del valor; y además ha formulado una teoría casi nueva de la distribución, a partir de la teoría de la utilidad marginal. Es el líder reconocido de la escuela, que a decir verdad ni es ni fue nunca completamente *austriaca* (cosa que se desprende también de nuestra alusión a los precursores), sino que se ha convertido en un arma científica en manos de la burguesía rentista internacional. Únicamente el poder de esta burguesía proporciona un punto de apoyo a las «nuevas tendencias»; hasta este momento no había más que algunos «elementos aislados» científicos. El rápido desarrollo del capitalismo, el desplazamiento de los grupos sociales y la multiplicación de los rentistas, todo eso dispuso en los últimos decenios del siglo XIX el terreno sociopsicológico sobre el que los débiles retoños comenzaron a florecer.

El rentista, el rentista internacional, encontró en Böhm-Bawerk un guía científico y en su teoría el arma científica dirigida no tanto contra las fuerzas

esenciales del desarrollo capitalista cuanto contra el movimiento obrero cada vez más amenazador. El objeto de nuestra crítica es, por tanto, esa nueva arma, aquí personalizada en Böhm-Bawerk.

CAPÍTULO PRIMERO

FUNDAMENTOS METODOLÓGICOS DE LA TEORÍA DE LA UTILIDAD MARGINAL Y DEL MARXISMO

Toda teoría, por poco seriamente elaborada que esté, debe presentarse en forma de un todo organizado, cuyas partes estén lógicamente ligadas entre sí. Una crítica consecuente deberá referirse inevitablemente al fundamento de esta teoría, a su método, pues es éste quien establece la adecuada cohesión entre las diferentes partes del sistema teórico como conjunto. En consecuencia, comenzaremos por criticar las premisas metodológicas de la teoría de la utilidad marginal; y no entendemos por ello su carácter *deductivo*, sino sus rasgos característicos en el marco del método deductivo en abstracto. En nuestra opinión, toda teoría de la economía política, por el hecho mismo de ser *teoría*, es abstracta —y en eso el marxismo coincide plenamente con la escuela austriaca.[1] No obstante, este acuerdo es puramente

1. En el prefacio al Libro I de *El Capital*, Marx califica su método como el método deductivo de la escuela clásica. Sería, por otra parte, absurdo considerar, como hacen los defensores de la escuela histórica, que una ley abstracta no tiene nunca nada que ver con la realidad concreta. «Una ley científica exacta —escribe Emile Sax, defensor de la escuela austriaca— es una conclusión inductiva del tipo más elevado y más general: como tal, y no como axioma a priori, es el punto de partida de la deducción.» (*Conrads Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, 1894, III, Folge, vol. 8, p. 116.) Alfred AMMON analiza correctamente este punto en *Objekt und Grundbegriffe der Theoretischen Nationalökonomie*, Viena y Leipzig, 1911.

formal; sin su existencia no cabría la posibilidad de confrontar la teoría de los austriacos con la de Marx, puesto que lo que aquí nos interesa por encima de todo es el contenido concreto del método abstracto particular de la escuela austriaca y que la enfrenta de modo tan radical con el marxismo.

La economía política es, en efecto, una ciencia *social* y encuentra su fundamento —lo vean o no así sus teóricos— en una determinada concepción acerca de la naturaleza de la sociedad y de las leyes de su desarrollo. En otras palabras: toda teoría económica descansa sobre ciertas premisas de carácter *sociológico*, a partir de las cuales se atiende al aspecto *económico* de la vida social. Esas premisas pueden estar explícitamente formuladas o permanecer escondidas, pueden organizarse en un sistema coherente o ser simples «opiniones generales» —pero en cualquier caso deben existir. En la economía política de Marx, este fundamento reside en la *teoría* sociológica del *materialismo histórico*. Por el contrario, la escuela austriaca no posee ninguna base sociológica coherente o mínimamente precisa; esta base hay que reconstruirla a partir de su teoría económica. Por eso tropezamos a veces con contradicciones entre sus ideas generales acerca de la naturaleza de la «economía política» y los fundamentos reales de la teoría austriaca de economía.[2] Es esto último lo que ocupará nuestra atención. Las bases sociológicas de la ciencia económica que caracterizan el marxismo son las siguientes: reconocimiento de la primacía de la sociedad sobre el individuo, reconocimiento del carácter histórico, transitorio, de toda estructura económica y, por último, reconocimiento del papel dominante de la producción. Al contrario, lo que distingue a la escuela austriaca es su individualismo metodológico, sus puntos de vista no históricos que toman el consumo como punto de partida. En nuestra introducción, hemos intentado dar una explicación sociogenética de esta diferencia de principio entre el marxismo y la escuela austriaca: diferencia —o más exactamente oposición— que hemos calificado de *sociopsicológica*. Nos falta examinar su aspecto lógico.

2. Compárese por ejemplo con la p. 259 de las *Untersuchungen* de K. MENGER, donde pueden encontrarse definiciones bastante correctas acerca de un verdadero punto de partida de la teoría. Es en LIEFMANN con quien la teoría de la utilidad marginal alcanza el punto más elevado de conocimiento de sí misma, *Uber Objeckt, Wesen und Aufgabe der Wirtschaftswissenschaft, Conrads Jahrb.*, pp. 13, 106.

1. *Objetivismo y subjetivismo en economía política*

En su conocido artículo publicado con ocasión de la aparición del Libro III de *El Capital* de Marx, Werner Sombart, confrontando los dos métodos de la economía política —el método subjetivista y el método objetivista— considera el sistema de Marx como la emanación de un «objetivismo a ultranza»; en cambio la escuela austriaca sería, en su opinión, «la línea de desarrollo más consecuente en sentido opuesto».[3] Esta diferenciación nos parece perfecta-

3. W. SOMBART, *Zur Kritik des ökonomischen Systems von Karl Marx*, en «Brauns Archiv für Soziale Gesetzgebung und Statistik», vol. III, pp. 591-592. *Cf.* también R. LIEFMANN, *loc. cit.*, p. 5: «La oposición entre el modo de pensamiento individualista y el social, o entre el punto de vista privado y el económico, es en mi opinión el problema metodológico capital del futuro.» Recomendamos al lector esta obra de Liefmann, ya que es donde el método individualista se aplica de la forma más clara y más consecuente.

mente correcta. En efecto, el estudio de los fenómenos sociales en general, y de los fenómenos económicos en particular, puede abordarse de dos maneras: de un lado, estimando que la ciencia se apoya en el análisis de la sociedad como conjunto que determina en todo momento que se considere los fenómenos de la vida económica particular —en este caso, la ciencia tiene la misión de descubrir las conexiones y las leyes existentes entre los diversos fenómenos de orden *social*, que determinan los fenómenos *individuales*—; pero, de otro, cabe pensar que la ciencia debe basarse en el análisis de las leyes que presiden la vida individual, siendo de algún modo los fenómenos sociales el resultado de los fenómenos individuales —y en este caso la ciencia tendría la misión de extraer los fenómenos y las leyes de la economía social de los propios de la vida económica individual.

En este sentido, Marx es sin duda alguna un «objetivista a ultranza», tanto en sociología como en economía política. También su teoría económica fundamental —la del valor— debe ser rigurosamente distinguida de la de los clásicos, y especialmente de la de Adam Smith. La teoría del valor-trabajo de Adam Smith se funda en la valoración individual de los bienes, la cual se corresponde con la cantidad y la calidad de trabajo invertido; es una *teoría del valor-trabajo* subjetivista. La teoría del valor según Marx es, por el contrario, una ley de los precios objetiva, es decir social; su teoría es, pues, una *teoría del valor-trabajo objetivista*, que no tiene su fundamento en ningún modelo de valoración individual, sino que expresa únicamente la correlación entre las fuerzas productivas sociales consideradas y el precio de las mercancías, tal y como éste se presenta

en el mercado.[4] Precisamente al referirse a la teoría del valor y de los precios es cuando Sombart muestra mejor la diferencia entre ambos métodos. «Marx no piensa ni mucho menos —dice Sombart— investigar las motivaciones de los intercambios que tienen lugar, ni tampoco proceder en sus cálculos a partir del coste de producción. No, su modo de actuar es el siguiente: los precios son el resultado de la concurrencia. ¿Cómo? Pregunta sin respuesta, de momento. Sin embargo, la concurencia a su vez viene regulada por la tasa de beneficios, y ésta por la tasa de plusvalía, la cual, a su vez, es regulada por el valor, expresión de un hecho socialmente determinado, es decir de la fuerza productiva social. En su sistema, esta sucesión aparece invertida: valor-plusvalía-beneficio-concurrencia-precio, etc. *Resumiendo en una sola frase: en Marx no se puede hablar nunca de motivación, sino solamente de limitación de la voluntad personal de los individuos en economía.*[5] En el caso de la escuela subjetivista, el método es el

4. *Cf.* por ejemplo A. SMITH, *An Inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, Londres, 1895, vol. I, p. 129: «Equal quantities of labour at all times and places, may be said to be of equal value *to the labourer*. In his ordinary state of health, strength, and spirits; in the ordinary degree of his skill and dexterity, he must *always lay down the same portion of his ease, his liberty and his hapiness*.» (Subrayado por el autor.) Podría citarse una larga serie de párrafos como éste. También la afirmación de G. Karasov en su polémica contra Kautsky es enteramente falsa: «En nuestra opinión no cabe la menor duda que en la teoría del valor, la escuela clásica no defiende en ningún momento un punto de vista individualista, sino un punto de vista estrictamente social, al igual que el propio Marx.» (Véase KARASOV, *Das System des Marxismus*, Berlín, 1910, p. 253.) Por otra parte, la afirmación de este autor según la cual existen también textos marxistas que contienen una interpretación subjetiva de la teoría marxista, es perfectamente correcta. Pero no es lugar éste para hablar de ello.

5. W. SOMBART, *loc. cit.*, p. 591 (subrayado del autor).

inverso: la "motivación" del acto económico (individual) se halla siempre en el centro mismo del sistema.»[6]

Esta diferencia es puesta muy acertadamente de relieve. En efecto, mientras que Marx considera «el movimiento social como un proceso de orden natural, regido por leyes que no es que sean independientes de la voluntad, de la consciencia y de las intenciones humanas, sino que, por el contrario, determinan su voluntad, su consciencia y sus intenciones»,[7] Böhm-Bawerk hace de la consciencia personal del «sujeto económico» el punto de partida de su análisis.

«Las leyes sociales que la economía tiene como finalidad descubrir —escribe Böhm-Bawerk— descansan en los actos individuales concordantes. La concordancia de estos actos se debe, a su vez, a causas concordantes que los determinan. En esas condiciones, existen plenas posibilidades de que las leyes sociales se expliquen por las motivaciones que guían la actuación de los individuos, es decir que esta explicación debe remontarse hasta dichas motivaciones.»[8] Así, pues, la oposición entre los métodos objetivista y subjetivista no es otra cosa sino una oposición entre el método social y el método individualista.[9] Con todo, la definición que acabamos de

6. *Ibid.*, p. 592.

7. Karl MARX, *El Capital*, L. I, p. XVI (edición FCE, L. I, p. XXII). La cita extraída de una recensión de Kauffman, con la que Marx estaba totalmente de acuerdo, es aportada por el propio Marx.

8. Böhm-Bawerk, *Grundzüge der Theorie des Wirtschaftlichen Güterwerts* en «Hildebrand Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik», 13.13. N.F., p. 78. Igualmente MENGER, *Untersuchungen über die Methoden der Sozialwissenchaften*, etc. LIEFMANN, *loc. cit.*, p. 40.

9. *Cf.* R. STOLZMANN, *Der Zweck in der Volkswirtschaftslehre*, Berlín, 1909, p. 59.

dar de ambos métodos, debe ser completada. Antes que nada, hay que subrayar esa independencia de la voluntad, de la consciencia y de las intenciones humanas que se encuentra en Marx; a continuación, hay que definir con mayor exactitud este «sujeto económico» en el que se apoya la escuela austriaca. «... estas condiciones sociales determinadas son el producto de los hombres, al igual que el paño, la tela, etc.»[10] Pero ello no significa que el resultado social, este «producto» del que habla Marx, exista en la consciencia de los individuos en tanto que motivación o finalidad en acción. La sociedad moderna, anárquicamente construida —y es *esta* sociedad la que estudia la economía política—, con su mercado en el que actúan fuerzas elementales (concurrencia, fluctuación de los precios, la bolsa, etc.), demuestra sobradamente que el «producto social» *domina* a sus propios creadores, y que además el *resultado* de las motivaciones que fuerzan a actuar a los sujetos económicos individuales (pero no aislados) no sólo no corresponde a estas mismas motivaciones, sino que a veces entra en violenta oposición con ellas.[11] Buen ejemplo de ello es la teoría de la formación de los precios. Cierto número de compradores y de vendedores aparecen en el mercado, tasando con un determinado índice (aproximado) su propia mercan-

10. Karl MARX, *Miseria de la filosofía*, en alemán, traducción de E. Berstein y K. Kautsky, p. 91. (Trad. cast. ed. Aguilar, Madrid, 1969.)

11. Esta circunstancia por sí sola derrumba la concepción teleológica de la sociedad en tanto que «estructura funcional» tal como se encuentra sobre todo en Stolzmann. «La vida de la naturaleza está desprovista de toda perspectiva, de toda intención sistemática, ahorro, economía forzosa... al igual que los hombres en sus relaciones recíprocas» (Pr. WIPPER, *Grundzüge einer Theorie der geschichtlichen Erkenntnis*, Moscú, 1911, p. 162). *Cf.* también la brillante exposición acerca de la «independencia»

cía y la de los demás; como consecuencia de la discusión entre ellos se crea un determinado precio de mercado que no coincide en absoluto con la apreciación individual de la mayoría de los contratantes. Más aún: para toda una serie de «sujetos económicos» el precio establecido puede tener consecuencias verdaderamente catastróficas, pudiendo verse obligados a cesar toda actividad a causa de los bajos precios; se han «arruinado». Este fenómeno es aún más evidente en el mercado de valores, lo cual da lugar precisamente al «juego de azar» de la bolsa. En ambos casos, *típicos* de la economía social moderna, puede afirmarse que los fenómenos sociales son «independientes» de la voluntad, de la consciencia y de las intenciones de los hombres; pero sería erróneo considerar esta independencia como si se tratara de dos fenómenos distintos, enteramente independientes uno de otro; sería ridículo afirmar que la historia humana no se hace *a través* de la voluntad de los hombres, sino fuera de ella (una «concepción materialista de la historia» de este calibre no es más que una caricatura burguesa del marxismo); lo contrario es lo cierto: ambas series de fenómenos —la acción individual y los fenómenos sociales— están íntimamente ligados *genéticamente*. La independencia de que aquí hablamos debe entenderse exclusivamente en este sentido: los resultados de los actos individua-

del resultado de las acciones individuales en ENGELS, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, ed. Aguilar, Madrid. En su crítica al método «social», es decir objetivista, R. Liefmann se ceba precisamente en la crítica de la concepción teleológica, afirmando que lógicamente todo defensor de este método debería admitirla. Acusa de teleologistas incluso a los marxistas (como Hilferding), sobre los que consigue una pequeña victoria. En realidad, en el marxismo se trata la sociedad en tanto que sistema sin sujeto.

les, resultados objetivos, dominan a cada una de las partes tomadas aisladamente. El «productor» domina a su «creador», entendiéndose además que la voluntad individual está en cada momento determinada por las resultantes previamente obtenidas de las relaciones de voluntad de los diferentes «sujetos económicos»: el negociante vencido en la lucha concurrencial o el financiero en bancarrota se ven *obligados* a abandonar el combate, aunque antes hubiesen desempeñado el papel de personalidades activas, de «creadores» del proceso social, el cual acaba por volverse contra ellos mismos. [12] Este fenómeno muestra el carácter irracional, «elemental», del proceso económico que se desenvuelve en el marco de la economía de mercado y que tan claramente aparece en la psicología del fetichismo de las mercancías que Marx fue el primero en revelar y analizar de modo tan magistral. Es precisamente en la economía de

12. «En las relaciones económicas —escribe Struvé—, el sujeto económico es considerado en sus relaciones con los restantes sujetos de la misma naturaleza; las categorías intereconómicas (es decir, las categorías de la economía mercantil, *N.B.*) expresan los resultados objetivos (o en vías de objetivación) de estas relaciones: no encierran "subjetivismo" alguno; por otra parte, no son tampoco expresión directa de las relaciones entre los sujetos económicos y la naturaleza, el mundo exterior; en este sentido, no encierran nada de "objetivo" o de "natural"» (P. STRUVÉ, *Wirtschaft und Preis*, Moscú, 1913, pp. 25-26). Por otra parte, Struvé alude al elemento «naturalista» de la teoría del valor («trabajo fijado») estableciendo con ello una contradicción entre éste y el elemento «sociológico». Compárese con MARX, *Théories de la plus-value*, 1, p. 277 (trad. cast., *Historia crítica de las teorías sobre la plusvalía*, FCE, México, 1945): «Sin embargo, no hay que tomar la materialización del trabajo en un sentido tan escocés como hace A. Smith. Cuando hablamos de la mercancía como materialización del trabajo —como valor de cambio— esto no es más que un modo de existencia imaginario, es decir social, de la mercancía, que nada tiene que ver con su realidad física.» «El error proviene en este caso de que una relación social se presenta en forma de objeto» (p. 278).

mercado donde se origina este proceso de «cosificación» (*Verdinglichung*) de las relaciones humanas, en cuyo seno las «expresiones cosificadas» *(Dingausdrücke)*, a causa del carácter elemental del desarrollo, tienen una existencia autónoma, «independiente», sometida a leyes específicas que sólo son aplicables a este tipo de existencia.

Nos encontramos, pues, en presencia de varias series de fenómenos de orden individual, de los que derivan diversas series de fenómenos sociales; está fuera de toda duda que ambas categorías (de orden individual y de orden social) al igual que las diferentes series de una misma categoría, obedecen a determinados imperativos, en especial en lo que concierne a las diversas series de fenómenos sociales y su interdependencia. El método de Marx consiste precisamente en la determinación de las leyes que presiden las relaciones entre los diversos fenómenos *sociales*. En otras palabras: Marx examina las leyes que dirigen los *resultados* de las voluntades individuales, sin examinar esas mismas voluntades *en sí mismas;* examina las leyes que rigen los fenómenos sociales, haciendo abstracción *de su relación con los fenómenos que tienen su origen en la consciencia individual.*[13]

13. Este método «universalista» lo relaciona Struvé con el realismo lógico (por oposición al método «singularista», que, en lógica, se relaciona con el nominalismo). «En la ciencia social —dice Struvé—, el modo de pensar realista se muestra principalmente en el hecho de que el sistema de relaciones físicas entre los hombres, es decir la sociedad, es considerada no sólo como una unidad real, como una suma o (!) un sistema, sino también como una unidad viviente, como un ser vivo. Nociones como sociedad, clase, aparecen o se convierten fácilmente (!!!) en "universales" del pensamiento sociológico. Son muy fácilmente hipostasiadas» (*loc. cit.*, p. XI). Todo eso no lo menciona Struvé para demostrar la invalidez del método de investigación marxista que

Pasemos a examinar los «sujetos económicos» de Böhm-Bawerk.

En su artículo sobre el libro de K. Menger (*Untersuchungen*, etc.) Böhm-Bawerk, de acuerdo en esto con los adversarios de la escuela austriaca y con el propio Menger, admite que los «sujetos económicos» de la nueva escuela no son sino los *átomos* de la sociedad. La nueva escuela tiene como finalidad «destituir los métodos históricos y orgánicos en tanto que métodos soberanos en la investigación de las ciencias sociales... y... reinstaurar el método exacto, *atomístico*»[14] [subrayado del autor].

Aquí el punto de partida de la investigación no es tal o cual miembro particular de una sociedad dada en sus relaciones sociales con sus semejantes, sino «el átomo» aislado, el Robinsón económico. Es así como Böhm-Bawerk elige sus ejemplos para ex-

él identifica con el «realismo lógico-ontológico de Hegel y... con la escolástica» (p. XXVI). Es evidente, sin embargo, que en Marx no hay la menor indicación de que la sociedad y los grupos sociales puedan ser considerados como un «ser vivo» (la expresión «unidad viviente» es, no obstante, algo diferente y más imprecisa). Para darse cuenta de esto último basta comparar el método de Marx con el de la escuela «social-orgánica» por ejemplo, cuya más reciente defensa podemos encontrarla en la obra de Stolzmann. El propio Marx era perfectamente consciente de las limitaciones del realismo lógico de Hegel. «Hegel ha sucumbido... a la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento que se concreta, se profundiza en sí mismo y se mueve por sí mismo, mientras que el método que consiste en ir de lo abstracto a lo concreto no es más que el modo que tiene el pensamiento de apropiarse lo concreto, de reproducirlo intelectualmente en tanto que concreto. No es en modo alguno el proceso de generación de lo concreto» (K. MARX, *Einleitung zu einer Kritik der politischen Oekonomie*, II. Ed., *Zur Kritik*, Stuttgart, 1907, p. XXXVI; trad. cast. *Introducción* de 1857, en *Contribución a la crítica a la economía política*, ed. Comunicación, serie B, Madrid, 1970).

14. BÖHM-BAWERK, *Zeitschrift für Privat — und öffentliches Recht der Gegenwart*, Viena, 1884, vol. XI, p. 220.

poner sus puntos de vista. «Un hombre se encuentra cerca de una fuente de la que mana en abundancia una excelente agua potable»: con esas palabras comienza el análisis de la teoría del valor de Böhm-Bawerk.[15] Después aparecen en escena: un viajero en el desierto,[16] un agricultor aislado del mundo entero,[17] un colono «en su cabaña aislado en medio de la selva virgen»,[18] etc. Pueden encontrarse en Menger ejemplos del mismo tipo: «Los habitantes de la selva virgen»,[19] «los habitantes de un oasis»,[20] «un individuo que padece de miopía en una isla desierta»,[21] «un agricultor trabajando aisladamente»,[22] etc.

Es el mismo punto de vista que Bastiat, el más «almibarado» de los economistas, formuló en otro tiempo con tanta precaución. En sus *Harmonies économiques* escribe: «Las leyes económicas actúan según el mismo principio, bien se trate de una numerosa aglomeración de hombres, de dos individuos o incluso de uno solo, condenado por la fuerza de las circunstancias a vivir aisladamente. Este individuo, si pudiera subsistir aislado durante algún tiempo, sería a la vez capitalista, empresario, obrero, productor y consumidor. Toda la evolución económica se cumpliría en él. Observando cada uno de los elementos que la componen: la necesidad, el esfuerzo, la satisfacción, la utilidad gratuita y la utilidad onerosa, po-

15. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge der Theorie des wirtschaftlichen Güterwerts*, en «Hildebrands Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik», vol. 13, p. 9.
16. *Ibid.*, p. 9.
17. *Ibid.*
18. *Ibid.*, p. 30.
19. Karl MENGER, *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*, Viena, 1871, p. 82.
20. *Ibid.*, p. 85.
21. *Ibid.*, p. 95.
22. *Ibid.*, p. 96.

dría hacerse una idea del mecanismo en su totalidad, si bien reducido a su más extrema simplicidad.»[23]

Y en páginas anteriores: «afirmo que la *economía política* habrá alcanzado su objetivo y realizado su misión cuando pueda demostrar definitivamente esto: lo que es verdadero del hombre es verdadero de la sociedad.»[24]

Es exactamente lo mismo que dice Jevons: «La forma general de las leyes de la economía política es válida tanto para el individuo aislado como para todo un pueblo.»[25]

Por más anciano y venerable que sea este punto de vista, no por ello deja de ser absolutamente falso. La sociedad no es (como se admite conscientemente o no) una suma aritmética de individuos aislados unos de otros; la actividad económica de cada individuo supone, por el contrario, un medio social determinado en el que las relaciones sociales de las

23. Fr. BASTIAT, *Harmonies Économiques*, Bruselas, 1950, p. 213.
24. *Ibid.*, p. 74. Subrayemos que Bastiat habla del hombre aislado como de una abstracción metodológica útil. Históricamente, no es para este autor más que «una engañosa ficción de Rousseau» (*cf.* también pp. 93-94).
25. «The general form of the laws of Economy is the same in the case of individuals and nations», W. STANLEY JEVONS, *The theory of political economy*, Londres y Nueva York, 1871, p. 21. La mayoría de los «matemáticos» y de los «americanos» no hacen ningún caso de esas palabras. Compárese con WALRAS, *Estudios de economía social (Teoría de la distribución de la riqueza social)*, Lausanne, París, 1896: «No se puede decir que el individuo es la base y el fin de toda sociedad sin añadir inmediatamente que el status social es también la base y el medio de toda individualidad» (p. 90). En Clark, domina el objetivismo. La siguiente definición del economista americano Thomas Nixon Carver, muestra hasta qué punto todo eso carece de profundidad: «The method pursued is that of an analytical study of the *motives* which govern men in business and industrial life» (*The distribution of wealth*, Nueva York, 1904, p. XV). Pero por otro lado, el propio Carver «objetiviza» la teoría del valor.

diferentes economías encuentran su expresión. Las motivaciones del hombre que vive aisladamente son totalmente distintas de las del «ser social» *(Zoon politikon):* el primero sólo está rodeado de naturaleza, de cosas en estado de virginidad original; el segundo, no sólo evoluciona en la «materia» sino también en un medio *social.* En efecto: si se tratara únicamente de una suma de economías aisladas sin ningún contacto entre sí, si no existiera ningún medio específico, que Rodbertus llama muy acertadamente «comunidad económica», tampoco habría sociedad. Cierto, es teóricamente posible englobar en un concepto único un conglomerado de economías separadas y aisladas entre sí, hacerlas entrar por la fuerza en un, por así decirlo, «conjunto». Pero este «conjunto» vendría a ser algo totalmente distinto de una sociedad, ya que por sociedad se entiende un sistema de economías estrechamente ligadas, actuando de modo permanente unas sobre otras. Mientras que en el primero (el individuo aislado) la relación es forjada por nosotros mismos, en el segundo (el hombre como «ser social») *es originada por la propia realidad.*[26] De suerte que el sujeto económico aislado, desde el momento en que puede ser considerado como miembro de un sistema económico social, no podría jugar el papel de «átomo» aislado de todo. En sus actos *el sujeto económico se adapta al estado determinado de los fenómenos sociales;* éstos

26. «Tales conjuntos, construidos por nosotros mismos y que no existen fuera de nuestra conciencia, pueden oponerse a conjuntos reales, creados por la propia vida. Los recién nacidos de toda la Rusia europea no tienen entre sí ninguna relación, como no sea la formada por nuestros cuadros estadísticos; los árboles del bosque se condicionan recíprocamente y constituyen una cierta unidad, con independencia de que puedan formar parte de una noción superior o no.» (A. TCHUPROV, *Elementos para una teoría de la estadística,* San Petersburgo, 1909, p. 76.)

obstaculizan sus motivaciones individuales, o por decirlo con palabras de Sombart, las «limitan».[27] Esto puede aplicarse no sólo a la «estructura social económica», es decir, a las relaciones de producción, sino también a los fenómenos socioeconómicos emergidos de una *estructura dada.* Así por ejemplo, la estimación individual de los precios se adapta siempre a los precios ya existentes; la tendencia a invertir el capital, en el caso de un banco, depende del índice de interés del momento; la inversión de capital en tal o cual sector de la industria está determinada por el beneficio que produce dicho sector industrial; la valoración de una parcela de tierra depende de su renta y de su índice de interés, etc. Es cierto que las motivaciones individuales ejercen una «acción en sentido contrario», pero hay que subrayar que con anterioridad estas mismas motivaciones han sido *revestidas de cierto contenido social;* no pueden, en consecuencia, derivarse las «*leyes sociales de las motivaciones del individuo aislado*».[28] Pero si, en lugar

27. «Partiendo inductivamente de lo dado, encontramos, al considerar la realidad económica... agrupaciones de hechos que nos muestran cómo en todas sus apreciaciones y en todos sus actos el individuo económico depende de la situación dada en la que se encuentra la estructura objetiva del orden económico existente.» (R. STOLZMANN, *loc. cit.,* p. 35.)

28. «El punto de partida de todo fenómeno social reside siempre en el individuo; no en el individuo aislado que estudian aquellos que critican a Marx, a semejanza de los pensadores del siglo XVIII, sino el individuo ligado a otros individuos, *la masa de los individuos...* en la que el ser particular desarrolla una vida espiritual distinta que en aislamiento.» L. BOUDIN, *Das theoretischen System von K. Marx,* Stuttgart, 1909, prólogo de K. Kautsky, p. XIII. También Marx habló con frecuencia muy claramente de la necesidad de adoptar un punto de vista social. «Los individuos que producen en sociedad, es decir la producción socialmente determinada: éste es, evidentemente, el punto de partida. El cazador, el pescador particular, aislado... sólo existe en la imaginación sin límites del siglo XVIII» (*Introducción a la crítica de la economía política,* p. XIII). «La producción del indi-

de fundar nuestras investigaciones en el individuo aislado, hiciésemos entrar en el campo de sus motivaciones el momento social como un hecho dado, habríamos caído en un círculo vicioso: nos esforzamos por deducir lo «social», es decir, «lo objetivo», de lo «individual», es decir, de lo «subjetivo», mientras que en realidad lo que hacemos es deducirlo de lo social; es lo que se llama, en expresión popular, ir de Herodes a Pilatos.

Hemos visto cómo las motivaciones del individuo aislado son el punto de partida de la escuela austriaca (Böhm-Bawerk). Es indudable que pueden encontrarse en los trabajos de sus representantes algunas consideraciones bastante correctas acerca de la naturaleza de lo social como totalidad. Pero *en realidad* sus investigaciones comienzan analizando globalmente las motivaciones de los sujetos económicos, haciendo abstracción de toda correlación social. Es ésta una actitud característica de los nuevos teóricos de la burguesía, actitud que precisamente la escuela austriaca se esfuerza por aplicar rigurosamente a la totalidad de sus estudios. Hasta el extremo de verse obligada a introducir subrepticiamente lo «social» en las motivaciones individuales de sus«átomos sociales» desde el momento en que intenta explicar el más irrelevante fenómeno *social*. Cae entonces *inevitablemente en un enorme círculo vicioso*.

En realidad, este error lógico irreparable se pone ya de manifiesto en el análisis de la teoría del valor subjetivo de la escuela austriaca, piedra angular de todo el edificio teórico del que sus promotores se sienten tan orgullosos. Sin embargo, este error, *por sí solo*, basta para destruir el sentido de la ideología económica científica del burgués moderno, urdida con tanta astucia, «puesto que —como el propio Böhm-Bawerk observa justamente— es un crimen metodológico ignorar en un estudio científico aquello que precisamente se trata de explicar».[29]

La conclusión que de todo ello se desprende es que el «subjetivismo» de la escuela austriaca, aislando intencionadamente al «sujeto económico» en ausencia de toda consideración de las relaciones sociales,[30] no puede conducir sino a la bancarrota teórica de todo el sistema; ya que éste resulta tan poco

viduo aislado fuera de la sociedad... es un absurdo tan grande como admitir la posibilidad de un desarrollo del lenguaje en ausencia de vida común y de un lenguaje común de los individuos.» *(Ibid.)* A propósito de esto, R. Hilferding observa muy correctamente: «Las motivaciones de los sujetos económicos actuando por sí mismas, determinadas por la naturaleza de las relaciones económicas, no dan lugar a otra deducción que la tendencia al establecimiento de un equilibrio de las condiciones económicas; el mismo precio para las mismas mercancías, el mismo interés para el mismo capital, el mismo salario y la misma tasa de explotación para el mismo trabajo. Pero por este camino nunca llegaré, a partir de motivaciones subjetivas, a las relaciones cuantitativas propiamente dichas» (*Das Finanz Kapital*, p. 235, nota).

29. Böhm-Bawerk, *Zum Abschluss des Marxschen Systems*. En homenaje a Karl Knies, Berlín, 1896, p. 172. (Traducido al ruso por Georgiewsky con el título *La teoría de Karl Marx y su crítica*, San Petersburgo, 1897.)

30. Es verdad que los propios austriacos reconocen que únicamente se trata de una abstracción: «Económicamente, el hombre no actúa como un ser aislado; una economía aislada, en sentido estricto, es una abstracción» (Emil Sax, *Das Wesen und die Aufgabe der Nationalökonomie*, Viena, 1884, p. 12). Pero no toda abstracción es admisible: sobre este punto, el propio Böhm-Bawerk observa que «en materia científica, las ideas y la "lógica" no deben hacerse demasiado independientes de los hechos... que en cada caso determinado sólo es lícito hacer abstracción de aquellas particularidades que no tienen su origen en el estudio del fenómeno en cuestión, que no lo tienen *realmente, efectivamente*». Böhm-Bawerk, *Zum Abschluss des Marxschen Systems*, p. 194.

satisfactorio como la vieja teoría del coste de producción, que giraba desesperadamente en el interior de un círculo mágico.

Sin duda alguna, es lícito preguntarse si, de modo general, es posible comprender teóricamente la vida económica, trazar sus principios, sin determinar los principios de las motivaciones individuales; en otras palabras: ¿es posible el «objetivismo» que está en la base de la teoría marxista?

El propio Böhm-Bawerk responde afirmativamente a esta pregunta: «¡... no por medio de principios de acción sin principios de motivación, sino ciertamente por medio de un conocimiento de los principios de acción sin conocimiento de la motivación correspondiente!»[31] Böhm admite sin embargo que «la fuente objetivista del conocimiento... sólo puede proporcionar como máximo una pequeña parte, por sí sola totalmente insuficiente, del conjunto de los conocimientos accesibles, toda vez que en materia económica se trata esencialmente de pasos conscientes, concordantes, de los hombres».[32]

La abstracción individualista-psicológica, que la escuela austriaca se dedica precisamente a propagar, ofrece, por el contrario, resultados desastrosos.[33] Y no por culpa de la abstracción en cuanto tal; ya hemos precisado en páginas anteriores que la abstracción es necesaria a toda actividad de conocimiento. Pero el error de los austriacos consiste en hacer abstracción de los fenómenos sociales al mismo tiempo que convierte a éstos en objeto de sus investigaciones. Es algo que R. Stolzmann ha planteado muy exactamente: «Por mucho que se simplifiquen los modelos económicos mediante el análisis y la abstracción, en ningún caso estos procedimientos podrían anular su ser social, impedir que tuvieran por objeto una economía social.»[34] Ya que es inconcebible el paso de lo individual puro a lo social; aun en el caso de que un proceso de transición histórica similar a éste hubiese realmente existido, es decir, si los hombres hubiesen pasado efectivamente de un estado de aislamiento al «ser social», este proceso solamente daría lugar a una descripción puramente histórica y concreta, solución puramente ideográfica (cinematográfica) del problema: incluso en este supuesto sería imposible establecer una teoría de tipo nomográfico. Imaginemos, por ejemplo, que cierto número de productores individuales aislados entren en relación mutua, intercambien sus respectivas mercancías y se dispongan poco a poco a formar una sociedad moderna, basada en el cambio. Considere-

31. BÖHM-BAWERK, *Zum Abschluss des Marxschen Systems*, p. 201, nota: «Struvé, que califica de escolástico este método de conocimiento (*cf*, nota, p. XXV y p. XXXII de la edición rusa), habla además del empleo empíricamente justificado del método universalista. Lo que no le impide a este autor declarar que el punto de vista sociológico, del que no se puede prescindir en economía política, no debe proceder en última instancia sino del hombre, de su psique (es decir, del "individuo", *N.B.*, p. 26).» ¡Y pensar que Struvé pretende no conceder mucha importancia a las «sutilezas del subjetivismo psicológico», como si no existiera ninguna relación lógica entre las «sutilezas» y las «*grundlagen*»! El lector comprobará que Struvé se ha buscado una posición enormemente cómoda. LIEFMANN, *loc. cit.*, responde negativamente a la pregunta de Böhm-Bawerk.

32. BÖHM-BAWERK, *Zum Abschluss...*, p. 202.

33. Incluso John Keynes, que se adhiere a la teoría de la utilidad marginal, admite que los fenómenos de la vida industrial sólo pueden explicarse en toda su amplitud por vía deductiva, a partir de algunas leyes naturales elementales, *Objeto y método de la economía política*. (Citado según la traducción rusa, imprenta Manuilov, Moscú, 1899, p. 70.)

34. R. STOLZMANN, *loc. cit.*, p. 63; para la «Categoría Social», pp. 291-292; *cf*. también D. LIFSCHITZ, *Zur Kritik der Böhm-Bawerkschen Werttheorie*, Leipzig, 1908, cap. IV, en especial pp. 90-91.

mos ahora las estimaciones subjetivas del hombre moderno. Se apoyan en los precios anteriores (cosa que demostraremos extensamente en páginas sucesivas); por su parte, estos precios resultarían de las motivaciones de sujetos económicos pertenecientes a una época anterior, más o menos lejana; pero esos precios, a su vez, dependían también de otros que se habían formado en una época más lejana; siendo igualmente estos últimos el resultado de estimaciones subjetivas, establecidas sobre la base de precios todavía más antiguos, etc. En última instancia, llegaríamos así hasta las estimaciones de los productores aislados —estimaciones que en realidad no tienen nada que ver con los precios, ya que están desprovistas de todo trasfondo de relación social, de sociedad. Con todo, un análisis como éste de las estimaciones subjetivas, tomando como punto de partida el hombre moderno y acabando en un hipotético Robinsón, no sería nada más que una simple descripción histórica, en la que las motivaciones del hombre moderno se transformarían en las del hombre aislado, a menos que el proceso se realizara en sentido inverso. Un análisis de este tipo equivale a una descripción pura y simple; sería igualmente absurdo intentar erigir sobre esta base una teoría general de los precios o del valor de cambio. Querer elaborar una teoría de esta clase llevaría inevitablemente al sistema a caer en un círculo vicioso, puesto que si queremos mantenernos en el marco de una teoría general, debemos considerar el elemento social como una magnitud dada, mientras que de lo que se trata es, precisamente, de explicarlo; ir más allá de esta magnitud —eso sería, como acabamos de ver, convertir la teoría en historia, es decir meternos en un dormitorio muy diferente de la investi-

gación científica. No nos queda, pues, más que un único método de investigación, la combinación del método abstracto-deductivo y el método objetivo; combinación sumamente característica de la economía política marxista. Es la única manera de construir una teoría que, en lugar de engendrar incesantes contradicciones internas, ofrezca un verdadero instrumento de investigación de la realidad capitalista.

2. *Puntos de vista histórico y no histórico*

En sus *Teorías sobre la plusvalía*, Marx escribe a propósito de los fisiócratas: «Su mayor mérito fue concebir estas formas [las formas del modo de producción capitalista, *N.B.*] como aspectos fisiológicos de la sociedad, originadas por la propia naturaleza de la producción e independientes de la voluntad, de la política, etc. Se trata de leyes materiales. El único error de los fisiócratas fue el hecho de haber concebido la ley material de la sociedad en un estadio histórico determinado, como una ley que dominase uniformemente todas las formas de sociedad.»[35]

Es ésta una buena definición de la diferencia entre el punto de vista puramente social y la concepción *histórico-social*. Se puede analizar la «economía social en su totalidad», sin comprender toda la importancia de las formas sociales específicas, históricas. Verdad es que en nuestros días la concepción no histórica va acompañada de la falta de comprensión de las relaciones sociales; hay que distinguir, sin embargo, entre estos dos aspectos metodológi-

35. K. Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, L. I, p. 34.

cos, porque la posibilidad de ser objetivo no implica en absoluto la garantía de que los problemas se enfoquen históricamente. Un primer ejemplo nos lo proporcionan los fisiócratas —ejemplo que se repite en la literatura económica moderna en Tugan-Baranowsky, cuya «teoría de la distribución social» puede aplicarse a cualquier sociedad constituida en clases (y por consiguiente es incapaz de explicar nada).[36]

Marx subraya vigorosamente el carácter histórico de su teoría económica, así como el carácter relativo de sus leyes. «... cada época histórica posee sus propias leyes... Tan pronto como la vida supera una determinada fase de su desarrollo, saliendo de una etapa para entrar en otra, empieza a estar presidida por leyes distintas.»[37] Que no es lo mismo que decir que Marx niega la existencia de una ley general que dirija el desarrollo de la vida social en sus diferentes etapas evolutivas. La teoría materialista de la historia proporciona leyes que permiten explicar la evolución social en general. Pero ello no excluye en modo alguno las leyes históricas particulares de la economía política, las cuales, diversamente a las leyes sociológicas, manifiestan la naturaleza de una estructura social determinada, a saber: la sociedad capitalista.[38]

36. Véase TUGAN-BARANOWSKY, *Fundamentos de economía política*. Pero mientras los fisiócratas se hacían sin sospecharlo una idea correcta del capitalismo, Tugan-Baranowsky, al mismo tiempo que se esfuerza por comprenderlo, no hace más que caer en fórmulas vacías (ver N. BUJARIN, *Una economía sin valor*, «Neue Zeit», 1914, pp. 22-23).

37. La cita, extraída de una recensión de Kaufmann, es aportada por MARX en el prefacio a la segunda edición de *El Capital*, L. I, p. XVI (trad. FCE, L. I, p. XXII).

38. Es lo que tampoco comprenden los mismos críticos «benévolos». (*Cf.* KARASOV, *loc. cit.*, pp. 260-261.)

Conviene tomar precauciones contra una posible objeción: en efecto, podría decirse que la aceptación del principio histórico conduce forzosamente a un modelo teórico monográfico, puramente descriptivo, es decir, a un punto de vista idéntico al sostenido por la escuela llamada «histórica». Objeciones similares a ésta denotan una confusión entre nociones de distinto género. Consideremos una proposición general cualquiera, de la estadística, por ejemplo, que es una ciencia monográfica por excelencia. La estadística monográfica establece la siguiente «ley empírica»: por cada 100 niñas que nacen, nacen asimismo entre 105 y 108 niños. Esta «ley» es de carácter puramente descriptivo y no expresa ninguna causalidad general. En cambio, una ley teórica de economía política puede expresarse mediante una formulación causal: dados A, B y C, debe ocurrir D; en otras palabras: la existencia de condiciones, de «causas» determinadas, origina consecuencias igualmente determinadas. No hay que insistir en que esas «condiciones» pueden también tener carácter histórico, es decir que en realidad existan únicamente en un determinado momento. Desde el punto de vista estrictamente lógico poco importa dónde y cuándo estas condiciones se realicen efectivamente y menos aún si se producen o no; en este sentido, decimos que son «leyes eternas»; por otra parte, y en la medida en que dichas leyes ocurran realmente, son «leyes históricas», puesto que dependen de «condiciones» que únicamente existen en una etapa histórica determinada.[39] Pero si estas condiciones se

39. En su *Historia de la economía nacional*, ONCKEN distingue tres métodos: el método exacto o filosófico, el método histórico o mejor histórico-estadístico y, por último, el método histórico-filosófico, de carácter sintético (p. 9). A continuación:

dan, se darán también las consecuencias que de ellas se deriven. Es precisamente este carácter inherente a las leyes teóricas de la economía lo que autoriza su aplicación a países y a épocas en que la evolución social alcanza el nivel que corresponde a dichas leyes; es por eso por lo que los marxistas rusos, por ejemplo, pudieron predecir con exactitud «el destino del capitalismo en Rusia», aunque los materiales concretos y empíricos en los que se basaba el análisis marxista se refieran a Inglaterra.[40]

Así, pues, el carácter «histórico» de las leyes de la economía política no es en absoluto suficiente para convertir a ésta en una ciencia de tipo monográfico. Además, el punto de vista histórico es el único que puede aportar alguna luz en este campo.

En tanto que ciencia, la economía política no puede tener otro objeto que la sociedad mercantil, más precisamente la sociedad mercantil capitalista. Si tuviéramos que enfrentarnos con una economía organizada de cualquier manera (como la economía *oikos* de Rodbertus), con la economía del comunismo primitivo, con la del Landgut feudal, o con la economía socializada del «Estado» socialista, no hallaríamos ni un solo problema cuya solución pudiésemos buscar en la economía política teórica; los problemas que ésta analiza corresponden a la economía mercantil, especialmente en su forma capitalista: son los problemas del valor, del precio, del capital, del beneficio, de las crisis, etc. Eso no se debe al azar; es precisamente en la etapa en que domina el sistema de «libre competencia» más o menos acusada, cuando puede constatarse muy claramente en el proceso económico la facilidad con que la voluntad y los fines desaparecen ante el encadenamiento objetivo de los acontecimientos sociales. El fenómeno que Marx llama «carácter fetichista de la mercancía», y que con tanta brillantez analiza en *El Capital*, caracteriza solamente a la producción mercantil propiamente dicha y a su forma superior, la produceión capitalista. Es en esta etapa cuando la relación personal entre los hombres en el proceso de producción se convierte en relación impersonal entre cosas, convirtiéndose éstas en «jeroglíficos sociales» del valor (Marx).[41] De ahí el carácter enigmático típico de la producción capitalista y también la originalidad de los problemas que por primera vez se plantean a la investigación histórica. No es por culpa del «carácter específico» de la libertad económica, sino a causa de la originalidad del sistema de competencia en el plano teórico —sistema que conlleva el mayor número posible de enigmas teóricos al mismo tiempo que el mayor número de dificultades imaginable para resolverlos—[42] por lo que el análisis de la sociedad capitalista presenta un interés particular, y confiere una forma lógica también particular a la ciencia económica que estudia las leyes de la vida elemental de la sociedad moderna, estableciendo leyes independientes de la consciencia humana —«leyes natu-

«En el ámbito socialista, el método histórico-filosófico está representado de un lado por Saint-Simon, de otro, en el sentido de un materialismo extremado, por Karl Marx y Friedrich Engels... Éste (el materialismo histórico, *N.B.*) no puede combatir con éxito más que en este mismo terreno, es decir el histórico-filosófico» *(Ibid.)*.

Eso equivale a reconocer la fecundidad del método marxista, el cual, según Oncken, debería unirse con el idealismo de Kant a fin de combatir mejor la nociva teoría materialista de Marx.

40. Es eso lo que Bulgakov no comprende en absoluto. Véase su crítica de la predicción marxista en *Filosofía de la economía.*

41. Karl Marx, *El Capital*, L. I, p. 40 (ed. FCE, L. I, p. 39).
42. Heinrich Dietzel, *Theoretische Sozialökonomie*, p. 90.

rales reguladoras»— parecidas a la ley de la gravedad, que fácilmente puede comprobarse cuando a uno le cae encima una teja.[43]

Este carácter elemental, resultado de condiciones extremadamente complejas, es en sí mismo un fenómeno histórico que afecta únicamente a la producción de mercancías.[44] Sólo la economía social no organizada engendra esos fenómenos específicos, en los que la mutua adaptación de las diferentes partes del «organismo de producción» tiene lugar fuera de la consciencia humana, orientada conscientemente en este sentido. En una economía social planificada, la distribución y la redistribución de las fuerzas de producción sociales constituye un proceso consciente basado en informaciones estadísticas; en la anárquica producción actual, este proceso tiene lugar a través de un complicado mecanismo de transferencia de precios, de subidas y bajadas de éstos, de su presión sobre los beneficios, mediante una serie de crisis, etc.; en resumen, no es el cálculo razonado del conjunto, sino las fuerzas ciegas del elemento social las que se ponen al descubierto a través de toda una serie de fenómenos económico-sociales, en

43. Karl MARX, *El Capital*, L. I, p. 39, ed. popular (ed. FCE, L. I, p. 38).

44. «Los fenómenos encuadrados en una ley, tal como existen en la actualidad... sólo han podido originarse a partir del momento en que todo aislamiento e incluso toda limitación local pertenecían al pasado» (NEUMANN, *Naturgesetz und Wirtschaftsgesetz*, «Revista de economía nacional», editada por Schäffle, 1892, año 48, cuaderno 3, p. 446). El señor Struvé dirige a Marx grandes elogios por su análisis del fetichismo de la mercancía, pero cree que Marx, al igual que toda la escuela del socialismo científico, se han equivocado al atribuir a este fenómeno carácter histórico. Lo que por otra parte no es obstáculo alguno para que este mismo autor establezca un lazo de unión entre el fetichismo y la economía mercantil que, según él mismo confiesa, representa una categoría histórica. *(Cf.* su *Sistema económico, loc. cit.)*

especial a través del precio de mercado; es eso lo que caracteriza la sociedad moderna y lo que constituye el objeto de la economía política. En la sociedad socialista la economía política perderá su razón de ser: sólo se conservarán una «geografía económica» —ciencia de tipo monográfico— y una «política económica», ciencia normativa; puesto que las relaciones entre los hombres serán claras y sencillas, la versión fetichista, cosificada, de esas relaciones desaparecerá, y las leyes propias de la vida elemental serán sustituidas por los actos conscientes de la humanidad. No es preciso extenderse más para demostrar que el estudio del capitalismo exige el estudio de sus rasgos fundamentales, rasgos que distinguen «el organismo de producción» capitalista de cualquier otro; porque el estudio del capitalismo es precisamente el estudio de lo que le distingue de cualquier estructura social. A partir del momento en que se hace abstracción de las originalidades típicas del capitalismo, se llega a categorías generales aplicables a cualquier tipo de relaciones sociales de producción, lo que en consecuencia impide explicar el proceso de evolución totalmente específico e históricamente determinado del «capitalismo moderno». En el olvido de este principio —dice Marx— «reside toda la sabiduría de los economistas modernos, quienes así prueban la perennidad y la armonía de las relaciones sociales existentes».[45] Debemos subrayar que el capitalismo es la modalidad más evolucionada de producción de mercancías. Lo que caracteriza a esta modalidad no es el cambio propiamente dicho, sino el cambio capitalista; la fuerza de trabajo aparece en el mercado como mercancía, y las relaciones de

45. *Introducción a la crítica...*, p. XVI. Este texto fue escrito en 1857, pero se adecúa perfectamente al «siglo veinte».

producción («la estructura económica de la sociedad») implica no sólo las relaciones entre productores de mercancías, sino también las relaciones existentes entre la clase capitalista y los trabajadores asalariados. Además del estudio de las condiciones generales de la economía mercantil (la existencia únicamente de este elemento correspondería a la teoría de la producción mercantil simple), el análisis del capitalismo exige, por tanto, el estudio de la estructura específica del propio capitalismo. Esta manera de plantear la cuestión es la única que permite establecer una teoría económica verdaderamente científica. Si no se busca acabar glorificando e inmortalizando las relaciones capitalistas, sino que se pretende estudiarlas sobre una base teórica, hay que destacar y analizar sus propiedades características. Es así como procede Marx. En su Libro I de *El Capital*, leemos: «La riqueza de las sociedades en que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como un "inmenso arsenal de mercancías", y la mercancía como su *forma elemental*. Por eso, nuestra investigación arranca del análisis de la mercancía.»[46]

Vemos pues que la investigación se orienta desde su comienzo en sentido histórico. A partir de aquí, el análisis marxista demuestra que todos los conceptos económicos fundamentales tienen un carácter histórico.[47] «El producto del trabajo —escribe Marx

46. Karl MARX, *El Capital*, L. I, p. 1 (edición FCE, L. I, p. 3).

47. La *Introducción*, tantas veces citada aquí, resume las ideas metodológicas de Marx. Por lo que concierne a las «condiciones de producción» históricas y no históricas, Marx expone así sus ideas: «en resumen: existen condiciones comunes a todas las etapas productivas, que el pensamiento califica de generales; pero las pretendidas *condiciones generales* de toda producción no son nada más que estos momentos abstractos que no corresponden a ninguna etapa de producción real, histórica» (p. XX).

a propósito del valor— es objeto de uso en todos los tipos de sociedad; sólo en una época históricamente dada de progreso, aquélla que ve en el trabajo invertido para producir un objeto de uso, una propiedad "materializada" de este objeto, o sea su valor, se convierte el producto del trabajo en mercancía.»[48]

Marx dice lo mismo a propósito del capital: «... el capital no es una cosa, sino una relación de producción social determinada, perteneciente a una forma de sociedad históricamente determinada; el capital toma cuerpo en una cosa a la cual confiere un carácter social específico. El capital no es la suma de los medios materiales de producción que han sido producidos. El capital es el conjunto de los medios de producción transformados en capital, los cuales, por sí mismos, están tan lejos de constituir capital como lo están el oro y la plata de constituir por sí mismos moneda.»[49]

Es interesante confrontar esta definición con la que Böhm-Bawerk da de capital:

«Denominamos capital en general a *un conjunto de productos que sirven de medios de adquisición de bienes*. De este concepto general de capital deriva el concepto más restringido de *capital social*. Denominamos capital social a un conjunto de productos que sirven de medios para adquirir bienes que poseen valor desde el punto de vista de la economía social: o bien... en resumen, *un conjunto de productos intermedios*.»[50]

48. Karl MARX, *El Capital*, L. I, p. 28.

49. Karl MARX, *El Capital*, L. III, 2.ª parte, p. 349.

50. BÖHM-BAWERK, *Kapital und Kapitalzins*, 1909, vol. II, 1.ª parte, pp. 54-55. Struvé, que ha pasado por la escuela marxista, defiende también este punto de vista, totalmente superficial: «La actividad económica pura —escribe— conoce igualmente categorías, tales como coste de producción, capital, beneficio, renta»

Los respectivos puntos de partida son, por tanto, diametralmente opuestos. Mientras para Marx el carácter histórico de una categoría dada es su signo distintivo, Böhm-Bawerk hace abstracción del elemento histórico; en Marx nos encontramos con relaciones humanas históricamente determinadas, mientras que Böhm-Bawerk se refiere exclusivamente a las relaciones generales entre el hombre y las cosas. En efecto, desde el momento en que no se tiene presente el cambio de las relaciones históricas de los hombres entre sí, lo único que subsiste es la relación del hombre con la naturaleza; en otras palabras: en lugar de categorías histórico-sociales encontramos categorías «naturales». Es evidente que las categorías «naturales» no explican en lo más mínimo las categorías económico-sociales, pues como muy acertadamente observa Stolzmann, «las categorías naturales solamente proporcionan posibilidades técnicas para la formación de los fenómenos económicos». [51]

En efecto, el proceso de trabajo, el proceso de producción y de distribución de bienes se presenta siempre bajo formas determinadas, históricamente distintas: son estas formas las únicas que engendran fenómenos económico-sociales determinados. Y es

(*loc. cit.*, p. 17); por actividad económica pura entiende «la relación económica del sujeto económico con el mundo exterior» *(Ibid.)*. En Rodbertus se vislumbra una variante más sutil de parecidas ideas; distingue la noción lógica de la noción histórica de capital. En realidad, esta terminología es un velo que cubre la apologética de los economistas burgueses; en su esencia es totalmente superflua, dado que para esas «categorías lógicas» se dispone de la expresión «modo de producción». Para más detalles véase más adelante el estudio dedicado a la teoría del beneficio.

51. R. STOLZMANN, *Der Zweck...*, p. 131.

un punto de vista perfectamente insostenible considerar, siguiendo al «coronel Torrens» y a Böhm-Bawerk, la «piedra del salvaje como el origen del capital»[52] y al salvaje como un capitalista. Es únicamente cuando, en base a la producción de mercancías,[53] los medios de producción son monopolizados por una sola clase con carácter de propiedad y opuestos a la propiedad de los obreros, la fuerza de trabajo, única mercancía de que éstos disponen, aparece verdaderamente este fenómeno denominado capital; por tanto, es únicamente entonces cuando puede también producirse el «beneficio del capitalista». Lo mismo ocurre en el caso de la renta. El simple hecho del beneficio diferencial del suelo cuando se trata de parcelas diferentes; o, por citar la fórmula célebre: «la ley del beneficio decreciente del suelo» (suponiendo incluso que dicha ley actuara en la forma que pregonan los malthusianos más radicales) no bastaría en modo alguno para crear el fenómeno de la renta de la tierra. Ésta no se hace presente hasta que, tomando como base la producción de mercancías, el suelo es monopolizado en tanto que propiedad por la clase de los propietarios agrarios. Por lo

52. «La primera piedra que lanza el salvaje contra el animal al que persigue, el primer bastón que usa para alcanzar el fruto al que no llega con las manos, es para nosotros la apropiación de un objeto con vistas a conseguir otro, y es así como nosotros descubrimos el capital» (R. TORRENS, *An Essay on the Production of Wealth*, etc., pp. 70-71). (*Cf.* Karl MARX, *El Capital*, L. I, p. 147, nota.)

La definición de capital según Böhm-Bawerk, como «conjunto de productos intermedios», coincide con la opinión de Torrens, al que Marx ridiculiza ya en su primer libro de *El Capital* (*cf.* BÖHM-BAWERK, *Kapital und Kapitalzins*, vol. II, 1.ª parte, p. 587).

53. Cosa que raramente tienen en cuenta los críticos de Marx. *Cf.* por ejemplo, Fr. OPPENHEIMER, *La cuestión social y el socialismo*, especialmente la parte titulada: Robinson-capitalista.

que concierne a la diferencia de ingresos entre las diversas parcelas y la «ley» en cuestión, las parcelas representan únicamente las condiciones técnicas que, en definitiva, *hacen posible* el fenómeno social, es decir, la renta.[54] Cuando Böhm-Bawerk reprocha a algunos de sus críticos que no distinguen entre la «naturaleza de la cosa» y la «forma en que se presenta», lo único que hace es lanzar lamentaciones sin ninguna base. El capital no puede definirse como representante del «conjunto de productos intermedios» (definición que corresponde a los medios de producción), sino como constituyente de una relación social particular que lleva consigo toda una serie de fenómenos económicos, del todo desconocidos en otras épocas. Puede evidentemente decirse que el capital es la forma bajo la cual aparecen los medios de producción en la actual sociedad, pero no puede decirse que el capital moderno es la forma bajo la cual aparece el capital en general y que éste es idéntico a los medios de producción.

El fenómeno del valor posee también un carácter histórico. Incluso si se considera correcto el método individualista de la escuela austriaca y se intenta deducir el valor simplemente del «valor subjetivo», es decir de la estimación individual de diferentes personas, incluso en este caso es preciso tener presente el hecho de que en economía moderna el psiquismo del «productor» tiene contenidos muy distintos del productor en una economía natural (y sobre todo del psiquismo de un hombre «sentado en la orilla de un río» o errando muerto de hambre por

54. Véase STOLZMANN, *loc. cit.*, p. 26, y John KEYNES, *loc. cit.*, p. 66: «... incluso la ley de disminución de la renta agraria como fenómeno natural no podría ser verdaderamente considerada como una ley económica.»

el desierto). El capitalista moderno, tanto si representa a la industria como al capitalismo comercial, no se interesa en absoluto por el valor de uso del producto: «trabaja» con ayuda de una «mano de obra» alquilada exclusivamente para la obtención de beneficio, y todo lo que le interesa es el valor de cambio.

Eso demuestra que incluso el fenómeno fundamental de la economía política, el del valor, no puede explicarse por el hecho, válido en todos los tiempos y para todos los pueblos, de que los bienes satisfacen una necesidad humana sin discriminación. Y sin embargo éste es el método seguido por la escuela austriaca.[55]

Con lo cual llegamos a la conclusión de que la vía metodológica puesta en práctica por la escuela austriaca es completamente falsa, puesto que no tiene en cuenta para nada los aspectos singulares del capitalismo. Una economía política cuya finalidad sea explicar las condiciones socio-económicas, es decir, las relaciones entre los hombres, debe ser una ciencia histórica. «Si alguien quisiera colocar la economía política de la Tierra de Fuego —observa Engels de modo pertinente y mordaz— bajo idénticas leyes a las de la actual Inglaterra, sólo conseguiría expresar lugares comunes de la más perfecta banalidad.»[56] Esos «lugares comunes» pueden edifi-

55. «El punto de partida, el fundamento del "sistema" consiste en el análisis de los *fenómenos elementales*, de las actividades económicas humanas en su conjunto, *in abstracto*, o sea, excluyendo las particularidades de las relaciones sociales» (Emil SAX, *Esencia y tarea de la economía nacional*, p. 68).

56. Fr. ENGELS, *Anti-Dühring*, 3.ª ed., Stuttgart, 1894, p. 150; (trad. cast. de M. Sacristán, ed. Grijalbo, México, 1964). El carácter no histórico del objetivismo de los «matemáticos» y de los «angloamericanos» les lleva a una concepción puramente mecáni-

carse sobre una base más o menos espiritual, pero con eso no podrán explicarse las particularidades del orden social capitalista, que habrán sido previamente eliminadas. De suerte que esta «economía» hipotética «construida» por Böhm-Bawerk, y cuyas «leyes» analiza, aparece tan alejada de nuestro mundo de perversión que ya no puede servir para mensurarlo.

Por otra parte, eso ya comienzan a comprenderlo los mismos iniciadores de esta nueva orientación. El propio Böhm-Bawerk escribe en la última edición de su *Capital:* «He intentado sobre todo llenar una laguna..., habría que examinar... la influencia de las sedicentes "categorías sociales" y ver cuál es el poder y la significación de las relaciones de fuerza y de autoridad emergidas de los organismos sociales... Este capítulo de la economía social no ha sido aún escrito de modo satisfactorio... Y en eso no han tenido mayor éxito los teóricos del valor marginal que los otros.»[57]

Podemos vaticinar que este «capítulo» nunca podrá ser escrito de modo «satisfactorio» por los representantes del marginalismo, dado que éstos no consideran la «categoría social» como una parte integrante y orgánica de la «categoría puramente económica», sino que la consideran como una magnitud exterior, situada más allá de la economía.

En oposición a Böhm, Stolzmann, uno de los defensores del método «social-orgánico», al que nos hemos referido en varias ocasiones, observa: «El objetivismo entra así en una nueva fase, se convierte no

ca, en la que, de hecho, no hay sociedad, sino sólo objetos en movimiento.

57. Prólogo a la tercera edición de *Kapital und Kapitalzins*, vol. II, pp. XVI y XVII.

sólo en social, sino en "histórico"; ya no queda ningún espacio vacío entre el estudio sistemático-lógico y el histórico-lógico: el campo de investigación es el mismo en ambos casos, puesto que tanto uno como otro tienen por objeto el estudio de la *realidad* histórica.»[58] Aunque mucho antes que por Stolzmann, la unión entre el método clásico abstracto, «el objetivismo», y «el historicismo», fue establecida por Karl Marx, y sin ninguna floritura ética.

He aquí como, también en este punto, la «anticuada» teoría del proletariado adelanta a todas las demás.[59]

58. R. STOLZMANN, *loc. cit.*, prólogo, p. 2. Compárese con LIEFMANN, *loc. cit.*, p. 5. «El punto de vista llamado social... aplicado hace ya medio siglo por Marx.» Al mismo tiempo, Liefmann pone con mucha razón de relieve las particularidades del método marxista.

59. Stolzmann se cree obligado a considerar los fenómenos sociales como socioéticos. Para eso, mezcla la ética en tanto que conjunto de normas desde las cuales se enfoca la realidad económica, y la ética en tanto que hecho ligado a la realidad de los fenómenos económicos. Hablar de la economía política como de una ciencia ética, equivaldría, en el primer caso, nada menos que a transformar esta ciencia en un conjunto de recetas; y suponiendo que en el segundo caso quisiéramos seguir el ejemplo de Stolzmann, podríamos hablar de la economía política como de una ciencia filológica, cuya «razón suficiente» consistiría en el hecho de que los fenómenos del lenguaje están también ligados a la vida económica. La absurdidad de la «ética» de los señores «críticos» puede medirse, por ejemplo, con el siguiente párrafo: «El salario es una magnitud *moral*» (p. 198, subrayado por el autor). Viene determinado no sólo por el uso y el derecho, «sino también por la voz de la conciencia y la coacción interior, es decir por imperativos del corazón» (p. 198). Es su «razón práctica» lo que fuerza a Stolzmann a prevenir a los hombres de la adhesión al socialismo (p. 17). Para conseguir esto último, no se detiene ante la demagogia: «Cierto —declara—, en contra de los marxistas es infinitamente más sencillo e irresponsable limitarse a desacreditar lo que existe, ofrecerles piedras en lugar de pan... Pero el obrero no querrá esperar», etc. ¿Es este mismo «imperativo del corazón» lo que le dicta estas necedades al señor Consejero de la Corona? Aquello que hay de

3. *Puntos de vista de la producción y del consumo*

Cuando se comenzó a estudiar el modo de producción moderno de forma teórica —escribe Marx— «... hubo que apoyarse necesariamente en los fenómenos superficiales del proceso de circulación... La verdadera ciencia de la economía moderna comienza solamente allí donde la reflexión teórica pasa del proceso de circulación al proceso de producción».[60] Por el contrario, Böhm-Bawerk y la totalidad de la escuela austriaca, toman el consumo como punto de partida de su análisis.

Mientras que Marx considera la sociedad ante todo como un «organismo de producción», y la economía como «proceso de producción», la producción se encuentra relegada en Böhm-Bawerk a un último plano; el análisis del consumo, de las necesidades y deseos del sujeto económico ocupa el primer puesto.[61] No hay, pues, que extrañarse si no son los bienes económicos, en tanto que productos, los que sirven de punto de partida del análisis, sino una cantidad dada (a priori) de éstos, una «provisión», cuya procedencia se ignora. Además, el conjunto de la teoría del valor aparece así, de antemano, como punto central del sistema teórico. Eliminado desde un principio el factor producción, resulta una teoría del valor desgajada de cualquier tipo de producción. De ahí el singular empleo del método de «la abstracción aisladora»: así, en el análisis del valor, Böhm-Bawerk no hace que sus Robinsones produzcan bienes, sino que los pierden, «renuncian» a ellos. La posibilidad de producción o de reproducción es aquí considerada, no como un fenómeno al que ante todo hay que analizar, sino como una dificultad que es necesario salvar.[62] Resulta, por consiguiente, lógico que «la utilidad» se convierta en la idea fundamental de la escuela austriaca, idea de la que deriva inmediatamente la de valor subjetivo primero y la de valor objetivo después; puesto que el concepto de utilidad no supone ni «gasto de trabajo» alguno ni producción, expresa, no una relación activa, sino una relación puramente pasiva con

---

interesante en Stolzmann está ligado a la teoría y al método de Marx; su ética fanfarrona, por el contrario, sólo puede tentar a los señores Bulgakov, Frank, y Tugan-Baranowsky.

60. Karl MARX, *El Capital*, L. III, p. 321.

61. Lo mismo ocurre en JEVONS: «Political economy must be founded upon a full and accurate investigation of the condition of utility; and, to understand this element, we must necessarily examine the character of the wants and desires of men. We, first of all, need a *theorie of the consumption of wealth*» (*The theorie of political economy*, Londres y Nueva York, 1871, p. 46, subrayado por el autor). L. WALRAS, *Estudios de economía social*, p. 51, incluye en la economía *pura* únicamente la consideración de la riqueza, mientras que el análisis de la producción pertenece, según él, a la economía política aplicada. Carver se acerca más a la producción. En eso es solidario de Marshall: «In other words, economic activities, rather than economic goods form the subject-matter of the science» (XI). En otro párrafo de la misma obra, *The distribution of wealth*, ordena esas «actividades» de la siguiente manera: producción, consumo y valoración (production, consumption, valuation).

En todos esos autores encontramos diferentes formas de eclecticismo, de un lado con relación a Marx, y de otro con relación a Böhm-Bawerk.

62. Kautsky está en lo cierto al decir que la escuela austriaca ha ido aún mucho más lejos que las robinsonadas del siglo XVIII, ya que para dicha escuela Robinsón no fabrica él mismo sus objetos de consumo, sino que éstos le caen del cielo (L. BOUDIN, *loc. cit.*, prólogo de KAUTSKY, p. X). Los famosos cambios equivalentes de Léon Walras se identifican totalmente con el punto de vista de los austriacos (*cf.* Léon WALRAS, *Principios de una teoría matemática del cambio*, p. 9): «Dadas las cantidades de mercancías, formular el sistema de ecuaciones cuyas raíces son los precios de las mercancías.» Así formula su objetivo. El lector podrá comprobar que tampoco aquí se habla para nada de la producción.

las cosas, no una «capacidad de objetivación», sino una determinada relación mediante un dato invariable. Por todo esto, el concepto de utilidad puede aplicarse con éxito en aquellos casos en que los individuos considerados son «náufragos», «miopes», «viajeros muertos de hambre», abandonados en una isla deshabitada y demás engendros debidos a la imaginación de un profesor.

No es preciso insistir en que este punto de vista excluye de antemano cualquier posibilidad de comprender los fenómenos sociales y su desarrollo. La fuerza impulsora de éstos estriba en el crecimiento de las fuerzas productivas, de la productividad del trabajo social, en la ampliación de las actividades productivas de la sociedad. Sin consumo, no hay producción: en eso no cabe la menor duda; toda actividad económica tiene siempre la necesidad por motivación. Pero, por otra parte, también la producción actúa de modo decisivo sobre el consumo. Según Marx, esta influencia aparece bajo tres aspectos: en primer lugar, la producción crea el *material* para el consumo; en segundo lugar, determina el modo de éste, es decir su carácter cualitativo; por último, genera *nuevas necesidades*.[63]

Ésta es la situación si se consideran las relaciones recíprocas entre producción y consumo en general, es decir, sin relación con una estructura histórica dada. Cuando se examina el capitalismo, es preciso añadir un importante elemento, que es, en palabras de Marx: «... "la necesidad social", es de-

63. «La producción origina el consumo... *a*) procurándole el material; *b*) determinando el modo de consumo; *c*) haciendo aparecer, en tanto que necesidad del consumidor, los objetos que ella misma ha comenzado por producir.» Karl MARX, *Introducción a la crítica*, p. XXV.

cir, aquello que regula el principio de la demanda, determinada en lo esencial por la relación de las diferentes clases entre sí y por su respectiva posición económica, por tanto y en primer lugar por la relación de la plusvalía total con el salario, y a continuación por la relación de las diversas partes entre las cuales se divide la plusvalía (beneficio, interés, renta, impuestos, etc.)».[64] Esta relación de las clases entre sí de que se habla se forma y se transforma a su vez por la influencia del crecimiento de las fuerzas productivas.

Constatamos, pues, ante todo, que: *la dinámica de las necesidades está determinada por la dinámica de la producción*. De donde se deduce necesariamente, primero: que en el análisis de la dinámica de las necesidades, hay que tomar como punto de partida la dinámica de la producción; segundo: que la cantidad dada de productos, que supone una situación estática de la producción, supone al mismo tiempo una situación estática del consumo, en otras palabras, una situación estática del conjunto que constituye la vida económica en su complejidad y, por consiguiente, de la vida sin más.[65]

Es precisamente «el desarrollo de las fuerzas productivas» lo que Marx consideraba como más importante, ya que todo su inmenso trabajo teórico tenía como finalidad «descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna».[66] Pero,

64. Karl MARX, *El Capital*, L. III, 1.ª parte, p. 160.

65. Según MARX, la producción es «el verdadero punto de partida y por consiguiente el momento predominante» (*Introducción*, p. XXVII). El lazo que une la teoría económica de Marx con su teoría sociológica está aquí netamente expuesto (eso para aquellos que creen posible declararse «de acuerdo» con un aspecto de la teoría de Marx, rechazando el otro).

66. Karl MARX, *El Capital*, L. I, p. XIII (ed. FCE, L. I, p. XV).

usando su propia expresión, descubrir «la ley económica que preside el movimiento» allí donde el movimiento, o una cierta cantidad de productos «caída del cielo», no existen, es tarea nada fácil.[67] Por eso podemos estar seguros de antemano que el punto de vista del consumo sobre el que se funda el sistema austriaco se mostrará perfectamente estéril en todas aquellas cuestiones que conciernen al dinamismo social, es decir, en los problemas fundamentales de economía política. «La manera de desarrollarse la técnica en una sociedad capitalista —dice Karasov—, de la cual deriva el beneficio del capitalista, todas estas cuestiones fundamentales, son [ellos, es decir los representantes de la escuela austriaca, *N.B.*] incapaces de plantearlas correctamente y, con mayor motivo, de resolverlas.»[68] A este respecto, las siguientes confesiones de Josef Schumpeter, uno de los más ardientes defensores del marginalismo, son extremadamente interesantes. Schumpeter tuvo el valor de admitir públicamente que siempre que se hablaba de desarrollo, la escuela austriaca no tenía *nada* que decir. «Vemos pues —escribe— que nuestro sistema estático no explica, ni aproximadamente,

67. El señor Frank no comprende por qué el trabajo se pone en primer plano con respecto a las restantes «condiciones de producción»: la propiedad agraria, al igual que una determinada distribución de los productos, etc. ¿acaso no son una «necesidad eterna para el hombre»? La razón por la cual es precisamente el trabajo lo que debe servir de elemento constitutivo de los fenómenos económicos, permanece totalmente a oscuras (*La teoría marxista del valor y su significado*, pp. 147-148). Las formas de distribución representan una magnitud derivada del «tipo de producción», pero por lo que respecta al suelo, el momento puramente estático de la «propiedad agraria», éste no proporciona la menor explicación de los cambios, del dinamismo.

68. G. KARASOV, *El sistema del marxismo*, Berlín, 1910, p. 19. Los «cambios equivalentes» de Walras son estáticos. Lo mismo en el caso de Wilfredo PARETO, *Curso de economía política*, tomo I, Lausanne, 1896, p. 10.

todos los fenómenos económicos, por ejemplo el interés y la ganancia del empresario.»[69]

«... Que nuestra teoría, en la medida en que esté sólidamente asentada, es insuficiente frente a los más importantes fenómenos de la vida económica moderna.»[70]

«Más aún: fracasa ante *todo* fenómeno que... solamente pueda analizarse desde el punto de vista del desarrollo. En este todo se incluyen los problemas relativos a la formación del capital y otros, en especial el progreso económico y las crisis.»[71]

Así, pues, ocurre que la última teoría de los «sabios» burgueses fracasa en las cuestiones fundamentales, precisamente las que revisten mayor importancia en nuestra época. La acumulación gigantesca y rápida del capital, su concentración y centralización, el progreso técnico extraordinariamente rápido, y, por último, la reaparición periódica de las crisis industriales —fenómeno específicamente capitalista, que conmueve hasta sus cimientos a este sistema socioeconómico—, todo eso es, en palabras de Schumpeter, «un secreto cerrado con siete llaves». Y es precisamente en el dominio teórico en que tropieza el pensamiento del sabio burgués donde la teoría marxista ofrece mayores resultados, hasta el punto de que fragmentos mutilados de la doctrina marxista aparecen a veces, incluso a los ojos de los más encarnizados enemigos del marxismo, como el último grito de la sabiduría.[72]

69. Josef SCHUMPETER, *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*, Leipzig, 1908, p. 564.

70. *Ibid.*, p. 587.

71. *Ibid.*, p. 587.

72. Eso se aplica, por ejemplo, igualmente a Tugan-Baranowsky, autor que es considerado una «autoridad» en materia de teoría de las crisis.

4. *Conclusiones*

Hasta aquí hemos analizado los tres errores que constituyen el punto de partida de la escuela austriaca: el subjetivismo, el punto de vista no histórico y el del consumo. Estos tres puntos de partida lógicos, que responden a los tres rasgos fundamentales de la mentalidad del burgués-rentista, acarrean inevitablemente los tres errores teóricos esenciales de la escuela austriaca, errores que se van repitiendo sin cesar en las diferentes partes del «sistema» teórico general: son, primero, los «círculos viciosos» originados por el método subjetivista; impotencia para explicar las formas específicamente históricas del capitalismo, después; impotencia que proviene de una concepción no histórica; y, por último, fracaso absoluto en todos los problemas relativos al desarrollo económico —fracaso que deriva necesariamente de la idea que dicha escuela se hace del consumo. Sin embargo, sería incorrecto pensar que todas esas «causas» actúan independientemente unas de otras; los conjuntos psíquicos, al igual que los conjuntos lógicos, son magnitudes complejas, en cuyo seno diversos elementos se combinan y se confunden de distintas maneras y cuyos efectos se dejan sentir con mayor o menor fuerza en función de los restantes elementos a que están ligados.

Además, todo error concreto que descubramos en el análisis detallado de la teoría de Böhm-Bawerk que contienen las siguientes páginas, se basará no en un único «campo de pensamiento» de los nuevos teóricos, sino en varios a la vez. Lo que no nos impedirá entresacar, de entre la gama de momentos que se encadenan, los tres momentos fundamentales que, en sus diferentes configuraciones, son el origen de

los innumerables «pasos en falso» de Böhm-Bawerk. Esos «pasos en falso» manifiestan, al mismo tiempo, la impotencia de la burguesía *fin de siècle* en el ámbito del pensamiento teórico.

CAPÍTULO II

TEORÍA DEL VALOR

1. *Importancia del problema del valor*

Desde su origen hasta nuestros días, el problema del valor ha sido considerado como uno de los puntos fundamentales de la economía política. Todos los demás —el salario, el capital, la renta, la acumulación de capital, la lucha entre grandes y pequeñas empresas, las crisis, etc.— pueden remitirse, directa o indirectamente a este problema fundamental.

«La teoría del valor se encuentra de alguna manera en el centro de toda la economía política»,[1] apunta Böhm-Bawerk con razón. No es difícil entenderlo así. Para la producción de mercancías en general, y en particular para la producción capitalista de mercancías de la que deriva la economía política en su totalidad, el precio —y por consiguiente lo que rige a éste, el valor— constituye la categoría fundamental y universal. Los precios de las mercancías regulan la repartición de las fuerzas productivas de la sociedad capitalista y el modo de intercambio, que presupone la categoría de precio y constituye el modo de repartición del producto social entre las distintas clases.

1. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge der Theorie des wirtschaftslichen Güterwerts*, p. 8.

El movimiento de los precios engendra una adaptación de la oferta de mercancías a la demanda, obligando al capital —por medio del aumento y disminución del índice de su beneficio— a pasar de uno a otro sector de la producción; los bajos precios son el arma mediante la cual el capitalismo se abre camino hacia la conquista del mundo; gracias a ellos el capitalismo elimina el artesanado y la gran empresa triunfa sobre la pequeña.

Es en forma de *compra* de la fuerza de trabajo, es decir mediante una relación de precio, como se realiza el contrato entre el capitalista y el obrero —condición imprescindible para el enriquecimiento del capitalista. El beneficio, es decir, la expresión en términos de valor-moneda, y no la expresión «natural» del excedente de producción, es el gran estímulo de la sociedad moderna; en la búsqueda del beneficio tiene su fundamento todo el proceso de acumulación de capital, el cual, destruyendo las antiguas formas económicas, va independizándose de ellas en el curso de su desarrollo y se presenta como una fase histórica específica de la evolución económica, etc. Por todo eso el problema del valor siempre ha preocupado a los teóricos de la economía mucho más que cualquier otro problema relacionado con la economía política. Smith, Ricardo y Marx, han basado sus investigaciones respectivas en el análisis del valor.[2] También la escuela austriaca hace del valor la piedra angular de su doctrina: en la medida en que quiso oponerse a los clásicos y a Marx, para edificar su propio sistema teórico, tuvo que preocuparse esencialmente del problema del valor.

Por eso la teoría del valor sigue en realidad en el centro de las discusiones teóricas actuales, aunque, en lo esencial, Stuart Mill la hubiera considerado como una cuestión resuelta.[3] En oposición a Mill, Böhm-Bawerk piensa que la teoría del valor sigue siendo «una de las partes más oscuras, complejas y polémicas de nuestra ciencia»;[4] Böhm cree, sin embargo, que los trabajos de la escuela austriaca pondrán fin a este estado de cosas. «Algunos trabajos más o menos recientes —escribe— parecen aportar, finalmente, en este caos efervescente la idea liberadora cuyo fecundo desarrollo permite prever una completa clasificación.»[5]

Por nuestra parte, intentaremos someter esta «idea liberadora» a una adecuada crítica; pero de momento observemos lo siguiente: las críticas dirigidas contra la escuela austriaca ponen con frecuencia de relieve que ésta confunde valor y valor de uso y que, además, su doctrina tiene mucho más que

2. «En una sociedad... cuyo sistema industrial reposa enteramente en la compra y la venta... el problema del valor es fundamental. Podría decirse que toda opinión relativa a los intereses comerciales de una sociedad así constituida contiene una cierta teoría del valor; el más mínimo error en este punto repercute sobre todas nuestras restantes conclusiones» (STUART MILL, *Principios de economía política*, traducción Soetbeer, 3.ª ed., 1869, vol. II, p. 10).

A instancias de Struvé, se han levantado algunas voces en estos últimos tiempos para declarar que el problema del valor no tiene relación alguna con el problema de la distribución, mientras que Ricardo, por ejemplo, piensa que el problema del valor es uno de los problemas fundamentales de la economía política (*cf. Leyes fundamentales de la economía*).

Tugan-Baranowsky sostiene el mismo punto de vista, aunque su *teoría de la distribución* sea el principal argumento que puede oponerse a esta «innovación». Struvé trata este punto en una forma más lógica que condena al fracaso toda teoría de la distribución.

Lo mismo ocurre en el caso de CHAPOCHNIKOV (*cf.* su *Teoría del valor y de la distribución*, Moscú, 1912, p. 11).

3. J. STUART MILL, *loc. cit.*, p. 109.

4. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 8.

5. *Ibid.*, p. 8.

ver con la psicología que con la economía política, etcétera. Todo lo cual es perfectamente correcto. Creemos, sin embargo, que no debemos limitarnos a esas observaciones. Debemos comenzar por situarnos en el punto de vista de los representantes de la teoría austriaca, comprender la totalidad del sistema en sus relaciones internas, y solamente después de esto descubrir las contradicciones e insuficiencias que resultan de sus errores *fundamentales*. Existen, por ejemplo, varias definiciones de valor. La definición de Böhm-Bawerk se distingue profundamente de la de Marx. Pero no basta afirmar simplemente que Böhm-Bawerk no toca el fondo de la cuestión, es decir, que no trata el verdadero problema; por el contrario, es preciso demostrar *por qué* no debe procederse como Böhm hace. A continuación, hay que probar que las hipótesis emitidas por esta teoría conducen a conclusiones contradictorias, que no sirven para comprender ni explicar una serie de importantes fenómenos económicos.

Pero, en este caso, ¿dónde encontrar el punto de partida para la crítica? Si el mismo concepto de valor es totalmente distinto según las diversas tendencias, es decir, si el concepto de valor de Marx no tiene ningún punto en común con el que propugna Böhm-Bawerk, ¿cómo sería posible la crítica? La solución a este dilema está en el siguiente hecho: por diferentes que sean las diversas concepciones del valor, aunque a veces sean incluso contradictorias unas con otras, *todas* tienen, sin embargo, un punto común, a saber: que la noción de valor es concebida *como norma de intercambio*, que la idea de valor sirve para explicar *el precio*.[6] Por supuesto que no basta con explicar el precio; más exactamente, no debemos limitarnos a explicar solamente los precios, y sin embargo la teoría del valor constituye la base *inmediata* para una teoría *de los precios*. Si la teoría en cuestión consigue resolver de modo no contradictorio la cuestión de los precios, eso significa que es correcta; en caso contrario, debe ser rechazada.

Partiendo de esas consideraciones nos dispondremos a iniciar la crítica de la teoría de Böhm-Bawerk.

En el apartado anterior hemos visto que el precio debe ser considerado, según Böhm-Bawerk, como resultado de estimaciones individuales, a consecuencia de lo cual su «doctrina» se divide en dos partes: la primera examina las leyes según las cuales se forman las estimaciones individuales: es la teoría del «valor subjetivo»; la segunda examina las leyes según las cuales se forman sus resultantes: es la teoría del «valor objetivo».

2. *Valor subjetivo y valor objetivo. Definiciones*

Sabemos que según la escuela subjetivista los fenómenos de la economía social se fundamentan en la

6. La única excepción consiste en la teoría del valor de Struvé, quien reduce el valor a un precio medio calculado estadísticamente. Pero eso acaba, en última instancia, en la destrucción de *toda teoría*.

En su *Filosofía de la economía*, BULGAKOV, por su parte, reprocha a Marx haber traspuesto el problema del trabajo y su función «de la altura de los principios a la práctica del mercado» (106); lo cual no sería más que un punto de vista pseudo-fundamentalista, el anverso de la vulgaridad. El mismo «crítico» escribe: «... ¿es necesaria una teoría general de la economía capitalista? Creo que sí... pero, ¿puede atribuirse idéntica utilidad a las distintas teorías del valor, del beneficio, del capital...? Creo que no...» (289). Este eminente profesor cree, pues, posible una teoría general del capitalismo, *sin teoría* «del valor, del beneficio, del capital».

psicología individual de los hombres; por lo que concierne a la cuestión de los precios, según dicha escuela el análisis del precio se remite al análisis de las *apreciaciones individuales*. Si se compara el modo como Böhm-Bawerk trata el problema del valor con el modo de proceder de Marx, la diferencia de principio salta a la vista: en Marx, el concepto de valor expresa la relación *social* entre dos fenómenos *sociales*, a saber, entre la productividad del trabajo y el precio —relación que en la sociedad capitalista (en oposición a la economía mercantil simple) es de estructura compleja.[7] En Böhm-Bawerk, el concepto de valor expresa la relación entre el precio en tanto que fenómeno *social* y la apreciación particular en tanto que fenómeno *psicológico individual*.

El criterio de la apreciación particular supone un sujeto que aprecia y un objeto que apreciar; el resultado de la relación que se establece entre ellos constituye el valor subjetivo de que habla la escuela austriaca. El valor subjetivo no es, pues, una cualidad especial propia de los bienes en tanto que tales, sino un estado psíquico determinado del sujeto que aprecia un valor dado. Hablando de una cosa, tenemos presente su importancia para un sujeto dado; por consiguiente: «*El valor tomado en sentido subjetivo es la importancia (Bedeutung) que posee un bien o un conjunto de bienes para el bienestar de un sujeto.*»[8] Ésa es la definición de *valor subjetivo*.

7. Lo que para nosotros significa que los precios no coinciden con el valor, no oscilan alrededor de su valor, sino que se aproximan al «precio de producción».

8. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 4. Al igual que K. Menger: «El valor no es... algo ligado a los bienes, una de sus propiedades; es únicamente la importancia que nosotros mismos atribuimos en primer lugar a la satisfacción de nuestras necesidades, es decir, a nuestra vida y a nuestro bienestar y que, en

No ocurre lo mismo con el concepto de valor objetivo en Böhm-Bawerk: «*El valor en sentido objetivo, en cambio, es la capacidad o la aptitud de un bien para producir un resultado objetivo cualquiera.*» En este sentido, existen tantos tipos de valor cuantos resultados exteriores a los que deseemos referirnos existan. Hay un valor nutritivo de los alimentos, un valor térmico de la madera y del carbón, un valor de engrase para los diferentes tipos de engrases, un valor explosivo propio de las materias explosivas, etc. *La noción de "valor" en todas esas expresiones no tiene ninguna relación con la felicidad o la desgracia de un sujeto.*»[9] (Este último subrayado es del autor.)

Entre esta serie de valores objetivos que Böhm-Bawerk considera neutros en relación con «la felicidad o la desgracia de un sujeto», se cuentan también valores de tipo económico, tales como «valor de cambio», «valor de ingreso» *(Ertragswert)*, «valor de producción», «valor locativo», y otros. Importancia primordial reviste el *valor de cambio objetivo*. Según Böhm-Bawerk con esta expresión hay que entender «*...la validez (Geltung) objetiva de los bienes en materia de cambio; en otras palabras, la posibilidad de adquirir otros bienes económicos, siendo considerada dicha posibilidad como una capacidad o una propiedad de los primeros bienes*».[10]

consecuencia, transferimos a los bienes económicos en tanto que causa exclusiva de aquéllas» (*Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*, Viena, 1871, p. 81, nota). «El valor es un juicio» (*ibid.*, p. 86) dice VON WIESER, el cual, en su *Origen del valor* (p. 79), concibe el valor como un interés humano, como el estado de una cosa.

9. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 4; véase también del mismo autor *Kapital und Kapitalzins*, tomo II, 2.ª ed., Innsbruck, 1909, p. 214.

10. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 5. K. Menger usa una terminología distinta (*cf.* sus *Grundsätze*, pp. 214-215).

Esta última definición, inexacta en su fondo, ni siquiera podría considerarse válida si Böhm-Bawerk se hubiera mostrado consecuente consigo mismo. El valor de cambio de los bienes, considerado como su «propiedad objetiva», es puesto en el mismo plano que las propiedades físicas y químicas de los bienes; en otras palabras: «el efecto de uso (utilidad) en el sentido *técnico* del término se identifica con el concepto *económico* de valor de cambio. Éste es precisamente el burdo punto de vista del fetichismo de la mercancía, tan característico de la economía política vulgar; en realidad la forma mercancía y la relación de valor de los productos de trabajo en que esa forma cobra cuerpo, no tiene absolutamente nada que ver con su carácter físico ni con la relaciones materiales que de este carácter se derivan.» [11]

Incluso desde el punto de vista del propio Böhm-Bawerk, su tesis no tiene mayor justificación. Si el valor objetivo no es más que el resultado de las apreciaciones subjetivas, *no puede* situarse en el mismo plano de las propiedades físicas y químicas de los bienes; se distingue de éstas incluso en los aspectos más fundamentales: no contiene el menor «átomo de materia», pues deriva de elementos inmateriales como es la apreciación individual de los distintos «sujetos económicos». Por más curioso que esto pueda parecer, hay que notar que el «psicologismo» puro, tan característico de la escuela austriaca y de Böhm-Bawerk, no es incompatible con el fetichismo vulgar, ultra-materialista, es decir, con un punto de vista esencialmente ingenuo y acrítico. Bien es cierto que Böhm-Bawerk protesta contra una concepción del valor *subjetivo* para la cual este valor sería inherente a los bienes en tanto que tales, independientemente del sujeto que los aprecia, pero ello no le impide, en su definición del concepto de valor objetivo, situar a este sujeto en el mismo plano que las propiedades técnicas de las cosas, neutras en cuanto a la «felicidad o desgracia del sujeto», olvidando que el valor subjetivo y objetivo pierde con ello esa relación genética que supone su propia teoría.[12]

Nos encontramos, pues, frente a dos categorías de valor: la una representa una magnitud fundamental, la otra una magnitud derivada. Por tanto, hay que empezar analizando la teoría del valor *subjetivo;* más aún puesto que es precisamente en esta parte de la teoría donde pueden encontrarse el mayor número de originales con vistas a edificar la teoría del valor sobre bases nuevas.

11. Karl MARX, *El Capital*, L. I, p. 39 (ed. FCE, L. I, p. 38).

12. Acerca de este punto, Neumann observa: «¿Se puede, por analogía con el valor de compra y el valor de ingreso de nuestra ciencia, hablar también de *valor de calefacción, de alimentación, de engrase,* etc...? Indiscutiblemente.» *Wirtschaftliche Grundbegriffe,* Manual de Economía Política, ed. por Schönberg, IV ed., t. I, p. 169.

J. Lehr es aún más explícito. Protesta contra una tal confusión y dice que no hay que «perder de vista la economía política, para la cual el valor no existe más que por y para el hombre» («Conrads Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik», N. F., vol. 9, 1889, p. 22). *Cf.* también N. DIETZEL, *Theoretische Sozialökonomie,* pp. 213-214).

Entre los sabios burgueses y sus acólitos, es de buen tono observar que en su teoría del valor Marx ha fabricado una grosera mezcla de materialismo y mecanicismo. Pero hay materialismo y materialismo. En la medida en que el materialismo marxista encuentra su expresión en su sistema económico, no sólo no conduce a ningún fetichismo de la mercancía, sino que, por el contrario, permite por primera vez su superación. En Marx, el valor pertenece de modo especial a las formas de pensamiento socialmente válidas, y por tanto objetivas, de las condiciones de producción específicas de este «modo de producción» social, históricamente determinado. (*El Capital,* L. I, p. 42). Aquí, sin embargo, «objetivo» no significa «físico». De ser así, también podríamos considerar el lenguaje como algo físico, *cf.* p. 39 de *El Capital.* Lo mismo en STOLZMANN, *Der Zweck...* p. 58.

3. *Utilidad y valor (subjetivo)*

«La noción dominante (en la escuela austriaca)... es la de utilidad.» [13] Mientras que en Marx la utilidad no es más que la *condición* del valor, sin influencia sobre su grado, en Böhm-Bawerk es el valor lo que deriva de la utilidad y constituye su expresión inmediata.[14]

No obstante, Böhm-Bawerk (en oposición, piensa, con la antigua terminología, según la cual utilidad y valor de uso son siempre sinónimos) distingue entre utilidad *en general* y *valor*, entendido de alguna manera como utilidad cualificada. «La relación con el bienestar humano —dice Böhm-Bawerk— se expresa de dos formas esencialmente distintas; nos hallamos en presencia de la forma inferior cuando un bien tiene la *facultad* general de servir para el bienestar humano. Por el contrario, el nivel superior exige que un bien sea no sólo algo dispuesto para servir, sino al mismo tiempo una condición indispensable

13. W. SOMBART, *Zur Kritik des ökonomischen Systems von Karl Marx*, «Braun's Archiv», vol. III, p. 592.

14. Eso dio pie a que muchos eclécticos pensaran que la teoría de los clásicos y la de Marx no estaban en «contradicción» con la escuela austriaca, sino sencillamente la «completaban». *Cf.* por ejemplo, DIETZEL, *Theoretische Sozialökonomie*, Leipzig, 1895, p. 23. Esos señores no comprenden que en Marx no existe ni una sola idea parecida a la de valor subjetivo de la escuela austriaca. *Cf.* sobre este tema el excelente trabajo de R. HILFERDING, *Böhm-Bawerks Marx Kritik*, Viena, 1904, pp. 52-53. TUGAN-BARANOWSKY es particularmente divertido en este punto; en sus *Grundzüge*, establece una ley de la proporcionalidad entre el valor del trabajo, que sólo tiene sentido en relación con la sociedad en su conjunto, y que es totalmente imposible aplicar a una economía aislada, y la utilidad marginal, que, por el contrario, únicamente «se adecúa» a las valoraciones del individuo y que, con relación a la «economía popular» no tiene el menor sentido, incluso desde el punto de vista de Böhm-Bawerk.

de prosperidad...; el lenguaje denomina al nivel inferior *utilidad*, y al nivel superior *valor*.» [15]

Dos ejemplos servirán para ilustrar esa diferencia: en el primer caso, tenemos un «hombre» sentado «junto a una fuente de la que mana abundante agua potable»; en el segundo, «otro hombre que viaja por el desierto». Es obvio que un vaso de agua tendrá un significado totalmente distinto para la «prosperidad» de ambos individuos. En el primer caso, el vaso de agua no es una «condición indispensable»; pero no ocurre lo mismo en el segundo: aquí la utilidad aparece en su forma «suprema», ya que para nuestro viajero la ausencia del más pequeño vaso de agua puede ser muy grave.

De ahí la siguiente formulación del «origen del valor»: «Los bienes adquieren valor cuando, para cubrir las necesidades que están destinados a satisfacer, la cantidad disponible de bienes de esta especie es tan pequeña que resulta insuficiente, o por lo menos tan limitada que sin el número de bienes que estamos valorando esta cantidad sería insuficiente.» [16]

15. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 9. Eso es particularmente importante para los austriacos. «Su piedra angular (es decir la de la teoría de la utilidad marginal) estriba en la distinción entre la utilidad en general y la utilidad concreta enteramente particular la cual, en una situación económica determinada, depende de la libre disposición del bien que se trata de valorar» (BÖHM-BAWERK, *Der letzte Massstab des Güterwertes*, en «Zeitschrift für Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung», vol. III, p. 187).

16. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 13. «Todos los bienes poseen utilidad, pero no todos poseen valor. Para que exista valor, la utilidad debe ir acompañada de *escasez*, no de escasez absoluta, sino relativa, con relación a la necesidad de bienes de la especie considerada.» BÖHM-BAWERK, *Kapital und Kapitalzins*, II, 3.ª ed., Innsbruck, 1912, p. 224. Igualmente Menger: «Ya que si la necesidad de un bien es superior a la cantidad disponible de éste, resulta evidente que, dado que una parte de las necesidades en cuestión seguirá estando insatisfecha, la cantidad dispo-

La «utilidad cualificada» de los bienes se convierte, por tanto, en el punto de partida del análisis del precio de las mercancías ya que toda teoría del valor sirve en primer lugar para explicar los precios; en otras palabras, se toma como punto de partida preci-

nible del bien en cuestión no podría verse disminuida en una cantidad parcial prácticamente notable, sin que por este mismo hecho una necesidad cualquiera, hasta el presente satisfecha, pudiera no ser satisfecha o pudiera no serlo más que de forma menos completa de lo que lo hubiera sido en ausencia de la antedicha eventualidad.» K. MENGER, *Grundsätze*, p. 77.

Los autores de la teoría de la utilidad marginal no tienen ningún derecho a considerarse en el origen de esta tesis. Podemos encontrarla ya en el conde Verri (*cf.* conde VERRI, *Economía política...*, París, año VIII), aunque bien es cierto que de una forma objetivada: «¿qué elementos, pues, constituyen el precio? Éste no debe basarse necesariamente sólo en la utilidad. Para convencernos, basta pensar que el agua, el aire y la luz del sol no tienen ningún precio y, sin embargo, ¿existe algo más útil y más necesario?... *así pues, la utilidad simple y pura de una cosa no basta para dárselo. Sin embargo, la escasez por sí sola se lo da.*» p. 14.

«Dos principios conjuntamente constituyen el precio de las cosas: *la necesidad y la escasez.*» p. 15.

Idéntica opinión en CONDILLAC, *Le Commerce et le Gouvernement*, París, año III (1795), t. I. Sin embargo, Condillac formula su pensamiento de forma subjetiva («creemos», «juzgamos», esta *creencia* es lo que «nosotros llamamos valor», etc.),

«El valor de las cosas crece, pues, con la *escasez* y disminuye con la abundancia. En este último caso puede disminuir incluso hasta desaparecer» (pp. 6-7).

En Walras padre (Auguste WALRAS, *De la nature de la richesse et de l'origine de la valeur*, París, 1831), el elemento escasez va unido a la propiedad, la cual a su vez depende de la capacidad de cambio del valor (objetivo) del objeto de uso. («Están naturalmente limitados en su cantidad.») En sus *Principios para una teoría matemática del cambio*, Léon WALRAS da una formulación muy estricta. «No es, pues, la utilidad de una cosa lo que le confiere valor, sino la escasez». (Véase pp. 44, 199, etc.). Wilfredo PARETO (*Curso de economía política*, t. I, Lausanne, 1896) emplea en lugar de utilidad el término *ophélimité* (útil, favorable), ya que lo que es «útil» se opone a lo que es «perjudicial»; pero la economía política trata también de cosas «de utilidad perjudicial» (tabaco, alcohol, etc.).

samente aquello que Marx excluye de sus análisis como una magnitud extraña.

Examinemos más de cerca este punto. No hay que olvidar que las motivaciones de los sujetos económimos en su fórma «pura», es decir, la más simple, son el punto de partida de la escuela austriaca. «Nuestra tarea consistirá en ofrecer un reflejo de la práctica casuística de las decisiones de la vida y en transformar las reglas que el hombre medio maneja intuitivamente con tanta seguridad en representaciones no sólo seguras sino también conscientes.» [17] Pasemos a ver *como* este «reflejo» teórico de que habla el jefe de la nueva escuela reproduce esta «práctica de la vida».

Lo que caracteriza, por encima de todo, el modo de producción moderno es que no va dirigido a la satisfacción de las necesidades propias del productor sino del mercado. El mercado es el último eslabón de una cadena de evolución de las diversas formas de producción, en la que el desarrollo de las fuerzas productivas y el desarrollo correspondiente de las relaciones de intercambio han destruido el antiguo sistema de economía natural para dar origen a nuevos fenómenos económicos. Pueden distinguirse tres etapas en este proceso de transformación de la economía natural en economía mercantil capitalista.

En la primera etapa, el centro de gravedad se sitúa en la producción destinada a la satisfacción de las necesidades propias; al mercado únicamente van a parar «los productos excedentes»; esta etapa es la de las formas iniciales de intercambio. Poco a poco el desarrollo de las fuerzas productivas y el incremento de la concurrencia inclinan el centro de

17. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 21.

gravedad hacia la producción para el mercado. La economía interior sólo consume una pequeña parte de los productos fabricados (situación que aún puede observarse hoy día en la agricultura, especialmente en la economía rural). Pero el proceso de desarrollo no se detiene aquí; la división social del trabajo avanza cada vez más, hasta alcanzar un nivel en el cual *la producción masiva para el mercado se convierte en un fenómeno típico, sin que ni siquiera se consuman los productos en el interior de la economía en cuestión.*

¿Cuáles son entonces los cambios que tienen lugar en las motivaciones y en la «práctica de la vida» de los sujetos económicos, cambios que corren parejos con el proceso de desarrollo que acabamos de bosquejar?

Podemos responder a esta pregunta con muy pocas palabras: la importancia de las valoraciones subjetivas basadas en la utilidad disminuye: «No se fabrican aún (usando la terminología actual) valores de cambio (fijados de manera puramente cuantitativa), sino exclusivamente bienes de uso, es decir, cosas cualitativamente distintas.» [18] Para niveles de desarrollo superiores puede establecerse, en cambio, la siguiente norma: «Un buen padre de familia concederá mayor importancia *al beneficio* y a la consistencia de los objetos que a la satisfacción momentánea y a la utilidad presente.» [19]

La economía natural supone, efectivamente, que los bienes producidos posean un valor de uso adaptado a *esta economía;* en el siguiente estadio de evolución, *el excedente* pierde su sentido de valor de uso; además, la mayor parte de los productos fabri-

18. W. SOMBART, *El burgués*, p. 19.
19. *Ibid.*, p. 150. Subrayado por el autor.

cados no es ya valorada por el sujeto económico según su grado de utilidad, porque para él esa utilidad ha dejado de existir; finalmente, en el último estadio, el producto *total* fabricado en el interior de una economía particular no ofrece para ésta ninguna «utilidad». *Es pues la ausencia de toda valoración de los bienes basada en su utilidad lo que caracteriza las economías* que los fabrican.[20] Pero sería erróneo pensar que esa situación sólo se manifiesta para el vendedor. Lo mismo ocurre con el comprador. Es lo que sobresale con mayor evidencia del análisis de las estimaciones a que proceden los comerciantes. Ningún comerciante, desde el mayorista al revendedor, piensa ni remotamente en la «utilidad» o en el «valor de uso» de su mercancía. El contenido que Böhm-Bawerk busca inútilmente en la psique es sencillamente *inexistente.* La cosa se presenta con mayor complicación para aquellos compradores que adquieren los productos para satisfacer sus propias necesidades (hablaremos más adelante de los medios de producción). Pero aún en este caso el camino de Böhm-Bawerk es impracticable, puesto que cualquier «ama de casa» se atiene en su «práctica», por una parte a los precios existentes y, por otra, a la canti-

20. BÖHM-BAWERK se vio forzado a reconocerlo: en los *Grundziige,* formula este problema de modo notablemente original afirmando que en la división del trabajo el vendedor valora generalmente el valor *«con un índice extremadamente bajo»* (p. 521, subrayado por el autor). *Cf.* también *Theorie Positive.* «Actualmente, ... la mayor parte de las ventas las realizan productores y comerciantes profesionales, los cuales poseen tal abundancia de su mercancía que ésta excede con mucho sus necesidades personales. A consecuencia de lo cual el valor de uso subjetivo de su propia mercancía es muy a menudo aproximadamente cero.» (*Kapital und Kapitalzins,* t. II, pp. 405-406, 1.ª parte.) Sin embargo, este planteamiento es igualmente falso, ya que la valoración de los vendedores no descansa *en absoluto* sobre la utilidad y no es «aproximadamente», sino *igual* a cero).

dad de dinero de que dispone. Solamente dentro de estos límites podrá producirse cierta valoración según la utilidad. Si por una cantidad dada pueden comprarse *x* mercancías A, o *y* mercancías B, o *z* mercancías C, preferirá aquélla que considerará más útil. Con todo, este tipo de valoración supone la existencia del *precio de mercado*. Además, la valoración de cada mercancía particular no dependerá en modo alguno de su utilidad. Los objetivos de utilidad cotidiana nos ofrecen ejemplos evidentes: ninguna ama de casa, al hacer la compra, valorará el pan según el valor subjetivo que le pueda atribuir; por el contrario, su valoración oscilará según el *precio* de mercado existente, y lo mismo ocurre con cualquier otra mercancía.

El individuo aislado de Böhm-Bawerk (tanto si está sentado cerca de una fuente como si atraviesa «el ardiente desierto») no puede, por lo tanto, ser comparado, desde el punto de vista de las «motivaciones económicas», al capitalista que ofrece su mercancía en el mercado ni al comerciante que adquiere una mercancía para revenderla, ni siquiera al simple comprador que depende de la economía mercantil-monetaria, bien sea capitalista o comerciante. De todo ello debemos concluir que ni *la noción de valor de uso* (de Marx) *ni la de «valor de uso subjetivo»* (de Böhm-Bawerk) *pueden servir de fundamento para un análisis de los precios*. El punto de vista de Böhm-Bawerk está en clara contradicción con esa misma realidad que, sin embargo, se propone explicar.

La incapacidad del valor de uso para servir de base al análisis de los *precios* se verifica igualmente en este otro estadio de la producción de mercancías en que el mercado únicamente recibe «el excedente del producto» y no la totalidad de éste, pues en este caso no se trata del valor del producto consumido en el interior de una determinada economía, sino precisamente del valor de esta parte «excedentaria». Los precios no se determinan en función de la valoración de los productos propiamente dichos, sino de la de las *mercancías;* la valoración subjetiva de los productos consumidos en el interior de una misma economía no posee ninguna influencia sobre el modo como se determinan los precios de las mercancías. Pero en la medida en que el producto se convierte en mercancía, el valor de uso deja de jugar el mismo papel que antes.[21] «La condición de su posibilidad de cambio es que esta mercancía sea útil a los demás; pero careciendo de utilidad para mí, el valor de uso de mi mercancía no da ni siquiera la *medida* de mi estimación individual, y mucho menos da una magnitud objetiva de su valor.» [22]

Por otra parte, la estimación de los productos según su valor de cambio alcanza, en condiciones de cambio suficientemente evolucionadas, incluso a la porción de estos productos que se inserta en las necesidades propias del productor. Como subraya muy exactamente W. Lexis, «en el sistema de intercambios económicos fundado en el dinero, todos los bienes son considerados y contabilizados como mercancías, incluso si son destinados al consumo propio.» [23]

Pero es en la producción masiva para el mercado, en la que la *totalidad* de los productos es arrastrada en el proceso de circulación, donde más claramente se ve como el valor de uso ha perdido su antigua

21. «... Por otra parte, es precisamente el lado abstracto de su valor de uso lo que aparentemente caracteriza la relación de cambio entre las mercancías.» Karl MARX, *El Capital*, L. I, p. 3.
22. R. HILFERDING, *Böhm-Bawerks Marx Kritik*, p. 5.
23. W. LEXIS, *Allgemeine Volkswirtschaftslehre*, 1910, p. 8.

significación; puesto que aquí la estimación subjetiva según la utilidad desaparece por completo y con toda evidencia frente a la producción total de tal o cual economía.

Por esa razón Böhm-Bawerk se esfuerza por representar la moderna organización de la economía social como producción *no desarrollada* de mercancías: «... en el reino de la producción mediante la división del trabajo, los negocios comerciales [resultan] en su mayoría de un excedente»;[24] en la moderna organización del trabajo «cada productor» produce únicamente «algunos artículos que sobrepasan con mucho sus necesidades personales».[25]

Así es como Böhm-Bawerk expone la «economía política» capitalista. Una tal interpretación no resiste, evidentemente, la menor crítica; y sin embargo, vemos como reaparece sin cesar en aquellos autores que basan la teoría del valor en la utilidad. Podemos, pues, repetir textualmente a propósito de Böhm-Bawerk aquellas palabras que Marx escribió refiriéndose a Condillac: «Como se ve, Condillac no sólo mezcla y confunde el valor de uso y el valor de cambio, sino que, procediendo de un modo verdaderamente pueril, atribuye a una sociedad basada en un régimen desarrollado de producción de mercancías un estado de cosas en que el productor produce directamente sus medios de subsistencia y sólo lanza a la circulación lo que le sobra después de cubrir sus necesidades, *el excedente*.»[26]

Con toda razón, Marx evitó basar el análisis de los

24. Böhm-Bawerk, *Grundziige...*, p. 35.
25. *Ibid.*, p. 491.
26. Karl Marx, *El Capital*, L. I, p. 122 (ed. FCE, t. I, p. 114). Lassalle ridiculizó también esta teoría con mucha finura: «El señor Borsig —escribe— produce primero las máquinas para sus *necesidades familiares. Las máquinas sobrantes*, las vende.

precios en el valor de uso. A la inversa, el error fundamental de la escuela austriaca consiste en que «el principio rector» de su teoría no tiene nada en común con la realidad capitalista moderna.[27] Como vamos a ver, eso repercute con fuerza en todo su entramado teórico.

4. *Medida del valor y valor unitario*

¿Qué es lo que determina la amplitud del valor subjetivo? De otra manera: ¿de qué depende el grado

»Los directores de las revistas de modas de luto toman la precaución de trabajar primero para los duelos de su propia familia. Al no ser éstos demasiado frecuentes, los vestidos de duelo sobrantes, los cambian.

»El señor Wolff, propietario de la Oficina Telegráfica de aquí, comienza por hacerse mandar telegramas para su propia información, para su propia satisfacción. Los que sobran, cuando nuestro hombre está ya saturado, los cambia con los corredores de bolsa y las redacciones de los periódicos, los cuales ponen a su disposición su excedente de información y de acciones.»

F. Lassalle, *Reden und Schriften*, ed. del Vorwärts, 1893, t. III, p. 73. Entre los precursores de los «matemáticos» (L. Walras) es también el cambio de los excedentes lo que constituye el punto de partida *(Principios para una teoría matemática...)*.

27. En su *Kapital und Kapitalzins*, Böhm-Bawerk pretende que sobre este punto toda la argumentación marxista es «falsa». En este caso, se trataría según él de una confusión entre «abstracción hecha de una *circunstancia general*» y abstracción de las *modalidades peculiares* en que esta circunstancia se produce (1.ª ed., 1884, p. 435).

A lo que Hilferding responde con razón: «Si hago abstracción de la modalidad peculiar bajo la cual se presenta un valor de uso, es decir, el valor de uso en lo que éste tiene de concreto, entonces hago abstracción *para mí* del valor de uso en general... No sirve para nada decir que el valor de uso consiste entonces en la capacidad de esta mercancía para poder ser cambiada contra otras mercancías. Pues eso significaría que la importancia del "valor de uso" viene ahora determinada por la importancia del valor de cambio, y no la importancia del valor de cambio por la del valor de uso» (*loc. cit.*, p. 5). Para más precisión, ver más adelante el análisis del «valor de sustitución».

de estimación individual de un «bien»? En la respuesta a esta cuestión reside esencialmente la «novedad» que anuncian los representantes de la escuela austriaca y sus adeptos del extranjero.

Dado que la utilidad de un bien consiste en su capacidad para satisfacer tal o cual necesidad, se debe, evidentemente, proceder al análisis de esas necesidades. Según la doctrina de la escuela austriaca, conviene tener en cuenta: en primer lugar, la *diversidad* de las necesidades; y después, la *urgencia* de las necesidades con relación a un objeto cualquiera de una especie dada. Pueden dividirse las diferentes necesidades según su grado de importancia, creciente o decreciente, para el «bienestar del sujeto». Por otra parte, la urgencia de las necesidades de un determinado género depende del nivel de satisfacción alcanzado. Cuanto más satisfecha esté una necesidad, menos «urgente» es.[28]

Fundándose en estas consideraciones, Menger estableció su famosa «escala de necesidades», que, en una u otra forma, figura en todos los textos de la

28. En eso consiste propiamente hablando la ley llamada «de Gossen», quien la formula así: I. Si un único y mismo placer se persigue de un modo continuado, el grado de este placer disminuye sin cesar hasta que se llega a la saciedad. II. La amplitud de un placer disminuye análogamente si repetimos el placer anteriormente experimentado; y no sólo la repetición provoca una disminución análoga, sino que la amplitud del placer es menor en su comienzo, la duración del tiempo durante el cual algo es sentido como placentero se ve disminuida a causa de la repetición, la saturación interviene antes, y ambos factores, la amplitud y la duración iniciales disminuyen proporcionalmente a la rapidez con que se efectúa la repetición (Hermann GOSSEN, *Evolución de las leyes relativas a las relaciones humanas y de las reglas de conducta de ellas derivadas*, Braunschweig, 1854, p. 5). Wieser dice de esta ley: «Es válida para todas las sensaciones, desde el hambre hasta el amor.» WIESER, *Der Natürliche Wert*, Viena, 1889, p. 9.

escuela austriaca relativos al valor. Reproducimos esta escala en la versión de Böhm-Bawerk.

Cada columna expresa los diferentes tipos de necesidades comenzando por los más importantes. Las cifras inscritas en cada columna expresan la disminución de la urgencia de una necesidad una vez satisfecha.

La tabla demuestra, entre otras cosas, que la necesidad *concreta* de una categoría importante puede ser, según el grado de satisfacción alcanzado, menor que la necesidad concreta de una categoría de menos importancia. La «saturación» de la columna puede disminuir la magnitud de la necesidad de la primera columna a 3, 2 y 1,[29] mientras que con una débil satisfacción en la columna VI la magnitud de esta ne-

Escala de necesidades

Grado de satisfacción de las necesidades	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X
	10									
	9	9								
	8	8	8							
	7	7	7	7						
	6	6	6	6	6					
	5	5	5	5	5	5				
	4	4	4	4	4	4	4			
	3	3	3	3	3	3	3	3		
	2	2	2	2	2	2	2	2	2	
	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0

29. Las interrupciones en las series verticales se refieren a necesidades cuya satisfacción en algunas de sus partes, cuando dicha satisfacción se realiza por orden sucesivo, no es totalmente o en absoluto imposible (Böhm-Bawerk). Puede admitirse que las funciones de la utilidad sean ininterrumpidas dado que

cesidad, *abstractamente* menos importante, puede expresarse *concretamente* con las cifras 4 y 5.[30]

Ahora bien, para saber a qué necesidad concreta corresponde un bien determinado (pues es eso lo que determina su valor de uso subjetivo), hay que procurar saber «qué necesidad no se satisfaría si no poseyéramos el bien que intentamos estimar: todo depende, pues, de esta necesidad».[31]

Gracias a este método, Böhm-Bawerk llega a la conclusión siguiente: dado que todo el mundo prefiere dejar insatisfecha la necesidad más débil, se estima la necesidad según la necesidad más débil que puede satisfacer. «La magnitud del valor de un bien

«lo que solamente es correcto con relación a las funciones ininterrumpidas es también correcto por aproximación con relación a las funciones de carácter interrumpido» (N. CHAPOCHNIKOV, *loc. cit.*, p. 9).

En Walras se encuentra la expresión matemática de la misma idea, pero en forma objetiva, *Ungerade Preise* (precios desiguales), dependiente de la relación entre la demanda y la oferta. Los americanos presentan una formulación objetiva mucho más elaborada de la «disminución de la urgencia» de una necesidad dada con relación a su satisfacción. Carver define la utilidad como la capacidad de satisfacer necesidades, y el valor como capacidad de ser cambiado («Utility is the power to satisfy a want or gratify a desire; but value is always and only the power to command other desirable things in peaceful and voluntary exchanges», p. 3); según Carver, el precio es la expresión del valor en dinero. El valor varía según la utilidad (utility) y la escasez relativa («scarcity»). Carver habla de las necesidades no del individuo que evalúa, sino de la sociedad («wants of the community»), p. 13. En Carver, la ley de saturación se denomina «principle of *diminishing utility*» (p. 15). Carver sitúa en primer plano el punto de vista social (p. 17). La utilidad decreciente es considerada como categoría social (p. 18). La economía política del rentista se convierte visiblemente en economía política del organizador de trusts.

30. «La magnitud del valor de la necesidad... depende del tipo de necesidad, pero en el interior de cada tipo determinado depende del grado de saturación alcanzado en cada momento.» (WIESER, *loc. cit.*, p. 6.)

31. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 27.

se mide de acuerdo con la importancia de la necesidad concreta o parcial que es menos importante para las necesidades cubiertas por la cantidad total de bienes disponibles para este fin.» Con mayor simplicidad: «*El valor de un bien está determinado por la magnitud de su utilidad marginal.*»[32] Walras: «*intensidad de la última necesidad satisfecha*» (escasez). Ésa es la famosa teoría de toda la escuela, que además ha dado su nombre a la «teoría de la utilidad marginal».[33] Éste es el principio general del que derivan todas las demás «leyes».

El método de determinación del valor que acabamos de describir supone una cierta medida del valor. En efecto, el grado de valor resulta de una medida, que a su vez supone una unidad de medida determinada. ¿En qué consiste, según Böhm-Bawerk, dicha unidad de medida?

Llegado a este punto la escuela austriaca tropieza con una muy grave dificultad que hasta ahora no ha podido superar, y que tampoco llegará a superar nunca. Ante todo hay que destacar el enorme papel que, desde la óptica de Böhm-Bawerk recae sobre la elección de la unidad de valor. «El hecho es que nuestra apreciación de una única y misma especie de bienes puede en un mismo momento y en unas mismas condiciones, ser diferente, según que sólo unos cuantos ejemplares o una mayor cantidad de éstos se sometan, en tanto que unidad de conjunto,

32. *Ibid.*, pp. 28-29.

33. El término «utilidad marginal» fue introducido en primer lugar por WIESER en su obra *Sobre el origen... del valor*. A este concepto corresponde en Gossen el «valor del último átomo»; en Jevons, el «final degree of utility», «terminal utility»; en Walras, «intensidad de la última necesidad satisfecha» (escasez); VON WIESER, *Der Natiirliche Wert*. Wieser propone utilizar el método del incremento en lugar del método de las pérdidas, lo cual no significa ninguna diferencia esencial.

a nuestra estimación.»[34] En consecuencia, no sólo la *magnitud* del valor depende de la elección de la unidad de medida, sino que incluso podemos preguntarnos si este valor existe. Si (siguiendo el ejemplo de Böhm-Bawerk) un agricultor necesita 10 hectólitros de agua por día y dispone de 20, entonces el agua no tiene para él ningún valor. Pero si tomamos como unidad una medida superior a 10 hectólitros, entonces el agua adquiere valor. De suerte que el valor como tal depende ya de la elección de la unidad de medida. A eso se añade un nuevo fenómeno. Supongamos que estamos en posesión de una serie de bienes cuya utilidad marginal disminuye proporcionalmente al aumento de su número. Supongamos que la disminución de valor se exprese mediante las siguientes cifras: 6, 5, 4, 3, 2, 1. Si poseemos 6 unidades vendrá determinada por la utilidad marginal de esta unidad, es decir que será igual a 1. Si tomamos como unidad la reunión de dos unidades anteriores, la utilidad de base de esas 2 unidades no será 1×2, sino $1+2$, «es decir, que no será 2 sino 3; el valor de 3 unidades tampoco será 1×3, sino $1+2+3$, es decir que no será 3 sino 6, etc. En otras palabras: el valor de un número mayor de bienes no es, pues, proporcional al valor de un único ejemplar de estos mismos bienes materiales.[35] Así es como la unidad de medida desempeña un papel esencial.

34. BÖHM-BAWERKE, *Grundzüge...*, p. 15.

35. *Ibid.*, p. 52. En este punto Wieser no está de acuerdo con Böhm-Bawerk. «Una provisión de bienes en general posee un valor equivalente al producto del número de piezas (o al número de cantidades parciales) según la utilidad marginal del momento» (*Der Natürliche Wert*, p. 24). Éste es el esquema de Wieser: supongamos que la mayor utilidad marginal de un bien sea igual a 10; por aumento del número de bienes a 11, se obtiene el valor de la provisión, es decir, dada una posesión de:

Pero, ¿cuál es esta unidad de medida? A esta pregunta Böhm-Bawerk (al igual que los demás austriacos) no da una respuesta precisa.[36] Responde del siguiente modo: «Este escrúpulo carece de fundamento. En efecto, la unidad de estimación no puede elegirse arbitrariamente, pues las mismas circunstancias exteriores... contienen un imperativo absoluto con respecto a la cantidad a la que se trata de dar una estimación de conjunto.»[37] Pero es evidente que esta unidad de medida existe, sobre todo en aquellos casos en que el intercambio de mercancías no es

	1	2	3	4	5	bienes
igual	1×10	2×9	3×8	4×7	5×6	
o	10	18	24	28	30	unidades de valor

y dado

	6	7	8	9	10	11	bienes
igual	6×5	7×4	8×3	9×2	10×1	11×0	
o	30	28	24	18	10	0	unidades de valor

(*Ibidem*, p. 27).

Desde este punto de vista, la provisión carece de valor cuando ha alcanzado una determinada cantidad de bienes. Sin embargo, eso contradice la teoría y la definición de valor subjetivo. En efecto, si consideramos toda la suma de bienes como una unidad, ya no estamos en condiciones de satisfacer las necesidades ligadas a este bien. Véase BÖHM-BAWERK, *Grundzüge*, etc., p. 16 y también *Kapital und Kapitalzins*, t. II, pp. 257-258, nota.

36. Acerca de la imprecisión de la unidad de medida: *cf.* G. CASSEL, *La teoría del coste de producción de Ricardo, y las tareas primordiales de la economía política teórica* («Zeitschrift für die gesamte Staatswirtschaft», vol. 57, pp. 95-96). Citemos además sobre este punto la crítica de Karl WICKSELL, *Zur Verteidigung der Grenznutzentheorie* (Para la defensa de la teoría de la utilidad marginal). Igualmente, vol. 56, pp. 577-578.

37. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge der theorie des wirtschaftlichen Güterwerts...*, p. 16.

más que un fenómeno fortuito y no típico de la vida económica. Cuando, por el contrario, la producción de mercancías se sitúa a un nivel elevado de su desarrollo, los intermediarios en el cambio no se sienten atados en la elección de la «unidad de valor» por normas coercitivas. El fabricante que vende su tela, el mayorista que la compra y la revende, cierta cantidad de minoristas, pueden medir su mercancía por metros, por centímetros o por piezas (es decir, tomando como unidad un gran número de metros), sin que en todos esos casos exista ninguna diferencia de apreciación. Una vez se desentienden de sus mercancías (el modo de venta moderno es un proceso regular de desentendimiento de las mercancías por su productor o por sus restantes poseedores), el patrón material que les ha servido para medir los bienes vendidos les es perfectamente indiferente. Encontraremos el mismo fenómeno si analizamos las motivaciones de los compradores que compran por satisfacer sus propias necesidades. Lo que ocurre es bien sencillo. Los «sujetos económicos» valoran actualmente los bienes según su precio de mercado, pero los *precios de mercado*, en sí mismos, no dependen en absoluto de la elección de la unidad de medida. Todavía un último punto. Acabamos de ver que según Böhm-Bawerk el valor global de las unidades no es en modo alguno igual al valor de la unidad multiplicado por el número de unidades. Si tenemos una serie: 6, 5, 4, 3, 2, 1, el valor de estas unidades (del stock entero) es igual a la suma $1+2+3+4+5+6$. Conclusión perfectamente lógica de las premisas sobre las que se basa la teoría de la utilidad marginal. Para nada cuenta el hecho de que sea perfectamente falsa. El error procede de los puntos de partida de la teoría de Böhm-Bawerk, de su menosprecio por el carácter socio-histórico de los fenómenos económicos. Ningún agente de la producción y del cambio, ni entre los vendedores ni entre los compradores, calcula el valor del stock, es decir del conjunto de bienes, según el método de Böhm-Bawerk. El reflejo teórico del jefe de la nueva escuela no sólo deforma en este punto la «práctica de la vida», sino que ni siquiera llega a reproducir *hechos* que respondan a esa práctica. Para todo vendedor de n unidades, la suma de estas unidades representará n veces la unidad. Lo mismo ocurre con el comprador. Para un fabricante, la máquina de hilar número 50 de su fábrica, tiene exactamente la misma importancia y el mismo valor que la primera, y el valor global de las 50 máquinas no es $50+49+48+\ \ldots\ 2+1=1275$, sino simplemente $50\times 50=2500$.[38] Esta contradicción entre la teoría de Böhm-Bawerk y la práctica es tan evidente que su propio autor no pudo eludir el problema. Escribe referente a esto: «Nuestra vida económica práctica y ordinaria no nos ofrece con frecuencia la posibilidad de percibir la particularidad casuística [es decir, la ausencia de proporcionalidad entre el valor de la suma y el de la unidad, *N.B.*] que acabamos de repetir. Eso se debe a que en el régimen de producción mediante la división del trabajo, las ventas comerciales provienen en su mayoría (!) de un excedente (!!) que no está en absoluto destinado a satisfacer las necesidades personales del fabricante...»[39] Bien, pero el problema es precisamente el siguiente: si esta «particularidad casuística» no es impugnable en la vida económica actual, resulta que la teoría de la «utilidad marginal» es evi-

38. Véase Wilhelm SCHARLING, *Grenznutztheorie und Grenznutzlehre*, «Conrads Jahrbücher», 3.ª serie, vol. 27 (1904), p. 27.
39. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 35.

dentemente cualquier cosa menos una ley de la realidad capitalista, dado que esta «particularidad» es una consecuencia lógica de la teoría de la utilidad marginal, a la cual corresponde lógicamente y junto con la cual fracasa.

Veamos, por tanto, como, en las condiciones de la economía actual, la ausencia de proporcionalidad entre el valor de la suma y el número de unidades sumadas *es una ficción;* hasta tal punto contraria a la realidad que el propio Böhm-Bawerk es incapaz de desarrollar su idea hasta el final. A propósito de la abundancia de valoraciones indirectas, explica: «Pero si somos capaces de decidir que nos gusta tanto una manzana como *ocho* ciruelas, y tanto una pera como *seis* ciruelas, entonces estamos en condiciones, a través de la conclusión sacada de estas dos premisas, de construir una tercera, a saber: que nuestra preferencia por la manzana es exactamente un tercio superior a nuestra preferencia por la pera.» [40] (Se trata de estimaciones *subjetivas.*) Esta observación es correcta en lo fundamental, pero falsa desde el punto de vista de Böhm-Bawerk. En efecto: ¿por qué en este caso llegamos a la «tercera premisa» según la cual una manzana es un tercio más cara que una pera? Precisamente porque el valor de ocho *ciruelas* es un tercio superior al valor de seis *ciruelas,* lo cual a su vez supone una proporcionalidad entre el valor de la suma y la cantidad de unidades sumadas: el valor de ocho ciruelas es un tercio superior al valor de seis ciruelas sólo en el caso que el valor de ocho ciruelas y el valor de seis ciruelas sean respectivamente ocho y seis veces mayor que el valor de una ciruela.

40. *Ibid.*, p. 50.

Este ejemplo muestra una vez más hasta qué punto la teoría de Böhm está alejada de los fenómenos económicos reales. Su análisis puede servir para explicar la psicología del «viajero en el desierto», del «colono», del «hombre junto a una fuente», y eso aun sólo en la medida en que esos «individuos» se encuentran en la imposibilidad de producir. Pero en una economía moderna, las motivaciones del tipo que postula Böhm serían psicológicamente imposibles y absurdas.

CAPÍTULO III

TEORÍA DEL VALOR (continuación)

1. *Teoría de la utilidad de sustitución*

Llegamos ahora a un punto en que la nueva teoría, enfrentándose a uno de sus más peligrosos escollos, va al naufragio, del que ni aun un timonel tan avispado como Böhm-Bawerk puede salvarla.

Hasta aquí solamente hemos examinado los casos más sencillos en la valoración de los bienes. Admitamos, con Böhm-Bawerk, que la valoración de los bienes depende de la utilidad marginal del bien en cuestión. Aunque, en realidad, la cosa no es tan sencilla. Oigamos al propio autor:

«... Pero la existencia de un movimiento de cambio muy evolucionado puede causar aquí importantes complicaciones. Permitiendo sustituir en cualquier momento los bienes de una especie por bienes de otra, este movimiento permite también transferir las pérdidas que se produzcan en una determinada categoría de bienes a otra... de suerte que la pérdida recae sobre la utilidad marginal de los bienes de sustitución externos. La utilidad marginal y el valor de un bien de una especie dada se miden entonces según la utilidad marginal de la cantidad de bienes de una especie externa usados como sustitutivos.» [1]

1. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, pp. 37-38.

El siguiente ejemplo sirve de ilustración:

«Solamente tengo un abrigo para el invierno. Me lo roban. No es posible sustituirlo inmediatamente por otro ejemplar del mismo género ya que tenía un solo abrigo. Tampoco voy a soportar los efectos del robo y la pérdida que me ha ocasionado. Procuraré, por tanto, transferir la pérdida de una cierta categoría de bienes, cosa que haré mediante la compra de un nuevo abrigo, usando para esto último bienes que en principio deberían haber sido utilizados de otra manera.» [2] Los bienes destinados a ser vendidos serán aquellos que tengan menos «importancia». Dejando aparte la venta, pueden ocurrir otras cosas, lo que depende de la situación material del «sujeto económico». Si es rico, «*los 40 florines que puede costar el nuevo abrigo*» [subrayado por el autor], pueden sustraerse de sus ahorros, lo que acarrea una reducción correspondiente en sus gastos superfluos; si no es ni rico ni indigente en extremo, deberá poner remedio a la sustracción y a la falta de dinero mediante todo tipo de restricciones momentáneas; si también eso le es imposible, deberá vender o empeñar algunos objetos de uso cotidiano; y solamente en caso de indigencia extrema es imposible transferir la pérdida a otras categorías de necesidades, con lo que no habrá más remedio que pasar el invierno sin abrigo. En todos esos casos, con excepción del último, la estimación de los bienes no se hace aisladamente, sino en correlación con la de otros bienes. «Me inclino a creer que la *mayoría* de las estimaciones subjetivas ocurren de *esta manera*. En efecto, casi nunca estimamos los bienes indispensables según su grado de utilidad directa, sino

2. *Ibid.*, p. 38.

que lo solemos hacer según el grado de la "utilidad de sustitución" de categorías externas.» [3]

Este análisis se acerca más a la realidad que los anteriores, pero encierra una enorme dosis de «valor» negativa para la «salvación» de toda la teoría de Böhm-Bawerk y de sus seguidores. ¿De dónde, por ejemplo, sacará Böhm-Bawerk los «40 florines»? ¿Y por qué precisamente 40 y no 50 o 1 000? Es evidente que aquí Böhm-Bawerk admite los *precios de mercado* con toda simplicidad, como un hecho consumado. El hecho de la compra y de la venta, o de la compra sólo, admitido como condición necesaria, supone al mismo tiempo que el *precio* está objetivamente dado.[4] Eso lo reconoce el propio Böhm-Bawerk, quien formula este punto de vista con bastante claridad. «Sin embargo, procuro subrayar explícitamente —observa— que incluso en un sistema de circulación evolucionada no siempre ... cabe emplear este último método de valoración [es decir, el que se sirve de la «utilidad de sustitución», *N.B.*]. Pues nosotros sólo recurrimos al mismo ... cuando los precios, al igual que las condiciones de aprovisionamiento de las diferentes categorías de necesidades, son tales que, en caso de que sobrevenga un déficit en una categoría y sea soportado por esa misma categoría, las necesidades que permanecerían descubiertas serían relativamente más importantes que si se sustrajera el precio de compra del ejemplar de sustitución a otras categorías de necesidades.» [5]

3. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 39, subrayado por el autor.

4. *Cf.* R. STOLZMANN, *Der Zweck in der Volkswirtschaft.*, p. 723.

5. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 39. «Los compradores, dice Scharling, deciden el precio al que desean pagar la mercancía no en función de su propia estimación acerca de la utilidad de ésta, sino según el precio *supuesto* al que el consumidor comprará la mercancía» (*loc. cit.*, p. 20).

Con eso, Böhm-Bawerk confiesa que nuestra estimación *subjetiva* (reconoce además humildemente que esto ocurre en *la mayoría de los casos*) supone una magnitud *objetiva del valor*. Pero puesto que su propósito es precisamente derivar esta magnitud de la estimación subjetiva, es evidente que *la teoría desarrollada por nuestro autor a propósito de la utilidad de sustitución es en su totalidad, ni más ni menos que un círculo vicioso*: por un lado, se remite el valor objetivo a las estimaciones subjetivas y, por otro, éstas se explican a su vez por el valor objetivo. De este escándalo teórico, Böhm-Bawerk aparece culpable en el preciso momento en que estaba a punto de abordar el verdadero problema, es decir: la explicación no de una economía hipotética y sin forma, sin ninguna conexión con la realidad, sino de una economía realmente existente, que se caracteriza por «un avanzado nivel de intercambio».[6] Observemos que Böhm-Bawerk no duda en reconocer la importancia de la dificultad teórica que en este punto plantea la teoría de la utilidad marginal. Sin embargo, intenta salir-

6. A propósito de Wieser, otro teórico de la escuela marginalista, que no analiza las condiciones de la economía de cambio, Böhm hace la observación siguiente: «La frase de Wieser (WIESER, *Ursprung und Hauptgesetze des wirtschaftlichen Wertes*, p. 128, Origen y leyes fundamentales del valor económico) según la cual la utilidad marginal debe siempre "pertenecer a la esfera de utilidad de los bienes de la *misma* especie", sólo es válida teniendo en cuenta la cláusula restrictiva que de ella deriva, es decir haciendo abstracción de la existencia de todo comercio de cambio» (*Grundzüge*, p. 39, nota). Wieser no nos dará, pues, ninguna explicación del proceso de cambio; Böhm intenta hacerlo, pero tropieza inmediatamente. Decididamente, aquí ocurre como en el proverbio ruso: «cabeza salvada, cola mordida — cola salvada, cabeza mordida» (*Cf.* también, L. WALRAS, *Principios para una teoría matemática...*, cap. III, párrf. «Curvas de demandas efectivas», pp. 12, 13, 14). En realidad, las fórmulas de Walras no son más que simples tautologías (*cf.* p. 16, *loc. cit.*).

se del embrollo de sus propias contradicciones. Veamos en qué consiste su tentativa por salvar la teoría: la valoración del abrigo en 40 florines se basa en «la anticipación de una situación de hecho, que previamente hay que crear en el mercado».[7] Por otra parte, «esas estimaciones subjetivas no tienen mayor influencia sobre la conducta práctica seguida por [los hombres] en el mercado que la remota esperanza de poder comprar la mercancía necesaria a un precio dado, pongamos 0 florines. Si se puede comprar la mercancía a este precio, tanto mejor; en caso contrario, no nos contentaremos con volver con las manos vacías, sino que dejaremos de lado la esperanza contradicha por la realidad, *preguntándonos al mismo tiempo si, dados los restantes medios de que disponemos*, nos mantendremos firmes en nuestra postura o no».[8] En opinión de Böhm-Bawerk, la decisión dependerá de si el comprador tiene a su disposición un *único* mercado o *varios*. En el primer caso: «si hay un único mercado, no cabe duda de que mantendremos nuestra postura; en caso necesario podemos llegar hasta el extremo límite de la utilidad marginal directa que esperamos sacar del bien que se trata de adquirir.»[9] No es pues —concluye Böhm-Bawerk (conclusión que nos parece importantante para nuestra teoría de los precios)— *la utilidad marginal mediata* inferior, basada en la hipótesis de un precio de mercado determinado, lo que contribuye a la formación de los precios, sino la *utilidad marginal superior inmediata*. En el segundo caso, «la hipotética estimación ...tendrá como máximo (!) por

7. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 516, *cf.* asimismo *Kapital und Kapitalzins*, t. II, 1.ª parte, p. 497.
8. *Ibid.*, p. 517.
9. *Ibid.*, p. 518.

consecuencia transferir la clientela de un mercado parcial a otro mercado parcial; pero en ningún caso podría impedir que esta estimación, que actúa decisivamente en el sentido de la utilidad marginal inmediata, favorezca una parte cualquiera del mercado global».[10] De donde la conclusión siguiente: «Las estimaciones subjetivas basadas en la posibilidad de poder comprar el bien valorado en un determinado precio, aunque constituyan un momento psíquicamente importante en relación con nuestra conducta en el mercado, que es donde este supuesto tiende a realizarse efectivamente, no ordenan, sin embargo, *la línea de conducta definitiva.* También aquí esta última se basa mucho más en el grado de *utilidad marginal inmediata.*»[11]

Así es como Böhm-Bawerk se esfuerza por resolver la «dificultad teórica» de que antes hemos hablado. En realidad, su explicación, puramente imaginaria, está montada en el aire. Tomemos el ejemplo más evidente: los productos alimenticios. El valor subjetivo de éstos, puesto que se basa en su utilidad (usamos una unidad correspondiente al margen de saturación mínimo y al margen de uso máximo), es infinitamente elevado; admitiendo que la estimación, basada en la anticipación de las condiciones del mercado, sea igual a 2 rublos, ¿en qué momento entra en juego la decisión que supone Böhm-Bawerk? De otra manera, ¿en qué momento nuestro «individuo» se decidirá a pagar el precio que sea, «a darlo todo, todo, por un trozo de pan»? Resulta evidente que eso sólo ocurrirá en unas condiciones de mercado *totalmente* anormales. En condiciones, no sólo anormales (es decir, condiciones que *se apartan de la norma*), sino *excepcionales*, en que no puede ni siquiera pensarse en formas de producción social y de economía social, etc. en el sentido habitual de esas expresiones. Puede que una situación así se produzca en una «ciudad sitiada» (uno de los ejemplos predilectos de Böhm-Bawerk), en un naufragio, o entre aquéllos que andan errantes por el desierto. Pero en la vida normal, con tal que la producción y la reproducción sociales sigan su marcha usual *nunca puede ocurrir nada parecido.* En la realidad las cosas ocurren de muy diferente manera. Entre la estimación subjetiva según la utilidad y el precio de mercado supuesto (en el mercado mencionado, entre ∞ y 2 rublos) existe una extensa gama de precios posibles (sin tener en cuenta su posible caída *por debajo* de los 2 rublos). En general, cada transacción comercial concreta tomada aisladamente se efectuará sobre una base muy cercana al precio «anticipado», y en buen número de casos ambos coinciden perfectamente, por ejemplo cuando los precios son fijos. En cualquier caso lo que está claro es que cuando la producción social es normal, la relación entre la *demanda* social y la *oferta* social es tal que las estimaciones individuales basadas en el uso no tienen la menor influencia, ni siquiera llegan a figurar en la superficie de la vida social.[12] Nuestro ejemplo puede aplicarse a los dos casos citados por Böhm-Bawerk que más arriba hemos mencionado. Nos falta analizar un tercer caso evocado por el autor. Es el que se refiere a la compra con vistas a una ulterior venta, en el que «el comprador valora

10. *Ibid.*, p. 518.
11. *Ibid.*, pp. 518-519.

12. SCHARLING, *loc. cit.*, p. 29; al igual que LEWIN, *Arbeitslohn und soziale Entwicklung* (Salario y desarrollo económico), apéndice.

la mercancía no según su valor de uso, sino según su valor *de cambio* (subjetivo)».[13]

En este último caso, las cosas ocurren, según Böhm-Bawerk, del siguiente modo: «El precio de mercado está influenciado en primer lugar por *la estimación* (de cambio) *del negociante*; ésta se funda en el *precio de mercado* supuesto *de un segundo mercado*, el cual, a su vez, se funda, entre otras cosas (!!) en *las estimaciones de los clientes de este segundo sector comercial.*» [14] Aquí la situación todavía es más compleja. Böhm pretende que el comprador valore el objeto de uso según la cantidad de dinero que confía sacar con su venta en otro mercado (una vez descontados los gastos generales y de transporte); esta cantidad, Böhm la divide en estimaciones de los compradores (estimaciones según *la utilidad*) del segundo mercado. Pero las cosas no son tan sencillas. El comerciante procura conseguir el máximo beneficio posible, beneficio que depende de diversos factores. El propio Böhm-Bawerk indica algunos de éstos: gastos de transporte y gastos generales. ¿Qué significa esto? Simplemente, la introducción de nuevas series de *precios comerciales* (los cuales, además se organizan de diferentes maneras) en tanto que magnitudes que no necesitan explicación. Pero en realidad se debería explicar cada una de las partes integrantes de estos gastos. Además de esto, Böhm-Bawerk piensa que la estimación de los compradores del segundo mercado constituye una explicación exhaustiva, creencia puramente ilusoria. Puesto que

13. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 519. El concepto de valor de cambio subjetivo será tratado a continuación y será objeto de una profunda crítica.
14. *Ibid.*, p. 519.

esas estimaciones pueden, a su vez, descomponerse; no se organizan según la pura y simple «utilidad», porque de un lado nos encontramos en presencia de compradores *independientes*, que revenden la mercancía en otros mercados, y, de otro, los compradores no revendedores tampoco valoran la mercancía de modo inmediato, sino según su «utilidad de sustitución». La presencia de comerciantes nos obliga a trasladarnos con ellos a un tercer mercado, donde también podríamos encontrar otros comerciantes; deberemos trasladarnos a un cuarto o quinto mercado, y así *ad infinitum*. Digamos también que, como puede verse, una serie de *precios* comerciales y de estimaciones de valor según la utilidad de sustitución se nos aparecen como datos entremezclados. De todo ello resulta que el fenómeno en su totalidad se descompone en una multitud de elementos, de los cuales ni uno solo tiene una explicación mínima satisfactoria.

Unas palabras aún sobre una respuesta de Böhm-Bawerk, de carácter general, en la que intenta defenderse de la crítica según la cual su teoría no es más que un círculo vicioso.

«Lo esencial de esta cuestión del círculo consiste en el hecho de que esas estimaciones subjetivas, que reposan en la hipotética formación de un precio de mercado concreto, son diferentes de aquéllas sobre las que se basa la formación de este precio de mercado, y a la inversa. La apariencia de círculo se debe únicamente a la homonimia dialéctica del término "estimación" subjetiva utilizado en los dos sentidos, sin poner de relieve y sin destacar suficientemente que el mismo término no designa en ambos casos un único y mismo fenómeno, sino fenómenos

distintos que sólo tienen en común el mismo nombre genérico.» [15]

Es lo que Böhm-Bawerk quiere ilustrar con el ejemplo siguiente: «Un grupo parlamentario está sometido a la "disciplina"; en la Cámara el voto de sus miembros deberá ser conforme a la decisión de la mayoría. La decisión puede en este caso explicarse por el voto de cada uno de los miembros del grupo, y el voto ulterior de los diputados se explica igualmente por la decisión del grupo, sin que se produzca el menor círculo en esta explicación.» [16]

Con el fin de justificarse, Böhm pretende que, en su opinión, ciertas estimaciones subjetivas se explican mediante otras estimaciones subjetivas. Añadamos que estas «otras» van seguidas de unas «terceras», «cuartas», etc. El hecho de que todas esas estimaciones sean *diferentes* no cambia nada. ¿Acaso la teoría del coste de producción, tan violentamente combatida por los defensores de la teoría de la utilidad marginal, no nos envía también de unos gastos a *otros*, de *unos* precios a *otros*? Lo que no les impide caer en el círculo teórico. Fácil es comprender el motivo de esta imposibilidad: no se trata de remitir unos fenómenos a otros similares, sino de explicar una *categoría* de fenómenos mediante otra *categoría* de fenómenos. En el primer caso, no podremos evitar perdernos en el infinito del tiempo y del espacio, de modo que toda estimación individual nos conduciría mucho más allá del tiempo actual; sería como contemplar retrospectivamente un film ininterrumpido, lo cual no resolvería de ninguna manera el problema *teórico*, sino que nos haría caer

15. Böhm-Bawerk, *Kapital und Kapitalzins*, t. II, 1.ª parte, p. 403, nota.
16. *Ibid.*

indefinidamente de Herodes a Pilatos. Una situación de este tipo no se debe evidentemente al azar. Como ya hemos dicho, los errores de Böhm-Bawerk eran *inevitables* en este círculo, dada la posición individualista de la escuela austriaca. Los «austriacos» no comprenden que la psicología individual de un hombre está determinada por el medio social, que la marca «individual» del hombre social es en gran parte «social», que el «átomo social» de que hablan es una quimera parecida al «enfermizo proletariado de las selvas vírgenes» de Wilhelm Roscher.[17] Todo va bien mientras se trata sólo de analizar las motivaciones y las «estimaciones» de los Robinsones que uno se inventa; pero cuando se llega a la actualidad aparecen insuperables dificultades, puesto que no se puede trazar un puente teórico desde la psicología del «individuo aislado» al hombre de la economía productiva; en cambio, si tomamos la psicología de este último como punto de partida, entonces los elementos «objetivos» de los fenómenos económicos de la economía mercantil están a nuestro alcance y, por consiguiente, no pueden ser deducidos en su totalidad de los fenómenos individuales psíquicos, sin determinar *idem per idem*.

La teoría de la utilidad de sustitución demuestra, pues, claramente, la inexactitud de los fundamentos metodológicos de la escuela austriaca y su insuficiencia teórica. *La determinación del valor subjetivo por el valor objetivo, deduciendo a su vez éste del valor subjetivo: éste es el error fundamental* de Böhm-Bawerk, error que, bajo otras formas, se re-

17. La diferencia consiste únicamente en que Roscher veía en el hombre presocial al proletario, mientras que Böhm-Bawerk ve en el proletario al hombre presocial.

pite sin cesar cuando se trata de resolver problemas parciales.[18]

2. *Grado de utilidad marginal y cantidad de bienes*

Al analizar la cuestión del grado de valor hemos visto que, según Böhm-Bawerk, éste está determinado por el grado de utilidad marginal. Ahora, estamos en condiciones de preguntarnos por los factores que determinan este grado.

«Aquí —dice Böhm-Bawerk— debemos mencionar la relación entre las *necesidades* y su *cobertura.*» Tras haber analizado esta relación, Böhm-Bawerk descubre una ley muy sencilla que expresa la relación entre «uso» y «bienes»; es la siguiente: «Cuanto más numerosas e importantes son las necesidades que exigen ser satisfechas y, por otra parte, cuanto más escasa sea la cantidad de bienes disponibles para este fin ...tanto más elevado [deberá] ser el nivel de utilidad marginal.» [19] En consecuencia, el nivel de la utilidad marginal está determinado por dos factores: uno subjetivo (las necesidades) y otro objetivo (la cantidad de «bienes»). Pero ¿qué es lo que determina esta cantidad? La teoría de la escuela austriaca no responde a esta pregunta.[20] Admite como postulado la previa existencia de cierta cantidad de productos, es decir un grado determinado de «escasez», como un hecho dado de una vez para siempre. Teóricamente, éste es un punto de vista erróneo, puesto que «la economía», cuya parte llamada economía política analiza los fenómenos, comprende la *actividad económica,* y en primer lugar la *producción* de bienes económicos. La noción de «provisión» de bienes supone, como muy precisamente observa A. Schor, un proceso previo de producción —fenómeno que de uno u otro modo ejerce una considerable influencia sobre la valoración de los bienes.[21] La producción adquiere una importancia aún mayor cuando se pasa de la *estática* a la dinámica. Resulta evidente que la teoría austriaca, basada en la provisión de bienes como si ésta fuera un *dato* concreto, es incapaz de explicar los más elementales fenómenos de la dinámica económica, ni siquiera el movimiento de los

18. «Las críticas lanzadas contra esta teoría (es decir, la de la utilidad marginal, *N.B.*) —escribe Tugan-Baranowsky— son en su mayoría tan flojas que no requieren ninguna refutación profunda. La principal objeción contra esta teoría, según la cual la magnitud de la satisfacción que obtenemos de los bienes económicos no admite comparación cuantitativa, fue ya rechazada por Kant...» (J. TUGAN-BARANOWSKY, *Fundamentos de economía política,* 2.ª ed., S. Petersburgo, 1911, p. 56). Nosotros no consideramos en modo alguno «esencial» esta objeción, sino que se incluye entre las menos interesantes. Lo que resulta chocante es ver como Tugan-Baranowsky silencia totalmente las *restantes* objeciones, por ejemplo las de Stolzmann, cuyas dos obras debe conocer.

19. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...,* p. 40.

20. «Para llevar a buen término el examen del problema del valor, conviene explicar... cómo es que unos objetos de uso se producen en pequeñas cantidades y otros en grandes cantidades...» En vano el lector interesado buscará en los teóricos de la utilidad marginal una respuesta clara a esta cuestión (TUGAN-BARANOWSKY, *loc. cit.,* p. 46).

21. «Puede verse que los ejemplos aducidos por Böhm-Bawerk carecen de este distintivo necesario a toda economía, a saber: la *actividad del sujeto económico*... No sólo para el hombre, sino para todo ser viviente, una provisión de bien no es posible sino como resultado de una cierta actividad» (Alexander SCHOR, *Kritik der Grenznutzentheorie,* en «Conrads Jahrbücher», t. 23, p. 248). Véase también R. STOLZMANN, *Der Zweck...,* p. 701: es únicamente la magnitud de las provisiones dadas, es decir, en última instancia la productividad de base primaria, el trabajo y el suelo... quienes determinan la amplitud de la oferta posible, el número de ejemplares que hay que producir de cada bien y, solamente a partir de aquí, la efectiva amplitud del consumo posible».

precios, por ejemplo, para no hablar ya de fenómenos más complejos. Por este motivo la explicación de Böhm-Bawerk relativa al grado de valor plantea inmediatamente nuevos problemas. «La cantidad de perlas y de diamantes existente (!) es tan pequeña que únicamente alcanza a cubrir una parte de las necesidades y la utilidad marginal hasta la que llega la satisfacción de dichas necesidades es relativamente elevada, mientras que por regla general el pan y el hierro, el agua y el aire son afortunadamente disponibles en tan enormes cantidades que pueden garantizar la satisfacción de todas las necesidades importantes que de esas materias se tenga.»[22]

¡«Existente», «disponibles por regla general»! ¿Y qué dice Böhm-Bawerk de lo que se ha convenido en llamar «revolución de los precios», dado que el incremento de la productividad del trabajo provoca un descenso francamente catastrófico de los precios? Aquí ya no es posible contentarse con vaguedades tales como «disponibles por regla general». El lector no deja de ver hasta qué punto los ejemplos escogidos por Böhm-Bawerk son tendenciosos. En lugar de ofrecer una explicación del valor de los productos caracterizados por ser mercancías, es decir, de los productos que se caracterizan por su fabricación, nos habla del aire y del agua. En cuanto se toca el tema del «pan», aún resulta más equívoca la posición de nuestro profesor: basta pensar en el fuerte descenso de los precios del trigo durante la crisis agraria, después de 1800, a causa de la competencia de ultramar. La «provisión de bienes» cambió inmediatamente. ¿Cómo pudo ocurrir eso? Sencillamente,

22. Böhm-Bawerk, *Grundzüge...*, p. 32.

a causa de las nuevas *condiciones de producción* a las que Böhm-Bawerk no hace la menor alusión.[23] Sin embargo, el proceso de producción no es en modo alguno una «circunstancia compleja», una «modificación» del caso principal, etc., como Böhm-Bawerk imagina. Por el contrario, es la producción lo que constituye la base de la vida social en general y de su aspecto económico en particular. La «escasez» de los bienes (con algunas pocas excepciones de las que podemos hacer abstracción) no es más que la expresión de determinadas condiciones de producción, está en función del gasto de trabajo social.[24] Por eso, lo que en otro tiempo era «escaso» puede estar muy extendido cuando las condiciones se modifican. «¿Por qué... el algodón, las patatas y el alcohol son los productos elementales de la sociedad burguesa? Porque su precio es el más bajo.»[25] Pero no siempre esos productos han desempeñado el mismo papel. Tanto el algodón como las patatas comenzaron a cumplir esta función a partir del cambio ocurrido en el sistema de trabajo social, a partir del momento en que el coste de producción y de reproducción de todos estos productos (así como tam-

23. Chelesnov observa correctamente que los austriacos olvidan «que en su actividad económica los hombres intentan neutralizar la falta de dones naturales por medio de esfuerzos particulares, gracias a los cuales los límites de dependencia del hombre con respecto al mundo material van haciéndose más elásticos y cada vez más vastos» (Chelesnov, *Manual de economía política*, Moscú, 1912, p. 380).

24. «... Su escasez relativa hace de ella (la mercancía, *N.B.*) subjetivamente —desde el punto de vista de la sociedad— un objeto de valoración, mientras que objetivamente su escasez está en función del gasto de trabajo y encuentra su medida efectiva en la magnitud de éste.» R. Hilferding, *Böhm-Bawerks Marx Kritik*, p. 13.

25. Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, p. 37.

bién su precio de transporte) alcanzaron un cierto nivel.[26]

Ya que Böhm-Bawerk no contesta a la cuestión de saber qué determina la cantidad de bienes, tampoco puede responder de forma exhaustiva a la segunda cuestión, a saber: ¿qué es lo que determina en cada caso el nivel de la utilidad marginal?

Siguiendo a Böhm-Bawerk, hemos planteado el problema abstractamente. Pasemos ahora a abordar la cuestión de la «influencia modificadora» (de la economía *de cambio*). Las respuestas de Böhm-Bawerk serán aquí particularmente confusas.

Por ejemplo: «La existencia del comercio basado en el cambio hace surgir nuevas complicaciones. En efecto, este comercio permite introducir en cualquier momento un añadido para cubrir una determinada categoría de necesidades cuya cobertura se encuentra en dificultades... Eso complica del siguiente modo el conjunto de factores que influyen sobre el nivel de la utilidad marginal: factores que ejercen influencia: *primero*, la relación entre necesidad y cobertura *que, en los bienes pertenecientes a la especie que se debe valorar, existe en el conjunto de la sociedad unida por el trueque*. Su influencia viene de que esta relación (entre la oferta y la demanda) afecta... a la totalidad del precio que habrá que pagar por el artículo de sustitución deseado, y por consiguiente a la amplitud de la penuria de otras categorías de bienes

26. En otro lugar de su obra, Böhm reconoce la importancia de este momento, lo cual demuestra su inconsecuencia, ya que, según él, el coste de la producción no depende más que del valor marginal. Y ya estamos en el círculo vicioso. Tendremos ocasión de hablar de nuevo de eso, a propósito de otra cosa. Carver, desde luego, no se contenta con analizar los meteoros caídos del cielo. Analiza, sobre todo, los bienes producidos. (*Cf.* CARVER, *loc. cit.*, pp. 27-31.)

por medio de las cuales podrá cubrirse el coste de la sustitución. *Segundo:* la relación entre la necesidad y su cobertura *establecida por el individuo en las categorías de necesidades que hay que restringir a causa de la sustitución*, puesto que de eso dependerá la cuestión de saber si la penuria de bienes que afecta a las necesidades será elevada o reducida, si, en consecuencia, la "utilidad marginal" de que habrá que prescindir será mayor o menor.»[27]

Vemos pues que la relación entre la demanda social y la oferta social de mercancías representa un factor que determina el nivel de la valoración individual subjetiva (es decir, el grado de «utilidad marginal»), dado que esta relación determina el *precio:* cuanto más elevado es el precio de un nuevo artículo cualquiera, más alta es la valoración subjetiva del anterior artículo.

Es fácil darse cuenta de que esta excepción evidencia, por su parte, una serie de contradicciones. En primer lugar, todo lo que ya hemos escrito al analizar la teoría de la utilidad de sustitución se aplica igualmente en este caso: la valoración subjetiva, de la que se afirma que deriva el precio, supone en sí misma este precio. En segundo lugar, se considera como última instancia que la ley de oferta y demanda determina los precios, la cual, según los austriacos, debe a su vez remitirse a leyes que determinan las valoraciones subjetivas, es decir, en definitiva a la ley de la utilidad marginal. Pero si, en efecto, puede explicarse el precio satisfactoriamente, simplemente por la ley de la oferta y la demanda, *sin recurrir a otras explicaciones*, ¿para qué sirve entonces la teoría subjetiva del valor? Por último,

27. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, pp. 40-41.

desde el momento en que, como afirma incluso la teoría de la utilidad marginal, la ley de la oferta y la demanda únicamente puede explicarse por leyes que determinan las valoraciones subjetivas, es preciso que los «precios» que deben servir para explicar las valoraciones subjetivas se remitan a esas mismas valoraciones subjetivas. Sin embargo, en la economía de cambio (trueque) esas valoraciones subjetivas están igualmente sometidas a la ley general y subordinadas a los precios.[28] Volvemos siempre a la vieja canción. Si Böhm-Bawerk se ve *forzado* a volver constantemente a este punto, es porque éste es el resultado de su equivocada concepción de la relación entre «individuo» y «conjunto social», error típico de esta escuela.

3. *Magnitud del valor mercantil en función de la diversidad de usos*

(Valor de cambio subjetivo. El dinero)

Hasta este momento hemos examinado aquellos casos en los que el bien a valorar sólo satisfacía una necesidad. Consideremos ahora, con Böhm-Bawerk, el caso en que un mismo y único bien sirve para satisfacer *varias* necesidades. «La respuesta a esta cuestión —dice Böhm-Bawerk— es fácil: en este caso la

28. Observemos el siguiente hecho: antes, Böhm-Bawerk afirmaba (acerca de la voluntad de superar las contradicciones inherentes a la teoría de la utilidad de sustitución) que el precio no podía constituir un principio director, puesto que el precio pagado por una persona se constituye en el propio mercado por la participación activa de esa misma persona. Ahora, Böhm parece haber olvidado totalmente este punto.

utilidad marginal *más elevada* es siempre determinante... La verdadera utilidad marginal de un bien es idéntica a la más pequeña utilidad que aún *podría subvenir en el plano económico*. Ahora bien, si existe competencia por un bien disponible, entre varias posibles utilizaciones de este bien que se excluyan mutuamente, es evidente que en una economía racionalmente administrada, la más importante de esas utilizaciones tendrá preferencia: sólo ésta es económicamente admisible, excluyéndose las menos importantes y no pudiendo por tanto influir sobre la valoración del bien del que en ningún caso sabrían hacer uso.»[29] De lo que Böhm-Bawerk extrae la fórmula general siguiente: «*Cuando se trata de bienes que permiten alternativamente diversos usos y por eso son capaces de crear diferentes grados de utilidad marginal, la aplicación en grado máximo de las utilidades marginales alternativas determina el grado de su valor económico.*»[30]

Lo que sorprende es la extraña terminología empleada. «La utilidad más elevada» del bien aparece como «la más pequeña utilidad» a la que este bien «podría aún subvenir en el plano económico». ¿Por qué precisamente «el más pequeño»? —es eso lo que queda completamente a oscuras. Pero el fondo del asunto no está aquí. Si aplicamos la fórmula de Böhm-Bawerk a la vida económica real, topamos siempre con el mismo error de otras veces, es decir con el círculo vicioso en el que se mueven sus reflexiones. En efecto, consideremos el siguiente caso sencillo: poseemos el bien A que, vendiéndolo, nos permitirá adquirir con el dinero recibido una serie de cosas, a saber: x mercancías B, y mercancías C,

29. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 52.
30. *Ibid.*, pp. 52-53.

o bien z mercancías D, etc. Es evidente que la mercancía que compremos, y por tanto el empleo del bien, depende de los precios de mercado del momento: compraremos tal o cual mercancía según que sea cara o barata en el momento considerado. Del mismo modo, cuando se trata de escoger el «modo de uso» de los *medios de producción*, haremos esa elección conforme a los precios de los productos de los diferentes sectores de la producción; en otras palabras, la cuestión de los «modos de uso» supone previamente establecido el precio, como hace observar correctamente Gustav Eckstein.[31]

Este error llega hasta el paroxismo en la doctrina del *valor de cambio subjetivo.*

Böhm-Bawerk distingue dos tipos de multilateralidad de los bienes, basada en los dos posibles «empleos» de éstos, a saber: los diferentes modos de empleo resultan ya sea de una «multilateralidad *técnica*» del bien, o de su capacidad de poder ser *cambiado* por otro bien. El segundo caso ocurre tanto más a menudo cuanto más evolucionadas están las relaciones de intercambio. Es sobre esta doble significación del bien —de un lado, en tanto que medio directo o indirecto de satisfacer las necesidades (esta noción comprende el empleo en tanto que medio de producción), de otro, en tanto que medio de cambio— donde se apoya la división del valor subjetivo en *valor de uso subjetivo* y *valor de cambio subjetivo.*[32]

31. Gustav ECKSTEIN, *Zur Methode der politischen Oekonomie* («Neue Zeit», XXVIII, t. I, p. 371).

32. Por lo que respecta a la satisfacción «directa» e «indirecta» de las necesidades, hay que destacar que en eso, Böhm-Bawerk se aparta de la terminología de K. Menger: «El valor en el primer caso (es decir, en la economía natural, *N.B.*) y el valor en el segundo caso (evaluación del valor de cambio, *N.B.*)

«El grado de utilidad del valor de uso —dice Böhm-Bawerk— se mide... por el grado de utilidad marginal que alcanza el bien que valoramos en el uso personal... El grado de valor de cambio subjetivo debe medirse, pues, por la utilidad marginal de los bienes que se cambian por aquél.»[33] De lo que se sigue que el grado de valor de cambio subjetivo «dependerá de dos circunstancias: primero, del *poder de cambio objetivo* (el valor de cambio objetivo) *del bien*, pues es éste el que decide si, a través del cambio, se pueden obtener muchos o pocos bienes en contrapartida; segundo, del *estado de indigencia o de riqueza del poseedor*».[34]

Hemos citado casi en su integridad la formulación de Böhm-Bawerk, porque expresa mejor que ninguna explicación la falta de sentido y las contradicciones inherentes a la idea de valor de cambio subjetivo. En efecto, es nada más ni nada menos que nuestro «maestro» en persona quien afirma que la «medida del valor de cambio *subjetivo*... debe depender del valor de cambio *objetivo*...» [subrayado por mí, *N.B.*].

Aquí, el mundo «objetivo» del mercado no se introduce subrepticiamente por una puerta trasera; por el contrario, ya en la definición de la medida del

no son... más que dos formas distintas del mismo fenómeno de la vida económica. Pero lo que en cada uno de estos dos casos confiere un carácter particular al fenómeno del valor es el hecho de que para los sujetos económicos que disponen de bienes, éstos adquieren la significación que nosotros denominamos valor, en el primer caso en función de su uso *directo*, y en el segundo en función de su uso *indirecto*. Así, denominamos al valor, valor de uso en el primer caso, y valor de cambio en el segundo» (K. MENGER, *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*, Viena, 1871, pp. 214-215).

33. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, pp. 53-54.

34. *Ibid.*, p. 54.

valor de cambio subjetivo puede comprobarse el hundimiento de la teoría levantada sobre la arena de la psicología individual.[35]

Dicho esto, se comprende por qué la absoluta esterilidad de la teoría austriaca se manifiesta sobre todo en la cuestión del *dinero*.

«No obstante —escribe von Wieser— la mayor multiplicidad es la del dinero... No hay ningún bien que ilustre tanto como éste la noción de utilidad marginal...» (Fr. von Wieser, *Der natürliche Wert*, Viena, 1889, p. 13). Esta afirmación expuesta por uno de los marginalistas más eminentes aparece ligeramente impregnada de ironía si se la compara con los resultados obtenidos en este dominio por la nueva escuela. Sabemos que el dinero se distingue de todas las demás mercancías en que constituye un equivalente general de mercancías. Esta propiedad, que le permite dar una expresión general al valor de cambio abstracto, hace precisamente su análisis particularmente difícil desde el punto de vista de la utilidad marginal.[36]

En efecto, en los intercambios y transacciones de todo tipo, el agente de la economía capitalista moderna considera el dinero exclusivamente desde el punto de vista de su «poder de compra», es decir, de su valor de cambio *objetivo*. Ni un solo «sujeto económico» pensará en valorar su haber en oro en consideración a la capacidad que éste tiene de satisfacer «la necesidad de joyas». La valoración del doble valor de uso del dinero,[37] como *mercancía* y como *dinero*, se funda precisamente en esta última función. Si, en el análisis del valor de la mercancía ordinaria, constatamos la existencia de los vínculos de unión internos de la sociedad que excluyen toda interpretación individual de los fenómenos económicos (véase en páginas anteriores el análisis de la teoría de la utilidad de sustitución), esos vínculos de unión internos se expresan a través del dinero del modo más completo. Es porque el dinero aparece como el «bien» cuya valoración subjetiva, según la terminología de la escuela austriaca, es el *valor de cambio* subjetivo. Revelar la contradicción y la inconsistencia teórica de este concepto es descubrir al mismo tiempo el error fundamental de toda la teoría del dinero. Este error lo ha expresado muy acertadamente Gustav Eckstein: «El valor de cambio objetivo del dinero resulta, pues, de su valor de uso subjetivo, el cual consiste en su valor de cambio subjetivo, que a su vez depende de su valor de cambio objetivo. La lógica y la validez de la conclusión final es, por tanto, parecida a la famosa tesis según la cual la indigencia proviene de la pobreza...» [38] De otra manera: el va-

35. «Visto de cerca —escribe W. Scharling— es precisamente (en la valoración indirecta) en razón de este "valor de cambio subjetivo" donde la valoración subjetiva de la composición del bien parecé ser el elemento subordinado.» (W. SCHARLING, *loc. cit.*, p. 69.)

36. Es interesante comprobar que en un artículo muy extenso que trata del dinero (*cf.* «dinero» en el *Diccionario de ciencias políticas*, vol. 4) K. Menger no proporciona, por así decir, ningún análisis *teórico* del dinero.

37. «El valor de uso de la mercancía dinero es doble. Además de su uso particular en tanto que mercancía, como el oro, por ejemplo, que sirve para forrar los dientes deteriorados, de materia prima para objetos de lujo, etc., recibe un valor de uso formal, que resulta de sus funciones sociales específicas.» Karl MARX, *El Capital*, L. I, p. 56.

38. G. ECKSTEIN, *La raíz cuádruple del principio de razón insuficiente de la teoría de la utilidad marginal. Una Robinsonada*, en «Neue Zeit», 22, vol. II, p. 812. La literatura rusa alude igualmente a este punto (*cf.* por ejemplo, A. MANUILOV, *La noción de valor según la doctrina de los economistas de las escuelas clásicas*, p. 26).

lor de cambio objetivo del dinero está determinado por el valor objetivo del dinero.

La teoría del dinero y de la circulación monetaria es de alguna manera la piedra de toque de toda la teoría del valor, ya que por medio del dinero es como más objetivada aparece la complejidad de las relaciones humanas. Por eso «el problema del orofetiche», cuyo «brillo metálico deslumbra», es uno de los más arduos en economía política. Marx nos ha dejado (en *El Capital* y en la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*) un ejemplo clásico de análisis del oro, y nunca nadie ha escrito nada tan brillante en esta materia como las páginas de su obra consagradas al análisis del dinero. Por oposición a Marx, la «teoría» del dinero de la escuela austriaca pone claramente al descubierto la esterilidad total de todo su sistema teórico y su derrota más completa.[39]

39. Ludwig VON MISES, uno de los postreros representantes de la escuela austriaca, especialista en cuestiones monetarias, reconoce en su libro *Teoría del dinero y de los medios de circulación*, que la teoría austriaca del dinero no es satisfactoria. Dice a propósito de ello: «Resulta imposible estudiar el valor subjetivo del dinero sin entrar en su valor de cambio objetivo; a diferencia de las mercancías, el dinero supone la indispensable existencia de un valor de cambio objetivo, de una capacidad de compra. El valor subjetivo del dinero remite siempre al valor subjetivo de los demás bienes económicos que se puede recibir a cambio de dinero; es una noción derivada. Aquel que desea valorar la importancia de una determinada suma de dinero, sabiendo que la satisfacción de una necesidad depende de ésta, no puede hacer otra cosa sino recurrir a un valor de cambio objetivo del dinero. Por tanto, toda valoración del dinero se funda en una determinada comprobación de su poder de compra» (citado según un resumen de HILFERDING en la «Neue Zeit», año 30, vol. II, p. 1025). Mises intenta superar este círculo vicioso *históricamente*, del mismo modo como hace Böhm-Bawerk a propósito del valor de sustitución y con el mismo resultado, evidentemente. (*Cf.* HILFERDING, *loc. cit.*, pp. 1025-1026.)

4. *Valor de los bienes complementarios*

(Teoría del valor añadido)

Entre los temas abordados por la escuela austriaca, uno de los más confusos es el del valor de los bienes llamados «complementarios» (Menger) o teoría del «valor añadido», término introducido por Wieser.

Böhm-Bawerk entiende por bienes complementarios aquellos que se completan recíprocamente: en este caso «la obtención de una utilidad económica exige la cooperación de varios bienes, de suerte que... si uno de ellos llega a faltar en la serie, la utilidad, o no se consigue o se alcanza sólo de forma incompleta».[40] Böhm-Bawerk cita como ejemplos de bienes complementarios: el papel, la pluma y la tinta, el hilo y la aguja, un par de guantes, etc. Es obvio que estos grupos de bienes complementarios existen sobre todo en los bienes de producción, cuyas condiciones de producción exigen la cooperación de toda una serie de factores; la ausencia de uno solo de estos factores con frecuencia destruye la combinación y anula totalmente la eficacia de los demás. En el análisis del valor de los bienes complementarios, Böhm-Bawerk formula una serie de «leyes» particulares que «se mueven por entero en el marco de la ley general de la utilidad marginal». Böhm toma como punto de partida del análisis el valor global *del grupo entero* y enuncia la siguiente tesis: «El valor global del grupo completo se sitúa generalmente en la magnitud de la utilidad marginal que su cohesión le permite alcanzar.»[41] Si tres artícu-

40. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 56.
41. *Ibid.*

los A, B y C pueden, económicamente hablando, proporcionar mediante su uso común la utilidad mínima de 100 unidades de valor, el valor global del grupo será igual a 100. Según Böhm la cosa sólo es así de sencilla «en general, en el caso normal». De este «caso normal» es preciso distinguir los casos particulares; es ahora cuando interviene la ley de sustitución de que ya hemos hablado antes (véase el análisis de la teoría de la utilidad de sustitución). Es decir: admitamos que en el uso combinado la utilidad marginal sea 100, «pero que, en cambio, el valor de sustitución de cada uno de los tres miembros del grupo se cifra en 20, 30, 40, y solamente en 90 el conjunto; los tres miembros tomados en conjunto permiten, pues, alcanzar no la utilidad combinada de 100... sino la más modesta utilidad de 90».[42] Algo tan «accidental» (que, entre paréntesis, es perfectamente normal en una economía capitalista) no presenta aparentemente ningún interés para Böhm-Bawerk; su análisis solamente se refiere al «caso principal», en el que la utilidad marginal que puede alcanzarse en el *uso en común* constituye al mismo tiempo la verdadera utilidad marginal que determina el valor.[43]

El valor del grupo en su totalidad se considera un dato fijo. Se trata únicamente de definir la distribución proporcional del valor general entre los diferentes bienes que contiene el grupo. En eso consiste el problema del «*factor económico añadido*». Según la escuela austriaca, este factor *económico* añadido se distingue de todos los demás: del factor añadido jurídico, moral y físico. Según von Wieser los teóricos siempre han cometido el siguiente error:

42. *Ibid.*, p. 57.
43. *Ibid.*, p. 57.

«quieren saber qué parte del producto común, *físicamente hablando*, ha creado cada uno de los factores, o de qué parte del efecto cada uno de ellos es *causa física*. Pero eso es imposible saberlo.»[44] Böhm-Bawerk sostiene parecida opinión, perfectamente de acuerdo en este punto con von Wieser.[45] Distribuyendo los valores entre los diferentes miembros componentes del grupo, vemos formarse distintas combinaciones que, según la terminología böhm-bawerkiana, dependen «de la particularidad del tipo de especie». Examinemos con Böhm-Bawerk los tres tipos fundamentales.

1. *Los bienes en cuestión sólo son útiles a condición de ser utilizados en común y no pueden ser sustituidos por otros.* En este caso, cada uno de los elementos es portador del valor global de todo el grupo complementario.

2. *Los diferentes elementos del grupo pueden ser utilizados aisladamente, fuera del grupo complementario que analizamos.* «En este caso el valor del elemento particular ya no oscila entre "todo" o "nada", sino únicamente *entre la cantidad de utilidad marginal que aisladamente es capaz de crear, y que puede considerarse como mínimo, y la cantidad de utilidad marginal común con los demás ele-*

44. WIESER, *Der natürliche Wert*, p. 72, al igual que Struvé, *loc. cit.*, Moscú, 1916, vol. II.

45. *Cf. Grundzüge...*, p. 62, *Kapital und Kapitalzins*, vol. II, 1.ª parte, p. 28, nota: «La parte física sería en la mayoría de los casos imposible de calcular... lo que tampoco tiene ninguna importancia. Por el contrario, casi siempre puede comprobarse la cantidad de utilidad o de valor de que habría tenido que prescindirse en ausencia de un determinado factor —y a esta parte proporcional condicionada por la posesión o la existencia de un factor, la denomino la parte económica de éste en relación con el conjunto.»

mentos, que vendría a ser un máximo.»[46] Suponiendo que tres bienes, A, B, C, produzcan en cooperación una utilidad marginal de 100; suponiendo además que *fuera* del grupo complementario (es decir, «utilizados de otro modo») su «valor aislado» sea A=10, B=20, C=30; entonces, el «valor aislado» de A es igual a 10. Por el contrario, el valor de A en tanto que miembro del grupo complementario (admitida la «deficiencia» de A y la disminución consecutiva del grupo) será 100—(20+30), es decir 50.

3. *Ciertos elementos del grupo pueden ser sustituidos.* En ese caso interviene la ley de sustitución. La fórmula general que debe aplicarse es ésta: «El valor de los elementos sustituibles, independientemente de su uso concreto complementario, se fija en un determinado índice según el cual participan inmediatamente en la repartición del valor global del grupo entre sus diferentes elementos. Dicha repartición se efectúa de modo que *el valor global del grupo entero, determinado por la utilidad marginal del uso común, sirve para atribuir a los elementos sustituibles su valor fijo —variable según la cantidad de utilidad marginal— y que el resto añadido a los elementos no sustituibles represente el valor particular de cada uno de ellos.*»[47] Ésa es la teoría de la «adición económica» en sus aspectos más generales. Es indudable que el valor de un producto «añadido» a los diferentes factores de producción revela un proceso psicológico real.[48] En la medida en que nos

46. *Ibid.*, p. 58.
47. *Ibid.*, p. 59.
48. «A juzgar por la práctica económica, existe una regla de la distribución. En la práctica, nadie se limita a pensar que el ingreso se debe a todos los factores de la producción en su conjunto. Todo el mundo comprende y utiliza, más o menos bien, el arte de la distribución de los ingresos. Un buen comerciante debe saber y sabe lo que le aporta un buen obrero, si una máquina es rentable, cuánto le cuesta la materia prima, cuánto le aporta este terreno o aquel otro. Si no lo supiera, si no fuera capaz de hacer el balance de conjunto, *grosso modo*, entre los fondos invertidos y el éxito de la producción, carecería totalmente de información para el caso que el resultado obtenido fuera inferior a la inversión realizada» (WIESER, *Der natürliche wert*, pp. 70-71).

encontramos ante fenómenos psicológicos *individuales*, tales como estimaciones, etc... es cierto que se produce una adición del valor del producto a los diferentes «factores».[49] Pero debemos preguntarnos si el examen de estos fenómenos permite concluir con una solución satisfactoria del problema. Basta considerar el caso más típico, aquel en que la adición de estimaciones de sustitución actúa de forma dominante. La cuestión esencial que en este caso se plantea es: ¿*qué* «valor del producto» debe añadirse al grupo complementario? ¿Qué representa para el capitalista?

Ya hemos visto antes que para el propio Böhm-Bawerk la estimación de las mercancías por sus productores capitalistas es casi igual a cero. Para el capitalista no existe utilidad marginal alguna que sirva como norma de *su* estimación. Por otra parte, resulta absurdo hablar de utilidad marginal «social».[50] De lo que sí puede hablar en este caso el capi-

49. Con la salvedad de que esto no es válido más que para la psicología individual del productor de mercancías. La cuestión se plantea de muy distinta forma cuando uno se sitúa en un punto de vista *social*. En este caso, toda «la adición económica» solamente puede referirse al trabajo social. Estos dos puntos de vista, Marx los separa netamente (véase por ejemplo, el cálculo del beneficio sobre el conjunto del capital y no únicamente sobre su parte variable). Nos parece que en su penetrante crítica de la teoría del interés de Böhm-Bawerk, J. HELPHAND (Parvus) ha olvidado este punto. *Cf.* su *Oekonomische Taschenspielerei* (Juegos malabares económicos) en la «Neue Zeit», año X.
50. «... Pero en la economía de la circulación nada hay

talista (y es de lo que efectivamente habla), lo que atribuye a veces a una, a veces a otra parte de su capital de producción, no es ni más ni menos que el *precio* del producto. Por consiguiente, la introducción de este o aquel factor de producción, de esta o aquella parte del grupo complementario, depende ante todo del *precio del producto, y no de la utilidad marginal* como afirma Böhm-Bawerk. Además, las diversas partes de los grupos complementarios pueden, en nuestro caso típico, ser sustituidas, es decir que en todo momento están disponibles en el mercado. Nuestro capitalista tampoco es indiferente a la cuestión de saber cuánto deberá pagar por tal o cual máquina, y en cuánto deberá indemnizar al obrero, etc. En otras palabras, lo que le interesa es *el precio de mercado de los medios de producción*; es eso lo que le hará decidirse a procurarse nuevas máquinas, o a contratar nueva fuerza de trabajo, a incrementar o reducir la producción. A esto hay que añadir otra categoría de elementos económicos objetivamente existentes, es decir la tasa de interés. ¿Cómo el campesino, por ejemplo, valora su tierra? Según Böhm-Bawerk, del siguiente modo: «En la práctica se deducen del ingreso global en primer lugar los "gastos". Son precisamente... los desembolsos destinados a los *medios de producción de sustitución que poseen un valor de sustitución dado*.»[51] El resto, el campesino «lo pone a cuenta» de su tierra.[52] Es lo que se denomina renta de la tierra, cuya

que corresponda a una utilidad marginal social de este tipo» (J. SCHUMPETER, *Bemerkungen über das Zurechnungsproblem*; nota acerca del problema del valor añadido, en «Zeitschrift für Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung», vol. 18, 1909, p. 102).

51. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 60.

52. *Ibid.*, p. 60.

capitalización constituye el precio del terreno. Inútil demostrar que es de *esta manera*, es decir, a través de la capitalización de la renta de la tierra, como se valora una parcela. Pero una estimación de este tipo supone ya dada la tasa de interés, de la que pasa a depender enteramente el resultado de la capitalización.

Vemos pues que hasta la psicología fetichista del «productor» es incorrectamente descrita por Böhm-Bawerk; éste excluye los momentos «objetivos» que en ella se encuentran desde el momento en que existe producción de mercancías, y con mayor razón producción capitalista de mercancías.

La teoría del «valor económico añadido» constituye para los representantes de la escuela austriaca el paso inmediato a la teoría de la distribución. Por este motivo no trataremos aquí una serie de cuestiones que aborda Böhm-Bawerk, a las que volveremos al hacer el análisis de su teoría del interés.[53]

5. *Valor de los bienes productivos. Gastos de producción*

Al analizar las partes componentes del valor de los bienes de consumo, la escuela clásica de economía política, al igual que Marx, remite este valor

53. Las divergencias entre Wieser y Böhm-Bawerk sobre el problema del valor añadido se basan en lo esencial en su diferente posición en la cuestión del *valor de conjunto* de los bienes, del que ya hemos hablado. Véase sobre este tema BÖHM-BAWERK, *Kapital und Kapitalzins*, vol. II, 2.ª parte, Exkurs, VII.

Las notas acerca de «los problemas del valor añadido» («Zeitschrift für Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung», vol. 18) ya citadas, contienen una parecida crítica de Wieser, ligada a su crítica del concepto de «valor de conjunto», debida a Schumpeter.

esencialmente al valor de los medios de producción desembolsado; cualesquiera que sean los aspectos concretos de este análisis, la idea general en la que se fundamenta es la misma, a saber: que el valor de los medios de producción constituye el factor que determina el valor de los bienes *libremente reproductibles*; al contrario de los teóricos austriacos, para los que «... su valor es igual al "valor consumido del ingreso consumido" en bienes marginales. Ahora bien, en eso precisamente consiste la idea fundamental del nuevo sistema económico, por oposición a los clásicos. *Consiste en que, partiendo del valor de los bienes de consumo, tomamos a éste como base de la teoría de la formación de los precios, y en que obtenemos el valor de los bienes productivos que es necesario conocer para así proceder, derivándolo del valor de los bienes de consumo*».[54]

Veamos más de cerca esta «idea fundamental». Siguiendo los pasos de Menger, o mejor de Gossen, Böhm-Bawerk divide todos los bienes en categorías, según su mayor o menor distancia del proceso de consumo. Se obtienen así: a) *Bienes de consumo;* b) *Bienes productivos,* que mantienen una relación inmediata con bienes de consumo dados, o «bienes productivos *de segundo orden*», etc. Los bienes de la última categoría se denominan bienes «de orden superior» o «del orden más alejado». ¿Qué es lo que determina el valor de estos bienes de «orden superior»? Böhm-Bawerk se dedica a las siguientes consideraciones: un bien, por tanto también un bien perteneciente al «orden superior», es decir un medio de producción cualquiera, únicamente puede tener valor si satisface directa o indirectamente una necesidad cualquiera. Convengamos que poseemos un bien de consumo A, resultado del empleo de los bienes productivos B_2, B_3, B_4 (las cifras 2, 3, 4 indican el orden de los bienes, es decir su grado de alejamiento del bien de consumo A), es evidente que la utilidad marginal del bien A es consecuencia del bien B_1. «Es por tanto del grupo B_2, tanto como del propio producto final A, de donde depende la utilidad marginal de este último.»[55] Böhm-Bawerk llega por este procedimiento a formular la proposición siguiente:

«*Es de todos los grupos de medios productivos que se suceden, que pasan de unos a otros y que son de orden alejado, de donde depende un mismo y único beneficio, a saber, la utilidad marginal de su producto final.*»[56] De donde se concluye: la magnitud de la utilidad marginal se expresa ante todo y directamente por el valor del producto final. Es éste el que dirige el valor del grupo de bienes del que ha salido; a su vez, este grupo dirige el valor del grupo de bienes de tercer orden y éste, finalmente, decide el valor del último grupo de cuarto orden. De un estadio a otro, el elemento determinante cambia de nombre, pero a través de esos diversos nombres el elemento que actúa es siempre el mismo: la utilidad marginal del producto final.[57] A eso es a lo que se llega cuando se olvida el hecho de que un mismo y único medio de producción puede servir para la producción de *diferentes bienes de consumo,* cosa que ocurre la mayoría de las veces. Supongamos que el bien productivo B_2 pueda ser usado en tres sectores distintos de la producción, creando los pro-

54. J. SCHUMPETER, *Bemerkungen...*, p. 83, subrayado por el autor.

55. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 64.
56. *Ibid.*, p. 64.
57. *Ibid.*, p. 65.

ductos A, B, C, que poseen las utilidades marginales respectivas de 100, 120 y 200 unidades de valor. Böhm-Bawerk hace en este caso las mismas reflexiones que en el análisis del valor de los bienes de consumo, para concluir que la pérdida de un grupo de bienes productivos pertenecientes a la categoría B_2 acarrea la reducción del sector de producción que origina el producto cuya utilidad marginal es más reducida. De ahí la afirmación: «*El valor de una unidad de medio de producción es determinado por la utilidad marginal y el valor de aquel producto que, de entre todos aquellos en cuya producción podría haber sido utilizado dicho medio de producción, económicamente hablando, posee la utilidad marginal más pequeña.*»[58]

Según Böhm-Bawerk esta ley es idéntica a la que explica la ley «clásica» del coste de producción, a saber: que el valor de los bienes cuya utilidad marginal *no* es la más pequeña (en nuestro ejemplo los grupos B y C), no vendrá determinado por *su* propia utilidad marginal, sino por el *valor de los medios de producción* («el coste de producción»), a su vez determinado por el valor y la utilidad marginal del «producto marginal», es decir aquel producto cuya utilidad marginal es más pequeña. La ley de sustitución antes mencionada entra aquí en vigor. Para todo tipo de «bienes de producción emparentados»,[59] con excepción del «producto marginal», los gastos de producción constituyen, pues, el factor determinante; sin embargo, esta misma magnitud, es decir, el valor de los medios de producción, viene determinada por el valor del producto marginal, por su utilidad marginal: «En última instancia» la utilidad marginal determinante, y la ley de los gastos de producción como una «ley particular», dado que *los gastos no son la causa última, sino únicamente una causa intermedia del valor del bien.*[60] Ésta es, en resumen, la teoría del valor de los bienes de producción propugnada por la nueva escuela.

58. *Ibid.*, p. 69.

59. Con esta expresión Böhm-Bawerk entiende los bienes producidos por los mismos medios de producción. (*Ibid.*, p. 70.)

Pasemos a la crítica de esta teoría comenzando por su idea fundamental, según la cual el valor de los medios de producción depende del valor del producto.[61] El descenso del precio de las mercancías en función del progreso técnico fue el fenómeno empírico más relevante sobre el que se apoyaba la «vieja teoría», según la cual los gastos de producción constituyen un factor determinante del valor (es decir, del precio) del producto. La relación entre la disminución de los gastos de producción y el descenso de los precios parecía evidente. Es a este fenómeno, piedra de toque de su propia teoría, adonde debemos remitir a Böhm-Bawerk.

Aquí Böhm-Bawerk reflexiona del siguiente modo: Supongamos, dice, que se descubren nuevos yacimientos de cobre. Este hecho (a condición de que no se produzca un incremento equivalente de la demanda) provocará un descenso del valor de los productos en que entra el cobre. Por consiguiente este

60. *Ibid.*, p. 71.

61. Estamos ante los «bienes reproducibles». La teoría de los bienes no reproducibles (y de su precio, no de su valor, si se usa la terminología marxista) exigiría un estudio especial. En nuestra opinión, lo importante es precisamente la teoría del valor de los bienes libremente reproducibles, ya que es en éstos donde tiene su origen el desarrollo social entero; la tarea primordial de la economía política consiste precisamente en descubrir las leyes de dicha teoría. La teoría marxista de la renta, junto con la cuestión del precio de la tierra, es un ejemplo de una teoría de los precios aplicada a bienes no reproducibles.

descenso habrá sido provocado por los bienes productivos. Sin embargo, eso no significa, afirma a continuación Böhm-Bawerk, que la causa inicial se deba al descenso del *valor* del cobre. Según Böhm-Bawerk, el proceso es el siguiente: *la cantidad de cobre* aumenta, lo cual provoca un aumento de los productos de este metal; este fenómeno va acompañado de un descenso del valor de estos productos, lo que, a su vez, acarrea el descenso del valor del *bien productivo* (el cobre).[62]

Examinemos más de cerca esta tesis. De entrada, es perfectamente evidente que un bien productivo sólo tendrá valor (sea cual sea el sentido que se conceda a este término: el del valor objetivo marxista, o el del valor subjetivo de Böhm) mientras sea en realidad un bien productivo, es decir, un medio apto pará producir un objeto *útil*, cualquiera que éste

62. He aquí el texto completo del párrafo interesante: «Intencionadamente, he hablado antes de "causas" que nacen "del lado de los bienes de producción" y no de "causas" que nacen del lado del *valor* de los bienes de producción. Es porque me parece que aun si el impulso inicial proviene de condiciones que ocurren en el ámbito de los bienes de producción, el encadenamiento causal ulterior es tal que el valor de los bienes de producción no se sitúa *delante*, sino *detrás* del valor de los productos. La mayor abundancia de un medio de producción es (indirectamente) causa de la disminución de valor del producto; pero la disminución de valor del medio de producción que deriva igualmente de lo anterior es, a pesar de todo, no causa, sino consecuencia de la disminución de valor de los productos. Puesto que el encadenamiento es éste: la cantidad incrementada de (mineral de cobre) cobre lleva a una mayor cantidad de productos de este metal; esta mayor cantidad origina una mayor saturación de las necesidades relativas a los productos de cobre; en consecuencia, una necesidad menos importante ocupa el lugar de las "necesidades dependientes", a consecuencia de lo cual la utilidad marginal y el valor de los productos de cobre, y, finalmente, la utilidad marginal y el valor del bien de producción coore que de todo ello resultan, se ven disminuidos (BÖHM-BAWERK, *Kapital und Kapitalzins*, 2.ª parte, II, Exkurs, VIII, p. 257).

sea. Únicamente en *este* sentido puede hablarse del valor de un producto como «causa» del valor del bien productivo.[63] Si por «causa» se entiende tan sólo el «impulso causal», ya no ocurre lo mismo.

Como hemos visto, el punto de partida de este «impulso causal» reside en los bienes productivos. Con lo que se plantea el problema de saber si se trata únicamente de la *cantidad* de los medios de producción —como admite Böhm-Bawerk— o si, con su incremento y a consecuencia de éste, la disminución del valor de estos medios de producción es inevitable (y en este caso el valor del producto sería la magnitud a determinar). No existe, sin duda, ninguna razón para *establecer un paralelismo* entre la cantidad de los medios de producción y el valor de éstos.[64] Lo que primero choca es que el descenso

63. Propiamente hablando, no es una causa, sino una *condición*. El desconocimiento de este hecho provoca una confusión análoga a la que existe en sociología con la teoría de la acción recíproca. *Cf.* por ejemplo Dietzel: «Esta alternativa (a saber, qué hay que considerar como causa: el valor del coste de producción o el valor del producto, *N.B.*) no existe. *Pero el valor de los bienes de producción y el valor de los bienes marginales se condicionan mutuamente.* Ningún *bien de producción*, cuyos *productos* (bienes de disfrute) fueran objetos sin valor —inútiles y superabundantes—, carece de... valor económico. Así, el valor del *producto* aparece como la causa del valor del bien de producción» (Heinrich DIETZEL, *Zur Klassischen Wert und Preistheorie*, «Conrads Jahrbücher», 3.ª serie, vol. I, p. 694).

64. «Böhm-Bawerk... piensa que no es el valor, sino la abundancia del medio de producción lo que en un caso como éste hace (indirectamente) bajar el valor del producto. Es una reflexión altamente sutil. Pero tampoco más correcta que la proposición: no es el valor del producto sino la necesidad del mismo lo que repercute sobre el valor de los medios de producción. De acuerdo que la oposición: *no* el valor, *sino* la abundancia, no es terminante. La abundancia de bienes de producción no actúa sobre el valor previsible del producto, más exactamente sobre la cantidad previsible de éste, más que si ha actuado anteriormente sobre el valor del medio de producción, o si al menos se puede prever este efecto. No posee en cambio influencia alguna si esta

del valor, es decir, en definitiva, *del precio* de los bienes de producción ocurre cronológicamente antes que el descenso de valor de los bienes de uso. Toda mercancía que aparece en un mercado se presenta no sólo como cierta cantidad sino que representa al mismo tiempo un valor de cierta magnitud. Cuando el cobre es lanzado al mercado en abundancia, su precio cae mucho antes de que disminuyan los productos de cobre. Es cierto que Böhm-Bawerk tiene aquí una objeción que hacer; apela al hecho de que el valor de los bienes de «orden superior» no viene determinado por el valor que los bienes de «orden inferior» poseen en el momento considerado, sino por el valor que *poseerán* en razón de la cantidad incrementada de los medios de producción que aparecen en la esfera de producción.[65] Pero si la distancia entre los medios de producción y los bienes de consumo es tan considerable que hasta los mismos defensores de la teoría marginalista comienzan a dudar de que el valor de los medios de producción dependa del valor del producto,[66] entonces es perfectamente evidente que dada la variación de las cantidades de medios de producción lanzados al mercado, una dependencia como la que indica Böhm-Bawerk de ninguna manera puede verificarse. Para clarificar la cuestión, basta oponer a las afirmaciones de Böhm sus

actuación sobre el valor del medio de producción se ve anulada por un cártel o por un incremento de la demanda en otro sector de los que utiliza este mismo medio de producción» (Karl ADLER, *Kapitalzins und Preisbewegung*, edit. por Dunker y Humblot, Munich y Leipzig, 1913, pp. 13-14, nota).

65. *Cf.* Exkurs, XIII (valor y coste), p. 258, nota.

66. SCHARLING, *Grenznutzentheorie und Grenzwertlehre* (Teoría de la utilidad marginal y doctrina del valor marginal), «Conrads Jahrbücher», III, F., vol. 27, p. 25: «La cadena se hace demasiado larga para que este cálculo pueda realizarse.»

propias tesis así redactadas: «Si nos preguntamos qué... vale para nosotros un producto de utilidad marginal superior, inmediata, estamos obligados a respondernos: exactamente tanto como los medios de producción con los que podríamos en cualquier momento fabricar de nuevo el producto. Procurando entonces saber cuánto valen los medios de producción en sí mismos, llegaríamos a la utilidad marginal. *Pero un número incalculable de veces podemos prescindir de esta búsqueda. Un número incalculable de veces conocemos el valor de los bienes sin tener necesidad de obtener continuamente su precio a partir de sus bases...*» A lo que añade en nota: «Es fundamentalmente *la intervención de la división del trabajo y del cambio* la que contribuye enormemente a que *el valor de los productos intermedios* sea también con frecuencia (!) *fijado por sí mismo.*»[67]

Es lástima que Böhm-Bawerk no desarrolle su línea de pensamiento, que no nos muestre por qué la división del trabajo y el cambio ejercen una influencia tan determinante sobre la «autonomía» con que se establece el valor de los bienes productivos. En la realidad, las cosas ocurren de la siguiente manera: la sociedad moderna no es ni mucho menos un conjunto armónicamente desarrollado, en el que la producción se adapta al consumo de acuerdo a un plan; actualmente, producción y consumo están separados, y representan dos polos opuestos de la vida económica. Esta escisión entre producción y consumo se manifiesta entre otras maneras mediante conmociones económicas, crisis. Las valoraciones de productos a que proceden los mismos agentes de la producción no se hacen en absoluto teniendo en

67. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, pp. 70-71, nota (subrayado por el autor).

cuenta la «utilidad marginal» (lo que también vale para los bienes de consumo, como ya hemos visto antes); eso puede verse aún más claramente en la fabricación de los medios de producción. La sociedad anárquica en la que la correlación entre los diferentes sectores de producción no está planificada, correlación regulada en última instancia por el consumo social, conduce inevitablemente a una situación que de alguna manera podría definirse como de «producir por producir». Circunstancia que, a su vez, actúa sobre la psicología de los agentes del modo de producción capitalista (el análisis de esta psicología es otra de las tareas que se propone Böhm-Bawerk), de un modo totalmente distinto al que afirma este teórico. Comencemos, pues, por la estimación que hacen los vendedores de medios de producción. Son capitalistas cuyo capital es invertido en aquellos sectores de la producción que producen medios de producción. ¿Por qué viene determinada la estimación de los medios de producción fabricados por el propietario de la empresa en cuestión? Éste, de ningún modo valora su mercancía («bienes productivos») según la utilidad marginal del producto fabricado con la ayuda de esta mercancía; por el contrario, valorará su mercancía en relación con el *precio* que por ella puede obtener en el mercado; es decir que, empleando la terminología de Böhm, la valora según el *valor de cambio* subjetivo.[68] Supongamos que el «productor» en cuestión introduzca una técnica nueva que le permtia ampliar su producción; estará entonces en disposición de

68. Véase BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 538, «el nivel del precio de mercado que cada productor puede obtener por su producto, da la medida del nivel del *valor (de cambio)* subjetivo que le otorga...».

lanzar al mercado una mayor cantidad de mercancías —de medios de producción. ¿En qué sentido se verá modificada, en consecuencia, la valoración de las diferentes unidades de mercancía? Naturalmente, bajará. Pero, a sus ojos, este descenso no tendrá lugar porque el precio de los productos fabricados con ayuda de su mercancía esté descendiendo, sino más bien porque intentará hacer bajar los precios con el fin de quitar compradores a sus competidores, gracias a sus más bajos precios, y obtener así una mayor ganancia.

Consideremos ahora a la otra parte, los compradores. En el ejemplo que hemos elegido, los compradores son los capitalistas del sector de producción que fabrican medios de consumo con ayuda de medios de producción comprados a los capitalistas de la primera categoría (producción de medios de producción). La valoración de estos compradores deberá evidentemente *tener en cuenta* el precio del producto ofrecido; pero este precio disminuido del producto servirá todo lo más como precio límite; de hecho, la valoración de los medios de producción es siempre inferior a este límite; en nuestro ejemplo la cantidad que disminuirá en la valoración que hacen los compradores de los medios de producción no es más que un cierto correctivo del precio anterior, provocado por la mayor cantidad de medios de producción lanzados al mercado.

Ésa es la verdadera psicología, y no la psicología artificialmente elaborada, de los agentes de la producción de mercancías. El valor de los medios de producción se determina, pues, en realidad, de manera más o menos autónoma, y la variación de valor de los medios de producción se produce con anterioridad a la variación de valor de los bienes

de consumo. Por consiguiente, el análisis debe proceder de tal manera que las variaciones de valor en la esfera de la producción de los medios de producción sirvan de punto de partida.

En este punto, es preciso llamar la atención acerca de una inconsecuencia lógica muy grave. Vimos antes que, según Böhm-Bawerk, el valor de los medios de producción viene determinado por el valor del producto; «en última instancia» la utilidad marginal del producto marginal constituye el elemento decisivo. ¿Pero qué es lo que determina el nivel de dicha utilidad marginal? Sabemos que el nivel de la utilidad marginal es inversamente proporcional a la cantidad de producto que debemos valorar; cuanto más numerosas sean las unidades de una cierta especie de bienes, tanto más disminuirá la valoración de cada unidad del stock. El problema que entonces se plantea es saber qué es lo que determina a su vez esta cantidad. A lo que nuestro profesor responde: «... la masa de mercancías disponibles en un sector del mercado [es determinada]... en gran medida, por *el nivel del coste de producción*. Cuanto más elevado sea el coste de producción de una mercancía, más relativamente reducido será el número de ejemplares ofrecidos por la producción a la satisfacción de necesidades».[69] Lo que nos conduce a la «explicación» siguiente: el valor del bien productivo (coste de producción) está determinado por el valor del producto; el valor del producto depende de su cantidad; la cantidad del producto la determina el coste de producción; o sea, el coste de producción viene determinado por el coste de producción. De este modo llegamos una vez más a una de esas explicaciones engañosas de las que tan pródiga es la teoría de la escuela austriaca. El propio Böhm-Bawerk ha caído en este círculo vicioso en el que, como él mismo señala muy exactamente, aún sigue moviéndose la vieja teoría del coste de producción.[70]

Para terminar, algunas palabras más sobre la fórmula general de Böhm-Bawerk al valor de los medios de producción. Como ya vimos, «el valor de un elemento de los medios de producción... se basa en la utilidad marginal y el valor de aquel producto que, entre todos aquellos en cuya creación habría podido ser utilizado dicho elemento de los medios de producción, *económicamente* hablando, posee la menor utilidad marginal».[71] Si pasamos a considerar ahora la producción capitalista, vemos inmediatamente que la expresión «económicamente hablando», empleada por Böhm-Bawerk, contiene ya como un elemento dado la categoría *del precio*.[72] Es éste un error «inmanente» a toda la escuela austriaca, que resulta, como ya hemos explicado, del desconocimiento del papel que juegan las interferencias sociales en la formación de la psicología individual del «sujeto económico» moderno.

69. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 521.

70. *Cf.* CHAPOCHNIKOV, *Teoría del valor y de la distribución*, pp. 37-38, y la referencia a Stolzmann y a Manuilov.

71. BÖHM-BAWERK, *Grundzüge...*, p. 69.

72. G. ECKSTEIN, «Neue Zeit», XXVIII, vol. I, p. 371. El propio Böhm escribe: «Un comerciante en madera deseoso de comprar madera para la fabricación de cubas, calculará rápidamente el valor que esta madera representa para él; contará el número de cubas que con ella podrá fabricar y así *sabrá*, en unas determinadas condiciones del mercado, lo que valen las cubas; no tiene que pensar en nada más» (*Grundzüge...*, p. 65). En efecto, el comerciante en cuestión «calculará rápidamente» y «no tiene que pensar en nada más», pero no puede decirse lo mismo del propio Böhm-Bawerk.

6. *Conclusiones*

Antes de concluir nuestro examen de la teoría del valor subjetivo nos falta someter a un breve análisis la *teoría de los precios* de la escuela austriaca. Porque Böhm-Bawerk considera el precio algo así como un resultado de las valoraciones subjetivas que chocan unas con otras en el curso del proceso de cambio en el mercado. Para llegar deductivamente a este resultado Böhm-Bawerk se ve forzado a enumerar una serie de factores que lo constituyen y que forman en lo esencial su *contenido*, es decir, la precisión cuantitativa de las valoraciones subjetivas de los compradores y vendedores enfrentados entre sí en el mercado. Resumamos someramente una vez más las anotaciones críticas que con mayor detalle hemos expuesto en páginas anteriores, demostrando de pasada las contradicciones y los errores de Böhm-Bawerk con respecto a dichos «factores».

Pero detengámonos antes un instante en el *mecanismo* del proceso de cambio tal como lo expone Böhm-Bawerk. Éste considera el proceso de cambio en conformidad con la complejidad creciente de las condiciones en las que tiene lugar. En su opinión pueden darse cuatro casos: 1.º el cambio aislado; 2.º la competencia unilateral de los compradores entre sí; 3.º la competencia unilateral de los vendedores entre sí, y por último, 4.º la «competencia recíproca», en la que tanto el comprador como el vendedor entran en competencia uno con otro.

El primer caso (cambio aislado) da lugar a una fórmula muy simple, a saber: «*En caso de cambio entre dos individuos interesados, el precio se sitúa dentro de un margen cuyo límite máximo es la valoración subjetiva de la mercancía por el comprador,*

y cuyo límite mínimo es su valoración por el vendedor.»[73]

El segundo caso (competencia de los compradores entre sí) lo explica Böhm-Bawerk con el enunciado siguiente: «*En la competencia unilateral de los individuos, el mejor situado, es decir, aquel que valora la mercancía al precio más alto con relación al bien tasado* (precio en dinero, *Preisgut*) *se convierte en adquisidor, y el precio oscila entre la valoración del adquisidor (límite máximo) y la del mejor situado entre los excluidos (límite mínimo), valoración que corresponde siempre a la propia del vendedor.*»[74]

Una situación parecida ocurre en el tercer caso, es decir, en el caso de competencia unilateral de los vendedores entre sí; los límites dentro de los cuales oscila el precio vienen aquí determinados por la valoración mínima extrema del vendedor más potente (el más «capaz de cambio» según la terminología de Böhm-Bawerk), y la valoración del más potente de entre los competidores eliminados.

Es evidentemente el cuarto caso, el de la competencia de los vendedores y de los compradores entre sí, el que presenta mayor interés. Tenemos ahí un ejemplo típico de cómo funciona el cambio en el interior de una economía de cambio por poco evolucionada que esté.

Para ilustrar este caso, Böhm-Bawerk construyó un esquema en el que diez compradores quieren comprar un caballo y ocho vendedores quieren vender cada uno un caballo. Las cifras indican el nivel de valoración correspondiente.

73. Böhm-Bawerk, *Grundzüge...*, p. 493.
74. *Ibid.*, p. 494.

Comprador:

A 1	valora un caballo en	300	florines.
A 2	»	280	»
A 3	»	260	»
A 4	»	240	»
A 5	»	220	»
A 6	»	210	»
A 7	»	200	»
A 8	»	180	»
A 9	»	170	»
A 10	»	150	»

Vendedor:

B 1	valora su caballo en	100	florines.
B 2	»	110	»
B 3	»	150	»
B 4	»	170	»
B 5	»	200	»
B 6	»	215	»
B 7	»	250	»
B 8	»	260	»

Supongamos que los compradores comienzan por el precio de 130 florines. Está claro que por este precio cualquiera de los 10 compradores podría adquirir los caballos, miéntras que entre los vendedores únicamente dos (B 1 y B 2) podrían cerrar el trato. En esas condiciones el cambio no puede evidentemente tener lugar, puesto que los vendedores no dejarían de explotar la competencia de los compradores entre sí a fin de hacer subir el precio; de igual modo, la competencia de los compradores entre sí impediría a los *dos* compradores cerrar el trato

a 130 florines por caballo. La progresiva subida del precio vendrá acompañada de una disminución del número de competidores entre los compradores; más exactamente: al precio de 150 florines, el comprador A 10 será eliminado, al precio de 170 florines, el comprador A 9, y así hasta el final. Además, a medida que disminuya el número de compradores aumentará el de los vendedores para quienes será económicamente posible participar en la transacción. Al precio de 150 florines, B 3 podrá también vender su caballo, al precio de 170 florines también B 4, etc. Al precio de 200 florines aún existe competencia entre los compradores. Pero las cosas cambian y el precio continúa aumentando. Pongamos que el precio rebasa los 200 florines. En este caso la oferta y la demanda se equilibran. El precio no puede rebasar los 200 florines, puesto que en este caso el comprador A 5 se retiraría, con lo que la competencia entre los vendedores haría bajar los precios; entonces el precio tampoco podría elevarse a 215 florines puesto que entonces sólo quedarían 5 compradores para 6 vendedores. *De suerte que el precio que se obtendrá estará situado dentro de un margen de 210 a 215 florines.*

De todo ello resulta, primero: el cambio se hace entre «*los competidores que, de ambos lados, poseen el mayor poder de cambio;* es decir, los compradores que valoran la mercancía con la cifra más elevada (de A 1 a A 5) y los vendedores que la valoran más bajo (de B 1 a B 5)».[75]

Segundo: «*Si se ordenan los competidores por parejas y por orden inverso a su poder de cambio, habrá por cada lado tantos competidores capaces de*

75. *Ibid.*, p. 499.

efectuar el cambio como parejas en el interior de las cuales un individuo valorará la mercancía a un precio superior (Preisgut) al del vendedor.»[76]

Tercero: «*En caso de competencia bilateral, el precio de mercado se establece en el interior de un margen cuyo límite superior lo señalan las valoraciones del último comprador que alcanza aún a efectuar el cambio y el vendedor más capaz, eliminado por la competencia; el límite inferior, por las valoraciones del vendedor menos capaz que alcanza todavía a efectuar el cambio y el comprador con mayor capacidad de cambio, eliminado del cambio por la competencia.*»[77] Si se entienden las parejas antes mencionadas como «parejas-límite», la ley de los precios podrá formularse de esta manera: «el nivel del precio de mercado estará limitado y determinado por el nivel de las valoraciones subjetivas de las dos parejas límites.»[78]

Éste es el *mecanismo* de la competencia, es decir, el proceso de formación de precios desde el punto de vista *formal*. En su fondo, no es nada más que una formulación precisa de la bien conocida ley de la oferta y la demanda. Además, este aspecto formal de la cuestión tiene menos interés que su contenido, es decir, la precisión cuantitativa del proceso de cambio. Pero primero hagamos aún una breve observación. Al determinar la «regla general» que rige la

76. *Ibid.*, p. 500: Böhm entiende por capacidad de cambio la relación entre el bien que se adquiere y aquel que se posee. «De modo general, el concurrente que dispondrá de la mayor capacidad de cambio será, pues, aquel que, en comparación con el bien ajeno por el que efectuará el cambio, valorará su propio bien al mínimo, o, lo que en el fondo es lo mismo, aquel que, en comparación con su propio bien que dará a cambio, valorará el bien ajeno al máximo.»

77. *Ibid.*, p. 501.

78. *Ibid.*, p. 501.

conducta de quienes participan en el cambio, Böhm-Bawerk establece las tres «reglas» siguientes: «*Ya desde un principio éste* [es decir el individuo interesado, *N. B.*] *no participará en el cambio más que si de ello puede sacar alguna ventaja; después, preferirá cambiar obteniendo una gran ventaja mejor que una pequeña, y finalmente, preferirá un cambio del que sacará una pequeña ventaja a no efectuar ningún cambio.*»[79]

La primera de estas tres reglas es falsa. Existen, en efecto, casos en que los vendedores efectúan el cambio con pérdida, actuando según la regla que dice: una pequeña pérdida es preferible a una grande. Es lo que ocurre cuando, a consecuencia de la coyuntura del mercado, los capitalistas se ven obligados a vender su mercancía por debajo del precio de coste. Böhm-Bawerk afirma además hablando de este caso que en esas condiciones solamente «un imbécil sentimental» renunciará a la venta de su mercancía. En un caso como éste, la valoración primitiva del vendedor, tal como la ha ofrecido en el mercado, desaparece ante la fuerza elemental de la coyuntura, obligándolo a realizar un cambio que representa una pérdida para su empresa.

Pasemos ahora a los factores que, en el marco de la «ley de precios» formal, expuesta en párrafos anteriores, determinan el nivel de estos precios. Böhm-Bawerk enumera seis de estos factores: *a*) El número de demandas de la mercancía; *b*) La magnitud absoluta del valor subjetivo *de la mercancía* para los interesados; *c*) La magnitud absoluta del valor subjetivo en dinero para los interesados; *d*) La cantidad de mercancías a la venta; *e*) La magnitud

79. *Ibid.*, p. 489.

absoluta del valor subjetivo *de la mercancía* para los vendedores; *f*) La magnitud absoluta del valor subjetivo del precio en dinero para los vendedores. Veamos qué es lo que, a juicio de Böhm-Bawerk, determina cada uno de estos factores.

a) *El número de demandas que conciernen a la mercancía.* Acerca de este primer punto Böhm-Bawerk escribe: «De este factor poco hay que decir que no sea a todas luces evidente. Obviamente está influenciado por una parte por la extensión del mercado, y por otra por el carácter de la necesidad... Además —y ésta es la única reflexión teórica que cabe hacer aquí— aquel que a causa de su estado de necesidad desea *poseer* la mercancía, no forzosamente se convierte en *interesado*... Multitud de gentes que tienen necesidad de un bien y que desean poseerlo se abstienen sin embargo voluntariamente (!) de aparecer en el mercado porque su valoración del precio en dinero, *dada la cantidad que se le supone* [subrayado por el autor], sobrepasa tanto la valoración del artículo que la posibilidad económica de adquirirlo es inmediatamente excluida por ellos mismos.»[80] El «número de demandas» está, por lo tanto, determinado simplemente por el número de demandas menos el número de aquellos que se excluyen a sí mismos de la compra; este número depende de los precios de mercado, que a su vez están aparentemente determinados por «el número de demandas».

b) *Valoración de la mercancía por el comprador.* Böhm-Bawerk escribe sobre esto: «La magnitud del valor se determina... en general por la magnitud de la *utilidad marginal.*»[81] Ya antes hemos analizado esta frase y hemos visto que los compradores no valoraban en ningún caso la mercancía según su utilidad marginal. El correctivo que intenta introducir Böhm-Bawerk por medio de su teoría de la *sustitución* no es más que un círculo vicioso teórico.

c) *Valor subjetivo del bien para los interesados.* Todas las aclaraciones que aporta Böhm-Bawerk a este punto se resumen en la siguiente frase: «En general, el valor subjetivo de la unidad monetaria será, pues, menor para los ricos y mayor para los pobres.»[82] La teoría del dinero consiste en el fondo en que el valor subjetivo del dinero —y eso tanto para los compradores como para los vendedores— es su propio *valor de cambio* subjetivo, que está a su vez determinado por el *precio* de la mercancía en el mercado. Hasta tal punto que esta «razón determinante de los precios» puede también explicarse por los mismos precios.

d) *Cantidad de mercancía en venta.* Las razones determinantes son: a) condiciones puramente naturales (tales como cantidad limitada de terreno); b) condiciones sociales y jurídicas (monopolios); c) «de modo particularmente importante», *el nivel del coste de producción.* Como hemos expuesto, la teoría de Böhm-Bawerk no ofrece ninguna explicación acerca de este coste de producción, que viene determinado de un lado por la utilidad marginal del producto, al que, por otro lado, él mismo determina.

e) *Valor subjetivo de la mercancía para el vendedor.* Böhm-Bawerk da una doble formulación de este factor. La primera consiste en que «... la utilidad marginal inmediata, y además el valor de uso subjetivo que un producto tiene para él, es *extremadamente pequeña en general*».[83] Tal como hemos te-

80. *Ibid.*, pp. 514-515.
81. *Ibid.*, p. 515.
82. *Ibid.*, p. 520.
83. *Ibid.*, p. 521.

nido ocasión de demostrar detalladamente, esta formulación no corresponde en modo alguno a la realidad, dado que no existe una estimación de las mercancías en venta según la utilidad, o sea, que es matemáticamente igual a cero. Por otra parte, es evidente que los vendedores, al estimar su mercancía, no la cifran nunca «extramadamente baja». Es aquí cuando entra en escena la segunda formulación de Böhm-Bawerk. «El nivel del precio de mercado —escribe en otro pasaje— que cada productor puede obtener por su producto, sirve de modelo para el nivel del valor *(de cambio)* subjetivo que le otorga.»[84] Pero teóricamente esta formulación es aún menos aceptable, ya que el mismo concepto de valor subjetivo es una contradicción en sí mismo: tanto puede servir de base sobre la que asentar los precios, como supone que estos mismos precios están ya dados.

f) Valor objetivo del precio en dinero para los vendedores. «En este punto —escribe Böhm— las cosas ocurren en el conjunto como para el valor que posee el precio en dinero para los compradores. No obstante, en los vendedores puede ocurrir, incluso con mayor frecuencia que en los compradores, que lo que determina para ellos el valor del precio en tanto que «dinero» no se base en su mayor o menor riqueza sino en una especial necesidad de dinero líquido.»[85] Aquí hay que distinguir, pues, dos momentos: 1) estimación del dinero en función de «la situación de mayor o menor riqueza en general»; estimación que, a su vez, se efectúa en función de dos factores: la cantidad de dinero de que dispone el poseedor, y *el precio de las mercancías*; 2) la estimación del dinero en función de la «necesidad particular», es decir, de la coyuntura del mercado, la cual no es sino una situación determinada de los *precios de mercado.* Vemos, por tanto, que la naturaleza particular del dinero, en tanto que valor de cambio, no ofrece ninguna posibilidad de explicar este fenómeno desde el punto de vista de la utilidad, por lo que la teoría de Böhm-Bawerk está condenada a la inutilidad.

«Así pues —escribe Böhm-Bawerk—, a todo lo largo del proceso de formación del precio... no hay ni una sola frase, ni un solo matiz cuya causa no tenga su origen en la estimación subjetiva, por lo que estamos plenamente autorizados para calificar el precio de *resultado* del encuentro en el mercado *de las estimaciones subjetivas de la mercancía y del precio en dinero.*»[86] Pero tal y como lo hemos expuesto en la primera parte, es ésta una concepción inadmisible: olvida esta realidad fundamental que es la relación social entre los hombres —relación que está dada de antemano y que modela la psicología individual de cada uno, revistiéndola de contenido social. Por otra parte, siempre que la teoría de Böhm-Bawerk apela a motivaciones individuales para deducir de ellas un fenómeno social, este elemento social ha sido introducido previamente de forma más o menos velada, de tal manera que toda la teorización se convierte en un círculo vicioso, en un ininterrumpido error lógico; error que sólo aparentemente puede servir de justificación, y que en realidad únicamente demuestra la absoluta impotencia de la moderna teoría burguesa. Así, hemos visto en el análisis de la teoría de los precios que de los seis «mo-

84. *Ibid.*, p. 538.
85. *Ibid.*, p. 521.
86. *Ibid.*, p. 503.

tivos determinantes» de la formación de los precios, *ni uno solo* puede explicarse de modo suficientemente satisfactorio. La teoría del valor de Böhm-Bawerk es incapaz de dar cuenta del precio en tanto que fenómeno. El extraño fetichismo de la escuela austriaca que impone a sus discípulos el uso de anteojos individualistas, disimulando así la relación dialéctica de los fenómenos —esos hilos sociales que unen unos con otros a los individuos y son los que hacen del hombre un «animal social»—, este fetichismo destruye en su raíz toda posibilidad de comprender la estructura de la sociedad moderna; la solución a este problema sigue estando reservada a *la escuela marxista.*

CAPÍTULO IV

TEORÍA DEL BENEFICIO

1. *Importancia del problema de la distribución. Su planteamiento*

Si en líneas generales es cierto que cada dominio particular de la economía política avanza en el sentido que le imprime aquel que la estudia, ello puede verificarse especialmente en el caso de la teoría de la distribución, y con mayor precisión aún en la teoría del beneficio. Ya que este problema toca de muy cerca la «praxis» de las clases en lucha, afecta directamente a sus respectivos intereses; no es pues sin motivo que en dicha teoría se haya introducido sólidamente la apología a veces descaradamente grosera, a veces muy sutil, pero siempre fácil de descubrir, del orden social moderno. Desde un punto de vista lógico, el problema de la distribución que, según Ricardo, es uno de los más importantes problemas de la economía política,[1] reviste una importancia capital. Es imposible comprender las leyes del desarrollo social sin haber analizado el proceso de reproducción del capital social —por lo menos en lo que respecta a la sociedad moderna. Ya desde los primeros intentos de comprender el movimiento del capital —pensemos en el célebre *Tableau économique*

1. Véase David Ricardo, *Principles of political economy and taxation*, prólogo.

de Quesnay— el mecanismo de distribución ha ocupado un lugar importante. Pero incluso si uno no se propone comprender el mecanismo de la producción capitalista en su totalidad y «a escala social en su integridad», el problema de la distribución reviste por sí mismo un considerable interés teórico. ¿Cuáles son las leyes que rigen la repartición de los bienes entre las diversas clases sociales? ¿Cuáles son las relaciones recíprocas entre estas categorías? ¿De qué depende, en cada momento, su magnitud? ¿Cuáles son las tendencias de la evolución social que determinan esas magnitudes? Éstos son los problemas fundamentales que plantea la teoría de la distribución. Mientras que la *teoría del valor* analiza el vasto fenómeno fundamental de la producción de mercancías, la *teoría de la distribución* analiza los antagonismos sociales del capitalismo, de la lucha de clases, que en la actualidad reviste nuevas formas específicas, propias de la economía mercantil como tal. ¿Cómo esta lucha de clases adquiere su formulación capitalista? En otras palabras, ¿cómo esta lucha se manifiesta en forma de leyes económicas? Responder a estos interrogantes es la finalidad de una teoría de la distribución capitalista.[2]

Claro que no hay unanimidad entre los teóricos

2. STRUVÉ ve en la dificultad de la tarea la imposibilidad de llevarla a cabo. Véase su artículo: *Crítica de los conceptos fundamentales... de la economía política*, en la revista «Jizn» (rusa). Ver también N. CHAPOCHNIKOV, *loc. cit.*, prólogo. Berstein ha dado ya pruebas de un escepticismo científico semejante por lo que concierne a la teoría de la distribución. «La repartición de la riqueza social ha sido desde siempre una cuestión de poder y de organización.» ¿Solamente esto? O bien: «El problema del salario es un problema sociológico, que nunca podrá ser explicado de modo puramente económico.» E. BERSTEIN, *Teoría e historia del socialismo*, 4.ª ed., pp. 75-76, citado por LEWIN, *loc. cit.*, p. 62.

a la hora de enfocar así su tarea. Ya desde el enunciado del problema se distinguen dos orientaciones fundamentales. «Nos encontramos aquí —escribe N. Chapochnikov, uno de los más actuales especialistas en la materia— ante dos puntos de vista diametralmente opuestos, de los que sólo uno puede ser correcto.»[3] La diferencia estriba en que uno de los grupos de economistas intenta explicar el origen del sedicente «ingreso sin trabajo» por las condiciones permanentes y «naturales» de las relaciones humanas, mientras que el otro ve en dicho «ingreso sin trabajo» la consecuencia de condiciones históricas particulares o, hablando concretamente, el resultado de la propiedad privada de los medios de producción. Sin embargo, podemos formular este problema de manera que adquiera mayor envergadura, ya que, en primer lugar, no hay que hablar sólo de «ingreso sin trabajo», sino también de «ingreso del trabajo» (la noción de salario, por ejemplo, es correlativa a la de beneficio, surge y desaparece con éste); después, puede plantearse el problema de las formas de distribución en general, no sólo de la distribución capitalista, sino la dependencia general que mantienen las formas de distribución respecto de las formas de producción.

El análisis de esta cuestión nos lleva a lo siguiente: si se considera el proceso de distribución desde un ángulo funcional, no es más que un proceso de reproducción de las relaciones de producción; toda relación de producción históricamente determinada presenta una forma de distribución adecuada que reproduce esta relación de producción. Esto mismo ocurre con el capitalismo. «...El proceso de produc-

3. CHAPOCHNIKOV, *loc. cit.*, p. 80.

ción capitalista es una forma históricamente determinada del proceso de producción social en general. Éste es tanto un proceso de producción de las condiciones de existencia material de la vida humana como proceso que se desarrolla en unas condiciones de producción histórico-económicas de carácter específico, proceso que produce y reproduce estas mismas relaciones de producción y, en consecuencia, los sujetos de este proceso, sus condiciones de existencia material y sus relaciones mutuas, es decir la forma de su sociedad económica determinada.»[4] El proceso de distribución *capitalista* que se efectúa también bajo formas históricas enteramente determinadas (compra y venta de la fuerza de trabajo, pago del valor de ésta por los capitalistas, origen de la plusvalía) no es, precisamente, más que una parte, un particular aspecto del proceso de conjunto del modo de producción capitalista. Si la relación entre capitalista y trabajador constituye la relación de producción fundamental, las formas de distribución capitalista, por su parte —las categorías del salario y del beneficio—, reproducen esta relación fundamental. Lo importante es no mezclar los procesos de producción «en tanto que tales», y las formas histórico-económicas del momento que son las que constituyen «la estructura económica de la sociedad», o sea el tipo de relaciones humanas del momento considerado. Se llega así a una conclusión muy clara, a saber: para comprender una estructura social cualquiera, *basta concebirla como tipo de relaciones específicas, históricas*, es decir, como un tipo que tiene ciertos *límites históricos y ciertas particularidades que sólo le pertenecen a él*. A causa de su estrechez de miras,

4. Karl MARX, *El Capital*, L. II, 2.ª parte, p. 350.

la economía política burguesa no rebasa los límites de la definición *general*. «... Los economistas han mezclado o confundido el proceso *natural* de la producción y los procesos de producción *sociales* condicionados por el *derecho* de propiedad agraria y capitalista, a consecuencia de lo cual han acabado en una concepción del capital que no corresponde en absoluto a la *realidad* del mundo de la economía política.»[5] Con todo, el propio Rodbertus, contrariamente a la visión marxista consecuente y unificadora, se ha buscado una fácil salida al convertir el concepto «lógico» de capital en categoría presuntamente inherente a todas las formas económicas. Desde el punto de vista de la *terminología* esto es algo perfectamente superfluo (la expresión «medio de producción» traduce perfectamente bien este concepto), y *en el fondo* nefasto, ya que bajo la apariencia de una inocente argumentación sobre los medios de producción («capital») se introduce fraudulentamente la solución de problemas *sociales* de muy distinto orden.

Una vez planteado el problema de la naturaleza de la distribución en la sociedad *moderna*, sólo conseguiremos solucionarlo si mantenemos presentes las particularidades del capitalismo. Es lo que Marx ha resumido brillante y brevemente con la frase siguiente: «Al igual que el capital, el trabajo asalariado y la propiedad de la tierra son formas sociales históricamente determinadas; por una parte el trabajo y, por otra, el monopolio del planeta, tanto uno como otro son formas que corresponden al capital y pertenecen a la misma organización económica de la sociedad.»[6]

Como era de esperar tras el estudio de su teoría del valor, Böhm-Bawerk sigue fielmente en su teo-

5. C. RODBERTUS, *El Capital*, p. 230.
6. Karl MARX, *El Capital*, L. III, 2.ª parte, p. 350.

ría del beneficio las huellas de esos economistas que piensan que es válido «deducir» el beneficio no de las condiciones históricas, sino de las condiciones *generales* de la producción social. Con eso ya habría suficiente para rechazar «sus nuevos puntos de vista»,[7] ya que parece ser que todos los economistas que consideran el beneficio, la renta de la tierra y el salario como categorías no históricas sino «lógicas», se han «apartado del buen camino».[8] Anteriormente hemos tenido ocasión de comprobar a dónde sus puntos de vista no históricos han llevado a Böhm-Bawerk. La contradicción y el conflicto con la realidad típicos de esos economistas se acentúa aún más cuando abordan la teoría de la distribución, en especial la distribución del beneficio.

2. *Concepto de capital. «Capital» y «beneficio» en el estado «socialista»*

Böhm-Bawerk abre su análisis del concepto de capital haciendo trabajar a su «individuo aislado», con el que tan entusiasmado está, tanto con «las

7. Böhm-Bawerk dice de su teoría: «Mientras que en las demás partes de este libro (es decir, *El Capital, N.B.*) me encontraba, al menos tomado en conjunto, en disposición de seguir las huellas de la teoría actual, para el fenómeno del interés del capital propongo una explicación totalmente nueva» (*Positive Theorie*, 1.ª parte del vol. I, p. XVIII).

8. CHAPOCHNIKOV, *loc. cit.*, p. 81. Chapochnikov plantea el problema correctamente, pero no tarda en hundirse en el eclecticismo. «Sin que comparta —escribe— su punto de vista fundamental (es decir el de los economistas en cuestión, *N.B.*) reconocemos (!) que el principio del valor añadido y de la productividad marginal aportan argumentos que hay que tener seriamente en cuenta.» Lo que se le escapa a Chapochnikov es que esos «principios» están indiscutiblemente ligados al punto de vista no histórico. El fondo de la cuestión es éste.

manos desnudas», como dotándolo de medios de producción fabricados por este mismo individuo. De lo que concluye que existen dos sistemas de producción muy generalizados: «O bien... atribuimos un cierto valor a nuestro trabajo cuando está ya a punto de lograr su objetivo..., o bien damos intencionadamente un rodeo.»[9] Es decir: o vamos directos a conseguir nuestro objetivo, o efectuamos algunas operaciones intermedias (producción de los medios de producción). Dado que en el segundo caso el hombre recurre a las fuerzas naturales, «más poderosas que la mano desnuda», el «rodeo» resulta más provechoso que el simple trabajo de «la mano desnuda».

Esas proposiciones generales le bastan a Böhm-Bawerk para formular una definición *del capital y del modo de producción capitalista.*

«La producción que sigue estos prudentes rodeos no es otra cosa que lo que la economía política denomina la producción *capitalista*, al igual que la producción que funciona con las manos desnudas, directamente a su objetivo, representa la producción sin capital. *No obstante, el capital no es más que el conjunto de los productos intermedios que se forman en las diferentes etapas de este largo rodeo.*»[10] Y en otro pasaje: «*El capital en general es el conjunto de los productos que sirven como medio para adquirir bienes. De este concepto general de capital deriva el concepto más restringido de capital social.* Llamamos capital social a un conjunto de productos destinados a la adquisición de bienes de orden *económico-social*; o también... como el consumo de bienes económico-sociales solamente tiene lugar median-

9. BÖHM-BAWERK, *Positive Theorie*, p. 15.
10. *Ibid.*, p. 21.

te la producción..., en definitiva, *un conjunto de productos intermedios.*»[11]

Las definiciones que acabamos de citar son suficientes para dar a conocer los «fundamentos» de la teoría del beneficio de Böhm-Bawerk. Esta teoría disimula el carácter histórico del modo de producción que se basa en el *trabajo asalariado*, en la monopolización de los medios de producción por una *clase* social determinada; con lo que desaparece por completo el rasgo característico de la sociedad moderna —su estructura de clase enfrentada a contradicciones internas, a una feroz lucha de clases. ¿Cuáles son las bases lógicas de una teoría como ésta? Las consideraciones de Böhm-Bawerk son las siguientes: en todos los niveles de la evolución social se encuentran «líneas de producción»; algunos fenómenos ligados a esas «líneas» pertenecen al dominio de los *resultados* definitivos de la producción. En conexión con las condiciones históricas concretas (tales como la propiedad privada) estos fenómenos pueden adoptar diversas *formas*.

Sin embargo, debemos hacer una distinción entre la «naturaleza» y la «forma». Precisamente por eso, un estudio científico en profundidad debe analizar el «capital», el «beneficio», el «modo de producción capitalista», etc. No según su formulación actual, sino abstractamente. Éste es, globalmente, el punto de

11. *Ibid.*, p. 54. En Böhm-Bawerk, el capital se denomina también «capital de adquisición» o «capital privado»; en cambio el capital social puede simplemente denominarse «capital productivo» (*Ibid.*, p. 55). De ello resulta que la noción de capital social es más estrecha que la de capital individual (capital de adquisición = capital privado). Además, la noción de «adquisición de bienes» tiene en cada caso un significado distinto. Véase sobre este tema STOLZMANN, *Der Zweck...*, p. 335. Llamamos la atención acerca de esta confusión, aunque no posea una importancia fundamental en el texto.

vista de Böhm-Bawerk.[12] Es, además, *todo* lo que se puede decir en favor de este punto de vista y de otros intentos del mismo género que tienden a considerar el capital y el beneficio como categorías económicas «eternas». Aunque la separación entre «naturaleza» y «forma» sea en sí misma correcta, no es éste lugar para aplicarla. En efecto, las nociones de «capital», «capitalista», etc. no evocan en modo alguno la armonía social, sino la lucha de clases. Esto, Böhm-Bawerk lo sabe muy bien. En su crítica de los economistas que incluyen en el concepto de capital la noción de fuerza de trabajo, dice: «la ciencia y el pueblo están muy acostumbrados a tratar ciertos grandes problemas sociales bajo la denominación de capital, el cual equivalía en su opinión no a una noción que comprendiera igualmente el trabajo, sino una *oposición* a éste. Capital y trabajo, capitalismo y socialismo, interés del capital y salario del trabajo distan mucho de ser simples sinónimos, sino que por el contrario son la expresión de los contrastes sociales y económicos más profundos que uno pueda imaginarse.»[13] Perfectamente. Pero si así es, haría falta, para ser consecuentes, ir mucho más lejos sin detenerse en «la costumbre del pueblo» y de «la ciencia» y en su lugar colocar *conscientemente los antagonismos* de clase de la economía capitalista en el primer plano. *Lo cual significa que la monopolización de los medios de producción, tal como se da en las*

12. Véase por ejemplo, *Positive Theorie*, p. 587, la nota en que Böhm reprocha a Stolzmann no hacer distinción alguna entre el fondo y la forma, ni entre el «beneficio en cuanto tal» y el beneficio *actual*.

13. *Positive Theorie*, p. 82. Los americanos plantean análogamente este problema. Compárese con J. B. CLARK, *The distribution of wealth*, Nueva York, 1908; CARVER, *loc. cit.* Ello es debido a que han encontrado una solución distinta al problema del beneficio.

condiciones de la economía mercantil, es una característica que es preciso incluir en el concepto de capital en tanto que determinante esencial y constitutivo de éste. El concepto de capital conserva en Böhm-Bawerk la vieja concepción de los medios de producción (véase sus «productos intermedios»), los cuales están presentes en la *actual* sociedad en forma de «capital»; tanto que para nuestro autor los medios de producción monopolizados por los capitalistas no son las «*formas bajo las cuales se presenta*» *el capital* en la sociedad moderna, sino el capital propiamente dicho; son una «*forma bajo la cual se presentan*» los medios de producción en *general*, sin relación alguna con cualquier estructura histórica concreta.

Este mismo punto puede abordarse desde otro ángulo. Si *todos* los «productos intermedios» pertenecen al capital, ¿cómo pueden, entonces, eliminarse esos «productos intermedios» en la economía *moderna*? Supongamos —aunque una suposición así carece por completo de sentido— que el beneficio exista también en el «estado socialista»; en este caso el «beneficio» iría a parar a manos de toda la sociedad, mientras que en la economía moderna va a parar a una sola *clase*.

Es ésta una diferencia más que esencial. Y sin embargo, no se encuentra en Böhm-Bawerk ningún término para designar el beneficio «actual». Vemos, no obstante, que Böhm-Bawerk juzga muy severamente a sus adversarios y les critica en aquello mismo en que él falla. Alzándose contra la aplicación de la noción de capital a la tierra, crítica para la que invoca el principio de la «economía terminológica», dice: «Porque si aplicamos la denominación de capital a *todos* los medios de adquisición, entonces la

noción más reducida de concurrencia así como el sector de ingresos que le corresponde, queda sin denominación alguna, a pesar de su importancia.»[14] Sin embargo es evidente que la diferencia entre «beneficio» en el estado socialista, que supone la no existencia de clases, y el «beneficio» actual es mucho más profunda y mucho más importante que la diferencia entre beneficio y renta. En el primer caso, se trata de la diferencia entre una sociedad de clases y una sociedad sin clases; en el segundo, de la simple diferencia entre dos clases de una misma y única sociedad, clases que en el fondo pertenecen a la misma categoría, a saber, la de los poseedores y propietarios.

Lo absurdo de la terminología de Böhm-Bawerk se acentúa por el hecho de que no existe ninguna realidad económica que corresponda a su concepto de producción «*no capitalista*»: la producción por medio de la «mano desnuda» es una de las numerosas ficciones de Böhm-Bawerk. En cambio, el salvaje que remueve el suelo con un bastón se transforma en un capitalista que administra una economía «capitalista» y que llega incluso a embolsarse «beneficios»...; pero si *toda* producción (dado que *no* existe producción sin medios de producción) es forzosamente «capitalista», entonces por fuerza hay que hacer diferencias en el interior de esta producción «capitalista» ya que no habrá más remedio que, de una u otra forma, distinguir el modo de producción *capitalista* «capitalista» del modo de producción «capitalista» *socialista*, así como del modo de producción «capitalista» *comunista primitivo*, etc. Pero Böhm-Bawerk posee un único término para designar esos tres tipos diferentes de «producción capitalista».

14. *Ibid.*, p. 85.

El capítulo titulado «El interés en el estado socialista» ilustra de maravilla la confusión que aquí introduce Böhm-Bawerk. Este «estado» conservará también el principio del beneficio con toda su fuerza, principio que, sin embargo, es actualmente considerado como fruto de la explotación. Böhm-Bawerk explica así esta «explotación socialista»: «Admitamos —dice— que existan dos sectores de producción: la panadería y la silvicultura. La jornada de trabajo del panadero da como resultado el pan, cuyo valor sería, según Böhm-Bawerk, de 2 florines (para Böhm hasta los florines sobrevivirían en el "estado socialista"). La jornada de trabajo del obrero silvicultor consiste en plantar cien jóvenes hayas, las cuales, sin ningún tipo de intervención por su parte se transformarán en un espacio de tiempo de 10 años en grandes árboles, de suerte que el valor global del trabajo realizado por el obrero forestal ascenderá a 1 000 florines. Sobre la base de esta circunstancia, es decir, la diferencia en el tiempo de producción (las reflexiones que este pasaje suscita serán consideradas posteriormente) se fundamenta el beneficio. «Pero si —dice Böhm-Bawerk— solamente se paga a los obreros forestales 2 florines al día, igual que a los panaderos, entonces se les "explota" tanto como lo hacen hoy día los empresarios capitalistas.»[15]

En el transcurso de este espacio de tiempo de cien años, se produce un incremento de valor, una «plusvalía», «que la sociedad se embolsa retirándola por lo tanto a los obreros que la han producido, de suerte que son los otros quienes gozan del fruto de su trabajo. A través de la distribución, éste [el interés, *N.B.*] va a parar a una categoría de individuos

15. *Ibid.*, p. 583.

que no son los mismos que aquéllos gracias al trabajo de los cuales fue obtenido el producto..., a otros individuos, exactamente como en la actualidad (!), no en función del trabajo, sino en función de la *propiedad* o de la *copropiedad*.[16]

Este razonamiento es completamente falso de cabo a rabo. Incluso en un régimen socialista el suelo no origina un incremento de valor.[17] Que el trabajo esté dirigido a la producción inmediata de bienes de consumo o que vaya dirigido a un «lejano objetivo» cualquiera, eso no tiene ninguna importancia para la sociedad socialista, dado que en ésta se trabaja según un plan económico previamente establecido y que las diferentes categorías de trabajo son consideradas como partes de un trabajo social necesario para la marcha ininterrumpida de la producción, de la reproducción y del consumo. Al igual que los productos más o menos alejados de las unidades se consumen de modo ininterrumpido y simultáneo. Todas las partes del trabajo social común se fundamentan en un todo único e inseparable; lo único que tiene importancia a la hora de determinar la parte que corresponde a cada miembro (descontada la parte invertida en el fondo destinado a los medios de producción) es la *cantidad* de trabajo realizado. También eso es lo que resulta del ejemplo citado por Böhm-Bawerk: cuando éste habla de los panaderos

16. *Ibid.*, p. 584.

17. Para evitar todo malentendido, conviene recordar lo siguiente: la noción de «valor» en un régimen socialista supone una categoría particular, que se distingue de la noción de valor de la economía mercantil. En ambos casos el trabajo constituye el factor determinante. Pero, mientras que en el régimen socialista la valoración del trabajo es un *proceso social consciente*, en la sociedad actual representa una ley fundamental y elemental de los precios, en la que se prescinde de la valoración (del trabajo) propiamente dicha.

cuyo producto de trabajo es el *pan*, olvida totalmente que el pan no es en modo alguno solamente el producto del trabajo de los panaderos, sino de todos los obreros, empezando por aquellos dedicados a la agricultura; el trabajo de los panaderos únicamente es el eslabón final de toda la cadena. Cuando los obreros forestales reciben productos a cambio de su trabajo, reciben, pues, al mismo tiempo unidades de trabajo social más o menos distantes, es decir que con respecto a los restantes miembros de la sociedad se hallan en la misma situación que cualquier otra categoría de trabajadores; ya que, repitámoslo, en un plan económico determinado, la importancia del trabajo no viene dada en función de la distancia al objetivo de este trabajo.[18]

Debemos subrayar otro aspecto, muy importante, de esta cuestión. Supongamos que en el curso de un circuito de producción dado, la sociedad capitalista perciba cierto excedente de «valor» (en este caso poco importa saber *por qué* y en función *de qué* «teoría del valor» se efectúa la valoración del producto). Böhm-Bawerk concluye que esta «plusvalía» «sirve para incrementar la parte adicional (!) general de los salarios de la población obrera».

Por lo tanto, no hay ningún motivo para dar al excedente así obtenido el significado de beneficio. A lo que Böhm-Bawerk objeta lo siguiente: «El beneficio, dice, no deja de ser beneficio por el hecho de que se ponga en relación con los fines para los que se hace servir; ¿quién, pues, se atrevería a afirmar que el capitalista y su beneficio dejan de ser capitalista y beneficio si un empresario cualquiera, que hubiera

18. Sin mencionar el hecho de que la sociedad socialista supone la abolición de la especialización restringida.

amontonado millones, utilizase a éstos con fines de utilidad pública?»[19]

Esta «objeción» pone al descubierto de modo inmediato lo erróneo de la posición de Böhm-Bawerk. ¿Por qué nadie «se atrevería a afirmar» que a causa del espíritu caritativo de los capitalistas el beneficio deja de existir? Porque sólo se trata aquí de un caso particular, sin ninguna repercusión sobre la estructura general de la vida socio-económica: no por ello se elimina la naturaleza de clase del beneficio; tampoco se destruye la categoría de ganancia, que la *clase* acapara gracias al monopolio de los medios de producción. La cosa sería muy distinta si los capitalistas como *clase* renunciaran al beneficio para dedicarlo a fines de utilidad pública. En este caso —imposible en la práctica— la categoría beneficio desaparecería y la estructura económica de la sociedad tomaría un cariz diferente al que presenta la sociedad capitalista. Desde el punto de vista del empresario privado, el monopolio de los medios de producción llegaría a perder toda razón de ser y los capitalistas dejarían de existir como tales. Todo lo cual nos conduce una vez más al *carácter de clase* del capitalismo y a su categoría: el beneficio.[20]

19. *Ibid.*, p. 583.

20. Es interesante observar que incluso los economistas que distinguen entre capital «puramente económico» y capital «histórico-jurídico» no ven en la noción de capital más que el capital *privado*, sin preocuparse por el monopolio de *clase*. Hasta cierto punto eso es verdad incluso para Rodbertus. Adolf Wagner da la siguiente definición del capital: «El capital en tanto que categoría puramente económica, considerado independientemente de las condiciones jurídicas vigentes respecto a la posesión de capital, es una provisión de bienes económicos susceptibles de servir de medios técnicos para la fabricación de nuevos bienes en una economía: es una provisión de medios de producción o "capital-nación", respectivamente, de las partes de éste. El capital, en sentido histórico-jurídico como posesión de capital, es

Sólo un daltonismo casi increíble, que impida discernir esta naturaleza de *clase*, hace posible afirmaciones como éstas: «La característica fundamental del interés... no podría estar ausente ni siquiera en la economía aislada de un Robinsón.»[21] ¿Cómo se explica un daltonismo así? El propio Böhm-Bawerk nos da una excelente respuesta. «También entre nosotros [es decir, entre los economistas burgueses, *N.B.*] —dice— existe enorme afición por tergiversar las contradicciones poco cómodas y por disimular los problemas escabrosos.» Esta confesión descubre con toda claridad las motivaciones psicológicas que fuerzan a eludir las contradicciones de la realidad social, lo que obliga a inventar argumentos arbitrarios, agarrados por los pelos, a fin de *justificar* su realidad. «La teoría del capital-interés de Böhm-Bawerk —escribe Dietzel— surgida de la teoría de la utilidad marginal, está destinada también no sólo a explicar el interés en tanto que fenómeno, sino, más aún, a proporcionar el material que sirva para refutar los argumentos de aquellos que atacan el interés como institución.»[22] Esta imagen apologética lleva a Böhm-Bawerk a descubrir el fenómeno-interés allí donde no existen ni clases ni cambio de mercancías (Robinson, estado socialista); lleva a deducir este fenómeno social que es el interés de las «propiedades comunes inherentes al alma humana». Pasemos a continuación al análisis de esta pintoresca teoría, cuyo éxito sólo se explica por la total bancarrota de la economía burguesa.

la parte de riqueza que posee una *persona* (subrayado por el autor) y que puede servir a ésta como medio para adquirir un ingreso (renta, interés), y que por lo tanto posee con esta finalidad, como "fondo de renta", "capital privado"» (Ad. WAGNER, *Fundamentos...*, 2.ª ed., p. 39, citado por Böhm, pp. 124-125). Uno no puede menos que sorprenderse de la ligereza con que Böhm-Bawerk considera el lado histórico de la cuestión: p. 125, por ejemplo, donde afirma que, a decir verdad, el carácter de toda cosa es siempre histórico: las máquinas no existían antes del siglo XVIII, los libros son posteriores a la invención de la imprenta, etc. Ni siquiera se le ocurre la idea de que se trata de *tipos de estructuras económicas* totalmente distintas. La idea de que el capital es un «medio de explotación» es todo lo que Böhm retiene del marxismo.

21. BÖHM-BAWERK, *Positive Theorie*, p. 507.

22. H. DIETZEL, *Teoría de la economía nacional*, p. 211.

3. *Carácter general del proceso de producción capitalista. Formación del beneficio*

Sabemos que para Böhm-Bawerk la producción capitalista es un tipo de producción que tiene lugar con ayuda de medios de producción, o mediante «rodeos en la producción», según su terminología. Este tipo de producción presenta a la vez una ventaja y un inconveniente: la primera consiste en la superior cantidad de productos que permite obtener; el segundo consiste en la creciente pérdida de tiempo que este crecimiento lleva consigo. A causa de las operaciones previas (producción de los medios de producción y de todos los productos intermedios en general), los productos de consumo no se obtienen inmediatamente, sino tras un plazo de tiempo relativamente largo: «El inconveniente que presenta el modo de producción capitalista consiste en un *sacrificio de tiempo*. Los rodeos capitalistas son ventajosos, pero exigen mucho tiempo; proporcionan bienes de consumo más numerosos o de mejor calidad, pero lo hacen con retraso.» Esta circunstancia es «...uno de los *pilares de la teoría general del capital*.[23] *Esta fa-*

23. BÖHM-BAWERK, *Positive Theorie*, p. 149 (subrayado por el autor).

tal diferencia de tiempo» implica la espera: «En la *inmensa mayoría de los casos nos vemos* obligados a efectuar esos rodeos en la producción en condiciones técnicas tales que para obtener los productos finales aptos para el consumo debemos esperar cierto tiempo, tiempo que con frecuencia es muy largo.»[24] En esta particularidad del «modo de producción capitalista» —piensa Böhm-Bawerk— se basa la dependencia económica de los obreros para con los empresarios. Dada la existencia de esos largos «rodeos», los obreros no podrían aguardar la entrega de los productos de uso;[25] los capitalistas, por el contrario, no sólo pueden aguardar, sino que en determinadas condiciones pueden incluso adelantar a los obreros —directa o indirectamente— los productos de uso a cambio de la mercancía que éstos poseen, es decir *el trabajo*. El proceso general se desarrolla del siguiente modo: los empresarios adquieren las mercancías «lejanas» (materias primas, maquinaria, explotación del suelo y, en primer lugar, *el trabajo*) y las transforman gracias al proceso de producción en mercancías de primer orden, es decir, en mercancías aptas para el consumo (bienes de consumo). Una vez deducida la remuneración de su propio trabajo, etc., les queda todavía a los empresarios cierto excedente de valor, cuya importancia está por lo general relacionada con la suma del capital invertido en la empresa. Es lo que se denomina precisamente «interés primario» o «beneficio».[26] Pero ¿cómo se explica este beneficio? Pregunta a la que Böhm-Bawerk responde: «Antes de dar una explicación conviene constatar un hecho importante. Aunque estén materialmente presentes, los bienes lejanos son, según su naturaleza económica, *mercancías futuras*.»[27] Detengámonos en el concepto de bienes «presentes» y «futuros» introducido por Böhm-Bawerk y que ocupa un importante lugar en su «sistema». Las necesidades que determinan el valor de los bienes pueden distribuirse en diferentes períodos; se refieren bien al presente, y en este caso se experimentan de modo inmediato y particularmente acusado («sentimientos actualmente experimentados»), bien al porvenir (por razones evidentes, no nos ocupamos aquí del pasado). Los bienes destinados a satisfacer necesidades presentes son denominados por Böhm-Bawerk «bienes presentes»; los restantes, destinados a satisfacer necesidades futuras, «bienes futuros». Si yo dispongo en este momento de cierta cantidad, que me permite satisfacer mis necesidades cotidianas, dicha cantidad entra, según Böhm-Bawerk, en la categoría de «bienes presentes»; pero si para obtener esta cantidad debe transcurrir cierto espacio de tiempo, no puedo utilizarla para satisfacer mis necesidades actuales, sino únicamente las futuras; por consiguiente, esta cantidad constituye un «bien futuro». Por distintos que sean los períodos de tiempo según los cuales se escalonan, las necesidades actuales y las necesidades futuras son comparables entre sí; el valor de los bienes presentes y de los bienes futuros puede, también, por el mismo motivo, compararse. Lo que conduce al principio siguiente: «*A igualdad*

24. *Ibid.*, p. 149.
25. «Únicamente porque los obreros no pueden esperar que el rodeo por ellos iniciado, y que consiste en obtener la materia prima y en fabricar los instrumentos, haya proporcionado todo su rendimiento, caen bajo las garras de aquellos que poseen ya esos productos intermedios acabados, es decir los capitalistas» (*Ibid.*, p. 150).
26. Compárese con *Positive Theorie*, p. 502.
27. *Ibid.*, p. 503.

de número y de naturaleza, los bienes presentes valen constantemente más que los bienes futuros.»[28] «Esta proposición —prosigue Böhm-Bawerk— constituye el núcleo y el punto central de la teoría del interés que aún me falta desarrollar.»[29] Aplicada a las relaciones entre capitalistas y obreros, nos encontramos ante una situación así: entre otros medios de producción, los capitalistas compran también *el trabajo*. Pero «en cuanto a su naturaleza económica» el trabajo, como cualquier otro medio de producción, es un *bien futuro*. El valor del trabajo es, pues, menor que el de los bienes que produce. Supongamos que *x* unidades de trabajo fabrican *y* unidades de una mercancía *a*, cuyo valor actual es igual a A; el valor de *y a* en el *futuro*, separado del presente por toda la duración del proceso de producción, será, pues, menor que A; es a este «*valor futuro* del producto que corresponde precisamente el *valor actual* del trabajo».

El trabajo *actualmente* comprado, cuyo valor se expresa mediante «florines *actuales*», será pagado, en consecuencia, con menos florines de los que recibirá el propio empresario cuando venda el producto, es decir, al terminar el proceso de producción. Ése es, en definitiva, el único motivo de por qué la compra de los medios de producción, en especial del *trabajo*, es «barata» y de por qué los socialistas la consideran, con razón, el origen del beneficio capitalista, pero sin razón esta vez, como resultado de una explotación de los obreros por el poseedor.[30] En consecuencia: el beneficio tiene su origen en el *cambio* de los bienes presentes por bienes *futuros*.[31] El acto de cambiar no es, sin embargo, suficiente para originar por sí mismo el beneficio, ya que el empresario ha comprado el trabajo según su valor actual, es decir, según el valor del producto futuro. Lo que ocurre es que la producción avanza, su mercancía futura acaba por convertirse en mercancía presente, adquiriendo entonces todo el valor de la mercancía presente.[32] Este excedente de valor, originado por el proceso de transformación de los bienes futuros en bienes presentes, de los medios de producción en bienes de uso, constituye precisamente el beneficio del capital. La causa principal del beneficio reside, por tanto, en la diferencia de apreciación que existe entre bienes y no en las relaciones sociales propias de la estructura de la sociedad moderna.

Estas son, someramente descritas, las líneas principales de la teoría del beneficio según Böhm-Bawerk. La parte esencial, referente a los fundamentos de la teoría de los valores futuros comparados con los valores presentes, es estudiada en profundidad; volveremos más adelante sobre la exposición y el análisis de esta teoría. Limitémonos por el momento a algunas consideraciones de orden más bien general.

Hemos visto que uno de los enunciados relativos al «fundamento de la teoría del capital en su conjunto» es el de la necesidad de *aguardar*, del uso retardado, dado que el «modo de producción capitalista» retrasa la entrega del producto acabado por

28. *Ibid.*, p. 426.
29. *Ibid.*, p. 426.
30. *Ibid.*, p. 504.

31. Es por eso que Macfarland se cree autorizado para calificar la teoría del beneficio de Böhm-Bawerk de teoría de cambio *(Exchange theory)*. Böhm-Bawerk considera más apropiado el término «teoría del beneficio». (*Cf.* BÖHM-BAWERK, *Kapital und Kapitalzins.*)
32. BÖHM-BAWERK, *Positive Theorie*, p. 505.

un espacio de tiempo relativamente largo. De ahí que, en opinión de Böhm-Bawerk, exista la dependencia económica del obrero para con el capitalista. *Pero en realidad no hay necesidad ni de «aguardar», ni de retrasar el consumo,* por la sencilla razón de que el producto social, cualquiera que sea el sector de la producción considerado y con tal que se trate de un proceso de producción social, existe *simultáneamente en todas las etapas de su fabricación.* Marx explicó que la división del trabajo sustituye la «sucesión en el tiempo» por la «sucesión en el espacio». Este proceso lo describe Rodbertus del siguiente modo: «En todas las "empresas" de todos los sectores y en todas las etapas de la producción, el trabajo tiene lugar de forma simultánea e ininterrumpida. Mientras que en los sectores de la producción económica dedicados a la producción de materia prima nuevas materias primas se arrancan a la naturaleza, al mismo tiempo se procede a la transformación de esas materias primas en productos semielaborados en los sectores de producción de productos semielaborados, y simultáneamente en las empresas en que se fabrica maquinaria se procede a la sustitución de los útiles de trabajo gastados, y así hasta llegar a la última etapa de la producción en la que de nuevo se fabrican productos de consumo inmediato.»[33]

De la misma manera que el proceso de producción se efectúa de modo ininterrumpido, también el proceso de consumo es igualmente ininterrumpido. En la sociedad moderna no hay que esperar a que los «rodeos» permitan el «disfrute» de los bienes, ya que el proceso de producción *no comienza* por la obtención de materias primas y de «productos intermedios» de todo tipo, ni acaba con la fabricación de bienes de uso; sino que, por el contrario, constituye la unidad de todos esos procesos que se producen simultáneamente. Cuando analizamos la economía moderna, nos hallamos frente a un sistema de producción social que está ya elaborado; lo cual supone la división del trabajo social tanto como la existencia de distintas fases en el seno del proceso productivo.

33. Carl RODBERTUS, *El Capital,* Berlín, 1884, p. 257.

El proceso de conjunto de que habla Marx se desarrolla como sigue: supongamos que el capital constante (en la reproducción simple) sea igual a $3c$, un tercio del cual, o sea c, se transforma cada año en medios de consumo. Designaremos con v el capital variable que circula durante este año y por pl la plusvalía que se incrementa cada año. El producto anual, en términos de valor, será pues igual a $c+v+pl$; sin embargo, el nuevo valor producido cada año solamente será $v+pl$; c no será reproducido, sino únicamente añadido al producto, siendo como es un producto de una producción *anterior,* del año precedente o de otros anteriores. Cada año, una parte de c «se amplía» convirtiéndose así en «bien de uso»; del número $(v+pl)$ de horas de trabajo, c horas se consagran cada año a la fabricación de medios de producción. Vemos, pues, que cada ciclo de producción dado engloba *al mismo tiempo* tanto la producción de medios de producción como de objetos de consumo y que, además, no es necesario «aplazar» el consumo para más tarde, y que la producción de medios de producción no tiene nada que ver con un tipo de producción preliminar, sino que los procesos de producción, de consumo y de reproducción se desarrollan de modo ininterrumpido. La noción, tan querida a Böhm-Bawerk, de una «espera» necesaria se

parece a la noción de abstinencia,[34] y no resiste la menor crítica.

Nos falta examinar la importancia de esta noción con relación a la idea que se hace Böhm-Bawerk de la naturaleza social del beneficio. Hemos visto más arriba que Böhm-Bawerk ve en la *necesidad de aguardar* la causa de la dependencia económica de los obreros presentes y de los bienes futuros —lo cual, a su vez, es consecuencia del «fenómeno elemental de la naturaleza humana y de la técnica de producción»— con respecto a los empresarios. «Es únicamente por el hecho de que los obreros —piensa Böhm-Bawerk— no podrían aguardar a que el rodeo que ellos mismos han iniciado, la extracción de materias primas y la fabricación de instrumentos para la producción, diera el fruto ya maduro del producto acabado, que aquéllos caen económicamente bajo el dominio de quienes poseen ya acabados los producto intermedios necesarios, es decir, los "capitalistas".» Pero nosotros sabemos que los obreros no tienen ninguna necesidad de «aguardar» «el fruto maduro del producto acabado», sino que, por el contrario, pueden vender inmediatamente sus «productos intermedios», escapando así de su dependencia económica. El nudo de la cuestión estriba no en la obligación que tienen los obreros de «aguardar» el disfrute de los bienes, sino precisamente en el hecho de que actualmente no tienen *ninguna posibilidad de producir de forma independiente*, por dos razones: primero, porque una «producción desprovista por completo de capital» representa en la economía capitalista una incongruencia *técnica*. La fabricación, aunque fuera de una simple carreta, sin otro instrumento

34. Macvane, defensor americano de esta teoría, llegó a pensar que se podía sustituir el término «abstinencia» por el de «espera» *(waiting)*. Véase BÖHM-BAWERK, *Kapital und Kapitalzins*, apéndice. En cuanto a éste, se esfuerza cuidadosamente por distanciar su teoría de la de la abstinencia.

que las manos necesitaría un espacio de tiempo muy superior a la vida de un hombre (lo cual podría empujar a un nuevo Böhm-Bawerk a ver en la brevedad de la vida humana la causa de la dependencia económica de los obreros así como el origen del beneficio). En segundo lugar, porque una «producción instantánea desprovista por completo de capital», como por ejemplo la recolección de raíces destinadas a la alimentación, o de cosas semejantes, es igualmente imposible, ya que en la sociedad capitalista la propiedad de la tierra no es *res nullius*, sino propiedad privada fuertemente defendida. No es pues la «espera» sino *la monopolización de los medios de producción* (y por lo tanto del suelo) por la *clase social de los propietarios capitalistas* el origen y fundamento de la «dependencia económica» del fenómeno del beneficio. Pero la teoría de la «espera» enmascara el carácter histórico de las relaciones modernas, la estructura de clase de la sociedad moderna y el carácter de clase del beneficio.

Consideremos ahora otro punto de esta teoría. «El núcleo y el punto crucial de la teoría del interés» consiste, según Böhm-Bawerk, en el hecho de que los bienes futuros tienen un índice de valor inferior a los bienes presentes. El famoso salvaje de Roscher devuelve tras un espacio de tiempo de un mes 180 pescados a cambio de los 90 que había recibido como préstamo, lo que le permite aún un excedente de 720 pescados, bastante considerable.[35] Además, valo-

35. La provisión de 90 pescados le permite confeccionar redes y, por tanto, aumentar la productividad de su pesca. Como buen rentista, Böhm-Bawerk denomina «interés» al beneficio.

ra esos «actuales» 90 pescados con un índice más elevado que los 180 futuros. Es más o menos lo que ocurre en la sociedad moderna. Sólo que la diferencia de valor es menor, piensa Böhm-Bawerk; pero ¿qué es lo que en el fondo determina esta diferencia? Pregunta a la que recibimos la respuesta siguiente: «Éstas [las diferencias de valor, *N.B.*] son máximas en las gentes que viven únicamente al día... Entre aquéllos que poseen ya una cierta provisión de bienes... la diferencia... es menor.»[36] Pero puesto que existe «una gama extremadamente amplia» de obreros asalariados, a consecuencia de su «preponderancia numérica», queda siempre cierto agio, el cual, como consecuencia de las apreciaciones subjetivas, origina el beneficio,[37] ocurre el fenómeno siguiente: admitamos que la valoración de los bienes presentes de modo superior a los bienes futuros sea una de las causas indirectas del beneficio; no por eso la diferente situación económica de las distintas clases sociales deja de ser el punto crucial de este «fenómeno». También aquí la diferencia de valoración comporta la inevitable diferencia «social».[38] Sin embargo, Böhm-Bawerk se dedica a dejar al margen, de todas las maneras posibles, la idea del fundamento social del beneficio. «Puede evidentemente ocurrir

36. BÖHM-BAWERK, *Positive Theorie*, pp. 471-472.

37. Ver p. 359 y siguientes de *Positive Theorie*. Para más detalles, ver más adelante.

38. R. STOLZMANN, *Der Zweck...*, p. 288. «... Ya que la "destasación", el "agio", del beneficio capitalista no es otra cosa sino la explotación de una situación ventajosa que recae en el capitalista gracias a su "afortunada situación", es decir, gracias al estatuto de propiedad y de distribución que garantiza el sistema de propiedad y al que, según palabras del propio Böhm, la denominación de *plusvalía* se aplica mucho más acertadamente aún de lo que suponían sin lugar a dudas los socialistas al darle ese nombre.»

—escribe— que aparte de las causas que posibilitan la compra [del trabajo, *N.B.*] a un precio aparentemente bajo, causas que hemos expuesto en este texto, existan otras ocasiones que permitan que en un determinado caso particular esta compra se realice a un precio *real* anormalmente bajo; por ejemplo cuando se ejerce una fuerte presión usurera sobre el vendedor, en especial sobre el obrero.»[39] Aunque según él, estos casos serían anomalías; el beneficio resultante sería una «ganancia excepcional» que no hay que confundir con la categoría económica que estamos analizando; esta «ganancia excepcional» descansa sobre una base distinta, de significación político-social. Pero al mirar más de cerca esta distinción, vemos que no se trata de una diferencia fundamental: tanto en un caso como en otro, el «beneficio» o el «interés» provienen del cambio de bienes presentes por bienes futuros, de la compra de *trabajo*; en ambos casos, se produce una *sobrevaloración* de los bienes presentes con respecto a los bienes futuros; en ambos casos esta sobrevaloración viene dada en función de la *situación social* de los compradores y de los vendedores; puestas así las cosas, ni «la hábil explotación de una coyuntura favorable», ni «la opresión usurera en contra del vendedor» pueden constituir novedad alguna.

Porque los capitalistas *siempre* procuran aprovecharse de la coyuntura, la cual se presenta siempre de modo «favorable» para ellos y «desfavorable» para los obreros. Por otra parte, es muy difícil distinguir entre la opresión «usurera» y la que no lo es: sobre este punto los criterios económicos que poseemos son totalmente insuficientes; los motivos por los que la

39. BÖHM-BAWERK, *Positive Theorie*, p. 505, nota.

compra de la fuerza de trabajo debe ser considerada en unos casos como «aparentemente», y en otros como «realmente» barata son enteramente inexplicables. En caso de «opresión usurera» las cosas ocurren, según la teoría de Böhm-Bawerk, exactamente igual que en la situación «normal» con relación a los bienes futuros. En el primer caso el obrero sobrevalora los bienes presentes, pongamos que en un 15 %, y en el segundo solamente en un 5 o un 10 %; en vano buscaríamos en Böhm-Bawerk alguna otra diferencia fundamental. Al afirmar que en sus «casos normales» la «categoría social» no juega ningún papel, lo único que consigue es exponer a la vista de todo el mundo su propia inconsecuencia al prescindir en su explicación de los «casos anormales». Con todo, su instinto no le engaña, puesto que la negación de la opresión social, incluso en los «casos anormales», llevaría claramente hasta el absurdo toda su teoría.

Hemos analizado las tesis generales de la teoría del beneficio en Böhm-Bawerk, en la medida en que éste evita todo posible contacto con el aspecto social de la realidad que dice interpretar. Lo único que pretendíamos era iluminar el fondo del *cuadro teórico* en el que Böhm-Bawerk se mueve. Observamos entonces que las premisas fundamentales de su teoría están o bien en flagrante contradicción con la realidad (la «espera»), o bien ocurre que el aspecto social afanosamente escamoteado es fraudulentamente introducido (la apreciación de los bienes futuros en función de la situación económica de la persona que los aprecia). De modo que —en opinión de Charasov— «...el trabajo tiene siempre menos valor... que el salario actual. Lo que en modo alguno excluye el excedente de trabajo en tanto que hecho

real, sino que simplemente se le da una explicación carente de fundamento lógico, o más exactamente, una apariencia de justificación».[40] También Parvus lanza,[41] al hablar de este punto, sutiles ironías: «¡Cuántas cosas podrían llegar a probarse por medio del valor presente y del valor futuro! ¿Es culpable de robo uno que se apodera amenazando con la violencia del dinero de otro? No, debería responder Böhm-Bawerk, se trata simplemente de un cambio equivalente: el ladrón prefiere el valor presente del dinero al valor futuro de la salvación eterna y la víctima prefiere la utilidad futura de la vida eterna a la importancia presente de su dinero».

Desgraciadamente, por más que Böhm-Bawerk recurra a toda clase de artificios verbales sobre el valor presente y el valor futuro, no consigue con esto resolver el problema. Si ya los fundamentos de su construcción ideológica descubren elementos totalmente opuestos a la teoría científica de la distribución y del beneficio, este mismo defecto se repite forzosamente en todos los demás problemas que surgen y que acabamos de analizar; se repetirán *inevitablemente* de una u otra forma.

Vamos a dedicarnos, por tanto, a criticar las teorías böhm-bawerkianas considerando su, por así decir, aspecto interno, en especial por lo que se refiere a su demostración del valor predominante de los bienes presentes.

40. G. Charasov, *El sistema del marxismo*, p. XXII.
41. J. Helphand (Parvus), *Oekonomische Taschenspielerei* (Juegos malabares económicos; una böhm-bawerquiada), «Neue Zeit», año X, t. I, p. 556.

CAPÍTULO V

TEORÍA DEL BENEFICIO
(continuación)

1. *Las dos razones por las que se sobrevaloran los bienes presentes: la diferencia entre las necesidades y los medios de satisfacerlas en épocas distintas; la minusvaloración sistemática de los bienes futuros*

En el capítulo anterior hemos visto que el beneficio *se realiza* en el momento de la venta de la mercancía por el capitalista. Pero *en potencia* el beneficio se forma en el momento de la compra del trabajo. Por regla general la valoración subjetiva de los bienes presentes es superior a la de los bienes futuros. Pero dado que la primera determina el valor de cambio objetivo y el precio, los bienes presentes de la misma especie prevalecen en general sobre los bienes futuros no sólo por lo que concierne a su valor *subjetivo*, sino también a su *precio*.[1] La diferencia entre el precio que los capitalistas pagan por la compra de bienes futuros, en especial del trabajo,[2] y el ob-

1. «Por regla general, los bienes presentes poseen un mayor valor subjetivo que un mismo número de bienes futuros de la misma especie. Y como el resultado de las valoraciones subjetivas determina el valor de cambio objetivo, los bienes presentes poseen también, por regla general, un valor de cambio y un precio más alto que un número igual de bienes futuros de la misma especie.» (*Positive Theorie*, p. 439.)

2. En última instancia Böhm-Bawerk remite los gastos efectuados para la compra de los medios de producción a los gastos efectuados en el disfrute del suelo y en trabajo; «para mayor sencillez», se abstiene de considerar los primeros.

tenido por la venta de las mercancías resultantes del proceso de producción (la «maduración» de los bienes presentes), representa el beneficio del capital. Así pues, deberemos examinar cómo se forma este beneficio, comenzando por el análisis de las valoraciones subjetivas, de las que nace el valor objetivo y en cada caso concreto el precio.

Böhm-Bawerk expone *tres razones* por las que los bienes presentes se valoran de forma superior a los bienes futuros: *a*) diferencia entre las necesidades y los medios de satisfacerlas en épocas distintas; *b*) minusvaloración sistemática de los bienes futuros; *c*) superioridad técnica de los bienes presentes. Analicemos los argumentos de Böhm-Bawerk, comenzando por el primero: «Una *primera* razón fundamental, que origina una diferencia de valor entre los bienes presentes y los futuros, reside en la diferente relación entre necesidad y satisfacción en las distintas épocas.»[3] Esta «razón» por la que los bienes presentes son valorados de forma superior se intenta justificar en dos casos típicos: primero, en todos los casos en que los hombres se encuentran en una situación difícil; segundo, en las valoraciones de todos aquéllos que cuentan con una cómoda situación cara al futuro (médicos y abogados principiantes, etc.). En estos dos casos los 100 florines «presentes» cuentan mucho más que los florines «futuros», ya que en el futuro «la relación entre necesidad y satisfacción» puede presentárseles de modo mucho más favorable. Sin embargo, existe una serie de personas para las cuales esta relación entre necesidad y satisfacción funciona exactamente a la inversa: su situación relativamente buena en la actualidad,

3. BÖHM-BAWERK, *Positive Theorie*, p. 440.

empeorará en el futuro. En este último caso —dice Böhm-Bawerk— es preciso tener en cuenta que: el bien actual, por ejemplo un florín, puede gastarse o en el presente o en el futuro. Esto es válido sobre todo en el caso del dinero, porque éste puede conservarse fácilmente. La relación entre bienes presentes y bienes futuros se presenta, entonces, de la siguiente forma: los bienes futuros únicamente pueden satisfacer las necesidades futuras; pero no ocurre lo mismo con los bienes presentes, los cuales son susceptibles de satisfacer esas *necesidades futuras, además* de la necesidades presentes, suponiendo que estén situados en una época poco lejana. También aquí existen dos posibilidades: *a*) *las necesidades presentes y las necesidades de un futuro próximo son menos importantes* que las necesidades futuras (y en este caso el bien presente se elimina con el fin de cubrir las necesidades futuras); el valor de este bien está determinado por la importancia de dichas necesidades futuras: el bien presente equivaldrá en cuanto a su valor al bien futuro;[4] *b*) *Las necesidades presentes son más importantes:* en este caso el valor del bien presente sobrepasa el del bien futuro, el cual obtiene su valor únicamente de las necesidades futuras, pero nunca de los bienes presentes. De lo que se sigue que *los bienes presentes pueden ser de igual valor, pero nunca de valor inferior a los bienes futuros.* Pero en opinión de Böhm-Bawerk esta igualdad viene disminuida por la permanente posibilidad de un relativo empeoramiento de la situación material en un futuro *cercano:* debido a esta posibilidad los bienes pre-

4. «... Entonces el bien presente equivaldrá también a estos últimos (a los bienes futuros, *N.B.*) de los cuales obtendrá su valor; será entonces de igual valor que un bien futuro que dependiera de la misma disposición» (*Positive Theorie*, p. 442).

sentes tienen mayores probabilidades de ser usados ventajosamente, cosa que no puede ocurrir en el caso de los bienes futuros: «En el peor de los casos los bienes presentes poseen, por tanto, un valor igual al de los bienes futuros; por regla general tienen la ventaja de poder ser utilizados como provisión de reserva.»[5] Según Böhm-Bawerk, sólo son excepciones aquellos casos en los que la conservación de los bienes presentes es imposible o presenta algunas dificultades.

Por lo tanto hay que distinguir tres tipos de personas: *a*) Un gran número de personas se encuentra en la actualidad en peor situación que el futuro; *b*) un segundo grupo igualmente numeroso conserva los bienes presentes a título de provisión de reserva, con el fin de poderlos utilizar en el futuro; y por último *c*) una reducida capa de personas para quienes «ciertas circunstancias amenazan la comunicación entre el presente y el futuro» —y que valoran los bienes presentes a un nivel inferior a los futuros. Pero tomadas en su conjunto, las valoraciones subjetivas tienden a aumentar cuando se trata de bienes presentes y a disminuir en el caso de bienes futuros.

Ésta es la «primera razón» de la sobreestimación de los bienes presentes.

Intentemos, pues, analizar esta «razón». Antes que nada hay que subrayar que la cuestión, así planteada, es *históricamente* limitada, ya que solamente es válida en una economía de cambio; está totalmente ausente en todo tipo de economía natural. Y eso es cierto no sólo para bienes de difícil conservación sino también para otros, como no han dejado de ob-

5. *Ibid.*, p. 443.

servar Pierson y Bortkievicz: «Alguien a quien se ofreciera tanto carbón, vino, etc., como pudiera consumir durante toda su vida, con seguridad rechazaría este ofrecimiento —observa Pierson comentando la teoría de Böhm-Bawerk, con la que por otra parte está en el fondo de acuerdo—; en cuanto al dinero, es ya otra cosa.»[6]

Hemos visto después que según Böhm-Bawerk la sobrevaloración de los bienes presentes en comparación con los bienes futuros proviene en gran medida del hecho que los bienes presentes cubren igualmente importantes necesidades futuras, de las que extraen parte de su valor. Supongamos que nos encontramos ante una persona cuya situación, relativamente buena en la actualidad, se anuncia menos buena en el futuro. Los 10 florines que esta persona posee actualmente cubren *ahora* una necesidad de 100 unidades; habida cuenta de que esta persona dispondrá más tarde de una cantidad inferior, el valor de los 10 florines aumentaría por ejemplo hasta 150 florines. De lo que deberíamos concluir que dicha persona debería valorar los 10 florines a un nivel superior a los 10 florines actuales. Sin embargo, la conclusión de Böhm-Bawerk es otra, porque escribe: dado que los 10 florines se conservarán y por lo tanto podrán servir en el *futuro*, poseen *ya desde ahora* el valor de los futuros florines. Es así como el valor futuro se anticipa en el valor presente. Pero este razonamiento —la posibilidad de transferir el valor del bien futuro al bien presente— contradice la idea fundamental de Böhm-Bawerk acerca de la formación del beneficio. ¿Qué ocurriría, por ejemplo,

6. L. VON BORTKIEVICZ, *El defecto primordial de la teoría del interés de Böhm-Bawerk*, en «Schmollers Jahrbücher», vol. 30, p. 947.

si aplicáramos esta noción de Böhm-Bawerk a los medios de producción?

Todo medio de producción, tanto si se trata de máquinas como de trabajo, puede considerarse desde un doble punto de vista: como un bien presente o como un bien futuro (un bien sólo es presente en la medida en que existe la posibilidad de realizar su valor ahora, y que estamos en presencia de alguna forma material, como máquinas, etc.). Podemos realizar el valor de un medio de producción dado en el presente —por ejemplo, podemos venderlo y obtener 100 unidades de valor—; podemos asimismo invertirlo en el proceso de producción y obtener pasado algún tiempo 150 unidades de valor. El valor futuro del medio de producción en cuestión será, pues, igual a 150; en cambio, el valor presente es de 100 unidades de valor. Ahora bien, si suponemos, siguiendo a Böhm-Bawerk, que se puede estimar el valor de los bienes presentes según su valor futuro, observamos que por lo que respecta a los medios de producción eso es totalmente falso; en caso contrario, desaparecería toda diferencia entre lo que el propio capitalista desembolsa primero y lo que se embolsa después; veríamos desaparecer el agio que, en opinión de Böhm-Bawerk, constituye el origen del beneficio. El error de Böhm-Bawerk consiste en que elimina para los valores *futuros* toda posible utilización *actual*.[7] Sin duda, los imaginarios bienes futuros no podrían realizar su valor en el presente. Pero los medios de producción que sí existen materialmente en el presente no entran precisamente dentro de esos «imaginarios florines». Una cosa u otra: o los bienes

7. «El bien futuro que no puede obtener el suyo (valor, *N.B.*) más que de un... uso *futuro*» (subrayado por el autor). (BÖHM-BAWERK, *Positive Theorie*, p. 442.)

presentes *no pueden* hipotecar su valor a su utilidad futura (evidentemente dentro de los límites que marca la primera razón, que es la que estamos analizando), y en este caso el problema de la sobrevaloración de los bienes presentes no se plantea, ya que la estimación equivalente de los bienes presentes y futuros es obvia; o bien los bienes presentes *pueden* obtener su valor de su utilidad futura, y en este caso no queda claro de dónde saca Böhm-Bawerk el beneficio (seguimos dentro de los límites de la primera razón). Tanto en un caso como en otro el resultado no es demasiado elogioso para nuestro autor.

Consideremos este problema desde el ángulo de la realidad capitalista actual, es decir, desde el punto de vista de los capitalistas y de los obreros, comenzando por estos últimos. Los obreros venden su mercancía, el trabajo, que los capitalistas compran en tanto que medio de producción, es decir, en tanto que bien futuro, a cambio de florines «actuales». El obrero vende «voluntariamente su trabajo (bien futuro) a cambio de un valor inferior al que tendrá el producto de su trabajo. *Si ocurre así, no es porque el obrero cuente con una relación más favorable entre sus necesidades y su satisfacción*, sino a causa de la posición social *relativamente* débil del obrero».[8] Además, el obrero no alimenta grandes esperanzas de «remontar la pendiente», lo que explica la situación del proletariado en todos los países. Por tanto, la «primera razón» de la sobrevaloración de los bienes presentes con relación a los bienes futuros se muestra ya totalmente falsa en lo que concierne a las motivaciones del valor por parte de los *obreros*. Explicación igualmente incorrecta por lo que con-

8. STOLZMANN, *loc. cit.*, pp. 306-407.

cierne a las valoraciones de los *empresarios capitalistas*. Hablando de este punto es el propio Böhm-Bawerk el que afirma: «Si los capitalistas convirtieran toda su fortuna en bienes presentes, es decir, si la consumieran para disfrutar de ella actualmente, las necesidades presentes serían aparentemente cubiertas con exceso, mientras que las necesidades futuras seguirían totalmente al descubierto... *Para los poseedores de una fortuna que excede las necesidades presentes, y únicamente por lo que se refiere a las relaciones propiamente dichas entre las necesidades y su cobertura en el presente y en el futuro, las necesidades presentes en cuanto tales tienen incluso menos valor que los bienes futuros.*»[9]

Para el capitalista cuyos bienes presentes exceden a sus propias necesidades, éstos son útiles en la medida en que se sirve de ellos de forma *productiva*, es decir, en la medida en que los transforma en *bienes futuros*. Esa es la razón por la que no son los bienes *presentes*, sino por el contrario los bienes *futuros*, principalmente el trabajo, los valores a un nivel superior. Vemos, pues, que tanto desde el punto de vista de la demanda como de la oferta, la «primera razón» es absolutamente incorrecta.

Hablemos ahora de la «segunda razón». Böhm-Bawerk cree encontrarla en el siguiente hecho: «Minusvaloramos sistemáticamente nuestros bienes futuros al igual que los medios necesarios para su satisfacción.»[10] Böhm-Bawerk no tiene ninguna duda sobre la realidad de este hecho que, en su opinión, únicamente se manifiesta en diferentes grados según la nacionalidad, la edad y la persona; en los niños y en los salvajes se muestra en toda su crudeza. Tres

9. Böhm-Bawerk, *Positive Theorie*, p. 510.
10. *Ibid.*, p. 445.

motivos originan este fenómeno: *a*) las lagunas en nuestra percepción de las necesidades futuras; *b*) la debilidad de nuestra voluntad, que prefiere lo presente, incluso cuando somos conscientes de lo nefasto que resulta adoptar una actitud tal; *c*) «la noción de la brevedad y de la precariedad de la vida».

A nuestro parecer esta «segunda razón» es tan falsa como la primera. En la medida en que hablamos de una economía, existe *un plan de trabajo económico* determinado, que debe tener en cuenta no sólo las necesidades presentes sino también las del porvenir. Los salvajes y los niños de que habla Böhm no son ninguna prueba. ¿Qué influencia pueden ejercer la debilidad de nuestra voluntad, «las lagunas de nuestro futuro», o bien «la noción de la brevedad y de la precariedad de la vida» sobre la reflexión y el cálculo del industrial moderno? La economía posee su propia lógica, y los resortes de la actividad económica, la reflexión económica, están tan alejados de los que se mueren, de los niños y de los salvajes como lo está el cielo de la tierra. El ahorro, cuando resulta ventajoso, la perspectiva de una coyuntura favorable, complicados planes para el futuro, etc., ésas son las características de la economía capitalista; si alguna vez el capitalista es poco más que un «niño», no lo es sino por lo que se refiere a sus «monedas sueltas»; pero cuando se trata de valores de fundamental importancia, de operaciones puramente económicas, todo se desarrolla según los más meticulosos cálculos. Lo que hace exclamar con enorme acierto a Wieser: «Pienso... que en la civilización todo buen administrador, e incluso todo administrador mediocre, sabe en cierta medida dominar esta debilidad propia de la naturaleza humana [la minus-

valoración de los bienes futuros, *N.B.*]... Desde esta perspectiva y siendo particularmente fuerte la tendencia a la previsión, no hay que extrañarse de ver cómo ésta resulta más eficaz en este dominio que en cualquier otro.»[11]

Incluso desde el punto de vista de Böhm-Bawerk resulta inadmisible explicar el beneficio del capital basándose en el «riesgo» inherente al «futuro», ya que, como dice Bortkievicz, «la teoría de Böhm-Bawerk intenta explicar el interés del capital propiamente dicho, es decir, el interés neto, y no el interés bruto el cual se compone entre otras cosas de la prima por el riesgo, que tiene en cuenta el factor inseguridad y que desaparece en el caso del interés neto».[12]

Dirijamos ahora nuestras miradas hacia los obreros y los capitalistas. Böhm-Bawerk parece creer que el obrero puede asumir por sí mismo el papel de capitalista y recibir en el futuro el producto de su trabajo; no obstante el obrero prefiere obtener este producto, aunque sólo sea una pequeña parte, en el presente, ya que «minusvalora sistemáticamente» los bienes futuros. Pero en realidad las cosas no ocurren así. El obrero vende su fuerza de trabajo, no porque «minusvalore» los bienes futuros, sino porque no dispone de ningún medio para procurarse algún bien como no sea por la venta de su fuerza de trabajo. La posibilidad de elegir entre la producción individual

11. WIESER, *Natürliche Wert*, p. 17. Véase también BORTKIEVICZ, *El defecto primordial de la teoría del interés de Böhm-Bawerk*, p. 949: «... lo que contradice la afirmación de Böhm-Bawerk según la cual la tendencia a subestimar el valor de los bienes futuros es general, es el hecho de que los casos inversos no son en modo alguno excepcionales.» STOLZMANN se expresa de modo parecido, *loc. cit.*, pp. 308-309.

12. BORTKIEVICZ, *loc. cit.*, p. 950.

y la que proviene de la fábrica del patrón es para él inexistente; no tiene la menor posibilidad de convertir el bien futuro —«trabajo»— en un bien presente; tampoco considera su trabajo como un bien futuro, idea ésta que le es totalmente extraña. Este estado de cosas es tan evidente que incluso los economistas burgueses, a menos que conviertan la apología del capitalismo en sistema teórico o que actúen con la vehemencia de Böhm-Bawerk, se ven obligados a admitirlo. «El obrero industrial —escribe el profesor Lexis— no podía utilizar su fuerza de trabajo por su propia cuenta; para ello le faltaban los nuevos y poderosos medios de producción de que disponía el capital y a los que no tenía acceso si no era en las condiciones dictadas por este último. *El obrero no dispone de una economía productiva propia, el producto de su trabajo no le pertenece y le es indiferente; su economía consiste en la adquisición y el gasto de su salario*» (subrayado por el autor.)[13]

Así es como ocurren las cosas por parte del obrero. Veamos ahora cómo se desarrolla este proceso por parte del capitalista. Aquí el propio Böhm-Bawerk admite que en la medida en que los *capitalistas* actúan como tales, y no como «despilfarradores», la sobrevaloración de los bienes presentes no entra dentro de sus cálculos.[14] Al igual que en la primera razón, vemos que tampoco la «segunda razón» tiene mayor validez tanto por el lado de la demanda como por el de la oferta.

«De los tres momentos..., los dos primeros no

13. H. LEXIS, *Allgemeine Volkswirtschaftslehre*, p. 72. Compárese con PARVUS, *loc. cit.*, p. 550: «Para el obrero, el valor presente del trabajo es una ficción; como máximo podemos hablar de éste en términos matemáticos diciendo que es igual a cero.»

14. *Positive Theorie*, pp. 520-521.

se aplican, pues, a la mayor parte de los capitalistas [hemos visto que lo mismo ocurre en lo referente a los obreros, *N.B.*]. Sin embargo, el famoso tercer momento puede aquí resultar válido. Se trata de *la superioridad técnica de los bienes presentes* [subrayado por el autor] o lo que se ha convenido en llamar la "productividad del capital".»[15]

Por lo tanto, solamente nos falta analizar la tercera «razón»: la superioridad técnica de los bienes presentes.

2. *Tercera razón de la sobrevaloración de los bienes presentes: su superioridad técnica*

Esta tercera razón a la que Böhm-Bawerk atribuye una importancia decisiva consiste en el hecho de que «por razones técnicas los bienes presentes constituyen, por regla general, medios más apropiados para satisfacer nuestras necesidades y por tanto nos garantizan una utilidad marginal mayor que los bienes futuros».[16a] Aquí hay que hacer una observación previa. Nosotros siempre hemos considerado que los bienes presentes, «*bienes de consumo*», eran para Böhm-Bawerk bienes de primer orden, en detrimento de los florines «presentes» fácilmente convertibles en bienes de uso, que a su vez cubren de modo inmediato las necesidades humanas. Eran, en efecto, florines que el capitalista cambiaba, como una verdadera mercancía, por el «bien futuro», es decir, el trabajo. Pero ahora es diferente. Böhm-Bawerk ya no opone los medios de producción a los medios de consumo, sino que por el contrario compara los

15. *Ibid.*, p. 521.
16 a. *Ibid.*, p. 454 (subrayado por el autor).

medios de producción con las diversas categorías de medios de producción *entre sí*. Lo que acarrea múltiples consecuencias que analizaremos más adelante.

Volvamos a nuestro tema. El apartado anterior nos ha enseñado que según Böhm-Bawerk el proceso de producción es tanto más fructífero cuanto más tiempo dura. Tomemos una unidad cualquiera de medios de producción, por ejemplo un mes de trabajo, y apliquemos esta unidad a procesos de producción técnicamente diferentes; el resultado será distinto según la *duración* del proceso de producción. Como explicación, Böhm-Bawerk ilustra esta afirmación con el cuadro siguiente:

CUADRO I. — *Un mes de trabajo en el año*

Produce en el período económico (o sea, hasta finalizar el año)		1909	1910	1911	1912	Unidades de producción
	1909	100				
	1910	200	100			
	1911	280	200	100		
	1912	350	280	200	100	
	1913	400	350	280	200	
	1914	440	400	350	280	
	1915	470	440	400	350	
	1916	500	470	440	400	

Para satisfacer las necesidades del año 1909, dice Böhm Bawerk, un mes de trabajo de los años 1910 o 1911 aún no aporta absolutamente nada; el mes de trabajo del año 1909 aporta 100 unidades de producción; para satisfacer las necesidades del año 1914

un mes de trabajo en 1911=350, del año 1910=400, del año 1909=440 unidades de producción.

«Sea cual sea el espacio de tiempo que sirve como término de comparación, la cantidad de medios de producción anterior (presente) será siempre técnicamente superior a la misma cantidad menos alejada (futura).» Esta superioridad, prosigue Böhm-Bawerk, es no sólo de orden técnico, sino *económico:* el producto procedente de un sector «más capitalista», es decir, cuyo proceso de producción es más largo, es superior al del sector menos capitalista no sólo en cuanto al número, sino también en cuanto al *valor* global de las unidades fabricadas.

«¿Pero es ésta [la cantidad de medios de producción anterior] igualmente superior en cuanto al nivel de su utilidad marginal y de su *valor*? Ciertamente, puesto que si, para todas las clases de necesidades imaginables a las que se puede o se quiera destinar, pone a nuestra disposición una mayor cantidad de bienes aptos para satisfacerlas, es evidente que dicha cantidad debe tener una mayor importancia para nuestro bienestar.»[16b]

En una misma época, dice Böhm-Bawerk, una mayor cantidad de productos adquirirá, pues, para una misma persona un valor mayor. Eso por lo que se refiere al valor del *producto.* ¿Cómo se plantea entonces la cuestión de los medios de producción? Ya hemos visto en el apartado correspondiente al valor, que el valor de los medios de producción aplicados a usos diferentes viene determinado por el máximo del valor del producto, es decir, por el valor del producto fabricado en las condiciones más favorables.

16 b. *Ibid.*, p. 457.

«Cuando se trata de bienes que pueden emplearse alternativamente para varios fines, de diferente importancia en cuanto a su utilidad marginal, es la utilidad marginal más elevada la que domina. En la práctica será, por tanto, *el producto que represente* la cantidad de valor *más elevada.*»[17]

Dicho esto, lo lógico sería pensar que el valor de los medios de producción depende de la *cantidad máxima de productos,* es decir, de la máxima duración del proceso productivo. Pero en realidad —y se hace necesario insistir en este punto— la respuesta que da la teoría de Böhm-Bawerk es *diferente.* El valor global más elevado, dice nuestro autor, «no coincide forzosamente con el producto que contiene un mayor número de piezas: por el contrario, sólo muy raramente, o nunca, coinciden. Ya que el mayor número de piezas sólo podríamos obtenerlo mediante un proceso de producción desmesuradamente largo, de quizá 100 o 200 años de duración. Pero unos bienes que no estarían a nuestra disposición hasta los tiempos de nuestros nietos o de nuestros bisnietos, no tienen, por así decir, la menor utilidad para nuestra valoración actual».[18] Por esta razón, el valor global más elevado corresponderá al de los productos cuyo número de piezas, multiplicado por el valor de cada pieza, dé una magnitud máxima, teniendo además en cuenta «la relación entre la necesidad y su satisfacción en el período económico considerado y... la perspectiva de una reducción que afecta a los bienes futuros»[19] (es decir la disminución de valor. *N.B.*).

17. *Ibid.*, p. 458.
18. *Ibid.*, p. 460.
19. *Cf.* también la página 461 de la misma obra. Aquí, Böhm-Bawerk concibe, entre otras cosas, el valor de la suma como un valor unitario, multiplicado por el número de piezas, lo cual es

Supongamos que funcione la «primera razón, es decir, el perfeccionamiento de las condiciones de aprovisionamiento; supongamos también que el valor correspondiente (decreciente) de una unidad de producto, al que Böhm-Bawerk denomina «verdadero valor» sea para el año productivo de 1909=5; 1910=4; 1911=3'3; 1912=2'5; 1913=2'2; 1914=2'1; 1915=2; 1916=1'5. Cuando intervenga la *segunda razón, la reducción en perspectiva,* las cifras correspondientes serán entonces: 5; 3'8; 3; 2'2; 1'8; 1'5; 1. Admitamos también con Böhm-Bawerk la hipótesis de la disminución de valor de los «bienes futuros» en comparación con los «bienes presentes», de acuerdo con las dos razones anteriormente analizadas.

Con todo ello, Böhm-Bawerk construye el cuadro siguiente:

CUADRO II. — *Un mes de trabajo en el año 1909 da:*

En el período económico	Número de productos por pieza	Verdadera utilidad marginal de una pieza	Reducción en perspectiva del valor de cada pieza	Valor global del producto total
1909	100	5	5	500
1910	200	4	3'8	760
1911	280	3'3	3	840
1912	350	2'5	2'2	770
1913	400	2'2	2	800
1914	440	2'1	1'8	792
1915	470	2	1'5	705
1916	500	1'5	1	500

contrario a su propia teoría. Se esfuerza en vano por superar esta contradicción (pp. 461-462). Por otra parte, este problema pertenece a otro dominio; lo hemos analizado en el lugar correspondiente de la primera parte.

CUADRO III. — *Un mes de trabajo del año 1912 da:*

En el período económico	Número de productos por pieza	Verdadera utilidad marginal de una pieza	Reducción en perspectiva del valor de cada pieza	Valor global del producto total
1909		5	5	
1910		4	3'8	
1911		3'3	3	
1912	100	2'5	2'2	220
1913	200	2'2	2	400
1914	280	2'1	1'8	504
1915	350	2	1'5	525
1916	400	1'5	1	400

Estas tablas muestran que el valor máximo del trabajo realizado en 1909 (840 unidades de valor) es más elevado que el valor máximo resultante del trabajo posterior, el del año 1912 (525). Si hacemos el cálculo apropiado a los años 1910 y 1911 y resumimos el conjunto en un cuadro parecido al cuadro I, tendremos las siguientes cifras: [20]

CUADRO IV. — *Un mes de trabajo al año*

Da en el período económico	1909	1910	1911	1912
1909	500			
1910	760	580		
1911	840	600	300	
1912	770	616	440	220
1913	800	700	560	400
1914	792	720	630	504
1915	705	660	600	525
1916	500	470	440	400

20. El cuadro IV se diferencia solamente del cuadro I en que este último da las indicaciones en producto y aquél en valor.

«El menor trabajo presente supera, pues, efectivamente, todos los meses futuros, no sólo en cuanto a su productividad técnica, sino también en cuanto a su utilidad marginal y a su valor.»[21]

21. *Positive Theorie*, p. 465. A fin de comprender mejor la posición de Böhm-Bawerk, observemos que su concepción del «período de producción» difiere notablemente de la concepción corriente. Según este autor, este período no es la duración total que requiere realizar todas las operaciones, incluidas las operaciones preparatorias, ya que «en nuestra época, en la que la producción sin capital ha desaparecido casi por completo... el período de producción de casi cada bien de disfrute se remontaría según este cálculo a varios siglos» (p. 156). «Es más importante y más correcto considerar el espacio de tiempo que transcurre *por término medio* entre el gasto de las fuerzas productivas originarias puestas en acción, trabajo y utilización del suelo, y el acabado de los bienes de disfrute. El método de producción más capitalista es aquel que por término medio paga más tarde el gasto de fuerzas productivas originarias que contiene» (p. 157). Si la producción de una unidad de bien exige por término medio un gasto de 100 días de trabajo y si hasta la finalización del proceso 1 día ha sido utilizado en 10 años y cada día siguiente en 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2 y 1 año, y todos los restantes (90) años inmediatamente antes de la conclusión de todo el proceso, entonces el primer día de trabajo es pagado en 10 años, el segundo en 9, etc. El conjunto de los 10 días es pagado por término medio

$$\frac{10+9+8+7+6+5+4+3+2+1}{100} = \frac{55}{100}$$

es decir, aproximadamente 6 meses después. Se trata del proceso de producción, es decir, que una unidad de los medios de producción de 100 días ha sido utilizada en un proceso de producción cuyo período de producción es de 6 meses. Cuanto más largo es el proceso de producción, más lucrativa resulta la producción, más lucrativa resulta la «productividad del capital». Lewin pone muy bien de relieve la confusión y la absurdidad perfectas de esta concepción: «Lo que resulta particularmente incomprensible, es cómo y por qué Böhm-Bawerk llega a esta media calculando el período de producción. La herramienta que, en el ejemplo anterior, ha sido fabricada 10 años antes y que ha servido para producir el bien ya terminado, pertenece en su totalidad y no en su décima parte, a la producción de este bien; tampoco los demás productos intermedios pueden ser considerados como fracciones. Para el cálculo de los gastos, sólo una parte equivalente

Böhm-Bawerk da ya por sabido que los *bienes productivos presentes* sobrepasan a los *bienes productivos futuros* no sólo en el aspecto técnico sino además desde el punto de vista económico. Böhm-Bawerk acaba refiriéndose a los bienes presentes propiamente dichos, o sea a los actuales *bienes de uso*, haciendo la siguiente reflexión: la posesión de cierta provisión de bienes de uso presentes permite utilizar los medios de producción en los procesos más productivos; si solamente se poseen medios de existencia en pequeña cantidad, no se puede aguardar durante mucho tiempo la fabricación del producto. Una cierta cantidad de medios de existencia determina una cierta duración de la producción. Vemos entonces que cuanto antes entramos en posesión de los medios de producción más en disposición estamos de beneficiarnos de ellos. Si tenemos una provisión de bienes de consumo presentes para un período de 10 años, el bien de producción presente puede ser utilizado durante todos estos 10 años; un bien futuro, en cambio, permanecerá en el proceso productivo durante un menor espacio de tiempo: si obtenemos el medio de producción después de 3 años, entonces el máximo del proceso de producción tendrá 10 menos 3 años, es decir 7 años, etc.[22] «La explicación —dice Böhm-Bawer— es ésta: al dispo-

de los medios de producción entra en el cálculo, mientras que para determinar la duración de la producción hay que considerar cada medio de producción en su *integridad*» (*loc. cit.*, p. 201). De modo que la noción de período de producción, sobre la que se basan los cálculos de Böhm, carece de sentido. El propio Böhm-Bawerk no siempre se mantiene fiel a esta definición.

22. La interpretación de CHAPOCHNIKOV (*loc. cit.*, p. 120) es parecida. En realidad, la relación entre la duración del proceso de producción y la cantidad de provisiones es más complicada en Böhm-Bawerk (compárese con *Positive Theorie*, pp. 532-536); pero en este caso eso no tiene ninguna importancia.

ner de una cantidad de medios de consumo presentes cubrimos nuestras necesidades de subsistencia durante el período económico en curso, lo cual libera los medios de producción de que disponemos mientras dura dicho período (trabajo, uso del suelo, salarios de capital [*Kapitalgehälter*]), disponibles así para las necesidades técnicamente más rentables del futuro.»[23] Dicho de otra manera: dado que los bienes productivos presentes poseen más valor que los del futuro y que la existencia de bienes de consumo presentes favorece esta situación, estos últimos reciben cierto agio. El superior valor de los bienes productivos presentes lleva consigo el aumento de valor de los bienes de consumo presentes.

Hasta aquí lo referente a la «tercera razón». Antes de pasar a la crítica de este argumento, a nuestro modo de ver el más importante y el más escolástico de Böhm-Bawerk, repitamos brevemente una vez más cómo se encadenan sus ideas:

1. Los bienes productivos presentes proporcionan mayor cantidad de productos que los bienes futuros.
2. El valor de este producto en cada momento dado, al igual que el *máximo de valor*, son mayores cuando se trata de bienes productivos presentes.
3. Por eso el valor de los *medios de producción* presentes es superior al de los bienes futuros.
4. Dado que los bienes de consumo presentes permiten utilizar los medios de producción en las operaciones más productivas, es decir, utilizarlos inmediatamente durante un largo período de tiempo, los bienes de consumo presentes poseen un valor superior al de los bienes de consumo futuros.

23. BÖHM-BAWERK, *Positive Theorie*, p. 469.

Pasemos a continuación al examen crítico de esta argumentación. A propósito del punto 1: los bienes productivos presentes, dice Böhm-Bawerk, proporcionan una mayor cantidad de productos. Como prueba figura el Cuadro I. Para que la argumentación de Böhm-Bawerk se sostenga, hay que eliminar en él todo lo que se refiera a las dos primeras «razones» de la sobrevaloración de los bienes presentes. Hay que considerar la cantidad de productos obtenida, independientemente de saber *cuándo* fue obtenido. Sin embargo, en el cuadro de Böhm-Bawerk, las series de producción acaban todas al finalizar el mismo año. Pero supongamos que el momento en que obtenemos el producto carezca para nosotros de importancia; en este caso los resultados a los que llegamos son, como ha demostrado Bortkievicz, esencialmente distintos.

CUADRO I. — *Un mes de trabajo en el año*

		1909	1910	1911	1912
Da para el período económico	1909	100			
	1910	200	100		
	1911	280	200	100	
	1912	350	280	200	100
	1913	400	350	280	200
	1914	440	400	350	280
	1915	470	440	400	350
	1916	500	470	440	400

Unidades de producto

Ahora bien, si admitimos que las series de producción de los años 1909, 1910 y 1912 tiene igual duración, entonces la *cantidad de productos* también

será la misma que en 1909; no existe ninguna diferencia *en cuanto* a la cantidad de productos. La única diferencia estará, por tanto, en el hecho de que esta cantidad de productos, de idéntica magnitud, no será obtenida en el mismo momento, es decir: cuanto más alejado esté un medio de producción del medio de producción «presente», tanto más tardío será el resultado de aquél, similar en cuanto a su magnitud absoluta. Mientras que un mes de trabajo

CUADRO Ia. — *Un mes de trabajo en el año*

Da para el período económico		1909	1910	1911	1912	Unidades de producto
	1909	100				
	1910	200	100			
	1911	280	200	100		
	1912	350	280	200	100	
	1913	400	350	280	200	
	1914	440	400	350	280	
	1915	470	440	400	350	
	1916	500	470	440	400	
	1917		500	470	440	
	1918			500	470	
	1919				500	

del año 1909 proporciona a partir de 1916, 500 unidades de producto, un mes de trabajo del año 1910 proporcionaría estas mismas 500 unidades de producto no en 1916, sino en 1917; un mes de trabajo del año 1912 proporcionaría la misma cantidad en 1918, etc. De lo que resulta que si prescindimos de la diferencia de valoración de los productos más precoces

y tardíos, la cantidad de producto es siempre la misma.

Hablemos del punto 2. Llegamos ahora a la cuestión del valor del producto y de su valor máximo. Hemos visto antes que si nos atenemos estrictamente al punto de vista de Böhm-Bawerk el valor máximo debería resultar de la prolongación material del proceso de producción y por consiguiente también del máximo aumento de la cantidad de productos. Pero esto, Böhm-Bawerk lo niega, *basándose en el hecho de que los productos fabricados en el tiempo de nuestros bisnietos no tendrán casi ninguna utilidad para nosotros*. Esta hipótesis sobre la que se basan sus cálculos es metodológicamente inadmisible: al suponer de antemano la minusvaloración de los bienes futuros (condicionada bien por la primera, bien por la segunda «razón») imposibilitamos el análisis de la «tercera razón», que es la que ahora nos interesa. En realidad, Böhm-Bawerk introduce subrepticiamente el efecto del primer o del segundo factor y *sólo gracias a esto* obtiene unos resultados que atribuye al efecto de un tercer factor. En efecto, ¿cómo ha podido obtener un valor máximo diferente para los productos de los medios de producción que tienen una duración de producción distinta? Únicamente disminuyendo por dos veces el valor del producto en función del factor tiempo:

1909 ... 5	1913 ... 2'2	1909 ... 5	1913 ... 2
1910 ... 4	1914 ... 2'1	1910 ... 3'8	1914 ... 1'8
1911 ... 3'3	1915 ... 2	1911 ... 3'2	1915 ... 1'5
1912 ... 2'5	1916 ... 1'5	1912 ... 2'2	1916 ... 1

Las dos primeras columnas muestran la disminución del valor de los bienes a causa de «condicio-

nes de aprovisionamiento cada vez mejores»; las otras dos muestran la disminución del valor a causa de reflexiones acerca de la vanidad de la vida humana, etc., es decir, a causa de la segunda razón. Si no fuera así, el mismo número 5 figuraría en todos los años. Ahora bien, si construimos un cuadro parecido al Cuadro IV, admitiendo en todas las series verticales una disminución de valor paralela a la cantidad de productos al aumento, obtenemos el Cuadro IVa.[24]

Comparando los Cuadros IV y IVa observamos que el Cuadro IV el máximo de «valor» es distinto (840, 720, 630, 525), pero que en el Cuadro IVa permanece invariable el mismo número (840), Esta diferencia ocurre *únicamente* porque en el Cuadro IV la disminución se anota en función *del tiempo*, de modo que la segunda columna vertical comienza por una cifra distinta (380 en vez de 500). En cambio, la disminución de valor del Cuadro IVa solamente se anota en función de la cantidad de productos; las cifras iniciales de las cuatro series son las mismas, al ser asimismo idéntica la cantidad de productos.[25] Se comprende entonces que si se llega a resultados superiores en lo que concierne a la productividad económica de los actuales medios de producción, se debe exclusivamente a que los dos momentos considerados han sido incluidos en los cálculos. Evidentemente, se obtiene el mismo resultado (si bien ligeramente inferior en cuanto a la cantidad), si sólo se opera con *uno* de ambos momentos (ya sea el primero o el segundo). En cualquier caso, está claro que en tanto que factor independiente la famosa «tercera

24. Para mayor simplicidad admitimos el mismo grado de disminución que aquel que, según Böhm-Bawerk, resulta de las dos primeras fracciones; es la serie: 5, 3'8, 3'3, 2'2, etc.

25. En estos cuadros, Böhm-Bawerk no tiene en cuenta, entre otras cosas, el hecho de que el valor del producto disminuye a medida que aumenta en cantidad, es decir, que Böhm hace abstracción del principio *más importante* de la teoría de la utilidad marginal.

CUADRO IV. — *Un mes de trabajo en el año*

		1909	1910	1911	1912	
Da para el período económico	1909	500				Unidades de valor
	1910	760	380			
	1911	*840*	600	300		
	1912	770	616	440	220	
	1913	800	700	560	400	
	1914	792	*720*	*630*	504	
	1915	705	660	600	*525*	
	1916	500	470	400	400	

CUADRO IVa. — *Un mes de trabajo en el año*

		1909	1910	1911	1912	
Da para el período económico	1909	500				Unidades de valor
	1910	760	500			
	1911	*840*	760	500		
	1912	770	*840*	760	500	
	1913	800	770	*840*	760	
	1914	792	800	770	*840*	
	1915	705	792	800	770	
	1916	500	705	792	800	
	1917		500	705	792	
	1918			500	705	
	1919				500	

razón» es sencillamente inexistente. Con lo que se resuelve al mismo tiempo el problema del valor de los medios de producción presentes y futuros (punto 3).

Punto 4. Supongamos, no obstante lo dicho, la validez de las tres primeras «razones» de la «tercera razón»; con eso Böhm-Bawerk tampoco avanzaría mucho en la explicación del paso de los bienes productivos a los bienes de consumo. Sabemos que su argumentación es la siguiente: dado que los bienes de producción presentes tienen más valor que los futuros, los bienes de disfrute presentes también tienen más valor que los futuros. Por tanto, los bienes de disfrute se consideran como medios de producción de los medios de producción, si se puede hablar así; los bienes de producción representan además el factor determinante, y los bienes de disfrute el factor a determinar.

Pero esta afirmación contradice el punto fundamental de toda la teoría, a saber: que los bienes de disfrute son de naturaleza primaria debiendo ser los bienes de producción, de orden más alejado, magnitudes que deriven del valor de aquéllos. Ocurre, pues, que también aquí la explicación de Böhm-Bawerk cae en un círculo vicioso.[26] El valor del producto determina el valor de los medios de producción, y el valor de los medios de producción determina el del producto, lo que es ya en sí mismo una contradicción. Pero incluso pasando por alto este aspecto, la relación entre la determinación del valor de los bienes presentes a causa de su utilidad marginal y la determinación que resulta de la productividad técnica y económica incrementada de los medios de producción presentes, resulta igualmente incomprensible. Suponiendo que la utilidad marginal de un determinado stock de bienes presentes sea de 500; si las dos primeras razones son absolutamente inoperantes y de momento el efecto de la tercera tampoco se manifiesta, el futuro stock de estos mismos bienes tendrá también una utilidad marginal de 500. Supongamos también que a consecuencia del período de producción más ventajosa, que a su vez se debe a la existencia de nuestro stock, tenemos 800 unidades de valor, de las que a causa de una diferencia de un año (es decir de un proceso de producción más corto), sólo obtendríamos 700. Según Böhm-Bawerk deberíamos entonces constatar un aumento del valor de los bienes presentes en comparación con los bienes futuros. Sería lo que ocurriría (consideramos los dos casos *límite*) bien si el valor de los bienes presentes llegara más allá de 500 o bien si el de los bienes futuros descendiera por debajo de 500. La primera de estas dos posibilidades no puede tenerse en cuenta, ya que constituiría una clara infracción de la ley de la utilidad marginal. ¿Puede verificarse la segunda posibilidad? Tampoco. No se comprende en absoluto cómo los bienes podrían perder valor por la única razón de que en su favor no pueda hacerse *nada* que no figure en la «escala de necesidades». Es algo completamente absurdo. La expli-

26. Compárese con BORTKIEVICZ, *loc. cit.*, pp. 957-958: «En efecto, la superioridad técnica de los bienes de producción presentes debe indirectamente dar lugar a un beneficio de valor en favor de los bienes de disfrute presentes, ya que la libre disposición de éstos libera determinados medios de producción para su utilización técnicamente más lucrativa en el futuro.» Aunque este argumento puede usarse a la inversa, puesto que en realidad, un excedente de valor de los bienes de producción presentes con relación a los bienes de producción futuros no puede existir más que a causa de una diferente apreciación de bienes de producción distantes en el tiempo, y vemos cómo esta diferencia de apreciación debe a su vez explicarse por la relación de valor entre bienes de producción presentes y futuros.

cación de este hecho es muy sencilla. El más que artificial entramado de Böhm-Bawerk supone que los bienes de consumo dependen, en cuanto a su valor, de los bienes de producción; en cierto sentido, los bienes de consumo son considerados como medios de producción con vistas a la producción de medios de producción. Con los que los mismos cimientos de su construcción *fundamental* se hunden definitivamente. Los fundamentos de esta teoría se apoyaban en la utilidad marginal de los bienes de consumo, entendidos como fundamento último de todo valor. Pero desde el momento en que los bienes de consumo pasan a ser considerados como medios de producción, la teoría de la utilidad marginal en su totalidad carece de sentido.

Aparte, toda la argumentación de Böhm-Bawerk referente a la «tercera razón» se funda en la diferencia de duración de los procesos productivos: precisamente de la ventaja que presentan los procesos productivos más largos se hace derivar el beneficio. Pero como Böhm-Bawerk —lo hemos visto antes— reconoce la insuficiencia de las dos primeras razones, en definitiva sólo queda la «superioridad técnica» de los bienes presentes para explicar el beneficio. Sin embargo, no cabe la menor duda de que incluso en presencia de procesos productivos de igual duración, el beneficio no deja de existir por eso. Aunque (usando la terminología marxista), la composición orgánica del capital sea la misma en todos los sectores de la producción, o dicho de otra manera, aunque la composición orgánica del capital sea la misma para cada sector particular de la composición social media del capital, eso no basta para hacer desaparecer el beneficio. En lo único que se diferenciaría de la «realidad» concreta, sería en que la tasa media de

beneficio se realizaría directamente en ausencia de cualquier trasvase de capitales de un sector de la producción a otro. Por otra parte, el «beneficio diferencial» o excedente de beneficio, realizado en una empresa aislada que disponga de una técnica muy perfeccionada, pero que aún no ha pasado a ser bien común de todos, no puede servir de ejemplo de *beneficio* sin adjetivos; puesto que incluso en caso de equiparación técnica, o sea en tanto que ingreso específico, este beneficio no sería el de un empresario aisladamente considerado, sino como beneficio de conjunto de la *clase* capitalista. «Si todos los capitalistas —escribe Stolzmann— pueden obtener el mismo provecho de un incremento de productividad, la "plusvalía" no puede obtenerse por la divergencia entre las cantidades de productos fabricados *sin* el rodeo capitalista y las cantidades de productos fabricados *con* este rodeo.»[27]

Ahora bien, si pasamos a considerar las motivaciones de los capitalistas y de los obreros, observaremos lo siguiente. En el caso del obrero, no se puede hablar de elección entre uno u otro proceso de producción, por la sencilla razón de que, como obrero, no tiene la menor posibilidad de acceder a una producción independiente. Por lo que respecta al obrero, *plantear* la cuestión de la elección es sencillamente absurdo. Pero en lo que se refiere al capitalista, las armas de Böhm-Bawerk se vuelven contra sí mismo, ya que el trabajo, como medio de producción, permite al capitalista efectuar cualquier «rodeo»; los actuales florines serían capital muerto si no se vieran fecundados por el trabajo. En otras palabras: los «bienes presentes» no tienen razón de ser para el

27. STOLZMANN, *loc. cit.*, p. 320; compárese también con BORTKIEVICZ, *loc. cit.*, p. 943, etc.

capitalista más que en la medida en que puede transformarlos en trabajo (prescindimos de los restantes medios de producción). Si comparamos el *dinero* con el *trabajo* (sin hablar de los bienes de uso, que, en tanto que tales, son absolutamente superfluos para el capitalista), *el trabajo posee para el capitalista un valor subjetivo superior*. Es una simple consecuencia del fenómeno del cambio; si el capitalista no obtuviera ningún provecho de la compra del trabajo, es decir, si no lo hubiera valorado a un nivel superior al de sus florines, no se hubiera preocupado por comprarlo, porque el capitalista calcula de antemano el beneficio que puede sacar —es precisamente eso lo que le mueve en todas y cada una de sus valoraciones.

Veamos ahora este punto desde otro ángulo. Supongamos que hay 1 000 florines presentes y futuros. ¿Valorará el capitalista los 1 000 florines presentes con un índice más elevado que los 1 000 florines futuros? Sin duda alguna. ¿Por qué? Pues por la sencilla razón que «el dinero produce dinero». La superioridad que normalmente se concede al dinero contante y sonante se basa en operaciones de crédito, o sea, en última instancia en el beneficio. Pero este ejemplo *característico* de la sociedad capitalista no puede explicar en modo alguno el «ingreso sin trabajo», porque este ejemplo supone precisamente este «ingreso sin trabajo». Por otra parte, existe aún otra manera de probar que el valor superior de los bienes presentes no puede servir de explicación a la formación del beneficio. Hemos visto que al analizar la «tercera razón» el principal argumento de Böhm-Bawerk en favor de la sobrevaloración de los bienes presentes y de la *explicación del beneficio*, consiste en que los bienes presentes posibilitan el empleo de

métodos productivos. Admitamos por un momento que esta ventaja de los bienes presentes sea cierta. Imaginemos, además, que el capitalista, al no disponer de dinero líquido, se vea obligado a recurrir al dinero con interés, con el fin de beneficiarse de prolongados procesos productivos. Es evidente que su *beneficio* no puede justificarse por la superioridad de la cantidad de dinero presente sobre la futura. Lo que demuestra que la «tercera razón» es también falsa.

Hemos examinado desde diversos ángulos el principal argumento de Böhm-Bawerk, y siempre hemos llegado a la misma conclusión: su argumentación descansa sobre bases enteramente escolásticas, cogidas por los pelos, por una parte contrarias a la realidad (valoración del obrero y del capitalista) y, por otra, en contradicción consigo mismo (como ocurre con la «tercera razón», que más o menos deriva de las dos primeras, con la definición del valor de los bienes de disfrute por el valor de los bienes de producción y viceversa, etc.).

Los esfuerzos de Böhm-Bawerk por hacer derivar el beneficio de la diversidad técnica de las diferentes empresas (tiempos de producción más o menos largos) esconden visiblemente el deseo de disimular las *razones generales* del beneficio, las cuales son consecuencia de la *situación de clase* de la burguesía —beneficio cuya formación no busca explicar, sino por el contrario esconder, por medio del uso de una terminología grotesca y una argumentación escolástica, sofisticada.

3. *El fondo de subsistencia. La oferta y la demanda de bienes presentes. Origen del beneficio*

Nos falta responder a la pregunta de qué son en definitiva los «bienes presentes», cuyo cambio por bienes futuros —el trabajo— se quiere presentar como la causa de la formación de beneficio. A esta pregunta responde Böhm-Bawerk con su tesis acerca del «fondo de subsistencia».

«... En una economía, la oferta en anticipos de subsistencia consiste, aproximadamente, en la suma total de su nivel de riqueza, con excepción de los bienes agrarios. Este stock tiene por misión mantener a la población durante el espacio de tiempo que va de la puesta en funcionamiento de sus fuerzas productivas originarias a la obtención del producto consumible, es decir, durante el período de producción social media; período éste que se puede alargar cuanto más importante es la reserva de riqueza acumulada.»[28]

«Lo que en el mercado se presenta como oferta de créditos de subsistencia es, en realidad, la totalidad del stock de riqueza acumulada por la sociedad, excepto la parte insignificante que consume su propio existir.»[29]

«La totalidad del stock de riqueza de una economía sirve de fondo de subsistencia, o fondo de crédito, del que la sociedad extrae su subsistencia durante el período de producción social habitual.»[30]

El «*stock* de riqueza» total de la sociedad incluye asimismo los medios de producción, es decir, los elementos materiales del capital constante, inadecuados

28. *Positive Theorie*, p. 525.
29. *Ibid.*, p. 527.
30. *Ibid.*, p. 528.

para el consumo inmediato, lo que no es obstáculo para que Böhm-Bawerk incorpore este «stock de riqueza» al *fondo de subsistencia* con el pretexto de que se produce una constante «maduración» de los bienes futuros en bienes presentes.

Todavía nos queda por precisar la posición de los compradores y vendedores que comercian con los diversos bienes presentes y futuros. En lo que se refiere a la *oferta* de bienes presentes, Böhm-Bawerk subraya este punto: la *amplitud* de la oferta de medios de subsistencia consiste en el conjunto de bienes de capital acumulados, excepción hecha de los bienes agrarios y una vez deducidas las cantidades que «gastan a título de préstamos o de modo definitivo, por una parte los poseedores con tendencia al empobrecimiento, y por otra parte aquellos que producen independientemente por sus propios medios.» [31]

«La intensidad de la oferta»[32] es tal que «para los capitalistas, el valor de uso subjetivo de los bienes presentes *no supera* el de los valores futuros. En caso necesario, estarían por tanto dispuestos a dar por diez florines disponibles a los dos años, o lo que es lo mismo, por una semana de trabajo que les produzca diez florines a los dos años, casi diez florines actuales».[33]

31. *Ibid.*, p. 528.
32. La parte consagrada al valor nos ha enseñado que desde el punto de vista de la escuela austriaca es importante conocer no sólo la *cantidad* de bienes ofrecidos y demandados («amplitud» de la oferta y de la demanda), sino también las *estimaciones subjetivas* de una unidad, según uno y otro sector («intensidad»). Únicamente el resultado de la relación entre estas dos magnitudes da lugar a los precios.
33. *Ibid.*, p. 538. Böhm-Bawerk reconoce, por consiguiente, que los *capitalistas* no valoran los bienes presentes con un índice más alto que los bienes futuros.

La demanda de bienes presentes proviene:

1. De los numerosos obreros asalariados. Una parte de éstos valora su trabajo en 5 florines y otra sólo en 2 florines y medio (!!).

2. De un reducido número de personas, a la búsqueda de créditos de consumo, que están dispuestas a pagar un cierto agio a cambio de bienes presentes.

3. De una serie de pequeños productores independientes, a la búsqueda de los créditos de producción que necesitan para prolongar el período de producción.

Dado que para todos los vendedores, pretende Böhm-Bawerk a continuación, la estimación de los bienes presentes y futuros es aproximadamente la misma, y que, en cambio, los compradores sobrevaloran los bienes presentes, el resultado depende de la preponderancia numérica de unos u otros.

Se trata, por consiguiente, de probar «que la oferta en bienes presentes *debe* ser numéricamente sobrepasada por la demanda».[34]

Es lo que Böhm-Bawerk intenta conseguir con el siguiente razonamiento: «En toda nación, aunque fuera la más rica de todas —escribe Böhm—, la oferta está limitada por la situación coyuntural de la riqueza nacional. En cambio, la demanda es una magnitud prácticamente ilimitada: su índice de crecimiento es como mínimo igual al de rendimiento de la producción, e incluso en las naciones más ricas este índice supera en mucho el estado de posesión del momento considerado.»[35] La demanda, pues, es lo

34. *Ibid.*, p. 541.

35. *Ibid.*, p. 541. Aquí la competencia entre capitalistas a consecuencia del crédito a la producción es considerada como la causa principal de la formación del beneficio.

que predomina. Y como el precio de mercado es por fuerza más elevado que el precio ofrecido por el comprador excluido de la lucha concurrencial y que además este precio contiene ya un cierto agio por bienes presentes (la sobrevaloración de los bienes presentes por parte de los compradores), el precio de mercado contendrá también un cierto agio por bienes presentes.[36] «El interés y el agio —dice Böhm-Bawerk— son inevitables.»[37]

Éste es el punto final de la teoría del beneficio en Böhm-Bawerk. Procedamos ahora a su análisis crítico.

Lo que ante todo sorprende, es el carácter artificioso y contradictorio de la noción de «fondo de subsistencia». Este «fondo de subsistencia» en el que se quieren incluir solamente los bienes presentes, implica todo lo que no es bienes agrarios ni artículo de consumo de los capitalistas, o sea que incluye también todos los medios de producción. Böhm-Bawerk se cree autorizado para adoptar este punto de vista por el hecho de que los bienes futuros se convierten por «maduración» en bienes presentes, transformándose así los medios de producción en artículos de consumo. Pero esto es sólo una verdad a medias, ya que los medios de producción se transforman no sólo en medios de consumo sino, al mismo tiempo, en medios de producción. En el curso del proceso de reproducción social *es preciso* fabricar no sólo bienes de consumo sino además medios de producción. Más aún, en una reproducción ampliada, la parte correspondiente a los medios de producción aumenta sin cesar con relación al coste del trabajo. Es pues totalmente inadmisible eliminar el capital constante

36. Comparar, p. 540.

37. *Ibid.*, p. 541.

del análisis. En el fondo, Böhm-Bawerk repite el viejo error de Adam Smith puesto de manifiesto por Marx en el Libro II de *El Capital*, error consistente en descomponer el valor de la mercancía en *v* (capital variable) y *pl* (plusvalía), olvidando por completo *c* (capital constante). «Razón de más —dice Marx— para que A. Smith [Böhm-Bawerk, *N.B.*] se hubiera dado cuenta de que el valor de los medios de producción fabricados anualmente, que iguala el valor de los medios de producción en circulación en el interior de esta esfera de producción —los medios de producción que sirven para fabricar otros medios de producción— es decir, una parte de valor igual al valor del capital constante aquí utilizado, es una parte completamente excluida de todo componente de valor que engendre algún ingreso, no sólo a causa de la forma natural bajo la que dicho valor existe, sino además a causa de su función como capital.»[38]

Aún más insensata resulta esta noción de un «fondo de subsistencia» cuando se hace una *confrontación* entre bienes presentes y futuros. Puesto que el propósito de Böhm-Bawerk es dilucidar la relación de cambio entre los bienes presentes por un lado, y los bienes futuros (trabajo), por otro. Los bienes presentes y los bienes futuros deberían oponerse a causa de su polaridad; desde esta perspectiva, el fondo de subsistencia no puede ser otra cosa que la *totalidad de los bienes presentes lanzados en el mercado.* El propio Böhm-Bawerk titula el apartado en cuestión: «El mercado general de médios de subsistencia.» También el propio Böhm-Bawerk separa de este

38. Karl MARX, *El Capital*, L. II, p. 339. *Cf.* también en el mismo lugar el capítulo sobre la teoría de Smith respecto a la disociación del valor de cambio en *v* + *pl*.

fondo, muy lógicamente, los bienes de consumo «bienes presentes» —los cuales entran en el consumo individual de los capitalistas, ya que en el mercado estos bienes no forman parte de la demanda de los trabajadores. Pero por otra parte incluye en este fondo medios de producción que son con toda evidencia bienes futuros, oponiéndolos a continuación al trabajo —bien igualmente futuro—, aunque no exista relación alguna entre ambas categorías de bienes. Además, Böhm-Bawerk incluye en esta demanda los individuos a la búsqueda de créditos productivos, es decir, individuos cuya demanda no va dirigida a bienes de disfrute, sino a medios de producción (el obrero quiere comer, el capitalista quiere «prolongar los procesos de producción»). Todo el montaje teórico adquiere de este modo el aspecto de un increíble cambalache de elementos heterogéneos. Por otra parte, la única razón por la que los individuos que buscan créditos productivos pueden ser asimilados a los obreros, es porque ambas categorías perciben el equivalente de mercancías en forma de *dinero. Únicamente* desde este punto de vista se puede escribir: «El mercado del préstamo y el del trabajo son dos mercados en los que... las mercancías en oferta y en demanda son las mismas, es decir, son bienes presentes... obreros asalariados y solicitantes de créditos son, pues, dos esferas de la *misma* y única demanda; sus efectos se apoyan unos sobre otros, formando conjuntamente el precio.»[39] Sólo en el dominio de la moneda pueden considerarse aparejadas estas dos categorías, ya que desde el momento en que se estudia la demanda de «bienes de disfrute», en otras palabras, «el mercado de los medios de existencia»,

39. *Positive Theorie*, p. 524.

todo parecido entre el obrero y el solicitante de créditos productivos se desvanece.

Analicemos ahora la relación entre la oferta de bienes presentes y su demanda. La teoría de Böhm-Bawerk presenta en este punto dos variantes. De un lado, todo el entramado teórico parece basarse en la compra de trabajo en tanto que fenómeno social, derivando el beneficio de la minusvaloración de los bienes futuros por parte de los *obreros*; de otro, es en la demanda de bienes presentes por parte de los solicitantes de créditos productivos en lo que, en último término, se quiere buscar la explicación del beneficio.

En el primer caso, es la competencia entre *obreros* y en el segundo, la de los *capitalistas* entre sí, lo que desempeña el papel decisivo. Esta última idea no puede resistir la crítica,[40] aunque sólo sea porque no es capaz de explicar el origen del beneficio *de la clase* capitalista; el mercado del crédito, el pago de intereses por los créditos recibidos, todo eso no es nada más que una redistribución de valores entre dos sectores de la misma clase capitalista; pero tampoco esta *redistribución* explica el *origen* del excedente de valor. En teoría podemos imaginar una sociedad en la que no exista ningún tipo de mercado de créditos, lo que no eliminaría en absoluto la existencia del beneficio. No tenemos, pues, más remedio que considerar la competencia de los *obreros* entre sí como fundamento del beneficio. Aquí las cosas se le aparecen a Böhm-Bawerk del siguiente modo, como

40. *Cf.* por ejemplo las pp. 541 a 544 de *Positive Theorie*. Dejamos de lado los argumentos referentes a los individuos a la búsqueda de créditos de consumo, ya que Böhm-Bawerk no concede casi ninguna importancia a esos argumentos. *Cf.* nota, p 296.

ya hemos apuntado: los capitalistas adelantan a los obreros los medios de subsistencia (compra de trabajo), entendiéndose que los obreros valoran su trabajo de modo inferior al valor del producto futuro; de ahí el agio sobre los bienes presentes. La preponderancia numérica de los obreros tiene como consecuencia crear *en el mercado* el agio obtenido de los bienes presentes. De lo que podríamos concluir que el beneficio proviene precisamente de la posición socialmente débil de la clase obrera. Pero como la menor alusión a esta posibilidad pone nervioso a nuestro profesor, éste no se cansa de afirmar, a pesar de las contradicciones en que cae, que *todos* los obreros encuentran siempre trabajo, que la demanda de trabajo en ningún caso es inferior a la oferta y que por consiguiente no se puede considerar la competencia entre los obreros como fuente del beneficio. He ahí una muestra de este modo de razonar: «Ahora bien, las condiciones desfavorables a los compradores pueden *compensarse mediante una viva competencia entre los vendedores*. Si éstos son poco numerosos, poseen, en cambio, una mayor cantidad de bienes presentes para hacer fructificar... Felizmente ésta es la regla general de la vida.»[41]

Pero dejemos ya estas equivocaciones, por importantes que sean desde el punto de vista teórico. Supongamos, a pesar de todo, que el beneficio resulta de la compra de un bien futuro —del trabajo— y veamos qué ocurre en realidad entre capitalistas y obreros y cómo Böhm-Bawerk lo imagina. Es aquí cuando tropezamos con una consideración que tira por los suelos todas las concepciones de Böhm-Bawerk, puesto que su teoría se basa en la hipótesis según

41. *Ibid.*, p. 575, subrayado por el autor.

la cual el capitalista hace *un adelanto* al trabajador; en efecto, sus ideas fundamentales presuponen que el trabajo madura poco a poco y que sólo en estado de plena madurez proporciona beneficio; la diferencia de valor entre el coste y los ingresos resultaría de que el trabajo es pagado *antes de que comience el proceso de trabajo*, es decir, que este pago corresponde al valor que posee el trabajo en tanto que «bien futuro». *Pero es precisamente esta hipótesis basada en nada, la que contradice la realidad. De hecho las cosas ocurren a la inversa: no es el capitalista el que adelanta el salario al obrero, sino que es éste el que adelanta al capitalista su fuerza de trabajo.* El pago no se hace antes, sino después del proceso de trabajo. Esto ocurre especialmente en el salario por piezas, en el que el salario depende del número de piezas *acabadas*. «Pero el dinero que el obrero recibe del capitalista lo hace únicamente tras haberle proporcionado a este último el uso de su fuerza de trabajo una vez ésta ha sido incorporada al valor del producto del trabajo. El capitalista tiene este valor en su poder antes de pagarlo... Aquélla [la fuerza de trabajo, *N.B.*] ya ha proporcionado en forma de mercancía el equivalente a pagar al obrero antes de que el capitalista se lo pague en forma de dinero. Así, pues, el obrero crea él mismo el fondo monetario que le sirve al capitalista para pagarle.»[42] Sin duda hay veces en que el pago se efectúa de antemano; pero, primero, este fenómeno no es ni mucho menos *característico* de la vida económica moderna y, segundo, no disminuye en nada nuestra afirmación, ya que si existe beneficio incluso cuando el salario es pagado al finalizar el proceso de trabajo, está claro

42. Karl MARX, *El Capital*, L. II, p. 355.

que su existencia se debe forzosamente a algún otro fenómeno y en ningún caso a la diferencia entre bienes presentes y bienes futuros.

Se debe considerar como uno de estos fenómenos el poder social del capital, el cual se basa en el hecho de que los capitalistas como clase han monopolizado los medios de producción, cosa que obliga al obrero a ceder una parte de su producto. La desigualdad social, la existencia de antagonismos sociales, éste es el hecho fundamental de la vida económica moderna; son estas relaciones entre clases en el dominio económico, es decir, las relaciones de producción, lo que constituye la «estructura económica» típica de la sociedad capitalista; toda teoría que olvide el análisis de esta estructura está de antemano condenada a la impotencia. Pero la voluntad de esconder los antagonismos de clase es tal que la ciencia burguesa moderna se dedica afanosamente a montar mil «declaraciones» insípidas, a acumular argumentos carentes de todo sentido, a elaborar «sistemas» enteros, a desenterrar «teorías» olvidadas desde hace mucho tiempo, y a redactar montañas de volúmenes con el único fin de probar que: «en la naturaleza del beneficio... no hay nada por lo que ésta pueda parecer contraria a la equidad y a la justicia».

CONCLUSIÓN

Si se considera la totalidad del «sistema» de Böhm-Bawerk y si se intenta apreciar el peso específico de sus diversas partes, se observa que su *teoría del valor* es la base de su *teoría del beneficio*. La teoría del valor no es más que un simple expediente. Eso es válido no sólo para Böhm-Bawerk. Wieser se sirve de la teoría del «valor añadido» para derivar de éste la parte correspondiente del capital, del trabajo y del bien agrario, de donde se llega, por sustitución de términos, a las partes correspondientes de los capitalistas, de los obreros y de los propietarios agrícolas, como si se tratara de magnitudes «naturales» que nada tuvieran que ver con la explotación *social* del proletariado. Lo mismo ocurre en Clark, el más eminente representante de la escuela americana. Siempre un mismo y único motivo de fondo: la teoría del valor es una empresa teórica que sirve para justificar el orden social contemporáneo; éste es el «valor social» que reviste la teoría de la utilidad marginal para las clases interesadas en perpetuar este orden social. Cuanto menos fundamento lógico tiene, más fuerte es la atracción psicológica de esta teoría para quienes no quieren mirar más allá de los límites que la situación *estática* del capitalismo les traza. Por el contrario, lo característico del marxismo es, por encima de todo, la amplitud de miras,

fundamento de todo su sistema, la concepción dinámica a partir de la cual el capitalismo es considerado como una fase más del desarrollo social. La economía política marxista llega incluso a servirse de la ley del valor como de un medio para la investigación de la ley del movimiento que rige el mecanismo capitalista en su conjunto. El que la categoría precio, cuya explicación descansa esencialmente en la teoría del valor, constituya una categoría general del mundo de las mercancías, no justifica que se convierta a la economía política como tal en una «crematística»; al contrario: el análisis de las relaciones de cambio excede los límites del cambio, siempre y cuando el problema esté correctamente planteado. Desde la perspectiva marxista, el cambio en sí no es más que una de las formas, históricamente pasajeras, de la distribución de bienes. Pero como toda modalidad de distribución ocupa un determinado lugar en el proceso de reproducción de las condiciones de producción que le corresponden, es obvio que sólo los mezquinos puntos de vista típicos de todas las tendencias del pensamiento teórico burgués, permiten no salirse de las relaciones de mercado o basar la investigación en el «stock de mercancías» existente. Ni aquellos que se limitan al análisis de las «riquezas vanales» que circulan por el mercado, ni tampoco aquellos que fijan su atención en la relación entre lo consumido, el «bien» dado de antemano, y el individuo económico, pueden comprender el papel funcional del cambio en tanto que fenómeno obediente a una ley necesaria e inherente a una sociedad hecha de productores de mercancías. Sin embargo, la manera como se debe plantear la cuestión es muy clara: «En la realización de todos los actos de cambio de esta sociedad, es decir, de una sociedad

productora de mercancías, ocurrirá lo que en una sociedad comunista conscientemente organizada será dirigido por el órgano central de la sociedad: lo que se produce y cuánto, dónde y quién producirá. En definitiva, el cambio dará a los productores de mercancías la misma indicación que la administración que regula conscientemente la producción y la organización del trabajo, etc., darán a los miembros de la sociedad socialista. La misión de la economía teórica consiste en descubrir la ley del cambio así entendido. De esta misma ley derivará la reglamentación de la producción en las sociedades productoras de mercancías, al igual que de las leyes, órdenes y decretos de las administraciones socialistas derivará el curso firme de la economía socialista. Sólo que esta ley no dictará directa y conscientemente la actitud humana en la producción, sino que actuará al modo de una ley natural con una fuerza natural social.»[1]

Dicho de otra manera: el objeto de nuestra investigación es una sociedad de productores de mercancías anárquicamente construida, que se desarrolla y engrandece; es decir, que nos encontramos con un determinado sistema subjetivo sometido a las condiciones del equilibrio dinámico. El problema que se plantea es saber *de qué manera, dadas esas condiciones, este equilibrio es posible*. La teoría del valor-trabajo da una respuesta a este problema.

La sociedad humana no puede desarrollarse si no es por el incremento de sus fuerzas productivas, es decir, mediante la productividad del trabajo social.[2] En la economía mercantil este hecho funda-

1. R. HILFERDING, *El Capital Financiero*, pp. 2-3.

2. Un antiguo economista, casi desconocido, F. Canard, ha formulado esta idea marxista de modo muy preciso, en todo caso no menos que el tan citado Rodbertus; véase sus *Principios de*

mental tiene lugar en la superficie, esto es, en el *mercado*. Un dato empírico, base de la teoría del valor-trabajo, nos enseña que a medida que la productividad del trabajo aumenta, los precios disminuyen. Por otra parte, es precisamente la fluctuación de los precios en la economía mercantil lo que provoca la *redistribución de las fuerzas productivas*.

Y así es como los fenómenos de mercado se entrelazan con los de la reproducción, es decir, con los fenómenos dinámicos de todo el mecanismo capitalista a escala social.

Una vez establecida la correlación entre el fenómeno fundamental, a saber: el desarrollo de las fuerzas productivas, y los precios objetivamente dados, el problema de saber qué es *lo característico* de dicha correlación está abierto. Un análisis más detallado muestra que esta correlación es de naturaleza enormemente compleja. El Libro III de *El Capital* de Marx trata precisamente de la naturaleza de esta correlación.

Es así como llegamos a la conclusión de que la ley del valor es una ley objetiva que traduce la correlación entre diferentes categorías de fenómenos sociales. Nada más absurdo, pues, que ver en la teoría marxista una «ética». La teoría marxista no conoce más que leyes causales; no podría conocer otras.

economía política (París, año X, 1801). En esta obra, celebrada por la Academia, Canard escribe: «¡Por tanto, no es sino gracias a su actividad y a su trabajo que existe esta enorme diferencia entre el hombre civilizado y el hombre natural o salvaje!» (p. 3). «Así pues, hay que distinguir en el hombre el trabajo realizado para su conservación y el trabajo superfluo» (p. 4). «Solamente acumulando cierta cantidad de trabajo superfluo, el hombre ha podido salir del estado salvaje, y crear sucesivamente todas las artes, todas las máquinas y todos los medios de multiplicar el producto del trabajo, simplificándolo» (p. 5).

La teoría del valor revela esas relaciones de causalidad que expresan no sólo las leyes que dirigen el mercado, sino asimismo aquellas que mueven el sistema en su totalidad.

Lo mismo ocurre con el problema de la distribución. El proceso de distribución se expresa en términos de valor. La relación «social» entre el capitalista y el obrero se expresa mediante una fórmula «económica», puesto que la fuerza de trabajo se convierte en mercancía; pero una vez se ha convertido en mercancía y ha entrado en el circuito de la circulación de mercancía cae por entero, por este simple hecho, bajo la ley elemental del precio y del valor. Al igual que en el ámbito de la circulación de mercancías en general el sistema capitalista no podría existir sin la acción reguladora de la ley del valor, tampoco el capital podría reproducir su propia dominación sin las leyes inherentes a la reproducción de la fuerza de trabajo en cuanto tal. Pero en la medida en que la fuerza de trabajo consumida desarrolla mayor energía de trabajo social de la que es necesaria para la reproducción de aquélla, en esta misma medida existe la posibilidad de plusvalía, la cual, a causa de las leyes que rigen la circulación de mercancías, está continuamente a disposición de los compradores de la fuerza de trabajo, es decir, de los propietarios de medios de producción. El desarrollo de las fuerzas que, en la sociedad capitalista, se efectúa a través del mecanismo de la competencia adquiere, así, la forma de acumulación de capitales, forma de la que depende en lo sucesivo el movimiento de la fuerza de trabajo; al mismo tiempo, el desarrollo de las fuerzas productivas va constantemente acompañado de la eliminación y del deterioro de sectores enteros de la producción, mientras que el valor-trabajo

individual de las mercancías sobrepasa su valor-trabajo social.

Por lo tanto, la ley del valor es la ley fundamental del sistema capitalista en movimiento. No hace falta decir que éste va acompañado de continuas «perturbaciones» que son consecuencia de la naturaleza contradictoria de la sociedad capitalista. Es evidente que la estructura contradictoria de la sociedad capitalista, estructura que la destruirá inevitablemente, acabará también por derribar la ley capitalista «normal», la ley del valor.[3] En la nueva sociedad, el valor perderá su carácter fetichista, ya no será la ley ciega de una sociedad sin sujeto, es decir, que dejará de ser valor.

Éstos son los rasgos generales de la teoría marxista, la economía política del proletariado. Deduce las «leyes del movimiento» de la estructura social específica, pero se trata aquí de una deducción real.

Es precisamente porque el marxismo rebasa el estrecho marco de los planteamientos burgueses, que provoca un odio cada vez más fuerte en la burguesía. La colaboración social en materia de ciencias sociales —y muy especialmente por lo que concierne a la teoría de la economía— no ha aumentado en absoluto; al contrario, asistimos a una diferenciación cada vez más agudizada. Actualmente la economía burguesa sólo puede progresar mientras se mantenga dentro de los límites de una ciencia puramente descriptiva. En este sentido puede desarrollar y desarrolla efectivamente una tarea socialmente útil. Aun-

3. La derrota del capitalismo, que ya se ha producido en Rusia y que comienza a producirse en toda Europa, hace que el producto, en su forma de sustancia material, ocupe el primer puesto, y que el producto en tanto que valor sea relegado a un último plano. Desde el punto de vista capitalista, es precisamente en eso en lo que consiste la «anomalía» de la situación.

que, naturalmente, no puede aceptarse de buena fe todo lo que se ha avanzado en este campo, ya que toda descripción, incluso la más «aséptica», se hace desde un determinado punto de vista: la elección del material, el acento puesto en tal momento, la insuficiente atención concedida a otro, etc., todo eso viene determinado por lo que se llama las «ideas generales» de los autores en cuestión. Una actitud crítica permite, sin embargo, seleccionar de entre estos trabajos abundantes materiales de los que se puede sacar partido. En lo que se refiere a la teoría propiamente dicha, el ejemplo de Böhm-Bawerk muestra, en cambio, que nos hallamos en un desierto. ¿Debemos concluir por este motivo que los marxistas no deben prestar a este dominio la más mínima atención? En modo alguno, ya que el proceso de desarrollo de la ideología proletaria es un proceso de *lucha*. Si en el plano económico y político el proletariado avanza a través de la lucha incesante contra los elementos hostiles, lo mismo ocurre en los niveles superiores de la ideología. Ésta no cae del cielo en forma de un sistema completo en todas sus partes, sino que se elabora a través de un proceso de desarrollo difícil y penoso. La crítica de las opiniones adversas es no solamente un medio de defensa directa frente a los asaltos del enemigo, sino además un medio de afilar las propias armas: criticar el sistema contrario es, en primer lugar, profundizar en el propio. Existe aún otra razón que hace necesario un atento estudio de la economía burguesa. La regla que vale para la lucha ideológica se aplica igualmente a toda lucha directa y práctica. Hay que beneficiarse de todas las contradicciones del enemigo, de todas sus disensiones. Porque a pesar de la comunidad de fines —la apología del capitalismo— siempre ha ha-

bido una gran diversidad de opiniones entre los sabios burgueses. Mientras que en cuanto a la teoría del valor, se ha llegado a un cierto acuerdo sobre la base elaborada por la escuela austriaca, por lo que se refiere a la distribución, casi cada teórico crea su sistema propio, refiriéndose al mismo tiempo a la verdad primera que es la teoría del valor. Pero eso no hace sino probar una vez más lo difícil que resulta resolver esta cuestión —aunque sólo sea desde el ángulo estrictamente lógico— y cuanta «materia gris» exige de los modernos escolásticos. Sin embargo, esta circunstancia facilita enormemente la labor de la crítica, permitiendo a esta última descubrir los errores lógicos de tipo general, así como los restantes puntos débiles del adversario. De tal manera que la crítica de la economía burguesa favorece el desarrollo de la ciencia económica propia del proletariado. Hoy en día la ciencia burguesa ni siquiera pretende llegar al conocimiento de las relaciones sociales, sino que se contenta con hacer su apología. El marxismo es el único en ocupar el campo de batalla científico; no teme analizar las leyes del desarrollo social aun cuando éstas signifiquen la ruina inevitable de la sociedad actual. En este sentido el marxismo fue y es la bandera roja teórica, la bandera alrededor de la cual se reúnen todos aquellos que tienen el valor de hacer frente valientemente a la tempestad que se acerca.

ANEXO

POLÍTICA DE RECONCILIACIÓN EN LA TEORÍA *
(La teoría del valor de Tugan-Baranowsky)

> «Hombres con pretensiones científicas y que ansiaban ser algo más que simples sofistas y corifeos de la clase dominante, se esforzaron por conciliar la economía política del capital con las reivindicaciones del proletariado, imposibles de ignorar por más tiempo. El resultado fue un sincretismo desprovisto de toda originalidad.»
> Karl MARX, *El Capital*, t. I, pp. XIX-XX.

La rápida ascensión de los «marxistas legales» de otro tiempo, aproximadamente por los años 1890, expresa una clara tendencia, a saber: el nacimiento de una ideología burguesa liberal, opuesta no sólo a

* Este artículo iba destinado, cuando fue escrito, a la revista marxista «Prosvejtjenie» (Luces). Contiene el análisis de la teoría ecléctica del principio de coalición en la teoría del valor. Algunos pasajes de este artículo que, sin duda alguna, no tienen ninguna relación directa con el aspecto lógico de la teoría de Tugan-Baranowsky, están evidentemente desfasados. Han sido superados por los acontecimientos. Sin embargo, hemos decidido conservar el texto en su estado original, y más ahora que se han cumplido textualmente algunas de sus previsiones; así Bulgakov, por ejemplo, ha entrado en un convento. Tugan ha conseguido ser nombrado ministro del gobierno contrarrevolucionario. Resulta interesante ver incluso a P. P. Maslov pegado a Tugan.

la de los *narodniki* (populistas), hostil al capitalismo, sino también a la ideología del proletariado revolucionario, o sea al *marxismo*. Esta tendencia en sí unitaria, era de naturaleza compleja, como todo fenómeno social. Para evolucionar «del marxismo al idealismo» no todos los representantes de la nueva ideología burguesa demostraron la misma agilidad.

En esta desenfrenada carrera algunos ya han alcanzado la meta, desde la que contemplan por encima del hombro a los atrasados; otros ya casi han llegado; y otros aún siguen penosamente detrás. Vale la pena considerar uno por uno los participantes en esta carrera.

Tenemos, por ejemplo, a Bugakov, el «marxista arrepentido», profesor de economía política. ¡No le falta más que la sotana para hacer de él un «reverendo padre» típico! A su lado, otro «marxista arrepentido», el señor Berdiaev, también creyente, el cual se dedica con delectación a razonamientos acerca de «la afrodita terrestre y la afrodita celeste». Un poco al margen se mantiene el inimitable Pedro Struvé, esta artillería pesada de la erudición que caracteriza a los cadetes-octubristas. Todos estos venerables personajes han roto de una vez para siempre con su pasado, al que consideran un «pecado de juventud»; aparecen en primera línea, limpios de todo compromiso, esos caballeros del capitalismo ruso. A continuación, más alejado, pero visiblemente ansioso por atrapar a sus colegas, vemos trotar al profesor Tugan-Baranowsky, el marxista arrepentido, en la actualidad consejero de los industriales. Se ha puesto a meditar sobre el cristianismo más tarde que los demás. Como aún continúa flirteando con el marxismo algunos espíritus ingenuos le sitúan entre los casi-«rojos». En resumen, es un «apóstol de la re-

conciliación». No acaba de decidirse a pasarse completamente al campo de los enemigos del proletariado y de sus teorías; prefiere solamente —dice— «librar al marxismo de sus elementos no científicos». Es precisamente por este lado como mejor engaña a la gente, es éste el aspecto más nefasto de su actividad teórica. No busca simplemente «negar» la teoría del valor-trabajo, procura ponerla de acuerdo con la teoría de Böhm-Bawerk, clásico defensor de las apetencias burguesas. El lector podrá comprobar los resultados de los esfuerzos desplegados por Tugan-Baranowsky en la teoría del valor, punto capital de la economía política.

1. *La «fórmula» de Tugan-Baranowsky*

Tugan-Baranowsky comienza haciendo las mil alabanzas de Böhm-Bawerk.

«El gran mérito de la nueva teoría —escribe— consiste en su promesa de poner fin de una vez por todas a la controversia sobre el valor; ya que partiendo de *un único* principio de base unitaria, ofrece una explicación completa (!) y exhaustiva (!!) de *todos* los fenómenos del proceso de valorización.»[1]

Y en otro pasaje: «La teoría marginalista será siempre considerada como la doctrina fundamental del valor; tal vez el futuro aporte en algunas de sus partes cambios o ampliaciones, pero sus ideas fundamentales constituyen una adquisición eterna de las ciencias económicas.»[2] ¡«Adquisición eterna de las ciencias económicas»!, casi nada. Pero, en realidad, esta «adquisición» queda bastante mal parada; de

1. TUGAN-BARANOWSKY, *Manual de economía política*, p. 40, 2.ª ed., 1911 (en ruso).
2. *Ibid.*, p. 55.

momento abstengámonos de toda objeción contra Tugan y pasemos a la «plataforma de unificación».

La escuela austriaca enseña que el valor de un bien está determinado por su valor marginal. Éste depende a su vez de la *cantidad de bienes* de la misma especie. Cuanto mayor es esta cantidad y más «saturada» está la demanda, tanto menor es la necesidad, y la utilidad marginal del bien en cuestión disminuye. Como conclusión de su análisis la escuela austriaca admite, pues, como dato una masa determinada, una cantidad determinada de bienes para valorar. Tugan-Baranowsky formula con mucha lógica la siguiente pregunta: ¿qué es entonces lo que determina a su vez esta cantidad de bienes? En su opinión, esta cantidad de bienes depende del «plan económico», es decir, de la distribución de la fuerza de trabajo humana por los diferentes sectores de la producción. Pero en la organización del «plan económico» el *valor del trabajo* desempeña el papel decisivo.

«La utilidad marginal es la utilidad de las últimas unidades de cada especie de bien —afirma Tugan—; cambia en razón de la amplitud de la producción. La ampliación o la disminución de la producción nos permite aumentar o reducir la utilidad marginal. A la inversa, el valor-trabajo de una unidad de bien es un dato objetivo, independiente de nuestra voluntad. De lo que se sigue que, en la organización del plan económico, el valor-trabajo es el elemento determinante y, en cambio, la utilidad marginal es el elemento a determinar. En términos matemáticos eso significa que la utilidad marginal está en función del valor-trabajo.»[3]

3. *Ibid.*, p. 47.

Ahora bien, ¿cuál es la relación entre la utilidad marginal de los bienes y su valor, en qué medida dependen uno de otro? Tugan-Baranowsky hace las siguientes reflexiones. Supongamos que estamos en presencia de dos sectores de producción A y B. Un plan económico racional exigiría que la división de trabajo entre estos dos sectores se haga de tal manera que en el curso del proceso de trabajo la utilidad resultante de la última unidad de tiempo sea idéntica en ambos casos.[4] A falta de este equilibrio es indispensable organizar un plan racional, es decir, alcanzar la utilidad máxima, ya que suponiendo que en la producción A la última hora de trabajo proporciona una utilidad de 10 unidades, pero sólo de 5 unidades en la producción B, resulta evidentemente más ventajoso abstenerse totalmente de la producción del bien B y consagrar el tiempo que ésta exige a la producción del bien A. Pero si el valor-trabajo de los bienes es distinto, mientras la utilidad alcanzada en la última unidad de tiempo es la misma, se deduce entonces que «*la utilidad de las últimas unidades de cada especie libremente reproductible —su utilidad marginal— está en proporción inversa a su cantidad relativa, producida durante una unidad de tiempo; en otras palabras: debe ser directamente proporcional al valor-trabajo de esos mismos bienes.*»[5]

Así entiende Baranowsky la relación entre utilidad marginal y valor-trabajo absoluto de la mercancía. Hasta aquí, todo es armonía, no existe la menor contradicción.

«En contra de la opinión corriente —dice Tugan—

4. Más exactamente, debe ser igual al límite (margen).
5. *Ibid.*, p. 47.

según la cual ambas teorías se excluyen mutuamente, la armonía entre ellas es total. Sólo que cada una de ellas estudia diferentes aspectos del mismo proceso de valoración económica. La teoría de la utilidad marginal explica los factores subjetivos y la teoría del valor-trabajo explica los factores objetivos de la valoración económica.»[6]

Así pues, los adeptos a la teoría de la utilidad marginal podrían tender la mano a los adeptos a la teoría del valor-trabajo. Nosotros, sin embargo, creemos que estamos en condiciones de poder demostrar que esta actitud de buena vecindad reposa en una concepción muy ingenua de *una* y *otra* teoría. Pero antes de sacar a la luz pública los errores fundamentales de Tugan-Baranowsky formularemos algunas observaciones críticas sobre el modo en que la teoría del valor-trabajo aparece a los ojos de nuestro apóstol de la paz. Descubriremos entonces algunas interesantes particularidades de su pensamiento, particularidades que arrojan alguna luz sobre su actitud conciliadora.

2. *La «lógica» de Tugan-Baranowsky*

Un hombre sensato sacaría de la precedente exposición la conclusión siguiente.[7] Dado que el valor (el valor subjetivo determinado por la utilidad marginal de un bien) es proporcional al valor-trabajo; dado, además, que este valor es el fundamento del

6. *Ibid.*, p. 49.
7. Para evitar todo malentendido, indiquemos que nos servimos, provisionalmente, de la terminología de Tugan sin criticarla, y que usamos los conceptos de «valor» y de «coste de trabajo» en el sentido que él les confiere.

precio, resulta que es precisamente el valor-trabajo lo que constituye el fundamento del precio. Y en realidad, si valor-trabajo y utilidad marginal van unidos por el lazo sólido y preciso de la proporcionalidad directa, es evidente que estas magnitudes deben poder sustituirse una por otra. Si admitimos como Tugan-Baranowsky, que «el momento determinante es el valor-trabajo, y el momento a determinar la utilidad marginal»,[8] entonces el razonamiento que acabamos de exponer aparece como claramente imperativo. De ello resultaría la siguiente secuencia: precio→ utilidad marginal→valor-trabajo, estando el coste del trabajo incluido en el valor subjetivo, por tanto en el precio. Esta circunstancia incita al propio Tugan-Baranowsky a afirmar que «desde cierto punto de vista... la teoría del valor-trabajo [es] una teoría económica del valor por excelencia, mientras que la teoría de la utilidad marginal es una teoría del valor más general y psicológica que no específicamente económica».[9]

Así pues, el valor-trabajo determina la utilidad marginal, que a su vez determina el precio; en otras palabras, el valor-trabajo es el *fundamento último* del precio. Bien. *Seis páginas* más adelante, tropezamos con la siguiente «crítica» de Marx: «en vez de una crítica del *coste de trabajo*, Marx presenta una teoría del *valor* trabajo absoluto...»

«En su famosa crítica del libro III de *El Capital*, Sombart se esfuerza por defender la teoría del valor-trabajo interpretándola como una teoría del coste de trabajo.[10] Por valor-trabajo entiende "el grado

8. *Ibid.*, p. 47.
9. *Ibid.*, p. 50. (Subrayado por el autor.)
10. Tugan-Baranowsky alude al artículo de SOMBART, *Sobre*

de fuerza productiva social del trabajo". *Pero si eso es cierto, para qué, entonces, denominar el gasto de trabajo con la palabra "valor" y hacer creer que el* gasto de trabajo es el fundamento del precio, de las relaciones de cambio entre los bienes (cosa que evidentemente no ocurre), mientras que lo correcto sería *reconocer el derecho a la existencia autónoma de dos categorías distintas: la del valor y la del coste.*»[11]

Tugan-Baranowsky se pregunta si es correcto interpretar la teoría del *valor*-trabajo en el sentido del *coste* de trabajo social.[12] Muy bien hasta aquí. Pero *todo* lo que dice a continuación es falso. Deslumbrado por su propia crítica, ni siquiera se da cuenta de que ésta afecta no solamente a Marx, sino a él mismo. Hemos visto antes que según Tugan el valor-trabajo es el fundamento del precio. Ahora, de repente se da cuenta de que éste «no es evidentemente el caso». ¿Qué es lo correcto? ¿Lo que dice primero, o lo que dice después? En cualquier caso, lo que Tugan-Baranowsky afirma aquí es de una lucidez poco común, de una «lógica casi infalible». Tal vez el lector tenga alguna duda en cuanto a la solidez de la última «idea» de Tugan. En este caso, otros pasajes le confirmarán en la duda.

«Para Marx, el valor-trabajo es, en el fondo, el mismo coste del trabajo; lo que no es un error de terminología por parte de Marx. Marx no designaba solamente el trabajo productivo socialmente nece-

el origen del sistema económico de Karl Marx, «Brauns Archiv», vol. VII.

11. *Manual*, etc., p. 58.

12. Hablamos aquí del coste «social». Veremos más adelante que esta denominación es muy importante.

sario con el término *valor* de la mercancía, sino que procuraba constantemente reducir las relaciones de cambio recíprocas de la mercancía al trabajo. *Únicamente separando por entero uno del otro los conceptos de valor y de coste*, se puede erigir una teoría del valor y del coste lógicamente correcta y conforme a las respectivas realidades.»[13] Para terminar, un último párrafo:

«El error de Marx es... no haber comprendido la importancia que por sí misma tiene esta categoría [es decir el coste, *N.B.*] y haber querido ligarla a la teoría del precio; por eso no llamaba coste, sino valor, al coste del trabajo.»[14]

No cabe duda, Tugan-Baranowsky ya no se acuerda de que ha sido *él mismo* quien ha ligado el coste del trabajo al valor y al precio; aunque ahora se esfuerce en romper estas criminales relaciones. ¡Qué lógica tan sorprendente!

Y ahora, una pregunta. Si la categoría del coste es hasta tal punto independiente que según Tugan es criminal incluirla en las relaciones de que hablamos, ¿qué pasa entonces con la importancia *económica* de esas categorías? Cierto que el señor Tugan nos ha asegurado que poseen una «enorme» importancia; pero eso no es más que charlatanería con pretensiones moralistas a la que es inútil tomar en serio.

Estamos ya en condiciones de abordar el «error

13. *Ibid.*, p. 69 (subrayado por el autor).

14. *Ibid.*, p. 70. Insistamos aún en otro punto, aunque no tenga relación directa con esta cuestión. El señor Tugan (véase pp. 68-69) no alcanza a comprender la importancia del valor de cambio en Marx. Vamos a explicárselo. En su análisis, Marx se ve *a veces obligado a admitir que la mercancía se vende según su precio de producción* (valor). En este caso, el coste equivale al valor de cambio, lo que significa que Marx no habla de una magnitud absoluta, sino *relativa*.

fundamental» de Tugan-Baranowsky. Conocida su muy acusada capacidad de mezclar las más contradictorias frases, veremos que también su «fórmula» no es más que un trabalenguas aún más liado.

3. *El error fundamental de Tugan-Baranowsky*

Hasta aquí hemos admitido sin criticarla la fórmula de Tugan sobre la proporcionalidad del valor-trabajo y la utilidad marginal. Ahora se trata de revelar la inutilidad teórica de esta fórmula célebre. Para lo que debemos exponer primero las opiniones de Tugan-Baranowsky sobre la economía política —opiniones que compartimos totalmente. Dado nuestro respeto por el profesor, deparemos que sea él mismo quien exprese sus opiniones, que por nuestra parte, repetimos, consideramos perfectamente correctas.

«Lo que distingue la ciencia económica de las restantes ciencias sociales, a saber, el establecimiento de un sistema de leyes causales aplicables a los fenómenos económicos, se debe precisamente a las particularidades típicas de nuestro objeto de investigación: la economía del librecambio... Tenemos suficientes motivos para reconocer que la economía política es una ciencia original que trata de las recíprocas relaciones de causalidad entre los fenómenos económicos ligados a la economía moderna... Es con ésta que dicha ciencia nació y ha evolucionado, es también con ésta que desaparecerá de la escena.»[15]

Leemos claramente que la economía política tiene por objeto la economía de cambio y muy particularmente la economía de cambio *capitalista*. Desde este mismo punto de vista efectuaremos el análisis de la fórmula de Tugan-Baranowsky. Sabemos ya que éste admite cierta proporcionalidad entre la utilidad marginal y el valor-trabajo. Según nuestro autor, es el valor trabajo lo que determina el plan económico. Pero este «plan económico» que tiene en mente representa una categoría de la economía *individualista* y además, de una *economía natural* que produce por sí misma los más variados «bienes». Sin embargo, si consideramos la economía individualista *moderna*, es decir, la empresa capitalista, vemos que ésta no posee ningún «plan económico» en el sentido de Tugan-Baranowsky, por la sencilla razón de que la producción que sale de la fábrica es producción *especializada;* no hay lugar para la distribución del tiempo entre varios «sectores» ya que cada empresa sólo fabrica *un único* producto. Además, la categoría valor-trabajo no tiene ningún interés para el empresario capitalista, ya que éste «trabaja» con ayuda de fuerzas alquiladas y de medios de producción adquiridos en el mercado. Admitiendo que la cuestión del valor trabajo sea aplicable en este caso, debe ser forzosamente entendida por lo que respecta al modo de producción moderno (que constituye precisamente el objeto de la economía política) como una categoría *social*, es decir, una noción que se aplica no a empresas aisladas, sino a su conjunto, a su unidad social. Ésta es la concepción marxista del valor-trabajo. La cuestión de saber si esta teoría es correcta o falsa carece aquí de toda importancia. Nosotros pensamos que es correcta, Tugan-Baranowsky cree lo contrario. En cualquier caso, Marx comprendió claramente que la categoría valor-trabajo aplicada a la economía individual no tiene ningún sentido, y que

15. *Manual*, etc., p. 17.

este término sólo cobra significación si se tiene en cuenta su carácter *social*.

La segunda parte de la fórmula de Tugan se refiere a la utilidad marginal. Para todos los defensores de la teoría de la utilidad marginal, dicha utilidad tiene el significado de un bien que sirve para el bienestar del «sujeto económico»; esta apreciación supone un cálculo consciente. Es evidente que la categoría de utilidad marginal sólo tiene sentido dentro de una economía *individual*; no figura *para nada* (ni siquiera en opinión de sus representantes) cuando se trata de la economía social en conjunto. En sus «valoraciones», ésta no procede nunca como podría hacerlo un empresario particular, ya que esta economía representa un sistema que se desenvuelve de modo *elemental*, según sus propias leyes. En consecuencia, si la utilidad marginal debe tener algún sentido, éste sólo podría ser el de una categoría de la economía *individual*.

Sabemos que Tugan-Baranowsky establece cierta proporcionalidad entre utilidad marginal y valor-trabajo de un bien. Pero el valor-trabajo puede entenderse de dos maneras: como una categoría social (que es la *única correcta*, si se considera una economía capitalista) y como una categoría individualista. Está claro que en el primer caso el valor-trabajo no puede ponerse en relación directa con la utilidad marginal: son dos magnitudes que, *en principio*, no pueden tener nada en común, ya que se sitúan a dos niveles totalmente distintos. Afirmar que una magnitud que sólo tiene sentido en la economía *individualista* es proporcional a otra, que sólo existe en la economía *social*, sería como querer «vacunar los postes telegráficos contra la viruela».

Vemos, pues, que una visión *correcta* de la teoría

del valor-trabajo nos lleva a concluir que existe una total oposición entre ésta y la teoría de la utilidad marginal. Queda el *contrasentido* de querer establecer una unión entre el concepto de valor-trabajo como categoría de una *economía individualista* y el concepto de utilidad marginal. Es lo que hace Tugan-Baranowsky, con lo que no mejora en nada su teoría: ésta se hunde en cuanto se intenta compararla con la realidad capitalista. Ocurre entonces más o menos lo mismo que a los defensores de la escuela austriaca. Todo marcha bien mientras uno se mueve en la zona definida por la economía de los Robinsones y mientras uno no entra —conscientemente o no— en el interior de las relaciones capitalistas. Pero a partir del momento en que comienzan a estudiarse las relaciones que la economía política debe explicar (ésta es también la opinión de Tugan), la teoría marginalista se esfuma.

Una observación antes de terminar. Toda la teoría de Tugan-Baranowsky concierne a economías que *producen* mercancías. Eso le distingue ventajosamente de los marginalistas puros, para quienes parece ser que las mercancías no deben ser producidas, sino que caen del cielo. Y es precisamente a las economías *productivas* a las que Tugan-Baranowsky quiere aplicar su fórmula de la «proporcionalidad». Sobre este punto citemos un último párrafo de la segunda parte de su obra:

«Debemos —escribe— referirnos exclusivamente a las relaciones económicas reales, que dirigen la formación del precio en la economía capitalista moderna. No tenemos ningún derecho a pensar, como hace por ejemplo Böhm-Bawerk, que el vendedor de una mercancía tiene necesidad de ésta para su pro-

pio uso y estaría dispuesto a quedársela en el caso de que su precio fuera demasiado bajo.»[16]

Perfectamente correcto. Un argumento más contra los marginalistas puros. ¿Pero cómo podrá ser verificada la *propia* teoría de Tugan-Baranowsky si las empresas productoras no miden las mercancías según su utilidad (es decir, según su utilidad marginal)? Para que dicha proporcionalidad pueda manifestarse es obviamente necesario que las magnitudes correspondientes existan. Hemos visto antes que por lo que respecta al valor-trabajo las cosas no están tan claras. Ahora, el propio Tugan-Baranowsky nos aclara que en las condiciones capitalistas (e incluso en las de una economía mercantil simple) una valoración según la utilidad marginal no tiene absolutamente ningún sentido para los vendedores.

Hemos estado viendo la teoría de Tugan-Baranowsky sin detenernos en una de sus partes componentes —la teoría de la utilidad marginal. Pero es que esta parte, nuestro teórico tampoco la ha justificado. Es un punto muy importante. Los burgueses rusos, a la búsqueda de nuevos medios, guardan sus «críticas» sólo para Marx; su devoción para con la ideología científica de los capitalistas occidentales es casi religiosa. Eso demuestra una vez más la verdadera naturaleza de las «nuevas ideas en economía política», ideas tan ardientemente defendidas por los señores Tugan-Baranowsky, Bulgakov, Struvé y *tutti quanti*.

16. TUGAN-BARANOWSKY, *cf. Manual...*, pp. 212-213.

ÍNDICE

Prólogo a la edición rusa 7
Prólogo a la edición alemana 13
Introducción: 1. La escuela histórica en Alemania. Carácter sociológico de la escuela histórica. Carácter lógico. 2. La escuela austriaca. Breve caracterización lógica. 3. La escuela anglosajona. 4. Los precursores de los «austriacos» 15
Capítulo I: Fundamentos metodológicos de la teoría de la utilidad marginal y del marxismo. 47
1. Objetivismo y subjetivismo en economía política 49
2. Puntos de vista histórico y no histórico 67
3. Puntos de vista de la producción y del consumo 82
4. Conclusiones 88
Capítulo II: Teoría del valor 91
1. Importancia del problema del valor . 91
2. Valor subjetivo y valor objetivo. Definiciones 95
3. Utilidad y valor (subjetivo) 100
4. Medida del valor y valor unitario . . 109
Capítulo III: Teoría del valor (continuación) 121
1. Teoría de la utilidad de sustitución . 121
2. Grado de utilidad marginal y cantidad de bienes 132

3. Magnitud del valor mercantil en función de la diversidad de usos . . . 138
4. Valor de los bienes complementarios . 145
5. Valor de los bienes productivos. Gastos de producción 151
6. Conclusiones 164
Capítulo IV: Teoría del beneficio 175
1. Importancia del problema de la distribución. Su planteamiento 175
2. Concepto de capital. «Capital» y «beneficio» en el Estado «socialista» . . 180
3. Carácter general del proceso de producción capitalista. Formación del beneficio 191
Capítulo V: Teoría del beneficio (continuación) 205
1. Las dos razones por las que se sobrevaloran los bienes presentes: la diferencia entre las necesidades y los medios de satisfacerlas en épocas distintas; la minusvaloración sistemática de los bienes futuros 205
2. Tercera razón de la sobrevaloración de los bienes presentes: su superioridad técnica 216
3. El fondo de subsistencia. La oferta y la demanda de bienes presentes. Origen del beneficio 236
Conclusión 247
Anexo: Política de reconciliación en la teoría (la teoría del valor de Tugan-Baranowsky) 255
1. La «fórmula» de Tugan-Baranowsky . 257
2. La «lógica» de Tugan-Baranowsky . . 260
3. El error fundamental de Tugan-Baranowsky 264

EDICIONES DE BOLSILLO

Ocho de los editores más atentos a los aspectos vivos de la cultura ofrecen, en esta colección común, una selección de los títulos que mejor representan las inquietudes contemporáneas.

1. ESPERANDO A GODOT. FIN DE PARTIDA, Samuel Beckett (Barral Editores)
2. TEORIA DE LAS IDEOLOGIAS, Eugenio Trías (Ediciones Península)
3. LOS CACHORROS, Mario Vargas Llosa (Editorial Lumen)
4. ARTE Y SOCIEDAD, Herbert Read (Ediciones Península)
5. LOS ASESINATOS DE LA RUE MORGUE. EL MISTERIO DE MARIE ROGET, Edgar Allan Poe (Ediciones Península)
6. EXILADOS, James Joyce (Barral Editores)
7. HISTOKIA SOCIAL DEL MOVIMIENTO OBRERO EUROPEO, Wolfgang Abendroth (Editorial Estela)
8. REALISMO Y UTOPIA EN LA REVOLUCION FRANCESA, Babeuf (Ediciones Península)
9. GUERRA DEL TIEMPO, Alejo Carpentier (Barral Editores)
10. VIDA Y OBRA DE SIGMUND FREUD I, Ernest Jones (Editorial Anagrama)
11. PARABOLAS PARA UNA PEDAGOGIA POPULAR, Célestin Freinet (Editorial Estela)
12. LAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES, A. Conan Doyle (Barral Editores)
13. DE LOS ESPARTAQUISTAS AL NAZISMO: REPUBLICA DE WEIMAR, Claude Klein (Ediciones Península)
14. AUTOPISTA, Jaume Perich (Editorial Estela)
15. EL GOLEM, Gustav Meyrink (Tusquets Editor)
16. LA FRANCIA BURGUESA, Charles Morazé (Editorial Lumen)
17. LA CANCION DE RACHEL, Miguel Barnet (Editorial Estela)
18. UN ASESINO SIN SUERTE, René Réouven (Barral Editores)
19. DICCIONARIO PARA OCIOSOS, Joan Fuster (Ediciones Península)
20. VERSION CELESTE, Juan Larrea (Barral Editores)
21. MUNDO QUINO, Quino (Editorial Lumen)
22. LOS ORIGENES DE LA EUROPA MODERNA: EL MERCANTILISMO, Pierre Deyon (Ediciones Península)
23. POETAS INGLESES METAFISICOS DEL S. XVII, Maurice y Blanca Molho (Barral Editores)
24. CONTRA LA MEDICINA LIBERAL Comités d'Action et Santé (Editorial Estela)
25. SOBRE LITERATURA RUSA, Angelo Maria Ripellino (Barral Editores)
26. LOS VAGABUNDOS EFICACES, Fernand Deligny (Editorial Estela)
27. FERDINAND, Louis Zukofsky (Barral Editores)
28. HISTORIA DEL PRIMERO DE MAYO, Maurice Dommanget (Editorial Estela)
29. MARXISMO Y PSICOANALISIS, Reuben Osborn (Ediciones Península)
30. VIDA Y OBRA DE SIGMUND FREUD II, Ernest Jones (Editorial Anagrama)
31. LOS PIRATAS, Gilles Lapouge (Editorial Estela)
32. BESOS DE MADRE, Bruce Jay Friedman (Editorial Lumen)